Gonzalo Celorio

LOS APÓSTATAS

colección andanzas



Índice

SINOPSIS

«Maldita sea la hora en que se me ocurrió escribir esta novela». Con esta frase, Gonzalo Celorio abre *Los apóstatas*, una novela que en su propio proceso de escritura va descubriendo las historias secretas y atroces de los dos protagonistas: sus hermanos Eduardo y Miguel, personajes que se ven compelidos a abrigar una vocación religiosa en la que ambos fracasan, pero que, de diferentes modos, los marca de por vida. Tras su apostasía, se enfrentan a dos destinos contrapuestos: uno se orienta por los caminos de la teología de la liberación, trabaja en las comunidades indígenas de México y participa en el proceso político que acabó con la dictadura somocista de Nicaragua; otro se dedica al estudio de la arquitectura barroca mexicana y acaba poseído por una obsesión satánica que lo obnubila en sus últimos días. Novela dolorosa, crítica, denunciatoria, admirablemente escrita, *Los apóstatas* construye ante nuestros ojos un retrato desgarrador de una familia, de un tiempo y de un país.

GONZALO CELORIO

LOS APÓSTATAS



A la memoria de Miguel.

Por la memoria de Eduardo.

En memoria de Rosa, la destinataria primordial de una escritura que no sabrá arrostrar su silencio, la red que se deshiló en el preciso momento de este salto mortal.

A mi amigo, el escritor Ignacio Padilla, que me regaló sin saberlo, *post mortem* y por interpósita persona, el título de esta novela. Cuando salieron a la luz los abusos sexuales que el padre Marcial Maciel, fundador de los Legionarios de Cristo, había cometido contra decenas de niños, Rosa Beltrán, que conocía la fe cristiana y la observancia católica de Nacho, lo puso frente al caso y le preguntó si seguía manteniendo su mismo credo. Padilla le respondió: «Ahora soy un apóstata».

apostatar 1. Dicho de una persona: Abandonar públicamente su religión.
2. Dicho de un religioso: Romper con la orden o instituto a que pertenece.

Diccionario de la Lengua Española,
Real Academia Española

Primera parte
Eduardo

De ida

Maldita sea la hora en que se me ocurrió escribir esta novela.

El doctor Gonzalo Casas Alemán murió en 1971, cuando mi hermano Eduardo ya se había ido a vivir a Oaxaca.

Mi madre me esperaba en la puerta de su departamento, vestida de luto riguroso, traje sastre, tacones altos, mantilla negra, camafeo al pecho. Su porte elegante y distinguido hubiera sido más digno de un Mercedes Benz que de mi modesto Volkswagen, que sustituyó a aquel otro *vochito* color mierda que Eduardo me había convertido en chatarra dos años atrás.

Nos estacionamos en la calle de Artistas, a espaldas de la casona del doctor Casas. La ayudé a salir del diminuto coche. Caminamos, ella del lado de la pared, yo del lado de la calle, la cuadra y media que nos separaba de la mansión.

La puerta peatonal del enorme zaguán estaba abierta, vigilada por dos agentes funerarios. No necesitamos presentarnos para que nos dejaran entrar. Atravesamos el patio de mosaicos rojos, traspasamos el arco de cantera del portón de la casa, pasamos al vestíbulo, en el que dos espejos encontrados multiplicaban el florero de azucenas que esa mañana descansaba sobre la alta y redonda mesa, y por fin desembocamos en el salón.

Mi madre nunca había estado ahí. La magnificencia del *hall*, como siempre lo llamaron en la familia Casas, le arrancó una interjección de estupor que apenas pudo refrenar.

En el centro preciso del salón, al pie de la escalera cinematográfica, se encontraba el ataúd. Parecía que las lágrimas del monumental candil se derramaran una a una, gota a gota, prisma a prisma, sobre el féretro del doctor Casas.

Habían enrollado el gigantesco tapete, quizá para que las coronas y los arreglos florales que rodeaban la caja, etiquetados en listones cuaresmales con los nombres dorados de sus remitentes, no lo humedecieran. El piso de mármol, tantos años cobijado bajo la alfombra, lucía resplandeciente. Y frío.

Había menos gente de la que podría caber en la desmesura del salón: la viuda; las hijas del doctor, acompañadas de sus respectivos maridos; algunos primos de Córdoba, Veracruz, y un número no demasiado grande de políticos de la vieja guardia: uno que otro exfuncionario del régimen presidencial de Miguel Alemán, algunos compañeros de Legislatura de cuando el difunto fue diputado, ciertos colegas o subordinados que trabajaron con él en el Instituto Mexicano del Seguro Social... Poco más. De vez en cuando, alguna sirvienta enlutada transitaba por el corredor alto y se asomaba, curiosa, al *hall* convertido esa mañana en velatorio.

Les dimos el pésame a la mamá y a las hermanas de Gonzalo. Saludamos a sus cuñados. Pero a Gonzalo, mi amigo, mi compañero, mi tocayo, no lo divisábamos entre la concurrencia. Nos enteramos de que estaba recluido en la sala del piano, acompañado de su amigo Carlos Pintos. Conduje a mi madre hasta ahí. Lo abrazamos prolongadamente. Mamá, como si se tratara de un hijo más; yo, no como si se tratara de un hermano, sino como al amigo entrañable que durante tantos años había sido mi mejor amigo. Gonzalo recibió nuestros abrazos sin palabras. Cualquier voz que hubiera querido resonar en el aire no lograba pasar la aduana de su garganta. Los gestos, encontrados y revueltos, de dolor y tranquilidad, de tristeza y liberación, de rencor y comprensión, suplieron la palabra. Tuve la impresión de que, mientras abrazaba a mi tocayo, Carlos Pintos nos miró con un dejo de celos retroactivos que se le asomaron sutilmente por las comisuras de la boca.

Tras semejantes salutaciones de rigor, mi madre se hincó sobre los mosaicos desnudos del piso, a un costado del féretro. Permaneció ahí, concentrada en sus cavilaciones, por un tiempo que a mí me pareció demasiado largo para la ocasión. Era la única persona que estaba arrodillada, y el suelo duro y seguramente helado no era lo más cómodo para una mujer de sesenta y cinco años que había parido doce hijos. Al cabo de un rato, me acerqué y le ofrecí mi brazo para que se levantara, pero ella lo rechazó

como si espantara una avispa, y permaneció de rodillas, absorta.

Además de mi decisión y mi deseo de acudir al velorio, mi madre me había pedido que la llevara. Me parecía justificable que se sintiera compelida a asistir a los funerales del padre de quien era amigo mío y también amigo de mi hermano Eduardo, y de toda la familia. La presencia de Gonzalo había sido constante en mi casa durante más de una década. Era uno más de nosotros. Entre tantos hermanos, pasaba desapercibido cuando lo invitábamos a comer. Mi madre lo adoraba, y una sobrina mía que vivía en Matehuala, cuando pasó una temporada en México, se enamoró de él porque era idéntico, en su apreciación adolescente, al Pat Boone de la película *El viaje al centro de la Tierra,* que milagrosamente se había proyectado en el cine de su pueblo.

Para entonces, mi amistad con Gonzalo, único hijo varón del doctor Casas, ya había perdido el pulso cotidiano que habíamos sostenido durante la primaria, la secundaria y la preparatoria. Al terminar los estudios de bachillerato, mi tocayo y yo tomamos rumbos diferentes. Cuando yo me inscribí en la Universidad Nacional Autónoma de México para cursar la carrera de Lengua y Literatura Españolas, él ingresó en la Universidad Iberoamericana para estudiar Contaduría y Administración. A pesar de la amistad que nos había unido durante más de una década —esos años larguísimos que van de los siete a los dieciocho en la carrera de la edad y en cuyo transcurso suceden casi todas las cosas importantes de la vida—, la universidad nos separó. Nada tenían en común sus números y mis letras, ni las características de nuestras respectivas universidades —privada y confesional la suya, pública y laica la mía—. Las condiciones económicas privilegiadas de los alumnos de la Ibero contrastaban notablemente con la extracción modesta, de clase media y hasta proletaria, de la mayoría de los estudiantes de la UNAM. Además, el Movimiento

estudiantil del 68, que propició un cisma generacional, nos modificó de manera diferente. Gonzalo empezó a tener confrontaciones cada vez más frecuentes y ásperas con su padre. Se rodeó de amigos, como Carlos Pintos, que a mí, acaso porque ya me sentía un intelectual «comprometido» por haber leído tres o cuatro libros iconoclastas, me parecieron superficiales, frívolos o arrogantes las contadas veces que los traté. E hizo frecuentes viajes a Acapulco, donde su familia tenía propiedades y él mismo invirtió dinero en algunos negocios que a la postre no fueron exitosos. Yo, por mi parte, me independicé tan pronto pude de la casa materna. Me involucré en un proyecto de enseñanza de español a hablantes de lenguas indígenas que tenía sede en El Colegio de México. Me casé por lo civil (y no por la Iglesia como lo hicieron sin excepción mis once hermanos) a la temprana edad de veintiún años, y fui padre a los veintidós, con el secreto anhelo de contrarrestar la provecta edad que el mío tenía cuando me engendró. No obstante nuestras diferencias y nuestros caminos disyuntivos, Gonzalo y yo nos seguimos queriendo, aunque las pocas veces que nos veíamos desde que la universidad nos apartó hablábamos más del pasado que del presente; y del futuro apenas articulábamos palabra. Nuestra amistad se nos fue haciendo vieja en plena juventud.

Es decir que, a pesar de nuestras divergencias, pero gracias a un cariño inveterado, tan pronto me enteré de la muerte de su padre, no vacilé en asistir al velorio, que tendría lugar en la opulenta mansión de la familia, ubicada entonces en la esquina de la avenida Insurgentes y la calle de los Cedros, hoy Vito Alessio Robles, en San Ángel.

Sabía que la relación de Gonzalo con su padre había continuado deteriorándose durante los últimos años. Pero también sabía lo que significaba la pérdida del padre, y no podía menos que corresponder, con mi asistencia, a la amistad que mi tocayo me había manifestado nueve años atrás, cuando acudió al velorio de mi papá. Entonces me acompañó y me consoló hasta donde un muchachito de escasos trece años puede consolar a otro de la misma edad

que se queda huérfano. Pero además, con independencia de los problemas que Gonzalo tuviera con él, yo quería al doctor Casas. Recordaba los juegos que organizaba para todos los compañeros de su hijo mientras esperábamos el transporte escolar a las puertas de su residencia y agradecía las muchas deferencias que tuvo con mis hermanos y conmigo cuando éramos niños: nos regalaba las estampillas que tenía repetidas en su colección filatélica; nos llevaba a la matiné del Vanguardias de la calle de Frontera en la colonia Roma a ver las películas de vaqueros del lejano Oeste, de Tarzán, de heroicos y justicieros caballeros legendarios como El Cid Campeador, Ivanhoe o Robin Hood, de marcianos, de apaches, de submarinos; nos recibía domingo a domingo para asistir, a las siete y media de la tarde, a la función del Teatro Fantástico de Enrique Alonso *Cachirulo* transmitida en vivo en la flamante televisión de su casa, que tenía cuarto propio.

Lo único que empañaba mi aprecio por el doctor Casas era el trato preferencial que siempre le dispensó a mi hermano Eduardo. A despecho mío.

Más de media hora después de mi frustrado intento, mamá me hizo una seña para que la ayudara a incorporarse. Se levantó con dificultad, pero con alivio. Me pidió que nos fuéramos de inmediato.

No cruzamos ni media palabra durante el trayecto de regreso a su casa.

—No pensarás escribir otra novela sobre tu familia, ¿verdad? —me espetó mi amiga Rosa Seco.

—No, Rosita, cómo crees.

Después de haber publicado *Tres lindas cubanas* y, siete años después, *El metal y la escoria*, pensé que la saga se había agotado. El ciclo estaba completo.

En ambas novelas había querido contar la historia de mis ancestros para conocer mis orígenes y saber un poco más de mí mismo. Y también para que mis hijos algo supieran, si bien transfiguradas por la literatura, de las tres o cuatro generaciones que los habían precedido en el reino de este mundo.

Desde los inicios de mi carrera literaria intuí, por lo poco que conocía de mis antepasados próximos —y sobre todo por lo mucho que de sus historias me habían ocultado en casa—, que sus vidas eran novelables, como, bien mirada, cualquier vida lo es. Pero las suyas quizá todavía más. Tan pronto empecé a averiguar por mi propia cuenta los pasajes más determinantes de sus biografías, comprendí que casi todos ellos habían desempeñado, sin siquiera sospecharlo, un papel épico en el transcurso de sus días. Y esa condición épica, que habían asumido con una naturalidad doméstica, era susceptible de ser contada en clave novelística. Pensé que aquellas personas, convertidas en personajes merced al artificio de la literatura, podrían ser interesantes no sólo para mí y los míos por tratarse de nuestra propia estirpe, sino para cualquier lector capaz de vivir como suyas sus convulsivas historias: historias de amor y desencuentro; de migración y exilio; de engaños y latrocinios; de pérdidas irrecuperables, bonanzas ubérrimas y miserias fatídicas; de vicios inconfesables, muertes prematuras y heroísmos impostados.

Durante largos años me di a la tarea de indagar sobre

aquellas ramas que por razones puritanas —«la nuestra es una familia ejemplar»— habían sido podadas de nuestro árbol genealógico y por las que mi curiosidad infantil, que persistió incólume en la juventud, hubiera querido encaramarse. Rastreé documentos de todo tipo —actas, testamentos, fotografías, recortes de periódicos y hasta recetarios de cocina—, consulté hemerotecas y archivos históricos, realicé viajes de estudio a varios países, entrevisté a decenas de testigos supervivientes, profané diarios íntimos que habían fungido como confesionarios de sus redactores, leí intrusivamente cientos de cartas que no estaban dirigidas a mí...

Al mismo tiempo que realizaba mis pesquisas, publiqué un par de novelas, *Amor propio* e *Y retiemble en sus centros la tierra*, cuya escritura no interfirió con mi ambicioso propósito de relatar la saga de mi familia, que avanzaba soterradamente. Como si depositara día con día monedas menudas en una gigantesca alcancía que algún día reventaría con una fortuna en su seno, pergeñaba pasajes sueltos de la que al final sería, según creía entonces, una sola novela, de larguísima extensión, en la que cupiera absolutamente todo lo que había investigado. No fue así, claro. Acaso la madurez literaria no consista en otra cosa que en morigerar la ambición de los desmesurados proyectos juveniles, que pretenden abarcar la totalidad.

A través de los años, la historia ancestral no dio origen, pues, a una novela total, como lo habían anhelado mis ensoñaciones de escritor en ciernes, sino a dos novelas bastante acotadas, referidas a la familia materna la primera, y a la paterna la segunda: *Tres lindas cubanas* y *El metal y la escoria*.

Las paredes no dejaban de llorar. No habían sido pintadas y sólo ostentaban, escrito a mano y encerrado en un círculo, el nombre del color —*rosa cárdeno, blanco, gris ostión*— que habrían de lucir en un futuro indeterminado. Las habitaciones todavía no tenían puertas, el jardín era un terregal sin una sola planta, y la cochera aún no podía hospedar el Ford 49 de Miguel ni el Chrysler 51 de Benito —que pernoctaban en la calle— porque estaba ocupada por la mesa, los tablones de madera y las herramientas del carpintero.

Antes, cuando vivíamos en la calle de Tehuantepec de la colonia Roma, el transporte escolar nos recogía a Jaime, a Eduardo y a mí a una cuadra de la casa y nos regresaba al mismo sitio, tanto por la mañana como por la tarde, pues el horario corrido aún no se había implantado. Pero a partir de que nos mudamos a Cedros, mamá determinó que Jaime, quien ya había entrado a la secundaria, se fuera al colegio en bicicleta, y que Eduardo y yo tomáramos otro camión del colegio, que seguía una ruta distinta a la que ya estábamos acostumbrados para llevarnos, junto con otros niños quizá desconocidos, al mismo Instituto México de la calle de Amores 1317 en la colonia Del Valle.

Nos habían informado que el camión pasaría a las siete de la mañana, de sur a norte, por la avenida Insurgentes, y que se detendría en el cruce con Cedros, nuestra calle. El primer día de clases de 1956, Eduardo y yo salimos de la casa a las seis y media de la mañana para caminar las tres cuadras que nos distanciaban de esa esquina. Pensábamos que en esa parada no habría nadie más que nosotros y que deberíamos estar muy atentos y visibles para que el chofer nos identificara, lo que, según nos dijo mamá para tranquilizarnos, no sería demasiado difícil porque ese día de inicio de cursos teníamos que ponernos el uniforme de gala —pantalón color marfil, camisa blanca y saco azul marino—, que yo había heredado de Eduardo y Eduardo de Jaime.

Cuando llegamos a la esquina, nos sorprendió que en la parada ya se habían congregado ocho o nueve niños que vestían el mismo uniforme que nosotros. Ocho o nueve niños y un señor, el padre de uno de ellos, que acompañaba a su hijo y ejercía, ante todos los demás muchachos ahí reunidos con anticipación innecesaria, una suerte de prefectura amistosa mientras nos recogía el camión. Ese señor, corpulento, pero no muy alto y un poco calvo, cuyas facciones —cejas, ojos agudos, ojeras abultadas, nariz aguileña, labios delgados— parecían, según recuerdo, más pequeñas que lo que el tamaño de su cabeza demandaba, era el dueño de la casa de la esquina de Cedros e Insurgentes. Esa casa no era cualquier casa. Ni ese señor era cualquier señor.

Más que casa, era un palacete. En las primeras décadas del siglo XX, cuando se construyó, había sido un hospital de la villa de San Ángel, que aún no acababa de integrarse a la Ciudad de México. Fue reconstruido en los años cuarenta como casa habitación, de acuerdo con el estilo neocolonial californiano que rigió la arquitectura mexicana de la clase nuevo rica (a la que le había hecho justicia la Revolución): señoriales fachadas barrocas, labradas en cantera rosada que se prodigaba en los marcos de puertas y ventanas, protegidas todas por garigoleadas herrerías; altos miradores semitechados con vigas de mampostería; escaleras espirales iluminadas por vitrales emplomados...

Gonzalo Casas Alemán —el señor de la casa— era hermano de Fernando Casas Alemán, que había sido regente del Distrito Federal durante el régimen presidencial de Miguel Alemán Valdés. No sé a ciencia cierta cómo había hecho su fortuna el doctor Casas, médico de origen veracruzano, cordobés para más señas, pero puedo suponer que no fue de su consulta, porque, hasta donde entiendo, nunca ejerció como médico. Lo que sí sé es que tenía un puesto directivo en el Instituto Mexicano del Seguro Social (que le permitía contar con un chofer uniformado —pantalón caqui y casaca verde olivo— y con un Oldsmobile 88 último modelo, 55 o 56, que más parecía carroza

funeraria que vehículo oficial); que había sido diputado por el PRI, y que tenía en propiedad aquella casona neocolonial californiana de la esquina de Cedros e Insurgentes.

Pero antes de fijarme en la gigantesca casa; antes de percibir la presencia del señor que la poseía, antes de averiguar quiénes eran los compañeros que ahí estaban reunidos, en qué años iban y cómo se llamaban, vi a Gonzalo Casas, el niño que ahí vivía y era hijo del doctor Casas: ¡Gonzalo Casas! ¡Mi tocayo, a quien yo ya conocía!

El año anterior, el de nuestro primero de primaria, Gonzalo y yo habíamos sido compañeros de banca, no en las clases regulares, pues estábamos en grupos diferentes, él en 1.º «A» y yo en 1.º «B», sino en un grupo especialmente integrado por quienes debíamos prepararnos para la Primera Comunión. Entre los pecados, las confesiones, los propósitos de enmienda, las portentosas expectativas del cielo —que no eran más estimulantes para portarse bien que el pavoroso infierno tan temido—, la sonrisa maternal de la Virgen, el dolor sanguinolento del Cristo crucificado por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa... Gonzalo y yo nos caímos bien. Aunque no sé cómo, porque él se tomaba a la ligera lo que yo me tomaba muy en serio. Él era sonriente, amigable, alegre, y yo, más bien tímido, inseguro, temeroso —de Dios y del infierno—, pero estábamos sentados en la misma banca corrida frente a la cual se alzaban dos pupitres gemelos y nos llamábamos igual: *Gonzalo*. Tocayos, tocayitos. Mientras duró nuestra preparación para la Primera Comunión nos vimos a diario, pero después sólo coincidíamos de vez en cuando en los recreos. Recuerdo que una vez me invitó a una especie de alfajor cubierto de chocolate que compró en la tienda de la escuela, a la que yo nunca acudía por la sencilla razón. En mi casa no me daban ni un centavo para comprar golosinas durante el recreo.

Me dio alegría encontrarlo ahí, en la puerta de su casa el primer día de clases de 1956. Creo que a él también le dio gusto verme y saber que éramos vecinos. A partir de ese momento nos hicimos muy amigos, aunque siguiéramos en

grupos diferentes, él en 2.º «A» y yo en 2.º «C», y esa amistad se prolongó durante muchos años, hasta que la universidad nos separó.

No siempre fue placentero ir a la escuela; muchas veces era un fastidio, y en algunas ocasiones, un bostezo que se prolongaba durante toda la mañana y durante toda la tarde, sólo interrumpido por la chicharra que anunciaba la hora del recreo o de la salida. Pero ir todas las mañanas a la parada del camión siempre fue divertido, al grado de que cada día llegábamos más temprano para disfrutar por más tiempo, en ese recreo anticipado, los juegos o las competencias que el doctor Casas nos organizaba mientras esperábamos que llegara por nosotros el transporte escolar: carreras, concursos de balero o de yoyó (según la época del año), torneos de box (para los cuales el doctor nos proveía de los guantes apropiados). Todo ello en la entonces apacible acera de la avenida Insurgentes, por donde apenas circulaban algunos coches y los camiones que transportaban a los estudiantes, profesores y trabajadores a la flamante Ciudad Universitaria, inaugurada apenas un par de años antes.

La casa de Gonzalo tenía un enorme portón de madera, cuyas hojas sólo se abrían de par en par para dar paso al funerario Oldsmobile 88 o a los automóviles de los asistentes a las fiestas que de vez en cuando se celebraban en la mansión, pero en una de esas hojas se recortaba una puerta más pequeña, de escala humana, para los peatones. El doctor Casas siempre estaba apostado, como señor feudal, en esa puerta de su palacete, en ese interregno entre el gigantesco patio de su casa y la calle, un pie apoyado en el travesaño inferior, a veces con el cuerpo adentro, a veces con el cuerpo afuera, acompañando al hijo y sus condiscípulos y fungiendo como árbitro indiscutible de los juegos que él mismo organizaba.

Al poco tiempo de nuestro reencuentro, Gonzalo me invitó a jugar a su casa un sábado por la mañana. Me llevé el bate

de beisbol labrado y pintado con motivos de aborígenes canadienses que Bob Johnson, esposo de mi hermana Virginia, había llevado a la casa. Con ese bate, que más bien parecía un tótem, pude tocar el timbre de la casona, al que quizá no hubiera alcanzado ni aunque me pusiera de puntitas. Después, Gonzalo me revelaría, pidiéndome con mucha parsimonia que no se lo dijera a nadie, que en un intersticio del zaguán había otro timbre oculto, que era el que usaban «los de confianza» y al que Juana, la sirvienta de mayor edad y jerarquía, respondía de inmediato en esos tiempos anteriores a los interfones, atravesando el patio hasta llegar a la puerta de la calle para darle la bienvenida al visitante de confianza que conocía el secreto. ¡Como yo!

Me quedé muy impresionado. La casa tenía, a la izquierda, un jardín lateral con árboles frutales, una fuente de cantera y unos columpios aburridos; a la derecha, se extendía un patio que desembocaba en una cochera donde dormían el Oldsmobile y, a su lado, *Rex*, el pastor alemán guardián de la mansión. Por ahí también se accedía a la entrada de servicio, la lavandería, la despensa, la cocina. A la casa propiamente dicha, se entraba por una puerta de hierro forjado, cuyo marco de cantera se refocilaba en ornamentaciones barrocas. Daba a un vestíbulo. A la izquierda, una puerta solemne, más de bufete de abogado que de consultorio médico, comunicaba al despacho del doctor Casas, y al frente se abría el salón. ¡Qué salón! Era una especie de claustro conventual de dos niveles, con arcadas en ambas plantas, pero techado y lujoso; de día, iluminado y colorido por dos ventanales emplomados que caían como brillantes pendones de una de las paredes —la única que no tenía entresuelo ni arcos e iba desde el suelo hasta el techo, donde se respaldaba la descomunal chimenea, también enmarcada con una cantería que se elevaba por todo el tiro presumiendo ignotos o apócrifos blasones—, y de noche por un candil monumental, cuyas luces caían sobre los arabescos de la alfombra. Una escalera curvilínea, en la que se podrían haber filmado muchas de las escenas de la época de oro del cine nacional,

desembocaba (pues más bajaba que subía) en el gran salón. En el «claustro bajo», se disponían la cantina, discretamente guarnecida por una cortina de seda carmesí, sólo descorrida en días de fiesta; un baño de visitas; una sala íntima que a partir de esos años se convirtió en el cuarto de la televisión, donde, salvo por las palomitas de maíz, se seguía el mismo protocolo que para ir al cine (pipí antes de entrar, luces apagadas, silencio, que la función va a comenzar); el comedor de fiesta, de mesa larguísima, con sus sillas de altos espaldares y sus vitrinas refulgentes de copas; la entrada al comedor doméstico, más austero y familiar, y después, la que ellos llamaban sala, para diferenciarla del salón —o *hall*—: un lugar dominado por un piano que el doctor Casas tocaba con fervor veracruzano, y rodeado de sillones de madera oscura, tapizados de brocados rojos y brillantes. En la planta alta, los dormitorios de las tres hermanas de Gonzalo, y el de la mamá, muy distante, por cierto, del que ocupaba su marido en el extremo opuesto; el cuarto de Gonzalo, solemne y sobrio, más de adulto que de niño, con baño propio; y el dormitorio del doctor Casas, con su cama respaldada por una cabecera tallada en madera y su sillón reclinable, con taburete a los pies, en el que dormía sus siestas, breves y con el cinturón desabrochado, según lo vi la única vez que entré accidentalmente a su cuarto pensando que era el baño contiguo. Esa casa de Casas era para perderse. Pero lo que más me impresionó de aquella mansión, que obviamente me impresionó pues la guardo en la memoria con precisión fotográfica y ahora mismo, sesenta años después, podría hacer un plano fidedigno de cada una de sus plantas, fue el cuarto de juegos de mi tocayo: un cuarto aledaño al arranque superior de la escalera, iluminado por unos bloques de vidrio entonces de moda que hacían las veces de pared, y atiborrado de juguetes que yo no había visto ni en la juguetería Ara de Insurgentes y Copilco: un caballo de lámina de cuerpo entero con sendos balancines que unían cada pata con su correspondiente remo, los soldados de plomo que integraban distintos y poderosos ejércitos, los

disfraces de payaso, de centurión romano, de Llanero Solitario; las pistolas de fulminantes, las manoplas de beisbol, las pelotas, los yoyós, los baleros, los mecanos...

Yo sólo tenía el producto de mi petición temprana de la caja de cereales Maizoro, cilíndrica, con la que podía improvisar un tambor o un cucurucho o un sucedáneo de calabaza de día de muertos. Y vivía en una casa en construcción, en la que las paredes lloraban de humedad.

—Y las que ya escribiste, ¿tú de veras piensas que son novelas o son meras historias de familia?

—Ay, Rosita, la verdad yo creo que la división de los géneros literarios, que nos viene desde los tiempos aristotélicos, ahora sólo sirve para que los profesores de literatura devenguemos nuestros salarios quincenales.

La novela es el más dúctil de los géneros literarios. Un género sucio, decía Carlos Fuentes, que cuando los preceptistas han tratado de sujetar a normas predeterminadas, lo han vuelto un género anoréxico. La novela se nutre de la vida, de sus pasiones, sus horrores, sus glorias, sus perturbaciones, sus incertidumbres, y lo mismo puede echar mano de la historia que de la ficción, de la realidad que de la fantasía, de la verdad que de su negación. Es un género que soporta todas las promiscuidades. Es el género de géneros, capaz de acoger por igual la expresión lírica, el diálogo dramático, la crónica, el ensayo, la memoria o las reflexiones literarias (como todas las que yo estoy perpetrando en estas páginas) y aun otras novelas. ¿Qué es *El Quijote* si no una suma de todos estos géneros? Y también el rompimiento con los cánones precedentes. Toda gran novela, decía Alejo Carpentier, empieza por hacer exclamar a sus lectores: «¡Pero esto no es una novela!».

En el largo proceso de escritura de *Tres lindas cubanas* y *El metal y la escoria* la literatura se fue enseñoreando de la historia de mi familia hasta avasallarla por completo.

Liberado de las exigencias de la veracidad histórica, le di cabida a la imaginación novelística: modifiqué nombres, fechas, parentescos; suprimí de un plumazo personajes anodinos para la literatura por más que hubieran sido relevantes para la vida familiar, de igual manera que engendré otros que se desplazaron por mis páginas con la misma naturalidad que si hubieran transitado por la historia. Mi escritura se pobló de hipérboles, falacias, invenciones, lo que, paradójicamente, me permitió hacer

calas más profundas en aquella historia original. Porque la ficción puede llegar adonde la veracidad histórica se detiene como delante de un precipicio. Y es que la novela tiene la potencia de ampliar las escalas y las categorías de la realidad. No se limita a contar lo que los seres humanos hacen, dicen y piensan, sino que también incorpora a su discurso lo que recuerdan, lo que imaginan, lo que sueñan…, todo aquello que forma parte de su realidad, entendida en un sentido amplio e incluyente. Y al mismo tiempo, la realidad, ensanchada por la imaginación que la subvierte y por el verbo que la recrea, se despliega con mayor riqueza y se revela con mayor profundidad. Sabemos más del campo mexicano por *Pedro Páramo* de Juan Rulfo que por todos los estudios históricos, sociales, económicos que se hayan realizado sobre el medio rural postrevolucionario de México.

Justamente por haber alterado, con la imaginación, la historia referencial, considero que mis dos obras anteriores son novelas y no libros historiográficos, aunque vaya que la historiografía, como lo postulaba Edmundo O'Gorman, también recurre a la imaginación para iluminar las zonas oscuras del pretérito. Los datos, por sí solos, no hablan; hay que interrogarlos, torturarlos hasta que confiesen, como decía un historiador, y después articularlos en un discurso narrativo, cuyos límites, a diferencia de la novela, no son los de la verosimilitud (si es que la verosimilitud es una condición de la novela, género libérrimo si los hay), sino los de la veracidad.

Espero que quienes hayan leído las dos primeras novelas de la saga no sufran un desengaño con estas confesiones, y que quienes no las hayan leído no se aburran con semejantes disquisiciones literarias —que después, ay, cobrarán sentido— ni se sientan obligados a leerlas como requisito para entender la que ahora tienen en sus manos. Si bien *Los apóstatas* es el tercer volumen de la saga, pretende ser tan autónoma como cada una de las dos que la precedieron, igual que cada hijo lo es con respecto a sus padres y a sus hermanos.

Al principio, Eduardo y yo nos íbamos juntos todas las mañanas a la parada del camión, casi sin hablar, pero acompasados por una hermandad tan esquiva como inocultable.

Un día, Eduardo se me adelantó. Cuando yo estaba listo para salir a la hora de costumbre, él, sin haberme dicho nada, ya había emprendido la caminata de las tres cuadras —una corta hasta Tecoyotitla, una muy larga hasta Artistas y otra cortísima hasta Insurgentes— que nos distanciaban de la casa de Gonzalo Casas. Lo divisé a lo lejos, a la mitad de la cuadra larga, pero ni aun corriendo lo hubiera podido alcanzar, así que me fui por primera vez solo y a mi propio paso.

A partir de ese día, Eduardo se fue siempre por su cuenta y casi siempre antes que yo. Si alguna vez de casualidad yo salía primero, él se retrasaba a propósito para que no coincidiéramos en el camino. No es que nos lleváramos mal, ni que se avergonzara de mí ni que yo representara un estorbo o una carga para él. Simplemente quería irse solo. Creo que la convivencia obligada con tantos hermanos, que impedía la más elemental privacidad, suscitaba el comprensible deseo de estar solo, aunque fuera por unos momentos, como los diez o quince minutos que invertíamos en ir hasta Insurgentes. Además, Eduardo y yo no sólo vivíamos en la misma casa y comíamos en la misma mesa, como nuestros demás hermanos, sino que dormíamos en el mismo cuarto, nos bañábamos en el mismo baño, nos peinábamos con el mismo peine, usábamos la misma ropa (bueno, yo usaba la suya cuando a él empezaba a quedarle chica), teníamos los mismos horarios, nos íbamos a la escuela en el mismo camión y estudiábamos en los mismos libros, que yo heredé durante toda la primaria y de cuyas páginas preliminares, año con año, tachaba su nombre para escribir el mío, con un sentimiento de intrusión y un malestar propio del inquilino que quisiera ser el dueño de la vivienda que habita.

Pronto me acostumbré a irme por mi cuenta. Una vez superados los primeros temores y aprensiones de andar solo por la calle a los ocho años, aprendí a disfrutar, como él seguramente lo hacía, la libertad de caminar a mi propio ritmo, de detenerme a ver lo que se me daba la gana, de elegir si me iba por el lado de las casas o por la ribera del río y, sobre todo, de jugar. Jugar con mi imaginación, jugar conmigo mismo —o contra mí.

Si escogía la acera, podía jugar a no pisar ninguna raya en la banqueta, a calcular los pasos que tendría que dar entre Tecoyotitla y Artistas, a ser ciego e ir adivinando, con los ojos cerrados y rozando con las yemas de los dedos de mi mano izquierda, las construcciones que se sucedían en el trayecto: la reja de la casa paredaña a la mía, a la que llegaban sólo dos o tres tardes por semana un señor de aspecto ejecutivo y una señora muy emperifollada en sendos chevrolets último modelo; los barrotes de la casa de los Romero; la pared rugosa de la esquina de Cedros y Tecoyotitla; los arcos invertidos, como columpios, de la mansión en la que vivían Picho y su familia; la barda Gorbea del terreno baldío; la vieja casa de Marco Antonio Durán, con sus argollas empotradas en las jambas de la puerta donde, en otros tiempos, se amarraban los caballos; la piedra volcánica pulida de la casa de los Palomar, la entrada al Sanatorio Fátima, la cortina metálica del estanquillo, cerrada a esa hora temprana de la mañana; la pared lateral de la residencia de Marga López y Carlos Amador, por quienes la calle que desemboca en Cedros se llamaba *Artistas*… Y cuando por fin llegaba a la parada y abría los ojos francamente (porque en el camino, sobre todo al cruzar las calles, los entreabría con disimulo), me topaba con los demás compañeros que esperaban el camión como nosotros, con Gonzalo Casas y su papá, por supuesto, y con Eduardo, que había llegado unos minutos antes que yo.

Si escogía el lado del río, no podía cerrar los ojos y casi ni parpadear, porque esa travesía deparaba muchas sorpresas —y en arrostrarlas o sortearlas consistía el juego —: un charco entre la maleza, una boñiga de caballo, unos

perros amenazantes que defendían los jacales que se habían construido ilegalmente en la ribera, un jinete a todo galope por el camellón, un borracho tumbado a la sombra de un árbol cercano a un estanquillo en el que se vendía cerveza —y quizás, en forma clandestina, algún mezcal—, llamado El Atorón de los Charros.

Cualquiera que fuera mi camino, llegaba a la misma parada e invariablemente me encontraba con mi hermano Eduardo. Todavía lo puedo ver, con la contundencia difuminada de un viejo daguerrotipo, parado sobre el travesaño inferior de la puerta peatonal de la casa de Gonzalo, respaldado por el doctor Casas, quien dirigía los juegos o las competencias que había preparado para esa mañana.

Gonzalo Casas y yo teníamos la misma edad, vivíamos a tres cuadras de distancia, íbamos a la misma escuela, cursábamos el mismo grado (aunque en grupos diferentes) y, como si fuera poco, además del mismo nombre, teníamos las mismas iniciales. Estábamos destinados a ser amigos, muy buenos amigos, los mejores amigos. Él siempre fue mi mejor amigo —como se puede decir, sin reticencias y con orgullo, cuando se es niño o incluso adolescente—, desde el segundo grado de primaria hasta el último de la preparatoria. Pero durante dos años tuve que compartir su amistad con mi hermano Eduardo. Y quizás en ese lapso, yo no fui el mejor amigo suyo.

Muchas veces fui a comer a casa de Gonzalo; muchas veces él fue a comer a la mía, aunque no tantas como yo a la de él. Cuando yo iba al palacete donde vivía, me esmeraba en adoptar los buenos modales que me habían enseñado en mi familia y que con frecuencia se relajaban ante la intemperancia de los muchos comensales que, en mi casa, nos sentábamos, hambrientos, gritones, desmadrosos, en esas bancas más propias de un refectorio conventual que de un comedor casero y que profanábamos a codazos, patadas por debajo de la mesa y discretos pero certeros

lanzamientos de bolitas de migajón. En casa de Gonzalo amplié mi repertorio de la buena educación a la hora de la comida, hasta entonces limitado a preceptos tan elementales como no apoyar los codos sobre la mesa, masticar con la boca cerrada, no eructar. Ahí aprendí que los cubiertos se usan, de afuera adentro, en el orden en que se disponen a los costados del plato; que la servilleta se coloca en el regazo y que a la izquierda se ponen los sólidos (el pan) y a la derecha, los líquidos (el agua). Lo que más me llamaba la atención era que al final de la comida el doctor Casas, sentado a la cabecera —no podía ser de otro modo—, pelaba una manzana con un cuchillo y, con precisión de cirujano (era médico), lograba que la cáscara no se rompiera: empezaba por arriba, cerca del tallo, digamos que por el polo norte, e iba deslizando sensualmente el bisturí alrededor de la fruta hasta llegar al polo sur, en una continuidad que a todos admiraba y a él le producía una satisfacción golosa, que rubricaba con una sonrisa triunfante y placentera.

Cuando mi tocayo iba a comer a mi casa, yo tenía que pedir la autorización de mamá con dos días de anticipación para que alcanzara la comida y para que ella cocinara algo ligeramente más refinado que lo que servía del diario, pues sabía de las pretensiones de la familia Casas Alemán. La verdad, a pesar de las aprensiones de mi madre, daba un poco igual que se esmerara en las artes culinarias a costa de la precaria economía doméstica, porque Gonzalo, con la campechanía de su temperamento, se sentaba como cualquier hijo de vecino en una de las bancas, en la que los hermanos nos recorríamos un poco para hacerle sitio, y apenas se notaba su presencia en medio del barullo, que aturdía a todo mundo, aun a mi padre, que casi no oía.

Gonzalo y yo éramos amigos, como se es amigo en la infancia: con devoción, con alegría, con orgullo, con complicidad; con celos también.

Él era un muchacho grandulón, rubicundo, guapo. Era más alto y corpulento que yo y tenía una risa fresca, como de borbotón. Yo, a su lado, me veía más bien enclenque y

un poco zarrapastroso, a pesar de que siempre tuve huesos anchos y de que en mi casa estaban firmemente asentados los hábitos de la higiene personal —el baño diario, la cepillada de dientes después de cada comida, el corte de uñas semanal—. Pero los pantalones cortos que vestí, para mi vergüenza, hasta tercero de primaria permitían ver la mugre que el juego de canicas o las luchas me dejaban en las rodillas; tenía la cabeza pelada a rape, igual que Eduardo, salvo por un fleco que había suscitado el apodo de «mongol» que a él y a mí nos estigmatizaba; sólo contaba con dos dientes incisivos superiores, grandes y separados, como de conejo y, para colmo, usaba desde kínder unos anteojos redondos y de gruesos cristales, con todo lo cual mi apariencia tenía cierto aire menesteroso y sabiondo, digno de algún personaje infantil de las novelas de Dickens. O de Twain: al lado de Gonzalo, siempre pulcro y bien peinado, como el príncipe, yo me parecía al mendigo. Pero las mayores cualidades de mi tocayo no residían en su fisonomía ni en su acicalamiento, sino en su propia naturaleza: era un amigo desprendido, discreto y sencillo. Me prestaba sus juguetes a domicilio y compartía con largueza sus recursos, provenientes de los dispendiosos domingos que le daba su padre y que contrastaban con el nulo estipendio que mis hermanos y yo hubiéramos podido, o querido, recibir; nunca presumió, ni de niño ni de joven preparatoriano, de su encumbrada posición social, y jamás usó, como quizás hubiera preferido su progenitor, el doble apellido Casas Alemán, sino sólo el primero de su padre, Casas, seguido del de su madre, Ocejo: Gonzalo Casas Ocejo.

Mi hermano Eduardo fue penetrando paulatinamente en ese ámbito de nuestra amistad. Si no acabó por desplazarme, sí limitó mi relación con Gonzalo, pues, por esa su necesidad de independencia que lo hacía irse por su cuenta a la parada del camión, también iba a casa de los Casas cuando estaba seguro de que yo no estaría ahí. No recuerdo que hayamos coincidido, salvo en algunas circunstancias específicas, como los domingos para ver el

Teatro Fantástico y, en dos o tres ocasiones, cuando el doctor Casas, aficionado a la filatelia, nos convocaba a su despacho y, sentado a su escritorio, nos enseñaba su colección de timbres postales e incluso nos regalaba algunas estampillas repetidas, entre las que recuerdo una española con la efigie de Franco, una mexicana con la cabeza de Quetzalcóatl, una canadiense con la imagen de la jovencísima reina Isabel II de Inglaterra y una del Congo Belga, tan vistosa que sólo me acuerdo del color verde y naranja de su estampado y no del animal que en ella se figuraba: ¿una mariposa?, ¿un tigre?, ¿un cocodrilo?

Entiendo que mi tocayo pudiera tener cierta preferencia por mi hermano, pues Eduardo era dos años mayor que nosotros y la edad pesa en la infancia mucho más que en la vida adulta. Seguramente Eduardo le parecía más interesante, más atractivo que yo. Tenía mayor ascendiente sobre él que el que yo podía ejercer, a pesar de la presunta sabiondez que mis grandes anteojos redondos me atribuían.

Una vez tuve celos.

Ha de haber sido en el año del 57. Se instaló en México, como lo hacía año con año, el Circo Atayde, con sus monumentales carpas, sus trapecistas, sus equilibristas y sus payasos, que yo sólo conocía por algunas estampas del *Tesoro de la Juventud* y por un juego, que me habían regalado la Navidad anterior, de figuras circenses de cartoncillo (un feroz tigre de Bengala; un contorsionista que, doblado hacia atrás, con el ombligo al techo, lograba asomar tranquilamente la cabeza entre sus propias piernas; una bailarina parada en una gigantesca pelota de gajos rojos y azules; un domador de bigotes tan prominentes y puntiagudos como su látigo; una foca parada en un taburete, sosteniendo con el hocico bigotón la misma pelota sobre la que posaba la bailarina), que se recortaban y se podían poner en pie gracias a una lengüeta que se abría en la parte inferior de cada figura.

El doctor Casas quiso llevar a su hijo a ver el espectáculo e invitó a Eduardo para que lo acompañara. A

Eduardo. Sólo a Eduardo.

Si algún valor se había impuesto en mi casa era el de la equidad. No había ningún tipo de privilegio. Lo que había para uno, tenía que haberlo para todos, tratárase de lo que se tratara, y si no, simplemente no lo había para nadie. La comida, la ropa, las pequeñas diversiones, los mínimos juguetes, todo se distribuía equitativamente entre los miembros de la familia, con los únicos criterios de la edad y de la pertinencia. Así que no entendí que Eduardo fuera el invitado al Circo Atayde si yo era, hasta entonces, el mejor amigo de Gonzalo, su compañero, su tocayo. No es que no quisiera que fuera Eduardo al circo, sino que me resultaba incomprensible que yo no hubiera sido convidado.

Al ver mi frustración, que me hizo llorar con un sentimiento hasta entonces inédito, mamá trató de subsanar el desaguisado que había herido mi amor propio, y le pidió a Eduardo que le preguntara a Gonzalo Casas si yo también podía acompañarlos, pagando, desde luego, el boleto del caso, aunque tal erogación pudiera desajustar el presupuesto familiar. No sé si Eduardo llegó a decírselo a Gonzalo. Quizá se quedó callado, por vergüenza o por un egoísmo justificado, pues tal vez no quería renunciar al privilegio, acariciado por los miembros despersonalizados de una familia equitativa, de haber sido el elegido: el singular, el único, el mejor amigo de Gonzalo Casas. Yo, en su lugar, tal vez no habría dicho nada.

Como quiera que haya sido, Eduardo le transmitió a mamá la respuesta negativa del doctor Casas: las entradas estaban agotadas.

Entre los muchos que podría presentarte a propósito de la alteración de la historia referencial, te pongo, Rosita querida, un par de ejemplos meramente onomásticos, aplicables a los diversos procesos que se desencadenaron para que una historia se convirtiera en una novela.

Mi abuelo paterno no se llamaba Emeterio, como digo en *El metal y la escoria*, sino Benito, nombre que en la evolución lingüística pasó del *Benedicto* latino al *Benito* castellano. Al deshacerse de una sílaba, algo perdió de su fuerza primigenia, y se asemejó a una terminación diminutiva, cuya debilidad intrínseca no pudieron contrarrestar ni la firmeza de Benito Juárez, ni el autoritarismo fascista de Benito Mussolini ni la osadía y el temple de mi abuelo Benito Celorio, que «hizo las Américas» como si, en lugar de Benito, se hubiera llamado Emeterio, con sus cuatro sílabas eufónicas y bien plantadas.

Por otra parte, mi abuela materna no se llamaba Antonia, según la nombro en *Tres lindas cubanas*, sino Virginia, como, por ella, se llamó mi madre. Con el de Virginia me sucedió algo parecido a lo que había ocurrido con el nombre de Benito. La reciedumbre, el rigor, el carácter dominante de mi abuela, quien bordó la estrella de la primera bandera de la Cuba independiente de España (aunque en aras de la verosimilitud no lo menciono en la novela: ¡ningún lector me lo habría creído!), concordaban más con un nombre eminentemente masculino que con uno de la exclusividad femenina. En esa época, la asignación de papeles diferenciados para el hombre y para la mujer parecía inamovible. De llamarse Virginia en la novela, como se llamaba en la realidad, no habría tenido la osadía de echarse a cuestas un amante que la misma escritura de la novela me descubrió y que no pude dejar de adjudicárselo. Donde quiera que se encuentre mi abuela Virginia (que no se encontrará en ninguna parte salvo en las páginas de *Tres lindas cubanas* bajo el seudónimo de Antonia y transfigurada por la literatura), que me perdone por mis omisiones, como

la de no haber contado que bordó la estrella de la bandera nacional cuando su esposo —mi abuelo Gonzalo— peleaba del lado de la Corona Española para mantener la Perla de las Antillas bajo su dominio frente a la voracidad del nuevo imperio norteamericano. Y también por mis infidencias, como su aventura amorosa con un negro yoruba.

En la escritura de las dos primeras novelas de la saga, como en la que estoy escribiendo ahora, se ha operado un milagro. Los datos de la historia que yo le proporciono a cada novela, la novela misma me los devuelve acrecidos por revelaciones insospechadas antes de la escritura, y acaba por convertirme a mí, su propio autor, en el sorprendido lector de esas revelaciones. La información que le suministré a *Tres lindas cubanas* fue armando una secuencia narrativa que puso en evidencia que mi abuela materna, aquella señorona *sacarocrática* de tan racista clase social, había tenido un amante negro. De igual modo, en *El metal y la escoria* descubrí, gracias a la escritura, que Ricardo del Río, el fiel amigo de mi abuelo paterno, el que lo había acompañado a hacer la América, el que había recibido en adopción a su hija menor —mi tía Luisa— cuando mi abuela murió, el que fungió como honorable albacea de su testamento..., fue quien expulsó del país a mi tío Severino e indirectamente le causó la muerte y quien desplumó a mi padre y sus hermanos de la cuantiosa fortuna que mi abuelo había amasado a lo largo de toda una vida de arduo trabajo.

Sí; la imaginación saca a la luz las imprevisibles verdades de la historia.

Mi hermana Tere era una joven guapa, colmada de vitalidad y tocada por la gracia: era alegre, simpática, coqueta y audaz. Es una pena que haya muerto tan temprano, a los veintitrés años, en un accidente automovilístico, junto con su flamante marido. Pero ésa es otra historia, que ya conté en *Tres lindas cubanas*.

Antes de casarse, Tere tuvo muchos pretendientes. Uno de ellos, cuando apenas había salido de la adolescencia, se llamaba Alfredo Calderoni; era, como su nombre lo indica, de origen italiano, y ostentaba un esforzado bigotito pelirrojo. Una tarde de visita, vigilada por buena parte de la prole chaperona, le regaló a su prospectiva novia una caja que no era de música ni de chocolates, como hubiera sido previsible, sino de donas, robustas y azucaradas, que para entonces eran una novedad en México.

Cuidadosa de su recién estrenada figura de mujer, Tere no se las comió de inmediato, como lo hubiera hecho cualquiera de los hermanos chicos, que siempre teníamos hambre, sino que las puso a buen recaudo para degustarlas poco a poco, a lo largo de una o dos semanas, porque, según se sabía, sus conservantes podían mantenerlas frescas durante un buen tiempo. Pero al día siguiente, antes de que las hubiera llegado a probar, las donas se esfumaron misteriosamente. No habían desaparecido una ni dos, sino la docena entera con todo y caja. Tere estaba segura de que las había guardado en un lugar *inexpugnable*, como diría mi hermano Miguel. Pero de ellas no quedaba ni rastro: ni la caja, ni el cordelito que la amarraba; vaya, ni siquiera una migaja o un granito de azúcar.

La comida en la casa apenas era suficiente y estaba rigurosamente racionada. Mi madre hacía enormes esfuerzos para darnos de comer a todos. Y lo hacía con un gran sentido de la equidad y del aprovechamiento. Todas las mañanas cada uno de nosotros podía tomarse un jugo de naranja, si bien servido en un vaso diminuto, más parecido a un *caballito* tequilero que a un vaso propiamente dicho,

para que nos alcanzara a todos. No había distingos de ninguna especie. Si la leche se tomaba caliente, se servía caliente para todos; si los huevos eran revueltos, lo eran para todos. Nada de que uno quería la leche fría y otro tibia y otro caliente; nada de que uno huevos revueltos, otro cocidos y otro estrellados. Y el pan era bolillo, porque las disputas que se habían suscitado a la hora de la merienda por las conchas, los cuernos, los cocoles, las orejas, las piedras, los espejos o los polvorones —yo pedí primero la concha de chocolate; no, es mía; yo ya la escupí, así que no creo que ninguno de ustedes la quiera...— habían estado a punto de llegar a los golpes, así que se determinó que sólo hubiera bolillos para todos, o mejor dicho, un bolillo por persona, igual que el huevo o el plátano o la rebanada de jamón o la ración de sopa, de arroz, de carne —cuando la había— o de postre. Nada se desperdiciaba en casa, porque si algo de casualidad sobraba tras el milagro cotidiano de la multiplicación de los panes y los peces, los viernes mamá preparaba en la licuadora su consabida «sopa de sobras» con todo aquello que no se había consumido a lo largo de la semana, una mezcla inédita, muchas veces afortunada, pero otras francamente repulsiva. La de la casa de mi infancia era una alimentación suficiente y balanceada, sí, pero algo tenía de conventual o cuartelaria, como la casa misma.

Yo pasé hambre, pero no sufrí desnutrición. Esa hambre adolescente, feroz, insaciable del mediodía, al regresar de la escuela, una hora antes de la hora de la comida; o de media tarde, antes de la cena, que se topaba invariablemente con la despensa cerrada o con el refrigerador, que también estaba bajo llave (creo que fue el único modelo de General Electric que tuvo cerradura), o con la policromada panera de lámina, defendida, con el bate de beisbol que Bob había llevado a casa, por mi hermano Jaime, que no estaba dispuesto a ir de nueva cuenta a la panadería (porque ésa era la tarea que él tenía asignada, como cada uno de nosotros la suya: barrer la banqueta uno, podar el pasto otro, sacar la basura otro más...). Así que la presencia en casa de unas donas Bess

Eaton resultaba por demás codiciable.

Pero nadie se había comido esas donas que Alfredo Calderoni le había obsequiado a mi hermana Tere. Mi madre nos preguntó a cada uno de nosotros, en conjunto y por separado, por las donas. Como nadie confesó, turnó el caso a Miguel, el inquisidor.

Lo primero que hizo nuestro hermano mayor fue reunirnos a todos en la sala. Los cuatro más grandes, que ya habían alcanzado la mayoría de edad y trabajaban para contribuir al sustento de la familia, quedaron exonerados de la comparecencia, además de Miguel, obviamente, que fungió como juez y detective, quien no descartó de entrada la posibilidad de un autorrobo, y citó también a Tere, no sólo como la parte acusadora en ese juicio, sino también como sospechosa, igual que todos los demás hermanos. Y si hubiera estado en sus posibilidades, habría citado al mismísimo Alfredo Calderoni. Nos dispuso como si se tratara de tomar una fotografía de familia, en dos filas. En la de atrás, de pie, Tere, Ricardo, Carmen y Jaime, y en la de adelante, sentados en la alfombra o en cuclillas, Eduardo, Rosa y yo. Frente a nosotros, Miguel, el fotógrafo de esa toma inexistente que retengo en la cabeza con las tonalidades del color sepia con que se almacenan algunas imágenes antiguas en la memoria. Y detrás de Miguel, como testigo de honor o juez supremo, mi madre, que había delegado en su hijo primogénito el esclarecimiento del misterioso caso de la desaparición de las donas, y que no pudo seguir todo el proceso, lenta y minuciosamente desarrollado por Miguel, por las inaplazables tareas domésticas que tenía que acometer.

El discurso de Miguel fue largo, sentencioso y, al menos para los chicos, un tanto incomprensible. Yo recuerdo que nos hizo un *exhorto*, palabra que entonces dijo y que no entendí sino varios años después, a que el culpable admitiera su fechoría, pues de esa aceptación dependía la posibilidad del perdón, mientras que, si no confesaba, tendría que asumir, cuando fuera descubierto —cosa que ocurriría *ineluctablemente*, como dijo—, las terribles

consecuencias no sólo del pecado cometido, que atentaba contra el séptimo mandamiento —NO ROBARÁS—, sino también del que estaba a punto de cometer, el de la falacia, que violaba el octavo —NO MENTIRÁS—. Habló también de los pecados capitales implicados en el *latrocinio* —como le llamó varias veces al simple robo—: la gula, la envidia y la codicia. Pero nadie confesó. Miguel continuó su discurso con la amenaza de que, si nadie se declaraba culpable, tendría que aplicarse un castigo general en el que pagarían justos por pecadores, lo que *gravitaría* —dijo— sobre la conciencia del ladrón. Como nadie confesaba a pesar de sus admoniciones terroríficas, dichas con una seriedad cada vez mayor, instó a un receso, que debería cumplirse en absoluto silencio, para que el autor del robo cobrara conciencia de que la gravedad de su delito sería mucho mayor si no lo confesaba, pues caería sobre sus hombros el peso del injusto castigo que se aplicaría a todos por igual, tan equitativamente como se repartían los bisteces, las salchichas o las rebanadas de dulce de membrillo. Al cabo de un rato de silenciosa reflexión, que él llamaba *examen de conciencia*, nos convocó a que habláramos entre nosotros con total libertad, para lo cual se ausentó de la sala con un desplante teatral.

Obviamente, Tere no quería estar sometida a semejante interrogatorio, pues ella era la víctima y no la victimaria del hurto y le molestaba sobremanera que Miguel la hubiera colocado del lado de los acusados, tanto, que ya se había arrepentido de haberle dicho a mamá que sus donas habían desaparecido del lugar secreto en que las había guardado. Los demás estábamos igualmente molestos, incómodos, temerosos. Nos sentíamos maltratados, inculpados cuando todos, menos uno, éramos inocentes. Pero ni aun entre nosotros hubo quien transmitiera el mínimo signo de culpabilidad. Ricardo, de naturaleza introvertida, permaneció en silencio; Carmen, que era la más golosa, nos juró con lágrimas en los ojos que ella no había sido; Jaime se burló de la solemnidad de Miguel y lo imitó entre risas, repitiendo sus incomprensibles adjetivos,

entre los que sobresalían, por reiterativos, *nefasto* y *funesto*, que a él, a Jaime, le parecían nombres de gatos; Eduardo se quejó de que por culpa de uno solo estuviéramos pagando todos e hizo conjeturas de lo único que Miguel no había anunciado: cuál sería el castigo que todos recibiríamos si nadie confesaba su culpa: ¿cuerazos?, ¿ayunos?, ¿trabajos forzados?, ¿qué?; Rosa, tan chiquita todavía, estaba asustada y sólo acertaba a decir yo no fui, yo no fui; yo sentía que mi inocencia me hacía poner cara de culpable. Siempre me ha pasado. Cuando soy culpable, puedo poner cara de inocente, pero cuando soy inocente, por tratar de demostrarlo, adopto involuntariamente un gesto de fingimiento que me vuelve, por lo menos, sospechoso. ¿Por qué, dijimos, el que se había robado las donas no nos lo decía, en privado, sin la presencia de Miguel, para salir de una vez por todas de esa situación tan desagradable e injusta? Tere misma estaba dispuesta a perdonarlo y a tratar de que, retirada la acusación, el juicio se suspendiera. Pero nadie se declaró autor del robo.

Cuando se venció el plazo que Miguel nos había conferido, volvimos todos a ocupar nuestros puestos en la virtual fotografía de familia. El inquisidor nos conminó de nueva cuenta a confesar. Como nadie asumió su culpa, anunció el siguiente paso del juicio. Nos interrogaría a cada uno de nosotros por separado. Fuimos pasando de uno en uno al pequeño espacio donde se encontraba el escritorio de papá. Miguel había prendido la luz de la lámpara de gusano y la había dirigido a la cara del interrogado, quien debía sentarse enfrente de él. Por ahí desfilaron Tere, Ricardo, Carmen, Jaime, Eduardo. Después me tocó a mí. Yo trataba de disimular ese gesto de culpabilidad que se apoderaba de mi rostro, pero entre más esfuerzos hacía para expulsarlo, más se acentuaba y más nervioso me ponía. Pero Miguel me tranquilizó. No en vano era yo su hermano preferido. Me dijo que él sabía perfectamente que no había sido yo, y que ya había dado con el ladrón de las donas, pero me hizo prometer que no les diría nada todavía a mis hermanos al salir. Quería ser él el único protagonista de su

descubrimiento. Después pasó Rosa, que salió inmediatamente de la habitación, como si su comparecencia no tuviera otro objetivo que cumplir con el trámite de la igualdad que siempre prevaleció en la vida familiar.

De nueva cuenta nos formamos para la foto.

Miguel nos dio un discurso final y nos anunció, con voz impostada y gesto sobreactuado, que ya sabía quién había sido el autor del latrocinio. Y dio una última oportunidad para que el culpable confesara su pecado. Nadie dijo nada.

Pero Miguel, el inquisidor, supo a ciencia cierta quién se había robado las donas.

—Lo siento, Rosita, pero desde hace más de cuatro años estoy metido en la escritura de otra novela familiar. En alguna ocasión me comentaste que ya con *Tres lindas cubanas* y *El metal y la escoria* había agotado el tema. Como una es femenina y la otra masculina, pues ya tenía la parejita, ¿no? Pero, qué quieres que te diga, aquí me tienes lidiando con esta tercera novela sobre mi familia. He de confesarte que no estoy nada contento ni satisfecho con ella. Me está costando mucho trabajo escribirla. Más que trabajo, mucho dolor, mucha pena, mucho sufrimiento. Nada me gustaría más que mandarla al carajo, con tu perdón. Pero no he podido. La necesidad de escribirla me cayó encima como una alimaña de la que quisiera sacudirme de inmediato. Así dice Julio Cortázar que tiene que deshacerse del cuento que de pronto se le mete en el cuerpo como una cosquilla insidiosa: ¡ya, lo antes posible! Pero el caso es que yo llevo años escribiéndola y no tengo ni para cuándo terminarla, si es que la termino. Me he alejado de ella en varias ocasiones, algunas por largos meses, pero tampoco he podido abandonarla. Así que ni para atrás ni para adelante.

Y yo que decía que la novela, a diferencia del cuento (que es como una aventura amorosa: sale o no sale), era como un matrimonio: uno tiene que estar ahí todos los días, a veces con gusto, a veces con tedio, pero estar. Dejar de escribir un solo día la novela que se está escribiendo —pensaba— equivale a no ir a dormir a casa. Después es muy difícil seducir el lenguaje de la prosa. Yo he sido infiel. Pero siempre vuelvo a ella, al menos en mis elucubraciones (porque también se escribe sin papel y sin computadora), como el condenado que ha salido de la cárcel bajo fianza y tiene que regresar al juzgado periódicamente a estampar su firma en un documento que acredita que no se ha dado a la fuga, como yo hubiera querido. Escaparme de este martirio.

Un malhadado día pensé que, si ya había contado la historia de mis antepasados, por qué no llegar a mi propia generación, que ya se puede calificar como historia y es igualmente novelable. No soy un hombre joven y, por ser el undécimo hijo de una familia de doce hermanos, mi propia generación se remonta casi un siglo atrás. Mi padre nació a finales del XIX y mi hermana mayor en 1925.

Cuando empecé a pergeñar esta novela, no sabía en lo que me estaba metiendo. Tuve la ocurrencia de escribirla sin prever que ese primer impulso (si no del todo inocente, tampoco perverso, ni siquiera malicioso) terminaría por convertirse en una maldición.

Yo quería contar la historia de mi hermano Miguel, que es también mi propia historia porque no puedo hablar de él sin reflejarme en el espejo de su vocabulario. No sólo fue mi hermano mayor, sino mi padre. Un padre intelectual que suplió a mi padre biológico. Papá era un hombre mayor cuando me engendró, y murió cuando yo aún era niño. O más bien, dejé de ser niño justo el día que murió.

Miguel me llevaba veintidós años, tantos como los que le llevo yo a mi primogénito. Ignoro las razones (quizá porque no las hubo) que lo llevaron a acogerme bajo su tutela desde que yo era un niño de meses. Durante toda mi infancia, me otorgó, con la autoridad que le confería su condición de hermano mayor, un lugar privilegiado dentro de la numerosa comunidad familiar, regida por una disciplina entre castrense y monástica que inhibía cualquier asomo de individualidad. Me defendió, con rigor excesivo y muchas veces contraproducente, de las burlas, las agresiones o las amenazas de mis demás hermanos. Me contó historias fascinantes, me hizo memorizar palabras prestigiosas y me contagió el amor por los libros. Me eligió compañero de muchos de sus viajes de estudio y de sus recorridos por sitios arqueológicos y edificios virreinales, y acabó por tomarme como precoz y asimétrico interlocutor de su erudición y como beneficiario de su magisterio.

Miguel era un hombre culto, apasionado y fervoroso. Al amparo de la Universidad de Salamanca, había estudiado

humanidades clásicas y teología en el convento dominico de San Esteban, pero su profesión fue la arquitectura. Cursó la carrera en la Universidad Nacional Autónoma de México; los primeros años en la antigua Academia de San Carlos y los últimos en las flamantes instalaciones de Ciudad Universitaria.

Como arquitecto, construyó la casa en que vivimos mis padres, mis once hermanos y yo; una capilla neogótica en el monasterio de las madres reparadoras en Mixcoac y el museo de sitio que alberga al Hombre de Tepexpan. Pero más que a la edificación, dedicó su vida profesional a la enseñanza de la historia del arte, la museografía, la restauración de monumentos coloniales y el estudio de la arquitectura religiosa de la Nueva España. Fue profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad de Texas en Austin y la Universidad de las Américas en Cholula; restauró el antiguo Colegio Jesuita de San Martín en Tepotzotlán y el convento de San Pablo Teopan; fue el primer director del Museo Nacional del Virreinato y dedicó sus principales investigaciones a las capillas abiertas, tanto en México como en el sur de los Estados Unidos. En los últimos años de su vida, retomó los estudios teológicos que de joven había cursado en Salamanca, sobre todo los relacionados con la demonología, que lo obsesionaron patológicamente. Murió el día de San Carlos del último año del siglo XX, a los setenta y cuatro años.

Para documentar su historia, elaboré una cronología bastante precisa de su vida; visité en Salamanca el convento dominico donde pasó tres duros años de su juventud; pregunté por él a mis hermanos mayores que le sobrevivieron, a un antiguo amigo suyo, nonagenario y aún lúcido, que lo recuerda con cariño y admiración, y a varios de quienes fueron sus alumnos en la universidad; me entrevisté con tres de las mujeres que lo amaron, aunque él quizá no haya amado de veras a ninguna de las tres; interrogué a uno de sus hijos, que sabía de él menos que yo, pero que me proporcionó generosamente la nutrida

correspondencia que mi hermano sostuvo con quien fue su esposa; revisé sus expedientes médicos en el Sanatorio Español... Pero, sobre todo, eché mano de todos mis recuerdos, desde los más superficiales hasta los más recónditos. Conforme avanzaba, la escritura me fue iluminando muchas facetas oscuras —y dolorosas— de la vida de Miguel. Mi intención primigenia fue rendirle un homenaje en su condición de padre putativo. Pero en el proceso de escritura —y gracias a ella—, su imagen fue haciéndose cada vez más compleja, y así como lo había venerado hasta el arrobamiento, fui descubriendo sus incapacidades, sus arrebatos, sus imposturas. Al fin y al cabo, de eso se trataba, de conocerlo integralmente a través de la literatura. Y también fui descubriendo las inopinadas huellas que su paternidad sucedánea y su magisterio sin aula dejaron en mi formación, al grado de que con frecuencia mi discurso biográfico se tornó autobiográfico.

Cuando ya había escrito una primera versión de la historia de Miguel, me percaté de que su vida presentaba muchos paralelismos con la de otro hermano mío, Eduardo, que es dos años mayor que yo.

Distanciados por veinte años, ambos habían seguido una pretendida vocación religiosa y habían recibido una formación clerical equivalente, ambos habían vivido la clausura del convento y ambos habían acabado por abandonar las congregaciones religiosas en las que habían profesado. Los dos eran apóstatas, pues. Una vez fuera de sus respectivos conventos, sus destinos, empero, fueron opuestos. Uno persistió en su fe hasta el paroxismo y otro la permutó por la lucha revolucionaria a favor de los desposeídos de este mundo.

Decidí entonces contar en paralelo las dos historias, puesto que paralelas eran. Ahí fue cuando la puerca torció el rabo, como se dice.

Nunca imaginé lo que la escritura me habría de revelar. Y mucho menos, las dificultades morales, familiares

y hasta judiciales que tendría que enfrentar para terminar esta novela y, dado el caso, para publicarla. Si es que al fin me decido a publicarla.

Maldita la hora, sí, en que se me ocurrió escribir esta novela.

Aunque todo el alumnado de la primaria interrumpía las clases a la misma hora, una vez vomitados en los enormes patios del colegio, los grupos guardaban más o menos su composición original, pues en cada uno de ellos solían ubicarse los amigos más cercanos. Sin embargo, Gonzalo Casas y yo, que estábamos en salones distintos, no seguíamos esa inercia: nos buscábamos afanosamente para pasar esa media hora juntos, platicando, haciendo bromas, planeando maldades, jugando espiro o viendo a nuestros compañeros mayores jugar futbol en la cancha del gran patio trasero o a quienes dirimían a moquetazo limpio sus diferencias en el frontón, adonde siempre llegaban tarde los prefectos para separar a los contendientes. Pero a veces, al distinguir entre los cientos de cabezas que se arremolinaban en el patio la cabellera rubia y ondulada de Gonzalo, la encontraba al lado del cráneo pelado a lo mongol de mi hermano Eduardo, que se me había adelantado, igual que en las mañanas, cuando salíamos de la casa para ir a la parada del camión. Entonces yo no me acercaba a ellos; me dirigía a otro lado, y pasaba el recreo solo, reconcentrado en la redondez de mis anteojos.

Gonzalo con frecuencia me convidaba un refresco o una paleta helada en la tienda de la escuela y siempre compartía conmigo las golosinas que compraba —gestos que a veces correspondía ayudándole en sus tareas de dibujo, para el que él estaba negado y yo tenía cierta facilidad, quizá por influencia de mi hermano Miguel, a quien, embelesado, veía dibujar—. En algunas ocasiones, mi tocayo también invitaba por su parte a Eduardo; sin embargo, varias veces vi a mi hermano solo en la cola de la tienda de la escuela. ¿De dónde sacaría el dinero?

Al poco tiempo de que nos cambiamos a la casa de Cedros, Eduardo se fue volviendo un muchacho introvertido y

misterioso. De pronto se esfumaba y no se sabía de él hasta que aparecía sorpresivamente cuando ya nadie lo echaba de menos.

Pasaba horas solo en la azotea. Según me reveló en alguno de los correos que a petición mía me empezó a mandar cuando le comuniqué mi intención de escribir una novela sobre su vida, su juego favorito consistía en guardar un tesoro oculto en el desahogo de la chimenea de la casa aledaña a la nuestra, aquella a la que llegaban algunas tardes un señor y una señora en sendos chevrolets último modelo a pasar un par de horas juntos y que el resto del tiempo estaba vigilada por una sirvienta bigotona y su hija Chabela. Pero no se trataba sólo de tener un tesoro escondido en la chimenea de aquella casa chica, que por cierto era bastante grande, sino de jugar a custodiarlo y enriquecerlo. Se había prohibido a sí mismo usar las escaleras que subían a la planta alta de la casa y las grapas de varilla empotradas en el muro del patio de servicio que conducían a la azotea. No. Para que el juego adquiriera la dimensión de una aventura, debía subir por la pared que daba al jardín y que ostentaba en su diseño unos ladrillos salientes, que Eduardo utilizaba a modo de agarraderas y de pequeñísimos escalones por los que trepaba como mosca, apoyando las puntas de los zapatos y aferrándose con las uñas a esos ladrillos diminutos, no sin un altísimo riesgo de precipitarse y romperse la crisma en el terraplén del jardín. Una vez arriba, se arrastraba pecho a tierra, emulando al cabo Rusty en las aventuras de *Rintintín* que veíamos en la televisión de Gonzalo Casas, para no ser descubierto por los apaches, los espías, los enemigos o los ladrones que su imaginación creaba, hasta pasar al territorio prohibido —la azotea vecina—, oteando siempre si alguien lo seguía. Pasaba con actitud vigilante los tinacos, sorteaba el entramado de los cables de luz y de las tuberías y llegaba por fin hasta su escondite. Revisaba entonces su tesoro, envuelto en una franela que funcionaba como un talego en el que guardaba las riquezas hasta entonces acumuladas: unas perlas preciosas, una cimitarra, unas llaves del cofre

del pirata, que no eran más que unas canicas, una navaja oxidada de las que se desdoblan y las llaves misteriosamente desaparecidas del ropero de mamá. Al tesoro le añadía el botín de sus últimos hurtos: algún ejemplar de la colección numismática de Jaime, un vigésimo caduco de la lotería extraído de la cartera de Benito y el retrato de la princesa Marilú Romero, otra vecina, que no recuerda de dónde lo había sacado.

Quizás en el cañón de la chimenea guardó la caja de las donas que Alfredo Calderoni le regaló a mi hermana Tere. Tal vez ahí, en la azotea de la casa de los chevrolets clandestinos, se las fue comiendo una a una, sin espías, sin cómplices y sin testigos.

Eduardo tenía una gran capacidad para ocultar las cosas que se robaba. Y también para encontrar las que desaparecían. Papá le puso el mote siux de «Ojo de Águila» porque cuando se perdía algo en casa, digamos las llaves, las tijeras, el dedal de mamá o los anteojos de papá, él siempre daba con el objeto extraviado. Como a veces, cuando el tiempo invertido en la búsqueda se prolongaba demasiado por la abulia o el desinterés de los hermanos o había una necesidad apremiante de recuperar el objeto perdido, mis padres ofrecían una propina a quien lo hallara. Eduardo siempre ganaba. Mamá intuyó que él mismo escondía las cosas para después encontrarlas, cuando la desesperación o la urgencia habían incrementado el monto de la recompensa. ¿Ésa sería la procedencia del dinero con que compraba golosinas en la tienda de la escuela? Me parecía raro porque el ofrecimiento de una retribución por localizar un objeto perdido era excepcional, mientras que la presencia de Eduardo en la cola de la tienda era consuetudinaria.

Eduardo guardaba objetos, sí, pero también secretos, secretos que nadie le había confiado, como si cualquier ofensa que hubiera recibido (la burla de algún hermano, algún regaño de mamá, o cualquier otra cosa semejante) constituyera, más que un agravio, otro tesoro que guardara en su corazón para explotarlo en el momento propicio, en

cuya espera ejercía una paciencia ilimitada.

Pero Eduardo no sólo encontraba cosas perdidas; también se daba de bruces con las que nunca había buscado, como su repentina —e imprevista— vocación religiosa.

Nunca vi en Eduardo la menor inclinación mística o piadosa. De niño iba a misa los domingos, como todos los hermanos, y en las tardes declinantes, cuando mamá nos convocaba a rezar el rosario, él respondía las oraciones con el mismo aburrimiento mecánico con el que lo hacíamos Jaime, Rosa y yo, sólo alterado por alguna broma *sotto voce* de Jaime que irrumpía entre «MadredeDios» y «ruegapornosotrospecadores» y que nos obligaba a contener la risa. Con frecuencia, Eduardo se iba solo los domingos a oír misa en la iglesia de San Sebastián, en Chimalistac, pero yo nunca me imaginé que quisiera meterse de cura. Eduardo no tenía el idealismo de Miguel, quien profesó en la orden de Santo Domingo de Guzmán; ni la ingenuidad de Carlos, que tomó los hábitos en la orden de los Misioneros del Espíritu Santo; ni la susceptibilidad mía, que por fortuna no me recluí en ningún convento, pero que sufrí el impacto brutal de las imágenes contrarreformistas de la Iglesia católica que exaltaban el martirio de los santos o la pureza de la Virgen María, y que podía imaginar con precisión espeluznante los cinco misterios dolorosos de la Pasión de Cristo: Jesús es condenado a muerte, Jesús es flagelado, Jesús es coronado de espinas, Jesús carga su cruz a cuestas hasta el Monte Calvario, Jesús es crucificado. Así que no entendí cómo Eduardo, un buen día, a los once años de edad, sin haber terminado siquiera la primaria, ingresó en la Congregación de los Hermanos Maristas, con la anuencia —¡ay!— de mis padres. Se fue. Se fue de la casa. Se fue de la familia. Se fue de la Ciudad de México. Estuvo sucesivamente en Morelia, Querétaro, Orizaba, Pachuca, si bien con intervalos de estancias en el pueblo de Tlalpan en el Distrito Federal, donde se habían instalado muchos

conventos de diferentes órdenes religiosas, y en otras sedes maristas de la capital, igualmente marcadas por la clausura.

Mis padres avalaron la solicitud de los Hermanos Maristas. Las penalidades de la vida —cambios de país de residencia, penurias económicas, guerras cristeras— los habían hecho más religiosos y observantes de lo que originalmente eran, sobre todo a mi madre, que, en la Cuba donde transcurrieron su infancia y su primera juventud, no vivió la religión más que de manera social en bautismos, primeras comuniones, matrimonios, entierros y misas de difuntos. Lo cierto es que dieron su autorización a esta suerte de secuestro de su hijo. Consideraron, además, que se podía tratar de una etapa transitoria, en tanto que Eduardo terminaría el sexto de primaria y seguiría estudiando la secundaria con los maristas, como lo había hecho siempre, con la sola diferencia de que ahora tendría condición de interno y pertenecería a la congregación fundada por el beato Marcelino Champagnat. Al fin y al cabo, si no tiene vocación religiosa, cuando termine ese ciclo lectivo, pues se regresa como si nada hubiera pasado para estudiar la preparatoria o alguna carrera técnica o comercial. Eso decían. Quizás en el fondo había otro argumento: al irse con los maristas, la familia tendría una boca menos que alimentar (con todo lo que la metáfora conlleva: ropa, calzado, libros, peluquería, sábanas) y, sobre todo, una colegiatura menos que pagar (aunque todos estábamos becados y pagábamos sólo la mitad), pues los costos completos de su educación secundaria —¡faltaba más!— correrían a cargo de la congregación. Pero eso no lo decían. Como no decían otras cosas.

Me quedé sin un hermano, el esquivo, el misterioso, el solitario; el que usurpó mi condición de mejor amigo de Gonzalo Casas, pero al que quería más de lo que me imaginaba. El que dormía en la litera paralela a la mía; el que amortiguaba las constantes bromas de Jaime; el que estrenaba antes que yo, como para curtirlos, mi ropa y mis libros.

Durante muchos años no lo vi más que muy de tarde en tarde: cuando murió papá y cuando murieron mi hermana Tere y su marido en un accidente automovilístico. Y otra vez, cuando pasó, como a los tres años de haberse ido, una semana en casa por motivos de salud.

En esa ocasión, Eduardo estaba recluido en Querétaro. Era el guardameta de la selección del juniorado —como se le llamaba a la instancia formativa, previa a la de los novicios o aspirantes a ser hermanos maristas— y en una barrida inevitable a los pies del delantero, que llegaba solo con el balón, recibió una brutal patada en la espinilla. El hermano marista que a la sazón fungía como enfermero, al ver el golpe en la pierna, decidió emplear un tratamiento insólito: cuando los seminaristas se iban a dormir después de cantar el *Salve Regina,* lo citaba en la enfermería, le hacía bajarse los pantalones y los calzoncillos, lo tendía boca abajo, le sobaba largamente una nalga y le aplicaba una inyección ¡de agua hervida!, aunque no caliente, después de lo cual procedía a una frotación intensa para bajarle la inflamación. Al cabo de cuatro o cinco días, una infección en la pierna, que obviamente no había sido evitada con semejante tratamiento «terapéutico», tenía a Eduardo postrado en la cama con un dolor inaguantable. Habló con el director del Instituto Queretano, quien le autorizó trasladarse, previo acuerdo con mi madre, a la Ciudad de México para que se curara en casa. El doctor de la familia, un médico español procedente del exilio republicano que en correspondencia con la generosidad del país que lo había acogido nos atendía de manera gratuita,

soltó todo género de improperios contra el hermano enfermero que lo había atendido. Le hizo una punción en la pierna con un bisturí para sacarle el pus y le recetó los antibióticos del caso. Eduardo pasó una semana en casa, como advenedizo o como hijo pródigo, y recibió los cuidados de mamá, que le hacía las curaciones prescritas, además de colmarlo de un cariño que se había visto obligada a dosificar en las escasas visitas que podía hacerle al convento.

Unos días antes de su retorno a Querétaro, Marilú Romero, la del retrato del tesoro que Eduardo guardaba en la azotea de la casa vecina, organizó una fiesta con todos los muchachos de la cuadra para celebrar su cumpleaños. Eduardo asistió. La gasa en la pierna le sirvió de justificante para no bailar el *rock and roll* y el *twist* —ritmos que él era absolutamente incapaz de seguir— que expedía a todo volumen la consola de la sala. Pero su estatismo no impidió que cruzara unas cuantas palabras con Marilú y que le dirigiera, unilateralmente, muchas miradas. Al día siguiente le escribió una carta en la que le confesaba su enamoramiento. No tuvo respuesta porque Marilú estaba enamorada de nuestro hermano Jaime, que sí sabía bailar el *twist* y el *rock and roll*. Y no se había metido de cura.

A partir del ingreso de Eduardo en el convento, cada vez que yo iba a casa de mi tocayo, de quien, una vez suprimida la competencia, volví a ser el mejor amigo, el doctor Casas me preguntaba por Eduardo: que cuándo regresaba, que cómo era posible que se hubiera metido de monje, que por qué mi familia lo había dejado ir... Yo no sabía qué responderle. Me limitaba a repetir los argumentos que les había oído a mis padres, sobre todo a mi madre: que era una manera de cursar la secundaria, que si no tenía vocación religiosa regresaría en tres años...

—¡Qué barbaridad! —decía el doctor Casas, y se retiraba, dándose palmadas en ambas piernas.

Yo ya había escrito acerca de Eduardo en mis novelas anteriores, sobre todo en *El metal y la escoria.* En ella conté cómo un retrato suyo fue a parar a mi credencial de *boy scout.* Al no encontrar ninguno mío, mamá me dio el de Eduardo para que lo pegara en el que fue mi primer documento de identidad. «Total, todos mis hijos son iguales», dijo con su proverbial sentido de la equidad. Veinte años de psicoanálisis no me liberaron de ese trauma, pero la novela, sí: en ella relaté cómo, para recuperar mi propio rostro —y mi identidad—, le devolví simbólicamente a Eduardo su fotografía cuando asistí a su segunda boda en Nicaragua.

La inclusión del caso de Eduardo en el relato de la vida de Miguel, cuya primera versión ya estaba concluida, modificó la estructura de la obra. Pero los problemas estructurales, que obviamente son básicos en la escritura de una novela, donde el orden de los factores vaya que sí altera el producto, fueron irrelevantes frente a ciertos pasajes de la vida de Eduardo que la novela y el propio Eduardo me fueron descubriendo. Y también inocuos frente a los obstáculos de carácter ético que tendría que superar para poder publicarla.

Contar la vida de mi hermano Miguel me había sido dificultoso, pues su infancia y su primera juventud transcurrieron antes de que yo naciera, así que me vi obligado a realizar las investigaciones históricas del caso, para que la novela misma, con todos los datos que yo le proporcioné, me narrara a mí, su escritor, una historia de la que no fui testigo. A su vida adulta pude referirme de manera más directa y personal porque mi relación con él fue muy estrecha en términos afectivos e intelectuales, aunque sus reiteradas estadías fuera de México nos distanciaron por largos periodos. Pero cuando empecé a

escribir esta novela, Miguel ya había fallecido. Su muerte me vedó la posibilidad de interrogarlo personalmente, aunque también me liberó de la necesidad de someter a su consideración las páginas que fui escribiendo sobre su vida. De haber sido así, mi texto jamás habría contado con su aprobación, y no a causa del perfeccionismo que inhibió su propia escritura, sino de las verdades ocultas de su persona que la mía me fue revelando. Muerto Miguel, no necesitaba más autorización que la de mi propia conciencia, que también padeció sus crisis y sufrió sus vacilaciones. A pesar de los altibajos de su personalidad, que transcurría entre la apacibilidad y la violencia, entre la bondad y la impostura, entre la lucidez y la locura, persistió en mis páginas el espíritu encomiástico y amoroso —que él, por cierto, no habría reconocido—. En un verdadero homenaje, el señalamiento de las debilidades y las contradicciones es indispensable para comprender integralmente a una persona.

Eduardo, en cambio, seguía vivo. No podía escribir sobre él sin su consentimiento.

Cuando le hice saber mis intenciones, estuvo de acuerdo en que contara su historia. No sólo aceptó que escribiera sobre él, sino que me manifestó su entusiasta disposición a suministrarme todos los datos que yo requiriera para llevar a buen puerto mi proyecto. Su entrega a la causa por la que había luchado toda su vida al fin sería reconocida y valorada. En mis páginas figuraría como el hombre comprometido que participó en el derrocamiento del último dictador de la dinastía de los Somoza y se trasladó a vivir a Nicaragua para llevar a la práctica, con incontestable coherencia, sus ideales revolucionarios. Seguramente ése fue su pensamiento, que no distaba del todo de mi primer plan novelístico. Siempre había considerado que varios miembros de mi familia habían vivido experiencias épicas susceptibles de ser relatadas como novelas. Y él, sin duda, era uno de ellos.

Para ir amasando poco a poco la materia prima de mi relato, Eduardo desde Nicaragua y yo desde la Ciudad de México, donde vivo, o desde Madrid, donde paso largas temporadas dedicado exclusivamente a la escritura, empezamos a hablar de su vida pública en una conversación epistolar constante.

Al principio, él me proporcionaba numerosos datos, que yo no tenía del todo claros, acerca de su vida en aquel país centroamericano; me habló de su participación en el proceso revolucionario nicaragüense, me enumeró las instituciones del Estado en las que trabajó y los organismos internacionales a los que prestó servicios de asesoría; me contó las dificultades de su permanencia en el país cuando Violeta Chamorro ganó las elecciones y desplazó temporalmente al sandinismo, y de su decisión de quedarse a vivir en Managua a pesar de la traición que muchos sandinistas, cuando perdieron el poder, habían cometido contra los principios revolucionarios que los habían llevado a ostentarlo. Si bien los temas ameritaban largas explicaciones, Eduardo los abordaba con su habitual concisión pedagógica de maestro normalista y se constreñía a los aspectos políticos y laborales de su vida en Nicaragua.

Después, Eduardo empezó a redactar una especie de autobiografía, o más bien de hitos autobiográficos, enunciados sucintamente y dispuestos en orden cronológico, pero sin salirse, más que de manera ocasional, de los límites curriculares. Se refirió a las actividades que llevó a cabo desde que salió del convento hasta que se fue a vivir a Nicaragua: su labor en el Secretariado Social de Monseñor Talavera, su trabajo con los pepenadores en la Ciudad de México, sus estadías sucesivas en Oaxaca, el Valle del Mezquital y Teloloapan, donde realizó, al amparo de diferentes instituciones gubernamentales, proyectos de asistencia social en beneficio de las comunidades campesinas, muchas de ellas indígenas… Era como si quisiera poner orden en su vida, como si quisiera hacer el inventario de sus tareas más significativas justo en el momento en que su memoria empezaba a difuminarse en

las nebulosidades del invierno.

Con los informes de Eduardo, yo iba elaborando esquemas, estableciendo cronologías, bosquejando capítulos, es decir, preparando el terreno para construir la narración novelística de su vida política. Estaba dispuesto a relatar su gesta revolucionaria, que tanto había tenido que ver con mis ideales juveniles de justicia y libertad, pero no quería montar a Eduardo así nomás en el caballo de la gloria. Necesitaba relatar, como lo había hecho en el caso de Miguel, también sus debilidades, sus contradicciones, sus fracasos, en los que reside el verdadero heroísmo, si lo hay: dar cuenta, sí, de lo grandioso, lo memorable, lo público, pero también de lo miserable, lo vergonzante, lo privado.

¿De lo privado también? ¿Hasta dónde?

Nuestra correspondencia fue adquiriendo día a día un tono más confidencial. A instancias mías, Eduardo también me habló de su vida en la Congregación de los Hermanos Maristas. Si bien es cierto que conservó su habitual discurso sinóptico, en ocasiones se dejó llevar por el recuerdo y me relató diversos pasajes de su vida conventual, algunos tan dramáticos y conmovedores que acabé por intercalarlos textualmente en las páginas de esta novela.

Cuando, animado por sus respuestas, mis preguntas tocaron algunos puntos más íntimos y por tanto más sensibles de su vida, me reveló ciertos episodios penosos de su estadía en el seminario, que hasta ese momento había mantenido en secreto.

Fue entonces cuando se planteó el problema de las revelaciones. Lo que él me confesara en sus cartas y lo que yo descubriera por mi cuenta en el ejercicio escritural ¿podrían o no formar parte de la novela y por ende salir o no a la luz pública? Los argumentos que le di a favor de su inclusión, y los capítulos que le envié sobre nuestro hermano Miguel, en los que hablo lo mismo de su vida privada que de su vida pública, acabaron por convencerlo, no sin titubeos, de que los incorporara en mi relato.

Aceptó, sí, pero me puso una condición: que le mandara los capítulos que fuera escribiendo para que él los autorizara. No me gustó el verbo *autorizar*, pero yo también acepté esa, su primera condición.

Juniorado. Con este nombre, pronunciado a la española, con jota, se designa la etapa formativa preliminar o propedéutica, correspondiente a la educación secundaria, durante la cual los aspirantes a profesar en la congregación marista inician su carrera religiosa, que habrá de continuar en el postulantado, el noviciado y el escolasticado.

Cuando Eduardo ingresó en el juniorado del Instituto Valladolid de la ciudad de Morelia, Michoacán, aún no cumplía los doce años ni había concluido el sexto grado de primaria, es decir que todavía era un niño.

Eduardo no era un buen estudiante —más malo en matemáticas que en gramática y más malo en gramática que en civismo y en historia—, pero la deficiencia de sus calificaciones quedaba relegada a un segundo plano frente a su inteligencia, su ingenuidad y —hay que decirlo— su apostura. Era listo a pesar de su inocencia, inocente a pesar de las opacidades de su corazón, y también guapo, a pesar de la humildad de su traza —esos pantalones heredados de Jaime, esa peluqueada casi a rape, esa chamarra confeccionada por mamá con el tapiz del sofá de la sala, cuya parte trasera, pegada a la pared, había conservado cierto decoro cuando hubo que retapizar el mueble—: tenía los ojos verdes, sombreados por luengas y oscuras pestañas; la mirada penetrante, la sonrisa bien dispuesta aunque un tanto maliciosa y ligeramente mórbida. Un digno ejemplar, pues, para militar en las huestes del beato Marcelino Champagnat.

El Instituto Valladolid no contaba con alumnos externos; sólo atendía a muchachos que, al igual que Eduardo, aspiraban a ser hermanos maristas y dedicar su vida futura a la educación cristiana de la juventud. En sus instalaciones, Eduardo concluyó, por supuesto en calidad de interno, su educación elemental. Y al año siguiente lo inscribieron en automático en el primer grado de secundaria. Con independencia de la formación religiosa que ahí recibía, siguió los programas oficiales de la

Secretaría de Educación Pública correspondientes a su nivel escolar. Precisamente por la compatibilidad de los estudios que realizaría con los establecidos por la autoridad educativa del país, mis padres le habían permitido ingresar en el seminario de los Hermanos Maristas.

He tratado de imaginar lo que sintió Eduardo cuando se incorporó, antes de terminar la primaria, al Instituto Valladolid de Morelia y empezó a vivir la clausura propia de una congregación religiosa. Desde que nos mudamos a la casa de Cedros, había adoptado actitudes solitarias, que se habían acentuado con el tiempo; y solitaria, en cierto modo, era su nueva vida, ajena a la familia, a sus compañeros de la escuela y a los pocos amigos que hasta entonces había cultivado —entre otros, el más allegado, Gonzalo Casas—, aunque esa soledad íntima, a la que era tan propenso, ahora estaba inscrita en un sistema comunitario. Pero quizá la condición gregaria de su nueva situación no representaba mayor conflicto, pues no difería, más que en lo cuantitativo, de la que había tenido siempre en casa. Su familia —nuestra familia— estaba integrada por numerosos hermanos; se sujetaba a reglas disciplinarias de aplicación colectiva, bajo las cuales era difícil hacer valer el gusto propio, conservar las precarias pertenencias, defender la personalidad individual, y era observante, además, de un catolicismo a ultranza que nos impulsaba a oír misa y comulgar todos los domingos, nos hacía bendecir los alimentos antes de comer y nos instaba a rezar el rosario por las tardes.

Si las condiciones de su nuevo domicilio no eran sustancialmente distintas a las que había vivido siempre, ¿en dónde estribarían las dificultades, los desasosiegos, los temores, que mi imaginación le atribuye a esa separación tan temprana de la vida familiar para cumplir con una presunta vocación religiosa? Puedo suponer que ha de haber extrañado a mamá, quien estaba ocupada de tiempo completo en desempeñar las múltiples tareas que le

imponían las limitaciones económicas de la casa y la atención muy demandante de tantos hijos, pero que siempre se daba tiempo, no sé cómo, para corresponder a la solicitud de afecto o de cariño de cualquiera de sus numerosos vástagos, incluido Eduardo, desde luego. Lo visitó todas las veces —ciertamente esporádicas— que las autoridades maristas se lo permitieron. Pero quizá lo más arduo para él ha de haber sido asumir que estaba ahí, interno, en Morelia, Michoacán, lejos de su familia, y que había aceptado, o decidido, dedicar su vida a la profesión religiosa. ¿Realmente ésa era la vida que había escogido, o más bien estaba huyendo de la que hasta entonces le había tocado vivir? ¿O es que se había dejado seducir, sin estar convencido, por las palabras elocuentes del hermano marista que había *descubierto* en él los signos inequívocos de una vocación insuflada por nadie menos que por la mismísima Madre de Dios, que lo había elegido a él (que nunca había sido elegido por nadie, ni en la familia ni en la escuela, salvo, quizá, por mi amigo Gonzalo Casas y por su papá) entre todos los compañeros de su grupo como uno de sus hijos predilectos para que llevara por siempre, en loor suyo, el apellido marista de su nombre, *María*? Lo más difícil para él ha de haber sido aceptar, en la práctica cotidiana, su nueva condición religiosa: prepararse cada minuto de cada hora, cada hora de cada día, cada día de cada mes, cada mes de cada año para hacer propio el compromiso de la pobreza, la obediencia, la castidad, que habría de refrendar, llegado el momento, con solemnes votos, primero temporales —de periodicidad anual durante cinco años— y después perpetuos. ¡Perpetuos! —qué palabra grande, solemne, apabullante, definitiva, irrenunciable—. ¿Sabría en lo que se estaba metiendo? Si él no sabía bien a bien por qué y para qué estaba donde estaba, como creo que no lo sabía, yo menos lo sé. Pero puedo suponer que, a sus once años, no podría sospechar la impronta que tan trascendente decisión dejaría en su vida, tanto si perseveraba en su presunta vocación religiosa como si desertaba de ella. Y es que el argumento esgrimido por

papá y mamá de que daba igual que Eduardo estudiara la secundaria, como todos nosotros, en el Instituto México que en el juniorado del Instituto Valladolid era, en el fondo, falaz.

En la correspondencia que sostuvimos casi cotidianamente desde que Eduardo estuvo dispuesto, no sin muy explicables reticencias —que poco a poco se fueron superando—, a que yo contara parte de su vida en esta novela, me hizo algunas confesiones relativas a su estancia en la congregación marista. Algunas de ellas, dolorosas y vejatorias. No puedo menos que reconocer, conmovido y apesadumbrado, la enorme valentía que significa su anuencia a que yo las relate, pues podrían resultarle vergonzantes.

> Mis nuevos compañeros provenían de diversos lugares de la república y algunos, de comunidades marginadas, que habían sido «enganchados» entre el alumnado de las escuelas gratuitas que los maristas atendían en pequeñas ciudades de provincia, y que no habían tenido los hábitos de higiene y las prácticas sanitarias de quienes, como yo, procedían de las clases medias urbanas, a las que pertenecía nuestra familia.
>
> Al poco tiempo de haber ingresado en el Instituto Valladolid, contraje, seguramente por contagio de alguno de mis compañeros de extracción más humilde, una especie de sarna. Se me llenó el cuerpo de ronchas, que me provocaban una tremenda comezón, más intensa entre más me rascara. El médico del plantel, tras examinarme superficialmente, me recetó una pomada que, según su recomendación, debía aplicarme después de un baño de agua caliente:
>
> —Lo más caliente que aguantes —me dijo.
>
> Pero en las regaderas colectivas del juniorado no corría el agua caliente, así que todas las mañanas nos bañábamos con agua fría, para templar el ánimo, nos decían. Los únicos baños que contaban con este lujo, impropio de los jóvenes religiosos, que debíamos renunciar, para fortalecer nuestro espíritu, a todas las comodidades de las que, paradójicamente, gozaban nuestros preceptores, eran los de las celdas individuales de los hermanos que ya habían profesado y fungían como nuestros maestros —y como nuestros modelos—. Esas celdas estaban

alineadas una tras otra en la planta baja del edificio, mientras que los dos dormitorios comunales de los júniores se localizaban en la planta alta, sobre la cocina y el refectorio, uno, y sobre la capilla, el otro. Entre ambos dormitorios había una celda aislada, la mejor equipada de todas las del Instituto, que ocupaba el director del juniorado y que por supuesto contaba con baño propio y agua caliente.

El hermano director, de nombre José Trinidad Rivera, me permitió —¿o me ordenó?— que utilizara la regadera de su celda para que me bañara con el agua más caliente que pudiera resistir, según me lo había prescrito el médico, para que, con los poros de la piel abiertos por la alta temperatura, la pomada, que debía aplicarme inmediatamente después, penetrara lo más profundo posible y surtiera con más eficacia y rapidez sus efectos curativos.

Pero mientras yo me desnudaba, me ponía bajo el chorro hirviente de la regadera y me secaba con mucho cuidado para no irritar aquellas ronchas, el hermano Rivera se quedaba en la celda, viéndome, observándome, examinándome. Después, él mismo, con una delicadeza que parecía caricia, me aplicaba la pomada en los lugares del cuerpo que a mí se me dificultaba alcanzar. A los dos o tres días de iniciado el tratamiento, el hermano director me sentaba en sus piernas y ya sin ningún recato me acariciaba en aquellos puntos en los que, una vez aplicada, la pomada me provocaba ardor o comezón. Así todas las noches durante una semana.

No paró ahí la cosa. Al cabo de unos meses, con el pretexto de supervisar el incipiente desarrollo genital que empezaba a sufrir en esos comienzos de la pubertad, particularmente el nacimiento del vello púbico, me mandaba llamar a la dirección a las horas en que ya los júniores no teníamos clases y nos dedicábamos a estudiar y hacer las tareas. La oficina del director, ubicada a un costado de las aulas, sólo contaba con una ventana, que daba a un patio clausurado y estaba, por tanto, blindada a cualquier mirada procedente del exterior. Con la autoridad que le confería su condición de director del plantel y también de guía espiritual de la comunidad de los jovencitos que aspirábamos a ser religiosos maristas, y con el argumento de velar por la salud en mi desarrollo genital, José Trinidad Rivera hacía que me bajara el pantalón y la trusa. Me examinaba, me observaba, me tocaba...

La congregación marista ordena territorialmente sus comunidades y colegios en provincias. Cada una de ellas está presidida por un hermano —el hermano provincial—, quien las

visita y rinde cuentas al Superior General de la Congregación, que reside en Roma.

Cuando el hermano provincial visitó el Instituto Valladolid, yo, que no sólo estaba indeciso sobre mi vocación religiosa, sino confundido con las supervisiones del hermano director, tomé la determinación de pedirle una cita para hacerle una consulta. El hermano provincial, con el gesto plácido y beatífico de las imágenes coloridas del beato Marcelino Champagnat que presidían todos los salones del Instituto y de todos los colegios maristas, apuntó mi nombre en una pequeña libreta de bolsillo y me aseguró que me recibiría tan pronto tuviera unos minutos libres.

Pero el hermano provincial se fue del Instituto Valladolid de Morelia intempestivamente, sin llamarme, y no pude plantearle mi situación.

El propio director del juniorado, José Trinidad Rivera, fue quien me informó que el superior había tenido que salir de urgencia, que estaba muy apenado conmigo por no haber podido atenderme, pero que no me preocupara, que le había encomendado a él, precisamente a él, que en su nombre escuchara lo que yo quería decirle, y solucionar, en la medida de sus posibilidades y siempre con la ayuda de Cristo Nuestro Señor, me dijo, cualquier problema, cualquier duda, cualquier queja que hubiera querido plantearle. «Soy todo oídos», me dijo.

No le dije nada.

Al año siguiente trasladaron a Eduardo a la ciudad de Querétaro.

¡Cómo pude ser tan pendejo! Cuando Eduardo por fin me relató los vejámenes sexuales que había sufrido en el convento, descubrí la terrible causa por la que se había metido al seminario de los Hermanos Maristas a la escasísima edad de once años. ¡Un infanticidio, carajo!

La revelación fue tan contundente, tan incontestable, que me sentí avergonzado por mi ingenuidad —una ingenuidad, intolerable en un novelista, que posiblemente no habrá compartido ningún lector que haya leído los capítulos precedentes—. Quizás ya todos se percataron, por lo que hasta aquí han leído, de que el doctor Gonzalo Casas abusó sexualmente de mi hermano Eduardo desde que éste iba en cuarto año de primaria. He de confesar que yo no lo sabía antes de escribir esta novela y que fue la novela misma la que me lo reveló. ¡Cómo tuve que esperar a escribirla para darme cuenta de una obviedad en la que no había caído antes a pesar de que fui testigo de todos los indicios!: la introspección de Eduardo, su aislamiento misterioso, la turbiedad de su mirada, el dinero inexplicable para comprar golosinas en la escuela, las frecuentes visitas que hacía a casa de Casas, la evidente preferencia del doctor por él, las invitaciones y los obsequios discriminatorios que le hacía, el privilegio que le daba de ser coárbitro de todos los juegos y de respaldarlo, con su propio cuerpo casi sesentón, en el travesaño de la puerta peatonal del palacete, su enojo y sus refunfuños cuando se enteró de que Eduardo se había metido de hermano marista...

Tras mi tardío descubrimiento, como para rematar mi imbecilidad, se me vino a la memoria, fulminante, una imagen que tenía escondida en no sé qué recoveco de mi alma.

Una tarde (¿1956?, ¿1957?) había comido en casa de mi tocayo. Su papá, sentado a la cabecera, pelaba su acostumbrada manzana con un cuchillo. Gonzalo y yo nos levantamos de la mesa porque ya era la hora de ir a esperar

el camión de la escuela —todavía íbamos a clase en la mañana y en la tarde—. Me acerqué a la cabecera para despedirme del doctor. Le di un beso en la mejilla, como era la costumbre. Él dejó el cuchillo y la manzana a medio pelar sobre el plato. Me abrazó por la espalda, me metió la mano por debajo del calzoncillo y me acarició las nalgas. Yo he de haber tenido siete u ocho años y no me maliciaba que tales manoseos pudieran ser obscenos o perversos. Sólo me parecían raros e incómodos. Y me daban cosquillas.

¡Qué bueno que no fui yo el elegido para ir aquella lejana noche de 1957 al circo Atayde!, pensé con alivio. Pero al segundo me sentí culpable de haberlo pensado: ¿por qué tuvo que ser Eduardo el elegido? ¿Por qué? ¡Carajo!

Comprendía que Eduardo no me hubiera dicho nunca nada del asunto, no sólo por su carácter reservado e introvertido —así modelado, obviamente, por el propio ultraje que sufrió—, sino por la humillación y la vergüenza que genera un agravio de tal índole.

Consideré, tan pronto la escritura me reveló semejante oprobio, que, por delicadeza, no podía abordar el tema en la correspondencia que sostenía con mi hermano. Si él no lo había sacado a relucir en sus correos, me preocupaba que mi abordaje hiriera su susceptibilidad, que dañara su amor propio, que pusiera en tela de juicio su virilidad, de la que él hizo gala —¡y de qué manera!— tan pronto colgó los hábitos. Pero, por otra parte, si ya me había confesado lo que le sucedió en el convento con el hermano José Trinidad Rivera, qué más daba, pensé, que me confirmara lo que yo descubrí a través de mi escritura.

Habían pasado meses desde que iniciamos nuestra conversación epistolar, un año quizá; tal vez un poco más. Así que un buen día le escribí para preguntarle directamente, sin ambages, cómo había sido su relación sexual con el doctor Casas.

Para mi sorpresa, él daba por sentado que yo conocía esa parte ominosa de su infancia que él nunca me había

confiado, de manera que no tuve que sufrir ni su decepción ante mi ingenuidad pretérita ni su reclamo ante mi indiscreción actual. Me la relató sin aspavientos, con la resignada naturalidad que dan los años, pero también con dolor y con vergüenza. Tal vez con asco también, un asco que lo obligó a guardar silencio en los puntos más críticos de sus declaraciones. Su narración fue tan pormenorizada como confusa, pues el recuerdo se le desdibujaba en algunas partes y en otras se le venía a la mente con mucha precisión. Lo cierto es que el pudor —o el asco— no le permitió llevar su narración hasta el desenlace, pero no es difícil inferirlo.

El doctor Gonzalo Casas Alemán hacía que Eduardo, tan pronto mi hermano llegaba a la parada del camión, se subiera en el travesaño inferior de la puerta peatonal del zaguán de su casa, de modo que quedara respaldado por él. Entonces, le metía la mano por uno de los bolsillos del pantalón, seguramente corto todavía, y lentamente le dejaba caer unas monedas. Eduardo me confiesa que sin tener la menor idea de la intención del doctor y sin preguntarle nada, él las recibía y se las gastaba en la dulcería del colegio. Me dice que nunca regresaba a casa con ese dinero. No me comenta en su relato si en el acto mismo de introducirle las monedas había algún tipo de tocamiento lascivo. Pero lo que es obvio es que el doctor estaba preparando el terreno para llevar a cabo sus vejaciones ulteriores, y que la estrategia que utilizó fue —hay que decirlo con todas sus letras— la prostitución, agravada por la absoluta inocencia de su víctima, un niño de nueve años —¡la edad de mi nieto, carajo!—. El doctor Casas tenía cincuenta y seis.

Eduardo me dice que la mayor parte de las tardes que iba a jugar a casa de Gonzalo, se metían en el cuarto de la televisión, aledaño al despacho del doctor, quien siempre los acompañaba. Yo recuerdo, por mi parte, que entre el despacho y el cuarto de la tele había un baño cuya puerta,

de madera, enmarcaba un cristal traslúcido, a través del cual se podía ver la silueta difuminada de quien lo ocupaba. Eduardo siempre se sintió observado cuando iba a orinar.

A sabiendas de lo delicado y penoso del tema, me cuenta lo que ocurría:

> Un día el doctor me dijo que mejor usara el baño pegado a su recámara, que estaba en la planta alta de la casa. Me observó directamente mientras orinaba y después me llevó a su cuarto, me recostó en su cama con los pies colgando a un costado y me empezó a tocar el pene por fuera hasta que tuve una erección. Después, sin decirme nada, me bajó el pantalón y el calzoncillo y empezó a manipularme el miembro y a chuparlo. Nunca había sentido eso, me confundía, no sabía qué hacer, sentía placer, pero creo que nunca eyaculé. No tenía edad. La verdad, no sé si más adelante, porque esta escena (y otras que prefiero no platicarte) se repetían cada vez que yo iba a jugar a casa de Gonzalo Casas, que casi era a diario, todas las tardes. Por supuesto, nunca se lo conté a nadie, pero sí recuerdo que dejé de confesarme y comulgar. Tal vez —ahorita me viene a la mente— que por eso yo me iba solo a misa a Chimalistac, porque nunca me confesaba y no comulgaba.

Después se incorporó al grupo de muchachos interesados en entrar en la Congregación de los Hermanos Maristas. Me dice que, sin confesarse, empezó a comulgar.

Era evidente que había algo de repugnancia y de dolor en sus recuerdos, pero creo que Eduardo se sintió liberado al confesar y escribir lo que había guardado en silencio durante tantos años. Su carta remataba con estas palabras:

> Me indigna y me apena escribirlo a estas alturas de mi edad, setenta años, pero si lo pones en tu novela-testimonio, como espero, con algún sesgo de denuncia que justifique y reivindique la pena de contarlo, acepto su inclusión.

Cuando yo ya había escrito varios de los capítulos de su vida, incluidos los pasajes ultrajantes que me había confesado, le propuse que hiciéramos un pacto de

caballeros: él, como lo habíamos convenido, autorizaría cada capítulo, pero no podía echar marcha atrás a la hora de entregar la obra a mis editores. Lo que yo no estaba dispuesto a aceptar era que después de escribir cien o doscientas páginas durante dos o tres años, él vetara la publicación de la novela.

Aceptó mi propuesta con una enorme valentía, pues no es nada agradable quedar expuesto a la opinión pública cuando se ha sido víctima de violencia sexual. Pero me puso otra condición, que desplazó a la primera. Una segunda condición, que me paralizó.

En el Instituto Queretano, Eduardo estudió el segundo y tercer grado de secundaria. Era un colegio privado y confesional, abierto al alumnado en general, pero los aspirantes a profesar como hermanos maristas vivían y estudiaban en un edificio contiguo a la escuela, apartados de los demás muchachos.

Ahí, Eduardo no sufrió ningún acoso sexual por parte de sus profesores. Pero en dos ocasiones algunos compañeros le hicieron insinuaciones eróticas:

> Uno me quería coger y otro quería que yo me lo cogiera. Los mandé al carajo, pero no los acusé con el superior ni los puse en evidencia con el resto de mis compañeros. De haberlos denunciado habría corrido el riesgo de que inventaran alguna calumnia que me perjudicara, como, por ejemplo, que el de las proposiciones sodomitas había sido yo.

En ese centro, me cuenta Eduardo, había una alberca semiolímpica, con sus seis carriles marcados con azulejos negros sobre el fondo blanco de la piscina, que mi hermano disfrutaba como ninguno de sus compañeros cada vez que se le presentaba la ocasión.

Guiado por un entrenador profesional, aprendió a nadar bien, cuando en nuestra infancia sólo de vez en cuando chapoteábamos en la alberca del Hotel Papagayo de Cuernavaca, y apenas aprendimos a mantenernos a flote, sin dejar de hacer muchos aspavientos y siempre con cara de náufragos.

En el agua, Eduardo se sentía en su elemento, sumergido en sus pensamientos, gozoso de su propio cuerpo —que se iba desarrollando estupendamente—, dueño de su ritmo y administrador riguroso de su respiración. Acabó por dominar los estilos de *crawl*, de pecho y de dorso, en los que compitió y ganó varias medallas, que redoblaban su inherente valor simbólico, pues no eran otra cosa que chicles bomba en forma de moneda, envueltos en papel dorado con la efigie de perfil de algún prócer de la patria —

cualquiera, menos Benito Juárez, que había expropiado los bienes de la Iglesia.

Gracias a la natación fue prefigurando desde una edad muy temprana —catorce, quince años— un cuerpo atlético, de espaldas anchas, brazos y piernas fuertes, cintura breve, que con el tiempo acrecentaría su congénita apostura.

En su elemento. En el líquido amniótico protector. Bajo el agua. Dentro de sí mismo... ¿Qué había en el fondo, en el fondo de su alma? No lo sé. Tampoco se lo pregunté. No tengo respuestas, sólo preguntas, que acaso él mismo se formulaba entre brazada y brazada, entre la inhalación lateral y la exhalación burbujeante.

¿Qué hacía recluido en ese instituto, alejado del mundanal ruido, más solo entre más acompañado, inducido a persistir en una vocación religiosa que le había sido impuesta? ¿Se sentía parte de esa comunidad religiosa o un extraño depositado ahí, como un bulto en el correo, sin saber por qué? ¿Por qué persistía? ¿Por miedo a que lo consideraran un desertor? ¿Por no disgustar a mamá? ¿Por temor a encontrarse de nuevo con el doctor Casas? ¿Porque se sentía culpable de lo que había sucedido con él? ¿O porque realmente creía que su destino en esta vida era desempeñar el papel redentor de educar a los niños y a los jóvenes en el amor al prójimo, el amor a Dios, el amor a María? ¿Estaba dispuesto, para cumplir su trascendental misión, a hacer sus votos de pobreza, de castidad y de obediencia? Amar al prójimo. ¿Qué era amar al prójimo? ¿Creía en la bondad de quienes proclamaban ese amor al prójimo cuando uno de ellos lo había vejado? ¿O era él el que había provocado ese abuso? ¿Se daría cuenta en ese tiempo en que apenas despertaba a la pubertad de que había sido agredido o pensaría que se había tratado de una manifestación más cercana, más tangible del amor? ¿Le habrá dado importancia a los ultrajes de los que fue objeto? ¿Cuándo fue realmente consciente de que había sido víctima de abuso sexual? ¿Hasta dónde llegaba su inocencia? ¿Cuándo se percató de que lo que le habían hecho tanto el doctor Gonzalo Casas Alemán como el

hermano José Trinidad Rivera había sido una vejación? ¿Mantuvo, después de esos abusos, la inocencia de la que se aprovecharon sus agresores o se sintió un pervertido? ¿Cómo sentía su propio despertar a la sexualidad? ¿Se sentiría normal o pensaría que era un monstruo? ¿Había sentido algún placer en esas relaciones? ¿Las habrá considerado normales? ¿Se habrá sentido gratificado por las monedas que le metía en los bolsillos del pantalón el doctor Casas? ¿Pensó que se trataba de un pago para que se dejara hacer lo que le hacía? ¿Cuáles eran sus expectativas sobre el sexo opuesto? ¿Podría amar a las mujeres después de lo que había sufrido? ¿Las experiencias sexuales vividas no lo imposibilitarían para amar a una mujer naturalmente? ¿Y cómo podría amarlas, dado el caso, si estaba encaminado a hacer un voto de castidad que implicaba renunciar a ellas para siempre? ¿Estaría realmente dispuesto a prescindir del amor carnal hasta su muerte? ¿Le habrá contado a su confesor lo que le había sucedido antes de entrar al seminario o, si no lo confesó, pensó que cometía un sacrilegio cada vez que comulgaba sin haber contado con la absolución de sus pecados? ¿Qué le pedía al Altísimo en sus oraciones? ¿Se sentiría culpable ante la sabiduría infinita de Dios, que conoce lo que cada una de sus criaturas esconde en el lugar más recóndito de su alma? ¿Se sentiría impuro ante la Virgen María, de quien debía ser devoto, al grado de sacrificar la vida por ella?

Aire, más aire. Inhalar-exhalar, inhalar-exhalar, inhalar-exhalar. A un costado de la alberca, se habían dispuesto quince o veinte vestidores con sus respectivas puertas, que no llegaban ni al piso ni al techo y que más parecían batientes de cantina. Por las noches, después de cenar, los aspirantes tenían media hora de recreo y se entretenían con juegos de mesa antes de rezar el *Salve Regina* y acostarse. Pero en esos vestidores se ocultaban a medias algunas parejas de seminaristas que preferían masturbarse y quizá penetrarse los unos a los otros que jugar a las damas.

Después de mi «descubrimiento», se me presentó de golpe la imagen de mi madre hincada frente al ataúd del doctor Casas cincuenta años atrás. No me di cuenta entonces de que la insistencia de mamá en acudir al sepelio y el largo rato que permaneció de rodillas ante su cadáver obedecían a un problema de conciencia que rebasaba con mucho el mero cumplimiento de un deber social.

Obviamente que mi madre tuvo que saber de esta vejación, aunque ignoro si fue Eduardo quien se lo contó o fue mi propia madre quien descubrió el caso. Lo más probable es que ella se hubiera percatado de la situación, que hubiera interrogado a Eduardo y que él hubiera acabado por confesar. Eduardo era muy reservado, de seguro a resultas del propio abuso que sufrió, pero a mamá no se le escapaba nada. Tenía una intuición agudísima, y acertaba cada vez que le pasaba por la mente la más mínima sospecha de que cualquiera de sus hijos estuviera atravesando por una situación crítica. No se equivocaba nunca. De seguro que ella conocía este oprobio antes de que mi hermano se metiera al convento. Y ésa, y no la pretendida vocación religiosa, fue la causa de que ingresara en la Congregación de los Hermanos Maristas. Eduardo contó no sólo con el consentimiento de mi madre para irse al seminario, sino posiblemente también con su apoyo explícito con tal de alejarlo del peligro. De ahí la justificación discursiva, que mucho le ha de haber ayudado a sobrellevar la afrenta, de que, si Eduardo no tenía vocación religiosa, no importaba: abandonaría la vida monacal sin haber perdido el tiempo... Lo único que no me cuadra es que, si mamá sabía de estos vejámenes del doctor Casas, ¿por qué no me protegió a mí y nunca puso ningún reparo en que yo siguiera visitando aquella casa? Quizá conocía muy bien a cada uno de sus hijos. Aunque siempre pregonara que todos éramos iguales, bien sabía que su dicho sólo tenía que ver con la equidad, y que, en el fondo, cada uno de nosotros era diferente. Ha de haber pensado

que con el sacrificio de Eduardo bastaría. Yo no correría peligro y seguiría beneficiándome de una amistad tan conveniente para mi futuro como la de Gonzalo, a quien de veras ella quería casi como a un hijo. Pero no lo sé de cierto.

Muchas veces he pensado en mi madre enfrentada a esa terrible circunstancia, sola, o sólo acompañada por la imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro que vigilaba sus insomnios desde la cabecera de la cama. Mi padre ya contaba poco, estaba jubilado, sordo y envejecido prematuramente. Era un anciano a quien le quedaban menos de dos años de vida. No creo que se haya enterado siquiera de lo que le estaba sucediendo al décimo de sus hijos. Mamá se lo ha de haber ocultado para eximirlo de asumir tamaña responsabilidad, que le hubiera quedado grande.

¡Qué impotencia! El doctor Casas era un hombre rico y poderoso. Había sido diputado en la XXXVIII Legislatura, era hermano de Fernando Casas Alemán, que había sido gobernador sustituto del estado de Veracruz, regente del entonces Departamento Central del Distrito Federal y embajador en Japón y en otros países de Asia y Europa. Cómo enfrentarse con los modestos recursos de la familia a un tipo con ese poder, esa alcurnia y esas relaciones. Y, por otra parte, cómo endilgarles a mis hermanos mayores semejante problema cuando bien sabía que ellos tampoco contaban con las armas necesarias para contender con un pedófilo tan poderoso. La única alternativa que tuvo, en el mundo de sus ideas, sus creencias y sus posibilidades, fue aceptar la invitación que los Hermanos Maristas le hicieron a Eduardo cuando presuntamente «descubrieron» en él una vocación religiosa, que mi hermano seguramente no tenía y que le fue inoculada de manera artificial, acaso con la anuencia de mi madre. ¿Anuencia? ¿Sólo anuencia? ¿No habrá sido ella misma la autora de esta «inseminación» para proteger a su hijo de las asechanzas del doctor Casas? ¿Quién le iba a decir entonces a mamá que, en el convento, al amparo de la Iglesia y de la religión —las dos únicas

instituciones, además de la familia, en las que creía y confiaba plenamente—, Eduardo habría de sufrir nuevos abusos? Dije que no se equivocaba nunca, pero no es verdad. En materia religiosa, su fe podía más que su intuición.

Una vez terminada la secundaria, cuando mis padres pensaban que Eduardo podía volver al seno familiar si finalmente descubría que no tenía la vocación religiosa que lo había impulsado a meterse en el convento, mi hermano continuó en la Congregación de los Hermanos Maristas, no sé si por inercia o por determinación propia.

Lo trasladaron entonces a la Ciudad de México, en particular a la Quinta Soledad —vaya nombre—, de la calle de Moneda —vaya nombre también— número 15, en el pueblo conurbado de Tlalpan, tan cercano y al mismo tiempo tan lejano, pues no nos podíamos visitar, ni él a nosotros ni nosotros a él, salvo en muy contadas ocasiones en las que mamá iba a verlo en nombre de toda la familia, sin poder llevarle, por disposición de los superiores del convento, ningún obsequio que pudiera relajar la severidad y la disciplina de su formación religiosa. Eduardo dejó, pues, de ser el niño imbuido de ideales religiosos que había sido cuando adoptó su condición de aspirante en el juniorado, para convertirse en un postulante al parecer decidido a profesar en la congregación marista. A las asignaturas de Matemáticas, Gramática, Física, Química, Historia, Geografía que había cursado en la secundaria, se sobrepusieron los estudios pedagógicos, filosóficos y teológicos propios de la profesión religiosa y magisterial que ejercería en el futuro.

La muerte de mi padre coincidió con el fin del postulantado de Eduardo. Sus superiores le dieron su venia para despedirse de papá cuando ya estaba agonizando, pero no le permitieron asistir a su entierro. En medio de su delirio, papá nos fue bendiciendo, uno por uno, a todos sus hijos, incluyendo el décimo, que se volvió al convento de inmediato. Unos días más tarde, Eduardo tomó los hábitos de novicio, lo que más allá de su significación simbólica implicó vestir literalmente la sotana negra, que mamá, aprendiz de viuda, le confeccionó en su vieja máquina de coser Singer de pedal, quizá con un sentimiento de luto

transferido a su hijo, pues una sotana algo tiene de sudario.

El 8 de diciembre de 1963, día de la Inmaculada Concepción de María, cuando se habrían cumplido cuarenta años del matrimonio de nuestros padres y que no llegaron a celebrar porque papá murió el año anterior, todos los seminaristas del grupo de Eduardo hicieron sus primeros votos temporales —por un año— de obediencia, de pobreza y de castidad. Todos, salvo Eduardo. El superior de los novicios no le permitió hacerlos. Quiso poner a prueba a este jovencito vanidoso, que además le había confiado, al margen del sacramento de la confesión, que se masturbaba cuando ya el esperma acumulado en los testículos exigía su liberación. *Semen retentum venenum est.*

Pero no duró mucho la postergación. El 2 de febrero del año siguiente, solo y a destiempo, Eduardo, a sus diecisiete años, hizo sus primeros votos, con tantos deseos de cumplirlos como dificultades para lograrlo —sobre todo uno de los tres—. La pobreza no le resultaría difícil de practicar, pues las condiciones económicas de nuestra familia siempre habían sido restringidas, tanto o más que las que privaban en el convento; la obediencia sería más complicada, porque requería una gran humildad para reconocer el ascendiente moral o intelectual de quien mandaba, y él no podía quitarse de la cabeza el nombre del hermano pederasta José Trinidad Rivera, el superior del juniorado de Morelia, que había esgrimido su autoridad para abusar de él, a quien Eduardo inocentemente obedeció aun antes de hacer el voto correspondiente; pero ¿la castidad? ¡Cómo, si noche tras noche, involuntariamente, se le imponían esas imágenes eróticas, no por soñadas menos vívidas, que lo sofocaban, lo agitaban, lo estremecían y le desparramaban esa bendita ponzoña blanquecina, olorosa, viscosa, abundante y enérgica entre sus piernas y las sábanas de su catre monacal, que él mismo se encargaba de lavar!

No voy a entretenerme en el relato pormenorizado de la

carrera curricular de Eduardo. Sólo diré que de la Quinta Soledad de Tlalpan lo devolvieron a Querétaro, donde realizó los primeros estudios de maestro de educación elemental y superior en la Escuela Normal de los Maristas; que después lo destacaron en el Colegio México de Orizaba, Veracruz, donde empezó a ejercer como profesor de quinto grado de primaria en sustitución de un hermano marista que se había vuelto loco, y que al cabo de un par de años se graduó con una tesis dedicada a la formación cinematográfica del niño, que sustentó en la Escuela Normal Queretana, donde siguió presentando a título de suficiencia los exámenes semestrales que preparaba en Veracruz. Su título lo acredita como maestro normalista de educación primaria elemental y superior, y destaca que la defensa de su tesis ameritó la mención honorífica *CUM LAUDE*, aunque su nombre apenas se distingue bajo el del Lic. Manuel González Cosío, Excelentísimo Gobernador Constitucional del Estado Libre y Soberano de Querétaro de Arteaga, que ostenta un puntaje mayor en garigoleados tipos góticos.

Fue ahí, en Orizaba, donde empezó a temblar el voto de castidad.

Eduardo era muy buen maestro. Poseía el don de la palabra y de la claridad. Era ameno, vigoroso, elocuente, enérgico y tenía una notable capacidad para ir plasmando en el pizarrón a lo largo de sus clases tan estupendos esquemas y tan esclarecedores cuadros sinópticos con gises de colores, que nadie, si no él, se atrevía a borrarlos al final de la clase. Además del valor pedagógico que tenían, sus anotaciones en la pizarra eran un arte efímero. Los alumnos lo querían y lo respetaban; lo admiraban hasta el arrobamiento y lo temían hasta el pavor, porque era tan deslumbrante en sus exposiciones como exigente en sus exámenes. Los padres de familia lo veían reflejado en los orgullosos ojos de sus hijos y le profesaban enorme aprecio. Pero quienes más lo querían, si de querer se trata, eran las hermanas jovencitas de sus alumnos, que asistían los sábados al Colegio sólo para verlo jugar basquetbol en el

gimnasio de la escuela, o, en la cancha de atrás, futbol como portero del equipo de la preparatoria, y que, al saber de su condición de hermano marista, que exigía el celibato, no podían dejar de pensar, y a veces de proferir: «¡Ay, qué desperdicio!».

Por las tardes, Eduardo recibía con mucha frecuencia, sobre todo cuando se aproximaban los periodos de exámenes finales, a los alumnos que iban mal en matemáticas y necesitaban una atención especial. Él los ponía a resolver problemas aritméticos. Cuando alguno de los muchachos requería hacerle una consulta o mostrarle los resultados que había obtenido de las operaciones que les había dejado realizar, simplemente se levantaba de su pupitre y se dirigía a la tarima. En una ocasión, no fue uno solo, sino fueron dos los alumnos que se acercaron a su escritorio, y mientras Eduardo revisaba la tarea de uno, el otro se colocó discretamente a sus espaldas, sacó del bolsillo de su pantalón unas tijeras con la rapidez con la que John Wayne desenfunda su pistola y le cortó sin más un mechón de pelo de la cabeza. Ante la sorpresa y el desconcierto del profesor, este alumno, de nombre Enrique Roqueñí, según me cuenta Eduardo, le confesó que había sido un encargo de su hermana, quien se había enamorado hasta las cachas de este desperdicio de hermano marista y quería poseer una parte, así fuera mínima, de su ser, si es que esos cabellos no fueron utilizados en alguna práctica esotérica consagrada a procurar un «amarre», o la correspondencia amorosa del ser amado.

Pero no sólo las hermanas de sus alumnos lo admiraban. Muchos padres de familia también: reconocían su trabajo, lo cargaban de regalos el 15 de mayo, día del maestro, y una Navidad, el padre de su alumno Alejandro Chao, que se desempeñaba como uno de los altos directivos de la empresa cervecera Moctezuma, orgullo de Orizaba, le regaló una caja de cervezas Noche Buena con su nombre —Maestro Eduardo Celorio Blasco— impreso en la etiqueta, regalo que el director del Colegio México, el hermano Alejandro Ruiz, le expropió a Eduardo para que cada

miembro de la comunidad marista se bebiera excepcionalmente una cerveza en la cena de Navidad.

El éxito no se perdona. La fama y el prestigio adquiridos por Eduardo en Orizaba se contraponían, en el juicio de los superiores, a las virtudes de la sencillez y la modestia preconizadas por el beato Marcelino Champagnat, así que al finalizar el año lectivo lo trasladaron a Pachuca, Hidalgo, donde le asignaron la titularidad del segundo grado de primaria del Instituto Hidalguense. Eduardo pensó entonces que ese cambio de la *pluviosilla* Orizaba a la polvorienta Pachuca, y el retroceso en su magisterio al pasar del quinto al segundo grado de primaria tenía cierto carácter preventivo: seguramente los superiores consideraban que no convenía que los halagos constantes de que el hermano Eduardo era objeto fueran en detrimento de la humildad que su vocación religiosa exigía.

Eduardo me exigió que, si daba su nombre en mi novela, tenía que dar los nombres de sus victimarios. Ésa fue su segunda condición.

Él mismo lo había hecho cuando en sus relatos mencionaba al hermano José Trinidad Rivera, a quien yo no conocí, con todas sus letras. Yo debía hacer lo mismo con el nombre del doctor Gonzalo Casas Alemán.

Tenía razón, sin duda. Su demanda era justa. Yo no tenía derecho a hablar de los abusos que había sufrido sin denunciar al autor de tales agresiones. Si no podía cambiar el nombre de mi hermano, porque la novela tiene un carácter esencialmente biográfico, tampoco podía modificar el nombre del doctor Casas, que en mis primeros borradores no era doctor sino ingeniero, y no se llamaba Gonzalo sino Porfirio, y no se apellidaba Casas Alemán, sino Solís Bejarano.

Pero me dio miedo. No tuve, de entrada, la valentía de Eduardo, que corría mucho más riesgo que yo.

Sabía que la publicación del caso, aunque los sucesos hubieran ocurrido hacía más de seis décadas, todavía tendrían repercusiones.

Lo que más me preocupaba era mi amistad con Gonzalo Casas. Aunque hace muchos años que no nos frecuentamos más que por vía telefónica, de manera esporádica y casi siempre por iniciativa suya, le guardo un cariño, afianzado desde la infancia, que no necesita de la comunicación o la presencia continuas para persistir, y pensé que mi denuncia a su padre le resultaría muy dolorosa. Supuse que él, además, la consideraría totalmente gratuita: qué necesidad tenía yo de sacar a la luz pública —diría— un acontecimiento tan remoto cuando ya su padre había muerto desde hacía medio siglo; en qué beneficiaría a Eduardo una acusación como ésta, que lo único que generaría sería una descalificación a su persona por parte de sus amigos, de sus antiguos compañeros, alumnos, camaradas, novias, y hasta de sus propios hijos y de las

madres de sus hijos, que dudarían, todos, de su integridad, de su ética y hasta de su virilidad. Los trapos sucios hay que lavarlos en casa, diría mi tocayo. Pensé en las hermanas de Gonzalo Casas, Ofelia, Graciela, Yolanda, de quienes tan gratos recuerdos tengo, y que acaso ignoran que su padre era pederasta, y en los hijos de Gonzalo, que según él mucho me aprecian, aunque no los he visto en años. ¡Qué chingaos ganaba yo con revelar esta historia!

Yo, que había impulsado a Eduardo a que me contara su vida secreta para relatarla con fidelidad, me acobardé. Y estuve a punto de claudicar.

Silvia, mi mujer, trató de animarme. Con muy buenos argumentos. Ella ha invertido muchos años en estudiar la violencia y en combatirla desde la educación y la organización social. La violencia de género, la violencia intrafamiliar y muy particularmente la violencia infantil, el abuso sexual contra los niños. Los casos que ha estudiado en sus investigaciones son espeluznantes y sobrecogedores. Convencida de que la denuncia, así sea extemporánea, es la única manera de enfrentar un problema que en nuestro país cobra proporciones enormes, admiró la valentía de Eduardo por haber aceptado que yo contara su historia. Justificó que me exigiera dar el nombre de sus victimarios y me aseguró que la revelación de los hechos, lejos de humillarlo, lo ennoblecería. Remató su disquisición con una hipótesis para mí totalmente insospechada:

—El propio Gonzalo Casas lo debe de saber, y, si lo sabe, va a justificar que lo publiques, e incluso es posible que te lo agradezca, porque seguramente él también necesita liberarse del peso de su silencio.

Mi comunicación con Eduardo, que se había hecho casi cotidiana, en muy mal momento se vio interrumpida abruptamente. Su computadora empezó a tener achaques severos y ya no pudo responder a las preguntas que le hacía ni leer los capítulos que le enviaba. Después de un silencio prolongado, le mandé a Nicaragua una computadora nueva, pero ya no pudo aprender a utilizarla. La enorme memoria del aparato electrónico no pudo sustituir a la suya, que se fue borrando progresivamente.

Tras meses de espera y algunas frustráneas comunicaciones telefónicas, tuve la dolorosa certeza de que ya no podría leer la novela que yo estaba escribiendo.

Mi pobre consuelo fue que contaba con su permiso explícito de publicar lo que relatara sobre su persona, siempre y cuando diera el nombre de sus agresores. Ése fue el último pacto de caballeros que asumimos los dos, aunque desde luego que yo hubiera preferido que él sancionara cada capítulo, cada página, cada párrafo de esta novela, que empieza a contradecir, por su obligada fidelidad a la historia, los argumentos que he venido esgrimiendo en estas páginas a propósito del género novelístico. La imaginación se ha tenido que subordinar, dolorosamente, a la dolorosa historia.

¡Qué paradoja! Lo que en un principio fue una solicitud de mi parte para que Eduardo me permitiera publicar su historia acabó por ser un compromiso moral que yo debía cumplir para resarcirlo, así fuera tan tardíamente, de los abusos que sufrió de niño. No podía dar marcha atrás.

Así que decidí continuar escribiendo la novela. Prevaleció tanto en mí, que la escribo, como en Eduardo, que confió en que la escribiera, el imperativo de la denuncia, porque no hay nada más ominoso que el silencio; ese silencio que protege a los delincuentes, que les da impunidad y que mantiene la limpieza y el prestigio inmerecidos de sus abyectos nombres más allá de su propia desaparición sobre la faz de la tierra.

En el Instituto Hidalguense de Pachuca tenía un alumno güerito, de ojos azules, inteligente pero muy tímido, de cuyo nombre ahora no me acuerdo. Tendría siete u ocho años. Sacaba muy buenas calificaciones en conducta y regulares —no malas— en aprovechamiento. No tenía buena letra y no era muy ducho en aritmética. Su timidez podría deberse a las bromas y a los comentarios soeces de los alumnos de secundaria y de preparatoria que provocaba su mamá cuando iba a recogerlo por la tarde. Era una mujer muy guapa, de unos treinta o treinta y cinco años. No sólo muy guapa, sino también muy vistosa. Tenía un cuerpazo, vaya. Daba la impresión de que era consciente de sus atributos, y en cierto modo los explotaba, pero sin incurrir en la franca coquetería ni caer en la vulgaridad, lo que, en el colegio de su hijo, podría ir en detrimento de su condición de madre e indirectamente afectar al muchacho.

Pensé que se trataba de una mujer divorciada o de una madre soltera. Y es que el padre del niño nunca se paró por el colegio. Ni el día de la inauguración de cursos, ni en las fiestas escolares ni ninguna de las tardes cuando se convocaban las reuniones de padres de familia. Me imaginé que podría ser la amante de un hombre mayor que ella y seguramente muy rico, pues en esos tiempos las señoras de su clase no trabajaban y ella se vestía con prendas ostentosamente finas y caras y manejaba un Valiant Barracuda rojo bermellón último modelo. Se desenvolvía con una sensualidad siempre al límite de la provocación y usaba unas minifaldas muy audaces para la época, que le permitían lucir sus espléndidas piernas para regocijo del estudiantado de secundaria y de preparatoria, y para perturbación de algunos profesores maristas, como yo. Por la mañana, dejaba al niño en la puerta de la escuela y se iba, pero por la tarde, entraba por él al Instituto. Ya rotas las filas de los alumnos, hacía su aparición el automóvil en el patio de las canchas de basquetbol. Varios muchachos de la secundaria o de la preparatoria, que salían al mismo tiempo que los de primaria, se arremolinaban alrededor del coche para otear por la ventanilla las piernas de la señora de la minifalda. Se escuchaban algunos piropos dichos en voz baja y uno que otro silbido apenas emitido, cuya contención podía deberse a la timidez o al temor del regaño de algún maestro o, peor aún, de la reacción de ella misma, que parecía capaz de preguntar cosas

como: «¿Qué me ves?» o «¿Te gustan mis piernas?». Una vez que el hijo se subía al coche, la señora salía del colegio partiendo plaza. Pero a veces se bajaba del automóvil para hacer algún trámite administrativo, pagar la colegiatura o hablar con el maestro de su hijo, y entonces los suspiros, los jadeos, los chiflidos, los piropos se desparramaban a lo largo del trayecto, aunque siempre expresados con vergonzante disimulo. Ella, en vez de molestarse, parecía sentirse halagada, y seguía su camino con determinación, contoneándose, y respondía con una media sonrisa a las expresiones lascivas apenas musitadas de los estudiantes.

Cuando los padres de familia solicitaban hablar con un maestro, o un maestro citaba a los padres de un alumno, la hora indicada para llevar a cabo la entrevista era la de la salida: las dos de la tarde. Se reunían, en el aula correspondiente, el maestro y generalmente la madre, porque entonces los papás sólo acudían en contadas ocasiones. El profesor tenía la obligación de dejar la puerta del salón abierta para atender la visita.

Pues esta señora llegaba a hablar conmigo por lo menos una vez al mes. Su hijo entonces se quedaba en el patio, jugando con sus compañeros y tratando de ignorar o desoír los comentarios prosaicos que la presencia de su madre suscitaba en los alumnos mayores y que seguramente lo lastimaban. Yo le ofrecía a la señora mi silla, que mantenía en la tarima, pero separada del escritorio, y me colocaba frente a ella, medio sentado sobre la tapa de uno de los pupitres de la primera fila.

Me preguntaba por el desempeño y el comportamiento de su hijo ¡Gerardo! Ya recordé su nombre. En la conversación que sosteníamos, la señora reconocía algunas quejas de mi parte, aceptaba mis recomendaciones e invariablemente justificaba las veniales deficiencias escolares de su hijo con un lastimero: «Es que soy sola».

Calzaba tacones altos y siempre, sentada en mi silla de profesor, cruzaba una pierna, que de vez en cuando cambiaba por la otra, dejándome ver, ay, hasta la trama oscura de sus medias. Al final de la entrevista, se despedía dándome la mano, flojita, suavecita, caliente, y desplegando una sonrisa ambigua que a mí me dejaba temblando.

La acompañaba hasta la planta baja y ella afrontaba, sola, las turbas, ya disminuidas —pues los camiones escolares ya habían salido a cumplir el primer turno de su recorrido—, de los estudiantes mayores, que no dejaban pasar la oportunidad de admirarla a pesar de mi presencia, que, dada mi edad, no

representaba mayor autoridad. Nadie se excedía, es cierto, pero casi nadie se privaba de hacer un gesto voluptuoso o susurrar un comentario caliente.

Al cuarto o quinto mes, su visita cambió de tesitura. Gerardo iba bien en conducta y no iba mal en aprovechamiento, no tenía por qué preocuparse, debía estar tranquila... En esa ocasión, sentada en mi silla, ella cambió con mayor lentitud que de costumbre su pierna cruzadita, y sin más, me dijo:

—Usted conocerá muy bien a mi hijo Gerardo, pero a mí no me conoce. Yo sólo sé que usted es el mejor maestro de la escuela, todo mundo lo dice; pero yo a usted tampoco lo conozco. Platíqueme un poco de usted y, si está de acuerdo, yo también le platico un poco de mí.

¡Uf! Se me volteó el tarjetero, me puse colorado como hacía mucho tiempo que no me ponía. Al verme tan turbado, me dijo: «Bueno, déjeme empezar a mí». Y me contó que era madre soltera, pero que por fortuna el padre de Gerardo era un hombre muy responsable:

—Paga todos mis gastos y los de mi hijo, pero, como está casado con una mujer muy celosa, pues me tiene muy abandonada. Y me siento muy solita. Nunca ha venido a traer o a recoger a su hijo, ¿usted cree?, y mucho menos vendría a una reunión de padres de familia.

Después de varias frases pronunciadas en el mismo tono entre seductor y autocompasivo, me soltó:

—Bueno, yo ya le platiqué de mí; ahora le toca a usted. Oiga, pero antes, dígame, ¿puedo hablarle de tú cuando estamos aquí solitos, como ahora? Si no le molesta, me gustaría que usted también me hablara de tú, así, en confianza.

De vuelta me volví a sonrojar, lo que me molestó mucho conmigo mismo.

Le dije que era de la Ciudad de México, que, como ella ya sabía, era hermano marista, que me había recibido de maestro normalista en Querétaro, que había empezado dando clases en Orizaba, y que ahora me habían trasladado a Pachuca... Como no le hablé de tú, ella prosiguió la conversación hablándome de usted.

—¿Y se piensa quedar aquí, en este pinchurriento pueblo? —así dijo.

—Eso no depende de mí; depende de mis superiores. Me pueden cambiar cuando quieran y enviarme a donde ellos consideren que es más conveniente que yo esté. Así lo hicieron cuando estaba en Orizaba. Yo allá me sentía muy bien, puedo decir que feliz, pero tuve que venirme para acá, incluso con el

desacuerdo de algunos padres de familia, que estaban contentos con mi desempeño como profesor de sus hijos, y a lo mejor también de algunos de los que fueron mis alumnos, que me estimaban.

Pensé decirle que tampoco estaban de acuerdo con mi traslado las hermanas de algunos de mis alumnos que llegaban a ver los juegos de basquetbol en los que yo jugaba y gritaban y aplaudían cuando anotaba alguna canasta. Entonces yo tenía prácticamente la misma edad de los estudiantes mayores del bachillerato. Pero no le dije nada porque me habría puesto de nueva cuenta colorado y ella habría descubierto, para mi fragilidad, la vanidad que, al parecer, había sido la causa de mi traslado al pinchurriento pueblo de Pachuca.

—¿Y es usted casado? —me preguntó, como si no supiera mi estado.

—¿Cómo cree? Soy hermano marista, y todos los maristas tenemos votos de pobreza, de castidad y de obediencia.

—Uy, puede ser que no se pueda casar, pero no me diga que no tiene una novia por ahí. Me costaría mucho trabajo creerlo. Es usted muy joven y atractivo. Hasta las jovencitas, hermanas de sus alumnos, se ponen como loquitas cuando usted juega basquetbol en el gimnasio o futbol en la cancha de atrás. Mi hijo Gerardo me dice que lo ha visto jugar los sábados y que es muy buen portero, que nunca le meten un gol, que las para todas... ¿Es cierto? No me diga que no. Me dice que usted las para todas.

—Bueno. Ya platicamos hasta de más. Creo que Gerardo ha de estar esperándola.

Y justo en ese momento hizo su aparición el niño en el vano de la puerta, se acercó a su madre y le dijo:

—Ya tengo hambre, amá.

—Bueno, tal vez la próxima vez podamos hablar un poco más. Vámonos, mijo.

Bajamos juntos los tres y ya en el corredor se despidió nuevamente de mí:

—Hasta la próxima, profesor, y muchas gracias por atenderme.

Se fue, tomando a su hijo de la mano y segura de que yo me quedaría parado, como efectivamente lo hice, viéndola de espaldas.

—Híjoles, profe, qué buena está, ¿verdad? —me dijo un alumno que me vio quieto como estatua de sal, mirando cómo se alejaba por el corredor la mamá de Gerardo.

A partir de ese día, me fue difícil conciliar el sueño por las

noches y cumplir con mi voto de castidad, que no sólo proscribía las relaciones carnales, sino la masturbación y hasta la aceptación de los «malos pensamientos». No podía dejar de pensar en esa sonrisa que había perdido su ambigüedad inicial para ser absolutamente unívoca, en esas piernas que se cruzaban y se descruzaban para volverse a cruzar en mi silla del aula de segundo año, en esas nalgas que se alejaban por el corredor, contoneándose, como si se correspondieran con las brazadas de mi natación en la alberca semiolímpica del juniorado del Instituto Queretano. Imaginé, de día y de noche, despierto y dormido, lúcido y obnubilado, que me escapaba con ella fuera de Pachuca. E invariablemente concluía mis ensoñaciones con el doble y contradictorio propósito de borrarlas de mi mente para siempre y de hacerlas realidad ya, ahora, en este preciso momento, con el perdón del beato Marcelino Champagnat.

La siguiente vez que me fue a visitar, hablamos muy poco de Gerardo Esquerra. Esquerra era el apellido del muchacho. Ella se llamaba Claudia, ese nombre que tantas veces pronuncié en el silencio de mis ensoñaciones nocturnas, y que no olvidaré jamás a pesar de que tomé la decisión, para que no me traicionara el inconsciente, de referirme a ella siempre como la señora Esquerra, aunque creo que ése era el apellido del padre del niño, con quien ella nunca se casó y a quien yo no conocí.

Las visitas sucesivas de la señora Esquerra al término de mi clase se fueron haciendo cada vez más frecuentes y el nombre de su hijo Gerardo acabó por desaparecer de nuestras entrevistas. La puerta del salón seguía permaneciendo abierta, pero la conversación fue tomando otros derroteros hasta que una tarde no pude resistir más y acepté su propuesta explícita de escaparnos de Pachuca el sábado siguiente. No sabía qué seríamos capaces de hacer estando solos, a puerta cerrada, en algún lugar en el que nadie nos conociera, pero sí imaginaba, con deseos ingobernables y ansiedad malsana, todos y cada uno de los instantes de ese proceso que nunca en mi pinche y recochina vida había vivido, a los diecinueve candentes años de mi edad. Tulancingo, dijo ella, que es una ciudad aún más pequeña que Pachuca.

—Tú no te preocupes —me tuteó—, yo me encargo de todo.

Y efectivamente, se encargó de reservar un hotel discreto y confortable, según sus propias palabras, que seguramente conocía de alguna estadía previa, vaya a saber con quién.

Llegado el día, ella viajó sola a Tulancingo en su Barracuda, con el pretexto, según me había adelantado, de asistir a la

graduación de una sobrina en la Ciudad de México, para lo cual dejó a su hijo Gerardo en casa de una amiga; yo, por mi parte, con el de rendir cuentas de la venta de los libros de religión, publicados por la Editorial Progreso de los Hermanos Maristas, ubicada también en la capital del país, como le mentí al hermano director de la comunidad y de la escuela.

Ese sábado salí tranquilamente con el conductor de la camioneta de los Hermanos Maristas, que me llevó a la terminal de los autobuses ADO, sin sospechar que mis planes consistían en bajarme en Tulancingo y no en México. Era el hermano que daba clases de mecánica automotriz y de electricidad a los bachilleres del Colegio y que se desempeñaba, además, como mecánico y chofer de la camioneta Chevrolet —de las grandes —, en la que cabíamos, apretados, los diez hermanos que integrábamos la comunidad marista cuando hacíamos algún paseo dominical o nos íbamos de retiro a la Quinta Soledad de Tlalpan.

Iba muy excitado, nervioso, caliente, pero creo que lo pude disimular bien porque el hermano conductor no mostró ningún recelo y se dedicó a hablar del generador de la camioneta, que en su opinión ya necesitaba cambiarse por uno nuevo, lo mismo que las balatas.

Ella seguramente estaba igual de entusiasmada, aunque tuviera más experiencia que yo (bueno, cualquiera tendría más experiencia que yo, que no tenía ninguna). Al menos así, que estaba entusiasmadísima, me lo había dicho cuando nos despedimos por teléfono en la llamada acordada para las once en punto de la noche de la víspera, y que la hice a oscuras en el aparato de la dirección del plantel, tras haber burlado la vigilancia del velador, y no en el de la casa exclusiva de la comunidad de hermanos, donde corría un riesgo mayor de ser descubierto.

Los invitamos a cenar para que conocieran el departamento que Silvia había adquirido y remodelado en el centro de Madrid, la ciudad donde pasamos, desde hace varios años, los meses más inclementes del verano y del invierno, que son los periodos intersemestrales en que puedo ausentarme de la Universidad de México y dedicarme de tiempo completo a la escritura.

Originalmente la cena estaba destinada a recibir a José Calafell —director del Grupo Planeta para América Latina —, que se encontraba de paso por Madrid, pero, aprovechando su presencia, decidimos convidar también a Beatriz de Moura y Juan Cerezo, mis editores de Tusquets, que no dudaron en trasladarse de Barcelona a Madrid para saludarnos.

El objetivo de la invitación no había sido entregarles la novela, sino, como lo establecen los cánones de la cortesía mexicana, poner el nuevo piso a sus órdenes. *Ésta es su casa*.

Sin embargo, cuando faltaba apenas una semana para que vinieran a cenar mis editores, con quienes a través de los años ha fructificado una relación de amistad que supera con mucho el interés profesional, pensé que, si me daba prisa, podría terminar la primera versión completa de mi novela, a la que ya sólo le faltaban algunos ajustes, y, sin que lo esperaran, entregarles el original esa misma noche, al final de la cena. Sería una sorpresa para ellos, porque se han acostumbrado a la morosidad de mi escritura y saben que no puedo ofrecerles una nueva novela en menos de siete años, como ha ocurrido con las cuatro que hasta ahora me han publicado. Aunque supieran que estaba metido en un nuevo proyecto, no sospechaban que pudiera romperse esa periodicidad atávica, pues, desde el 2014 en que publiqué *El metal y la escoria*, sólo habían pasado cuatro años. Todavía quedaban tres.

Trabajé día y noche con una energía y una rapidez inusuales, y efectivamente, pude concluir la primera versión completa. La misma mañana del día de la cena, me

dio tiempo de imprimir y encuadernar tres ejemplares en una papelería de la plaza de Canalejas. A los postres, les dije que les tenía deparada una sorpresa. Saqué entonces los ejemplares encuadernados en azul y un dispositivo electrónico. Les presenté *Los apóstatas* con la formalidad del caso, si bien les advertí que era la primera versión. Le faltaría una revisión concienzuda, pero, en mi opinión, les dije, ya era una versión suficientemente legible para que consideraran su publicación.

No se hicieron esperar los parabienes, los buenos augurios, las felicitaciones.

Brindamos.

Pero antes de que se marcharan, me arrepentí. No podía entregarles la novela sin que antes la leyera Gonzalo Casas. Les rogué que me perdonaran, que no se la llevaran todavía, que tenía que revisarla, que su publicación me generaría muchos problemas, que por favor me dieran un poco más de tiempo. Y les recogí los ejemplares y el USB que les había entregado.

Con una sola y extensa oración, hablando de sí mismo en tercera persona, Eduardo remató el relato de su desventurada aventura:

> Esa mañana, en un camión ADO, cuando viajaba para acudir a una cita amorosa clandestina, el hermano marista Eduardo Celorio tomó la improvisada y difícil decisión de quedarse sentado en su lugar y no bajarse del autobús en la terminal de Tulancingo donde lo esperaba la señora del Barracuda, la de la minifalda y las espléndidas piernas, que no entendió absolutamente nada de lo que sucedía cuando sólo recibió un discreto saludo con la mano a través de la ventanilla del autobús, que continuó su ruta hasta la Ciudad de México, donde el profesor de su hijo Gerardo, el hermano Celorio, finalmente se apeó para ponerse a las órdenes de la Chingada, que lo arropó en su seno por los siglos de los siglos, amén.

No se la pude mandar a Gonzalo Casas.

La dejé descansar seis meses con la esperanza de que la podría leer con nuevos ojos y mayor distancia crítica. Pero me volví a atorar en la lectura y a desear con toda mi alma abandonarla. ¡Qué necesidad!, me repetía. ¿Para qué? Voy a joder a Gonzalo y de paso también a Eduardo, por más que sienta la obligación moral de denunciar a su agresor. Si él admitió que revelara su secreto con la condición de dar el nombre del victimario, nunca me dijo explícitamente que lo publicara. Pero después del trauma de haberlo confesado, no darlo a la luz sería como faltar, por cobardía, a una correspondencia elemental con mi hermano, que ya no podrá opinar. Maldita la hora, carajo.

Para colmo, no creo en las novelas de denuncia. Siempre he pensado que la novela puede mostrar todo, pero no demostrar nada. Una novela no es una tesis. No hay contenidos preartísticos. Y esta que he estado escribiendo se volvió, sin duda, una novela de denuncia.

Pensé en escribirle una larga carta a Gonzalo para que comprendiera la penosa situación en la que me encontraba. Pero después de rumiar durante muchas noches su posible redacción, deseché la idea. Tendría que ser una carta demasiado larga y muy posiblemente no le resultara convincente. Además, ¿qué haría yo en caso de que él me pidiera que no publicara mi novela?

Pasó casi un año desde que les entregué la primera versión a mis editores sin saber cómo resolver el problema. Hasta que un día tuve otra revelación.

La historia de la escritura y de la publicación de la novela era tan conflictiva, o más, que la novela misma. Después de darle muchas vueltas al tema, decidí relatar no sólo lo que había sucedido en la historia, sino contar también la historia de la escritura de la novela, a fin de que Gonzalo, y de paso mis posibles lectores, comprendieran mi conflicto, porque toda novela, en mi opinión, nace de un conflicto. Un conflicto que no se resuelve en el transcurso

de una sobremesa, sino que requiere que se navegue durante muchas páginas para exponerlo. Y la novela no resuelve el conflicto que motiva su escritura, pero sí lo saca del pecho del autor para ponerlo en el pecho del lector. Es decir que la escritura de la novela no tiene otra finalidad que liberar al escritor de la necesidad de escribirla, de permitirle abandonarla. Y eso, precisamente, era lo único que yo quería hacer desde la maldita hora en que se me ocurrió escribirla: abandonarla, quitarme de encima la alimaña que me cayó en el cuerpo.

Determiné, pues, intercalar, en la trama de la novela, tautológicamente, la historia de la escritura de la novela misma con el propósito de justificar su condición denunciatoria y de exorcizar los conflictos morales que he tenido que arrostrar para atreverme a publicarla. No la someteré previamente a la autorización de mi querido amigo Gonzalo Casas Ocejo. Ojalá que, si llega a leerla, se sienta liberado, como preconizó Silvia, mi mujer, y no traicionado, como yo tanto lo he temido.

Al escribir esta historia metaliteraria, he descubierto, también gracias a la propia escritura, el auténtico móvil de mi denuncia y la verdadera necesidad de publicarla. No ha sido el compromiso de corresponder a la confianza de mi hermano Eduardo, como lo pensé. Ha sido la obligación moral de levantar a mi madre del piso en el que se arrodilló, hace medio siglo, frente al ataúd del doctor Gonzalo Casas Alemán para tratar de perdonarlo *(Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden)*, en vez de haberlo denunciado.

Segunda parte
Miguel

De ida

Yo no nací al mediar el siglo XX, *como dice mi acta de nacimiento.*

Yo nací en el otoño de la Edad Media.

Tu hermano Miguel era un hombre bello. Es preferible ese adjetivo, tan poco usual para referirse al sexo masculino, al más frecuente de *guapo*, que implica un desplante y un arrojo que tu hermano no tenía, salvo cuando estaba poseído por la ira. Sí; era bello. Tez limpia, frente clara, cabellera ligeramente ondulada, párpados profundos. Mirada a propósito angelical, como enfocada siempre en lontananza. Voz suave, dicción esmerada hasta el artificio y cadenciosa, como su pestañeo. Eran tales su belleza y su fervor religioso, aunados a su vanidad y su talento para el dibujo, que en tres ocasiones se autorretrató como Cristo. Lo único que acaso podía afear su rostro era que, al reír, enseñaba dos milímetros de más las encarnadas encías. Pero quizás ese defecto, si lo era, terminaba por ser uno de sus atractivos, como aquellos dientes un poco *apartadiellos* —y no *apretadiellos*, según el copista del *Libro de Buen Amor*— que el Arcipreste de Hita, tocado por la estética mudéjar, le atribuía a la mujer hermosa: un pequeño defecto —la separación en ese caso de los dientes incisivos superiores de la doña— por donde se filtraba el erotismo. Miguel sabía de su belleza, pero no la explotaba en términos galantes, sino estéticos y espirituales, porque la consideraba una manifestación exterior, concedida en forma gratuita por natura, de las cualidades prestadas por Salamanca, como en efecto ocurrió para honra del refrán. Pues fue precisamente en Salamanca donde Miguel adquirió la riqueza de su vocabulario, la hondura de sus conocimientos, la formación de su gusto, en las que confiaba más que en sus dotes amatorias. Entre el amor *eros* y el amor *ágape*, se inclinaba por el *ágape*, pero sólo en la teoría, porque en la práctica, su narcisismo nada tenía que ver con la caridad.

Pero esa imagen pública que tu hermano Miguel se empeñaba en proyectar tenía su contraparte. Era un hombre temperamental, que en algunos casos perdía el dominio de sí mismo y podía llegar a la violencia. ¿«Un hombre temperamental»? Tal vez sea excesivo enunciarlo

así, porque mucho de infantil había en sus reacciones cuando la realidad no concordaba con sus ideales o sus expectativas. Si tal cosa ocurría, y muchas veces ocurría por una nimiedad, esos ojos apacibles adquirían la furia eléctrica del relámpago, esa voz melodiosa alcanzaba los decibeles del grito y esas manos de modales suaves se crispaban hasta el puñetazo —en la pared, generalmente y por fortuna—. Tú, de niño, fuiste testigo de alguno de esos exabruptos, que inconscientemente olvidaste hasta que tu propia literatura, que reelabora lo que tú le proporcionas —vivencias, relatos familiares, testimonios, informes, cartas, fotografías— para devolvértelo «procesado», te los hizo recordar cuando escribiste *El metal y la escoria*.

Muchas novias se sucedieron a lo largo de la primera juventud de tu hermano Miguel, con cada una de las cuales sostuvo relaciones íntimas, aunque ciertamente más platónicas que aristotélicas. Ellas, que eran muchachas *decentes*, como entonces se llamaba a las señoritas que venían de familias acomodadas, cristianas y conservadoras, se enamoraban de él, atraídas por su belleza, su cultura, su discurso, pero sobre todo por su idealismo, casi místico, que tu hermano ejercía con un fervor magnético y proselitista no exento de teatralidad.

Cuando era un joven estudiante de arquitectura en la antigua Academia de San Carlos de la Universidad de México, una de esas muchachas decentes de buena familia, llamada Ana María Benavides, que compartía con él la devoción mariana, se enamoró de tu hermano. Las afinidades piadosas entre ambos, que abrieron la puerta a la revelación de otras muchas coincidencias y a una simpatía recíproca y creciente, los condujeron al cabo de un tiempo —de seguro más largo del que ella hubiera esperado— a iniciar un noviazgo. Al parecer, no rebasaron los límites del entrelazamiento de las manos y el pudoroso beso en la mejilla. Fue una relación que transcurrió menos por el camino de la pasión que por el de la compasión, porque a la postre Miguel no pudo —su naturaleza no le daba para ello— corresponder al enamoramiento, incondicional hasta la

postración, de Ana María.

Miguel la visitaba todas las tardes en su casa al salir de la Academia de San Carlos, salvo cuando tenía que pasar la noche en vela para entregar una *repentina*, como les llamaban en la escuela a las tareas impuestas de improviso —la elaboración de un proyecto arquitectónico o la construcción de una maqueta— que tendrían que desarrollarse en un plazo perentorio. Iban juntos los domingos a la iglesia de la Sagrada Familia en la esquina de las calles de Puebla y Orizaba en la colonia Roma y, con cierta frecuencia, después de misa, Ana María iba a comer con la familia de su novio. En ese caso, Miguel supervisaba la limpieza y el orden de la casa. Determinaba (hasta donde la economía de la familia y las habilidades culinarias de tu madre —que eran superiores a los recursos para aplicarlas — lo permitían) el menú que se habría de servir. Se ofrecía desde temprano a poner la mesa con la vajilla, la cristalería y los cubiertos de los buenos tiempos, que sólo se usaban en los días de fiesta. Examinaba el aliño de las vestimentas, incluido el lustre de los zapatos, el peinado con goma de tragacanto y la pulcritud de las uñas de tus demás hermanos. De igual modo lo habría hecho contigo si ya hubieses nacido. Tus padres toleraban sus exigencias de prefecto de escuela primaria no sólo porque le tenían miedo a su carácter explosivo, sino porque veían en Ana María Benavides un magnífico prospecto matrimonial para su hijo primogénito, que, vaya si lo sabían, no era ninguna perita en dulce a pesar de su mirada angelical, su devoción religiosa y su imputada espiritualidad. Pensaban que Ana María, con la dulzura de su condición y la suavidad de su trato, podría valorar el idealismo de Miguel y también aplacar sus exabruptos.

Al cabo de unos meses de noviazgo, tu hermano Miguel le anunció a Ana María que tenía algo muy importante que decirle.

La visitó en su casa una mañana con la certidumbre de que a esa hora podrían estar solos. Le pidió entonces que juntos rezaran un avemaría y que se encomendaran a Dios

para que los iluminara y les diera la fortaleza y el ánimo que requerirían para enfrentar juntos lo que él tenía que comunicarle. Ella pensó, claro, en su ansiada propuesta matrimonial y en las dificultades inherentes a la vida conyugal que se avecinaba, y rezó, a dúo, con una devoción inédita. Tras la oración, Miguel le descerrajó un monólogo que duró más de dos horas y que tras muchas digresiones concluyó en una declaración del todo inesperada para Ana María. Y tremebunda, por decir lo menos. Una declaración no sólo determinante, sino terminante. Había otra mujer en su vida, con quien ella, Ana María Benavides, de ninguna manera podría rivalizar.

El azoro, la sorpresa, el desconcierto, la incredulidad, el llanto, la frustración, el dolor, la indignación, el coraje, los celos, la rabia —¡imagínate tú!— se fueron sucediendo y entremezclando en el corazón, en la mirada, en los labios trémulos y mudos de Ana María hasta que Miguel confesó, con un regusto dramático que se le asomaba por esas encías de pronto más visibles de la cuenta, que esa mujer con la que Ana María no podría jamás competir —y aquí su discurso se detuvo unos segundos, angustiosos para ella y de algún modo regocijantes para él— era... la Virgen María. ¡La Virgen María! ¡Nadie menos que la Virgen María! ¿Puedes creerlo?

Había tomado la decisión de abrazar la vida religiosa y estaba por ingresar como fraile en el convento de San Esteban de la Orden de Predicadores de Santo Domingo de Guzmán en la ciudad española de Salamanca.

No he llegado a saber si tu hermano Miguel tenía una verdadera vocación religiosa. No creo que su determinación de irse de dominico haya sido un mero pretexto —y no un motivo real— para romper con su novia al percibir su propia incapacidad de amar de veras a una mujer, o por lo menos a esa mujer, Ana María Benavides. Lo cierto es que el argumento era irrebatible —«Te dejo porque la Virgen María me llama»—, si se dirigía a una muchacha decente, cristiana y de buena familia. Pero si la vocación no resultara verdadera, el precio que tu hermano debería

pagar para sostenerlo de manera congruente sería demasiado alto.

Miguel tenía una enorme facultad para engañarse a sí mismo. Su idealismo, que lo hacía decepcionarse continuamente de la realidad, dentro de la cual podrían caber igual el descubrimiento de un lunar antes inadvertido en el cuello de una mujer bella, que la indignación ante las miserias más atroces de la condición humana, lo ha de haber empujado a tomar tan trascendente decisión. Y es posible que ese idealismo también haya contribuido a magnificar la vida religiosa que estaba a punto de asumir y a otorgarles a los aspectos meramente formales —adjetivos, escenográficos, litúrgicos— mayor importancia que a los de fondo. El placer de vestir el alba blanca y la capa negra de los dominicos; la nobleza implicada en dejar familia, amigos, compañeros y carrera por un llamado divino; el gozoso dramatismo de romper su noviazgo por una razón tan irrenunciable como la vocación religiosa; el prestigio de viajar a Salamanca, la ciudad universitaria por excelencia, y en particular ingresar en el convento de San Esteban, por donde habían transitado Vicente Ferrer y Francisco de Vitoria, y dedicar su vida, como Alberto Magno o Tomás de Aquino, a los estudios teológicos, han de haber sido considerablemente mayores que la severidad a la que tuvo que enfrentarse, a la hora de la verdad, tan pronto tomó los hábitos y empezó a vivir en el claustro: la soledad —o aún peor: la compañía obligada—, la disciplina religiosa, la vida monástica sin resonancias, sin la publicidad del siglo, sin espejos.

Cuando mis padres cumplieron sus bodas de plata, mi hermano Miguel obtuvo un permiso para viajar a México y asistir a los festejos conmemorativos, sobre todo de carácter religioso, organizados para celebrar los veinticinco años de vida conyugal. En ese viaje Miguel me vio por primera vez. Yo había nacido ese mismo año de 1948 y aparezco en la fotografía de familia en el regazo de mi madre, en el mero

centro del encuadre. Tenía a la sazón escasos nueve meses de edad. Mi padre, de pie, respalda la silla en la que nos encontramos mi madre y yo. Mis entonces diez hermanos, pues la menor, Rosa, aún no había nacido, están distribuidos cual satélites alrededor de ese centro solar que fue mi madre. Entre esos hermanos está Miguel, ataviado con el hábito dominico: la túnica blanca, igual que la esclavina con la capucha abatida; la larga y ancha capa, negra; el escapulario en el pecho, como una condecoración; el largo rosario, de quince misterios, sujeto al cíngulo. Se echa de ver en su actitud una santidad impostada: la mirada puesta en el infinito, la sonrisa beatífica, la mano derecha levemente apoyada en el respaldar de la silla en la que está sentada Virginia, mi hermana mayor.

El hábito blanco y negro de la Orden de Predicadores que tanto fascinó a los pintores españoles del barroco, amantes del contraste y el claroscuro, como Claudio Coello o Francisco de Zurbarán, se corresponde con el carácter dicotómico de Miguel: la limpidez de sus ideales y las tinieblas de su realidad; el candor de su alma y las truculencias de su espíritu.

Cada vez que veo esa fotografía constato que yo, efectivamente, nací en el otoño de la Edad Media, cuando las familias cristianas cumplían la divisa evangélica de procrear los hijos que Dios tuviese a bien concederles, el padre desempeñaba el papel de la autoridad inapelable, los hijos varones se dedicaban uno a las letras —por lo general al amparo de la Iglesia—, otro a la administración de la hacienda y otro más a las armas, y las mujeres no tenían otras opciones que la vida religiosa o las tareas domésticas. En el centro, mi padre, el fundador; a un lado, Miguel, que abrazó la vida religiosa; al otro, Alberto, quien ya se dedicaba al comercio y ejercería una especie de mayorazgo en la familia, y entre otros muchos, yo, el benjamín, con los ojos azorados, que delataban, previsiblemente, que me dedicaría a las letras. Ninguno fue militar —como hubiera convenido a los cánones medievales—, pero mi hermano Eduardo, que está sentado en el filo de la tarima

alfombrada del estudio fotográfico, habría de tomar las armas muchos años después para participar en la Revolución sandinista de Nicaragua.

—Oye, mamá, ¿qué hizo Dios para ser Dios?

—¿Qué?

—¿Que qué hizo Dios para ser Dios? ¿Por qué todos tenemos que adorarlo?

—Pues porque Él nos creó, Él creó el mundo, Él creó el Universo: las estrellas, las plantas, los animales, las montañas, los ríos…, todo. ¿Te parece poco?

—No; pero ¿qué hizo para ser Dios, para tener el poder de crear todo lo que creó? ¿Por qué Él fue Dios y tú no, o mi papá, o mi hermano Miguel o yo?

—Pues Él murió en la cruz por todos nosotros. Piensa nada más en lo que sufrió cuando le pusieron en la cabeza una corona de espinas, lo azotaron, lo obligaron a cargar una cruz pesadísima y luego lo crucificaron… Piensa en el dolor que ha de haber sentido cuando le clavaron las manos y los pies a la cruz y le atravesaron el corazón con una lanza. ¿Tú has probado el vinagre solito? Imagínate que sea lo único que te dan de beber cuando te estás muriendo de sed.

—Sí, mamá, pero todo eso fue mucho después. Porque primero, cuando Dios hizo el mundo y creó a Adán y a Eva, todavía Cristo no había nacido. O sea que ¿qué hizo Dios Padre para ser Dios y tener tantos poderes y tantos ángeles que se pasan toda la eternidad adorándolo, igual que todos nosotros que tenemos que adorarlo toda la vida y rezarle si no queremos irnos derechito al infierno por toda la eternidad?

—Ay, mijito, no sé. Cómo me haces esas preguntas ahora. ¿No ves que estoy haciendo la comida? Anda, pon la mesa, que ya vamos a comer.

Al cabo de tres años, fray Miguel O.P., como solía firmar sus dibujos religiosos, perdió el apelativo que precedía a su nombre y las siglas de la *Ordo praedicatorum* que lo sucedían.

Vivió más de dos años en el convento dominicano de San Esteban en Salamanca, cuyo claustro, mitad gótico, mitad renacentista, dibujó con la precisión propia de los estudios de arquitectura que había hecho y dejado en suspenso en la Academia de San Carlos. Tú tienes una copia de ese dibujo e incluso pudiste comprobar su fidelidad cuando viajaste a Salamanca para escribir esta novela. Después, tu hermano fue trasladado a la misión dominica de San Francisco, California. Ahí sufrió reiteradas crisis emocionales, de las que muy poco se sabe. Lo que sí se sabe es que los dominicos trataron de remediarlas a fuerza de electrochoques. ¿Insubordinaciones propias de su carácter? ¿Dudas vocacionales? ¿Arrepentimiento de haber dejado carrera, familia, amigos, novia? Quién sabe. Lo cierto es que Miguel era vanidoso y temperamental; que generalmente había vivido en familia, si bien pasó alguna temporada larga de interno en el Instituto Potosino, y que estaba acostumbrado a ciertas prácticas de urbanidad, de higiene, de alimentación propias de su entorno, el cual era muy estable a pesar de los constantes cambios a los que la adscripción laboral de tu padre sometió a la familia. Como sabes, Miguel nació en La Habana, estudió sus primeras letras en inglés en Los Ángeles, California, y vivió después en varias ciudades mexicanas: México, Guadalajara, Aguascalientes, Ciudad Guzmán, San Luis Potosí, pero la educación y los valores que tus padres le infundieron permanecieron firmes en tan constantes cambios domiciliarios. Con tales antecedentes, le ha de haber costado mucho trabajo asumir la vida cotidiana en aquel convento de Salamanca, cuya austeridad sustantiva priva sobre la profusión de sus imágenes, sobre la riqueza de su ornamentación, sobre el barroquismo de sus retablos; ha de

haber echado de menos a los suyos, aunque ya no fueran tan suyos, pues los separaba la clausura y una distancia oceánica; ha de haber sufrido los extremos del clima salmantino, las diferencias culinarias, las costumbres y hasta el olor. Sí; el mal olor. Desde la secundaria, cuando jugaba como ala derecha del equipo del Instituto Potosino, tu hermano Miguel era buen jugador de futbol, en concordancia con la divisa tan cantada por los maristas de que mente sana en cuerpo sano. Los frailes también jugaban futbol —o *fúrbol*, dirían ellos—, pero lo hacían, aun en temporadas de calor, con los hábitos de lana puestos, y apenas arremangados para dejar en cierta libertad las piernas. Corrían, pateaban la pelota de cuero con sandalias poco aptas para semejante deporte, imprecaban —pues predicadores eran—, transpiraban a mares, y al final, cansados, sudados, rendidos, extenuados, acalorados, no contaban con la venia del superior para bañarse, lo que producía una pestilencia coral —si procede el adjetivo litúrgico—, aliñada con los ajos y las cebollas de la alimentación diaria en el refectorio. Pero la crisis mayor ha de haber sido de carácter vocacional. Vocacional, no religiosa, pues Miguel sostuvo incólume su fe, y tal vez la acreció, hasta el fin de sus días, como nadie lo sabe mejor que tú. ¿Qué hago aquí enclaustrado, lejos de los míos, dedicado al estudio de la teología y ajeno a mi otra vocación, la de arquitecto, acaso la única verdadera y auténtica?, se ha de haber preguntado muchas veces, con culpa, con vergüenza, con miedo, en la sobria sala del Capítulo, delante de la imagen de hábito dicotómico, blanco y negro, de santo Domingo de Guzmán.

Es posible, pues, que los desajustes que padeció en San Francisco se hayan manifestado con anterioridad en Salamanca y hayan sido causales de su traslado y de la aplicación presuntamente terapéutica de descargas eléctricas en la corteza cerebral. El caso es que, al poco tiempo de vivir en Estados Unidos, Miguel desertó de la vida conventual. Volvió a México y retomó sus estudios de Arquitectura.

Mi hermano Miguel regresó a México, sí, pero no volvió a ver a Ana María Benavides. No, hasta que casi medio siglo después la casualidad los reunió en un club náutico de Valle de Bravo, del que eran socios el marido de Ana María y mi cuñado Bob Johnson, esposo de mi hermana Virginia. Ella me contó que se vieron con gran emoción, que se les humedecieron los ojos a ambos al encontrarse inesperadamente y que se apartaron de la concurrencia para hablar a solas durante por lo menos un par de horas, las mismas que Miguel había ocupado en decirle, cincuenta años atrás, que se iba de dominico.

Cuando tu hermano Miguel se reincorporó a la vida del siglo, doña Guadalupe Romano Castillo viuda de Vivanco adoptó al exdominico como su protegido, igual que lo había hecho años atrás, antes de que se metiera de monje.

Con mucha frecuencia lo recibía a la hora de la comida en su mansión, cuando tu hermano, reincidente aprendiz de arquitecto, volvía de sus clases en la Academia de San Carlos. Le ofrecía elaborados platillos con todo el protocolo de mucamas vestidas de negro riguroso con cofia y delantal blancos (como el hábito dominico), que servían por la izquierda, del lado del Evangelio —decía doña Guadalupe —, y recogían por el lado de la Epístola. Siempre había un tercer puesto, con el mismo servicio de cubiertos, copas y servilletas. La señora Vivanco le había acondicionado a Miguel, como estudio, una de las habitaciones de la casa, en la que tu hermano contaba con su restirador, su juego de escuadras, su regla «T», su escalímetro y otros bártulos propios de sus trabajos escolares, además de una *chaise longue* para descansar de su fatigosa posición, encaramado en el alto banco de madera desprovisto de respaldo y de cojín, y de un sillón orejero para sus lecturas, con todo y taburete para poner los pies. En los anaqueles de la estantería de aquel estudio, Miguel fue acomodando los volúmenes que poseía antes de irse al convento —que no eran pocos— y algunos que había traído de España y de

Estados Unidos, los cuales constituyeron el fondo de origen de la que andando el tiempo se convertiría en la magnífica biblioteca que tú conociste y con la cual tanto tuviste que ver, especializada en Historia del Arte, Arquitectura y Filosofía tomista. Cuando tu hermano tenía que entregar al día siguiente una de las *repentinas* que a menudo le imponían sus maestros, la señora Vivanco lo acompañaba en vela toda la noche y lo colmaba de atenciones.

Muy diferente a la mansión de la señora Vivanco era la casa familiar a la que Miguel volvió tras varios años de vida conventual. Habían nacido dos hermanos más —tú y Rosa —, con los que se completaba la docena de hijos.

Contando a nuestros padres, sumábamos catorce los habitantes de la casa de la calle de Tehuantepec 121 en la colonia Roma de la Ciudad de México. Disponía de un solo baño, a cuya puerta casi siempre se hacía una fila, a veces desesperante o angustiosa, sobre todo si era Miguel quien lo ocupaba, porque hasta para defecar era parsimonioso y perfeccionista, amén de que siempre asistía a ese espacio —el único más o menos preservado de la intrusión de los hermanos— acompañado de un libro, una revista o un periódico. El comedor parecía un refectorio monacal; ahí comíamos lo que buenamente había, casi siempre por tandas, pues no cabíamos todos sentados a la mesa, sin ningún servicio doméstico y sin más protocolo que el rezo preliminar, articulado de manera más mecánica que piadosa, de agradecimiento a Dios por los alimentos recibidos (cuando Dios —pensaba yo y acaso también mi madre, aunque no lo dijera— no había tenido que sudar la gota gorda para adquirirlos ni meterse en la cocina para prepararlos). Tenía cuatro habitaciones, una para mis padres —y el recién nacido en turno, cuya cuna, en el caso de Eduardo, fue el último cajón del *chiffonier*—, otra para mis hermanas, y otras dos para los varones, de cuatro literas cada una.

Algo de atmósfera conventual se respiraba en el día a

día de mi infancia: la vida comunitaria, la severa disciplina, la observancia religiosa del rezo antes de comer, la misa dominical, el rosario colectivo de muchas tardes, pero difería sustancialmente de la regla a la que Miguel se había sometido durante los últimos cuatro años en los monasterios dominicos de Salamanca y de San Francisco.

La verdad es que, más que a un convento, la casa se parecía a un circo de tres pistas. Ahí siempre estaba ocurriendo algo y cada uno de los miembros de esa suerte de compañía circense exigía la atención de un público inexistente o, mejor dicho, integrado por los mismos acróbatas, payasos, saltimbanquis, trapecistas (y domadores: papá y mamá) del espectáculo: el que salía de viaje, la que demandaba tener un cuarto propio, el que anunciaba formalmente que se iba a casar el próximo septiembre, el que había empezado a trabajar en una compañía de contabilidad y ya había cobrado su primer sueldo (del cual por lo menos la mitad sería para contribuir a los gastos de la casa), el que no tenía traje para ir a la fiesta y necesitaba que mamá le adaptara el que había dejado el hermano mayor, la que estaba a punto de cumplir quince años y quería un vestido de tul y una fiesta con chambelanes y pastel de tres pisos, el que se había descalabrado con el filo metálico del escalón de la terraza, la que había menstruado por primera vez y solicitaba entre afligida y azorada la asistencia de mamá, el que se había agarrado a puñetazos con un compañero a la salida de la escuela y tenía el ojo morado y la nariz sangrante, el que había regresado a pie del colegio porque le habían robado su bicicleta (que en mi familia nunca fue un juguete sino un económico medio de transporte de tracción animal), el que había sufrido la mordedura de un perro callejero y tenía que someterse a las inyecciones antirrábicas aplicadas en la panza durante veintiún días consecutivos, la recién nacida que no paraba de llorar, el que regresaba del convento tras más de tres años de clausura y veía por segunda ocasión a su hermano varón más pequeño, que acababa de cumplir dos años de edad y se llamaba Gonzalo. Y le hacía gracia.

Tu hermano Miguel, que se había acostumbrado al silencio monacal, se sentía aturdido en casa. No había un remanso de paz, salvo el baño, donde pudiera aislarse para leer y tratar de conciliar las dos significaciones de la palabra *escatología.* Habituado como estaba a su solitaria celda dominica y a una vida comunitaria recogida y silenciosa, si bien integrada por un alto número de hermanos espirituales, le resultaba difícil compartir la habitación con sus verdaderos hermanos, que le parecían demasiado carnales. Pero no sólo se sentía atolondrado con tantos familiares en ebullición permanente, sino incomprendido y desvalorado, pues la señora Vivanco le profesaba tal admiración y le había prodigado tal cantidad de elogios, que no encontraba nada que se le pudiera asemejar en su propia familia, en la cual cada quien se rascaba con sus propias uñas y era difícil atraer la atención de la madre, que acababa de dar a luz a Rosa, la última de los doce hermanos, y aun así, durante el puerperio, desempeñaba las miles de tareas domésticas que se tenían que cumplir para que ese circo de tres pistas siguiera funcionando y la empresa no se declarara en quiebra. Una vez, Miguel le reclamó que ella se durmiera tan campante cuando él tenía una *repentina*, mientras que la señora Vivanco, en cambio, velaba toda la noche para hacerle compañía. ¡Como si tu madre, con doce hijos que atender, dispusiera del tiempo, los recursos económicos y el ejército de sirvientes con los que contaba la señora Vivanco para poder dedicarse casi por completo a mimar y consentir a Miguel!

Casi por completo, porque el resto del tiempo la señora Vivanco lo dedicaba a rezar. No por tu hermano Miguel, que, según ella, no lo necesitaba, pues sólo conocía las facetas beatíficas de su protegido y nunca había sido testigo de sus desplantes caprichosos. No: rezaba por su hijo Santiago.

Las más de las veces, se quedaba vacío el tercer puesto de la mesa.

—Mamá, Lucifer al principio era un ángel bueno, ¿no?

—Sí, como todos los demás ángeles, era bueno y el más hermoso de todos, pero después se hizo malo.

—¿Por qué? ¿Dios lo trataba mal?, ¿le pegaba?, ¿le daba nalgadas?, ¿lo castigaba?, ¿le tenía envidia?

—¡Cómo crees, hijo, que Dios le iba a andar dándole de nalgadas al diablo, que ni nalgas tiene! ¡Se te ocurre cada cosa! De veras, ¿cómo se te puede ocurrir que Dios le haya tenido envidia al diablo? ¡Qué barbaridad! Si Dios es bueno, buenísimo. Es el más bueno.

—Tú también eres buena, buenísima, la más buena, y a veces me das nalgadas y me castigas sin postre cuando me porto mal.

—Pero no es lo mismo, hijo. Dios es bueno y el diablo es malo. Punto.

—¿Pero por qué se hizo malo? A lo mejor a Dios le caía mal.

—¡Cómo dices eso, hijo! A Dios nadie le cae mal.

—¿Ni el demonio?

—Bueno, es que el demonio lo traicionó, se rebeló contra Él.

—Pero se ha de haber arrepentido, ¿no?

—¿Quién? ¿El diablo?

—Sí; el diablo.

—No creo que el diablo, que es tan malo, pueda arrepentirse de nada, pero a lo mejor sí porque eso de rebelarse contra Dios, que lo creó, es un pecado muy grave.

—Pues si se arrepintió, ¿por qué Dios no lo perdonó, como nos perdona a todos nosotros cuando cometemos un pecado y nos confesamos?

—Ay, no sé, hijito. Eso mejor pregúntaselo a tu hermano Miguel. O al padre Nicolás cuando te confieses. ¡Y ya ponte a hacer tu tarea!

—Pues ésta es mi tarea.

—¡¿Ésa es tu tarea?!

—Bueno, no exactamente, pero me tengo que

memorizar las preguntas del catecismo y no sé, me da por pensar que por qué Dios es Dios y por qué permitió, Él, que todo lo puede, que un ángel creado por Él mismo fuera tan malo y lo traicionara; no sé, me da por pensar que…

De niño, acompañé varias veces a mi mamá a visitar a mi madrina en el convento de las Misioneras Guadalupanas del Espíritu Santo, que estaba en la calle de Tecoyotitla de la colonia Florida. La madre Vivanco era una mujer chaparrita, colorada, de facciones redondas, anteojos de abuelita y un hábito color guinda con un enorme crucifijo al pecho. Siempre que íbamos mi mamá y yo de visita, llegaba el momento, tras los comentarios y las preguntas de rigor (¡Cuánto has crecido! ¿Cómo te has portado? ¡No me digas que ya tienes siete años! ¡Cómo pasa el tiempo! Que Dios te bendiga. Pórtate bien), en que me conminaban a dar una vuelta por el jardín. No sé de qué hablarían las dos mujeres en mi ausencia, pero supongo que pasarían de los bienes espirituales a los materiales, pues años después me enteré de que algunas de las terribles penurias que periódicamente padecíamos en casa eran paliadas por la generosidad de la madre Vivanco, que a partir de su estrecha cercanía con mi hermano Miguel se hizo extensiva a toda la familia.

Guadalupe Castillo Romano renunció tardíamente a meterse de monja, como eran sus aspiraciones juveniles, y a los treinta años de edad contrajo matrimonio con Santiago Vivanco Zepeda, un próspero empresario de Matehuala, San Luis Potosí. No habían podido tener descendencia hasta que, diez años después de la celebración de su casamiento, el Espíritu Santo, como ellos decían, les había concedido la dichosa gracia de la paternidad. El niño, que recibió el nombre del padre por las sagradas aguas del bautismo —como también decían—, estuvo a punto de perder la vida en el momento de nacer, pero se salvó milagrosamente gracias a que la madre se encomendó al Sagrado Corazón de Jesús y repitió varias veces el himno *Veni Creator Spiritus* —según ella misma contó—. El riesgo mortal que había

sufrido el crío al nacer llevó a la madre a prodigarle una atención desmedida, que a la postre hizo de Santiago un niño mimado, caprichoso y rebelde.

Tus hermanos Miguel y Alberto coincidieron con Santiago en el internado del Instituto Potosino de los Hermanos Maristas cuando a tu padre, que a la sazón se desempeñaba como inspector del timbre fiscal en la ciudad de Aguascalientes, le anunciaron que lo trasladarían a San Luis Potosí.

Tanto tu padre como tu madre procedían de familias católicas, pero su religiosidad se había acrecentado con los años por diversos motivos: el nacimiento de los hijos, las adversidades de una vida itinerante, las dificultades económicas propias de una familia cada vez más numerosa y, también, la reciente Guerra Cristera, que habían vivido de cerca tanto en Guadalajara como en Ciudad Guzmán, donde tus hermanos mayores habían tenido que recibir una educación religiosa de manera clandestina y amenazada. Así que no sólo se trataba de inscribir a sus hijos en un buen colegio de San Luis, sino en el mejor colegio católico de la ciudad: el Instituto Potosino, que además ofrecía la posibilidad de que tus hermanos quedaran inscritos en calidad de internos, mientras se verificaba el traslado de tu padre a San Luis.

Ambas familias se conocieron el 31 de agosto de 1938, víspera del primer día de clases, en el Hotel Progreso de esa ciudad, y descubrieron que mucho tenían en común: la ascendencia española de los padres de los dos maridos, que inmigraron a México en las postrimerías del siglo XIX para «hacer la América»; la cultura del esfuerzo y su fervorosa observancia católica. Tales semejanzas prevalecieron sobre las diferencias económicas. A partir de ese encuentro nació una amistad entre las dos familias de secuelas entonces insospechadas en la historia de tus hermanos Miguel y Alberto.

Santiago tenía una edad equidistante de las de tus dos hermanos mayores. Aunque con el paso de los años, su amistad con Alberto fue más estrecha y constante, al

principio Santiago tuvo predilección por Miguel, que desde muy niño poseía algunas cualidades que suscitaron la admiración —y también la rivalidad— del muchacho: su prodigiosa memoria, su capacidad de argumentación, su fluidez verbal y sus extraordinarias dotes de dibujante. Además, era un año mayor que él, lo que provocó que Santiago le confiriera de manera natural cierto ascendiente y que lo asumiera como modelo. Y como contrincante también.

Al poco tiempo de que ingresaron en el Instituto Potosino, murió don Santiago Vivanco Zepeda, y su viuda tuvo que enfrentarse a los problemas administrativos de los comercios y las fábricas que su marido poseía en Matehuala y de los que ella, de la noche a la mañana, se había vuelto heredera universal. Se vio obligada a dejar a su hijo de interno en el Instituto Potosino. Por motivos semejantes puesto que fueron del orden familiar, Miguel y Alberto también se quedaron en calidad de internos en el Instituto Potosino cuando se verificó el traslado de tu padre a San Luis, pues a partir de que la familia se estableció en esa ciudad, fue incrementando sin tregua el número de sus miembros: en los escasos tres años y medio que ahí permaneció, nacieron tus hermanos Tere, Ricardo y Carmen.

Ahí, en el internado del Instituto Potosino, surgió la compleja amistad de Santiago y Miguel. No obstante las afinidades religiosas y conservadoras de sus respectivas familias, no eran pocas las diferencias. Uno procedía de una familia adinerada hasta el dispendio, en la que cualquier capricho podía satisfacerse de inmediato, y el otro de una familia modesta hasta la estrechez en la que nada sobraba y sólo se sostenía con muchos esfuerzos y privaciones; si uno era hijo único y estaba rodeado de todos los cuidados y miramientos de su madre, el otro sólo era uno más en aquel enjambre de hermanos nacidos en apretada secuencia escalonada, que le restaba singularidad y privilegio a su primogenitura; si uno era hiperactivo y emprendedor, el otro, místico y contemplativo; si cuando andando un poco

el tiempo, uno empezó a tener ambiciones de dinero, de poder, de liderazgo, el otro comenzó a perfilar sus aspiraciones religiosas.

Miguel y Santiago tenían en común la inteligencia, teórica y discursiva en uno, sagaz y práctica en otro; la memoria, que Miguel consideraba depositaria de su incipiente patrimonio intelectual, y Santiago, una especie de don excepcional que le permitía hacer demostraciones públicas espectaculares de lo que era capaz de retener en la cabeza e incluso ganar apuestas ante cualquier reto que implicara la repetición literal de lo previamente enunciado. Es cierto que Miguel, como Santiago, era temperamental, pero sus exabruptos solían ser pasajeros —explosiones de mecha corta— y casi siempre se quedaban en el ámbito familiar, mientras que los de Santiago podían ser de largo plazo, rebasar los límites domésticos y cobrar dimensiones epopéyicas. Era capaz de arrojarse al vacío desde un segundo piso o atravesar con su propio cuerpo un ventanal si no se satisfacía el capricho que en ese momento se le había metido en la cabeza. Pero más que la inteligencia y la memoria, en ambos excepcionales y asombrosas; más que la virulencia infantiloide de sus respectivos caracteres, los hermanaba el amor de la señora Vivanco. Y el narcisismo, igualmente exacerbado en los dos; un narcisismo que los unió, paradójicamente, para más tarde separarlos de por vida.

La condición de interno de Santiago fue paliada por las constantes visitas de la madre al internado y por los cíclicos viajes del hijo a Matehuala durante los fines de semana y los periodos vacacionales. También por la amistad de Miguel, que se fue haciendo día a día más estrecha, aunque también más controvertida. Frecuentemente Miguel lo acompañaba a Matehuala, con el beneplácito de doña Guadalupe, que veía en tu hermano algunas cualidades que podrían resultar ejemplares para su hijo. Tan ejemplar resultó Miguel en el discurso siempre edificante de doña Guadalupe, que no faltaron momentos en los que Santiago detestó a tu hermano con toda su alma y sintió unos celos

tremendos por el trato preferencial que su madre le daba al amigo.

Tras una estancia de casi cuatro años de internado en el Instituto Potosino, huérfano de padre a una edad muy temprana y liberado de la normatividad rígida de la vida de interno, Santiago se volvió punto menos que ingobernable. Era un jovencito impulsivo, caprichoso, discutidor, terco y respondón, que a la señora Vivanco le resultaba muy difícil manejar. Y es que doña Guadalupe siempre pensó en lo que le podría faltar al muchacho, y se dedicó a proveerlo de todo aquello que se le pudiera ofrecer o antojar aun antes de que lo deseara, sin percatarse de que el problema no residía en lo que le podía faltar, sino precisamente en lo que le podía sobrar. Lo que sí supo con certeza es que la cercanía de aquel amigo de buena familia, bien educado, culto, amante del arte, de la historia, de la filosofía, con altas aspiraciones religiosas e intelectuales era muy conveniente para morigerar los ímpetus de su hijo, e hizo todo lo posible para atraer a Miguel de nueva cuenta, ahora a la casa de las Lomas de Chapultepec en la Ciudad de México, a la que se trasladó para que su hijo, siguiendo a Miguel, se inscribiera en el Francés Morelos de los Hermanos Maristas para hacer la preparatoria. Durante esos años, tu hermano Miguel aprovechó, no sin exceso, las muchas deferencias de la señora Vivanco.

La amistad de Santiago con Miguel continuó mientras ambos estudiaron la preparatoria, y aun después, cuando Miguel se matriculó en la antigua Academia de San Carlos para estudiar Arquitectura y Santiago se dedicó al estudio de la lengua inglesa y a la administración de los negocios que su padre había dejado en Matehuala, pero se vio abruptamente interrumpida cuando Miguel, dos años después, ingresó en el convento salmantino de los dominicos.

El mismo año en que Miguel se hizo fraile, Santiago se inscribió en la Universidad de Harvard para estudiar

Matemáticas y Estadística. La señora Vivanco decidió entonces desmontar su residencia e irse a vivir con su único hijo a Cambridge, Massachusetts, para hacerle casa —según dijo.

Los poco más de tres años que Santiago y su madre vivieron en Massachusetts fueron los mismos que Miguel permaneció en la Orden de Santo Domingo.

—Mamá, ya le pregunté a Miguel.

—¿Qué cosa? ¿De qué me hablas?

—De lo que te preguntaba el otro día. ¿Por qué Dios, que es tan bueno y que todo lo puede, no puede perdonar al demonio si el demonio está arrepentido de haberse rebelado contra Él?

—¡Ah, sí! ¿Y qué te dijo tu hermano?

—Pues puras cosas raras. Me dijo algo así como que el demonio puede arrepentirse de haberse alejado de Dios, pero no puede pedir perdón porque no siente verdadero dolor de haberlo ofendido. No entendí bien, pero cuando trató de explicármelo más, entendí menos. Me habló mucho de un santo Tomás de Aquino, que era un gordito, porque hasta me enseñó una pintura. Y se me quedaron grabadas unas palabras que nunca había oído, como *sobrenatural, esencia, sustancia* y otra, que suena muy bien, *escatología*, pero que no tengo la menor idea de qué puede significar.

—¿Y no hablaste con el padre Nicolás?

—También, el domingo después de misa, pero él sólo me dice que no piense en esas cosas, que no me preocupe, que soy un niño bueno, que Dios me ama, y empieza a hacerme cosquillas.

—Es muy cariñoso el padre Nicolás. ¿Ya tendiste tu cama?

Un domingo a mediodía, en la Sala Nezahualcóyotl del Centro Cultural Universitario, adonde asistía con frecuencia a escuchar la Orquesta Filarmónica de la Universidad Nacional Autónoma de México, me encontré casualmente con Matilde, una mujer distinguida, bella a sus setenta y tantos años, de ojos vivaces y sonrisa curtida, que había sido novia de mi hermano Miguel, muchos, muchos años atrás.

Entre mis recuerdos más antiguos creo vislumbrar esos ojos brillantes y esa sonrisa dulce e inteligente. Pero más familiar que la imagen fue el nombre de Matilde, que en el discurso mitológico de mi familia siempre se había pronunciado seguido de una retahíla de adjetivos encomiásticos que la pintaban como una muchacha alegre, simpática, inteligente, divertida, que, tras su efímero noviazgo con Miguel, había renunciado a la vida del siglo para entregarse en cuerpo y alma a los pobres y a los desvalidos de la tierra y se había hecho hermana de la caridad. Desde que a mediados de los años sesenta vi la película *La novicia rebelde,* empaté retroactivamente la imagen de Julie Andrews con la de Matilde.

Cuando ya estaba trabajando en este tercer volumen de la saga familiar, recibí en mi buzón electrónico un breve correo suyo a propósito de un programa que había visto sobre mi trayectoria académica realizado por la televisión universitaria. Encontré entonces una magnífica oportunidad para preguntarle por Miguel, por la relación que había tenido con él, por su noviazgo. Siempre había pensado que ella se había metido de hermana de la caridad por despecho tras la ruptura con mi hermano, y creía a pies juntillas que había sido él quien había tomado la iniciativa de la disolución del vínculo, como lo había hecho con Ana María Benavides cuando se fue al convento. Pero no fue así.

Le adjunté a Matilde el borrador del capítulo sobre la presunta vocación religiosa de Miguel, en el que se habla de su narcisismo y de sus arrebatos de violencia, para que no

pensara que se trataba de una apología —o sólo de una apología— a la que su información no necesariamente podría, ni quisiera, contribuir. Al cabo de dos o tres días, me mandó esta carta:

> Gonzalo, qué gusto recibir tu correo y saber que está en proceso el tercer volumen de la historia de tu familia.
>
> El capítulo que me enviaste sobre Miguel me dejó *épatée* —como dirían los franceses—. Nunca me imaginé que fuera iracundo, que perdiera el dominio de sí mismo, que diera puñetazos en la pared. En los siete meses que duró nuestro noviazgo siempre lo vi educado, propio en todos los aspectos y, por supuesto, culto, inteligente... y de valores cristianos. No sé respecto a los humanos, porque en ese tiempo no se hablaba de ellos.
>
> Sí; era muy bello, como tú lo describes, pero algo bajo de estatura para mis estándares. A mis dieciocho años no supe reconocer si era ególatra o narcisista o qué cosa era, y nunca me di cuenta de que el rostro de Cristo que dibujaba tenía sus propias facciones. Por cierto, mi hermana conserva uno de esos dibujos, en cuya parte de atrás Miguel escribió en perfecta caligrafía: «Lo que no lleva al amor lleva al abismo». Pero lo más ingenuo de todo es que yo siempre creí que estuvo enamorado de mí y no de él mismo, como tú lo das a entender.
>
> El relato del noviazgo es de comedia. El mismo día que nos conocimos —no me acuerdo el cómo—, a los diez minutos, me mostró un pequeño camafeo con el rostro de la Virgen María y me dijo estas palabras: «Este camafeo lo tengo designado para mi novia, ¿lo aceptas?». Yo lo acepté inmediatamente, no sé si por el camafeo o por él. El caso es que el noviazgo se hizo muy formal, mi padre exigió que Miguel fuera a hablar con él y dio el permiso para que me visitara en la casa (mi familia también era del otoño de la Edad Media, como la tuya). Fueron siete meses muy agradables de conversación interesante, muy amena y realmente afectuosa. En mi caso, lo más que hubo fue unir las manos, ni siquiera un beso en la mejilla.
>
> El final fue tan rápido y abrupto como el inicio. Con cuatro frases se dijo todo. Asistíamos a un baile de la Escuela de Arquitectura, en la Academia de San Carlos, de los que se llamaban «Blanco y Negro» porque eran de rigurosa etiqueta. Yo iba con vestido largo de noche y con las «joyas de la corona» que mi madre me prestó; sólo me faltaba la mano del metate, como dirían mis tías. Yo quise fumar un cigarrillo, pero cuando

estaba a punto de encenderlo, Miguel me invitó a bailar. Al primer compás de la música, se desarrolló este diálogo:

—Te prohíbo que fumes.

—Tú no me prohíbes nada, ni ahora ni nunca.

—Entonces se termina nuestra relación.

—Terminada ahora y para siempre.

Sin más, lo dejé en medio de la pista de baile y me fui a la mesa donde estaba mi hermano Rodrigo, a quien esa noche le tocaba la tarea de ser mi guarura. Salimos a bailar, y de la pista nos fuimos a casa sin decir ni agua va.

No volví a ver a Miguel ni a contestar sus llamadas, pero dos meses más tarde, una amiga suya que yo no conocía y de quien no recuerdo el nombre, me llegó de visita para decirme que Miguel estaba desolado (¿al punto del suicidio?); que no era posible que yo no quisiera hablar con él.

Acepté verlo y tuvimos un desayuno en el Lady Baltimore de la calle de Madero. Miguel habló durante más de dos horas seguidas, y cada minuto que pasaba me confirmaba que no era lo que yo quería. Ya tenía yo bastante con las antiguallas de mi padre para seguir con lo mismo, corregido y aumentado. Además, yo quería ser hermana de la caridad desde muy niña, cuando ayudaba a mis tías en las comidas que hacían para los pobres. Mi experiencia de Dios pasa por los pobres, Gonzalo.

El colofón es que unos años después, estando yo en el noviciado de las Hermanas de la Caridad, me llegaron de visita Miguel y tu madre. Miguel quería una especie de amistad al estilo de san Francisco y santa Clara, de santa Teresa y san Juan de la Cruz, qué barbaridad. Yo, la verdad, ya estaba en otra tesitura.

De tu familia, recuerdo con mucho cariño y admiración a tu madre. Realmente era un «centro solar», como dices. Nos tuvimos una simpatía genuina y a primera vista; quizás algo de complicidad de su parte ante mis desplantes y mi manera de pensar. Nunca vi a tu padre. Pero tu recuerdo de niño lo tengo muy presente, eras un Bello Niño.

Lo que te cuento no es secreto. Usa lo que quieras.

María Matilde

Hubo otras cartas. En una de ellas me cuenta el proceso de ida y vuelta de su vocación religiosa:

Mi madre me decía que de niña yo quería ser «monjita-bailarina». No fui bailarina, pero me gusta todo lo ligero de la

vida.

Estudié siempre en colegios de monjas. En el Sagrado Corazón, las madres nos hablaban de usted y nos decían niñas aun cuando ya tuviéramos dieciocho años; nos poníamos guantes para todo, un velo blanco hasta la orilla del vestido y hacíamos caravanas al estilo de Luis XIV.

En la adolescencia me volví crítica, criticona y rebelde. Con mi padre tuve fuertes encontronazos y en el colegio, a un grupo de compañeras y a mí nos dio por juzgar la conducta de Dios en la Biblia y considerar inaceptable la de la Iglesia. Así que un día la madre, en su desesperación por poner orden en la clase de religión, me dijo que yo «blasfemaba y juzgaba a Dios». Por supuesto que el pecado me pareció muy grave y me fui a confesar, pero por fortuna el padre se rio y me dijo que no era yo quien cometía ese pecado. Salí muy aligerada y desde entonces todos los pecados me parecen *peccata minuta*. A los dieciocho años fui siete meses novia de Miguel y fue el único novio que tuve antes de ser hermana de la caridad.

Desde niña quise ser hermana de la caridad, así que a los veintidós años ingresé en esa comunidad y el mismo día que entré —¿tú crees?— me volví humilde, dulce y obediente. Fui profundamente feliz y siempre me sentí realizada; trabajé en hospitales, en escuelas, en misiones con indígenas otomíes en Ixmiquilpan y con chontales en Tabasco, con pepenadores en Ciudad Juárez. Mi experiencia de Dios, como te dije en una carta anterior, pasa por los pobres.

A mis cuarenta y dos años, por una serie de acontecimientos largos de contar, conocí a Pablo Latapí, que era jesuita, y en seis meses nos casamos. Fueron treinta y dos años de matrimonio increíblemente felices. Ahora, llevo siete años de viudez. A mis ochenta y tres recuerdo con gusto y alegría mi vida, disfruto amistades de todos los colores y sabores y tengo una gran fe y una gran confianza en el amor que Dios me ha hecho sentir siempre en mi corazón.

Fin de una reseña cursi.

—Mamá, Dios todo lo sabe, ¿verdad?

—¡Ya vas a empezar otra vez con tus preguntas! ¿No ves que estoy ocupada? Tengo que terminar el suéter de tu hermana.

—Pero Dios sí lo sabe todo, ¿verdad?

—Sí; Dios todo lo sabe.

—Entonces también sabe que el demonio nos tienta para que cometamos pecados, ¿no?

—Pues sí, supongo que sí.

—¿Y Dios todo lo puede?

—Sí, también todo lo puede. Por eso se dice que es omnipotente, todopoderoso.

—Pues si ya sabe, porque todo lo sabe, que el demonio nos va a tentar, ¿por qué Dios, que todo lo puede, no le prohíbe al demonio tentarnos?

—Para que le demostremos que somos fuertes y que de veras lo amamos a Él.

—Pero es que a veces sí caemos en la tentación. ¿Tú no caes en tentaciones, mamá?

—A ver. Pon los brazos así, doblados hacia arriba, para hacer una madeja. Sí; así. No los bajes.

—Mamá...

—Muchacho, ¡te dije que no los bajaras!

Varias novias sucedieron a Matilde en la juventud de tu hermano Miguel. Unas habían sido sus alumnas y habían quedado prendadas precisamente de sus prendas: la belleza, la sabiduría, la espiritualidad; otras habían llegado a él por vías extraescolares, pero, en todos los casos, Miguel había desempeñado frente a ellas un papel profesoral. Montado en el ascendiente de sus conocimientos y amparado en su trayectoria religiosa, siempre pugnó por erigirse en una suerte de guía intelectual y espiritual. Lo cierto es que ninguno de esos noviazgos juveniles prosperó, al menos en los términos en que las enamoradas lo esperaban: la consumación del amor en el matrimonio, aunque Miguel acabó casándose, pero tardíamente para las costumbres de la época: a la edad en que Cristo fue crucificado. Matilde, la novicia rebelde, se sublevó ante el autoritarismo de Miguel y puso su amor a Dios —que era lo que realmente podría haberlos unido— al servicio de los pobres; otra abrigó la vana ilusión de modificarlo y poseerlo; otra se asustó del determinismo religioso de Miguel y salió huyendo, no sin dolor; otra más comprendió que Miguel era un ser más capacitado para ser amado —y admirado, sobre todo— que para amar, y pudo escaparse a tiempo de su magnetismo estéril. Entre ellas una hubo, Rita Sendra, que lo siguió amando toda su vida —y aun después de que Miguel murió —, convencida de que ese amor era recíproco y de que la vida les había torcido el destino por aquello de que los caminos del Señor son inescrutables.

Tiempo después de su regreso a la vida del siglo, cuando estaba a punto de terminar sus estudios de Arquitectura, tu hermano Miguel recibió la invitación a impartir la clase de Historia del Arte en el Instituto Familiar y Social de la Ciudad de México. Se trataba de una institución confesional, ubicada en las calles de Londres de la

porfiriana colonia Juárez, que dirigía la señorita Barousse y acogía a muchachas decentes de buenas familias cristianas para que cultivaran su intelecto y su sensibilidad mientras se casaban. Estudiaban, es un decir, materias culturales del tipo de Historia de las Religiones, Literatura Europea del Siglo XIX, La Cultura Egipcia y, entre ellas, la más socorrida por las alumnas, Historia del Arte, que impartía, según ellas, un profesor guapísimo.

El éxito de las clases de Miguel fue inmediato no sólo por la vastedad de sus conocimientos, la brillantez de sus exposiciones o la calidad del material fotográfico que proyectaba en el aula, sino, sobre todo, por su apostura. El salón se abarrotaba desde mucho tiempo antes de que él hiciera su aparición, aparentemente abrumado por su gran convocatoria, pero en el fondo henchido de vanidoso placer y con la autoestima por los cielos. No había alumna que no suspirara por él y que no abrigara en su fuero íntimo la posibilidad de un romance y aun la ensoñación utópica de un enlace matrimonial. Tu hermano era ingenuo, pero no tanto como para no explotar precisamente su imputada ingenuidad. Se dejaba admirar con una egolatría casi mística y desplegaba todos sus recursos de seducción hasta provocar en sus alumnas una suerte de paroxismo grupal: la mirada sublime que se escapaba por la ventana, el tono melodioso de su voz, la suavidad de sus ademanes y, sobre todo, la palabra, la palabra culta, expresiva, deliberadamente precisa o deliberadamente ambigua según el caso, acompañada de la emoción, a veces exaltada y siempre contagiosa, que le suscitaba la belleza de cada una de las obras de arte que proyectaba en la pantalla.

Rita Sendra fue su alumna en el Instituto Familiar y Social. Era hija de Jaime Sendra, uno de los miembros de un grupo empresarial de origen catalán que desarrolló con mucho esfuerzo primero y con mucho éxito después la principal industria panificadora mexicana. Don Jaime y doña Ana, su esposa, eran católicos observantes y tenían una concepción cristiana del mundo que se aplicaba por igual a todos los ámbitos de la vida: la familia, la empresa,

la sociedad.

No es raro, pues, que Rita haya ingresado en el Instituto Familiar y Social, que se guiaba por los mismos valores cristianos de sus padres, y que haya quedado embelesada ante un maestro que había pertenecido a una orden religiosa y que, no obstante su renuncia a la vida monástica, seguía siendo fiel observante de la fe católica; y más todavía, pues los estudios teológicos que había realizado en el convento no cesaron con su salida de la orden dominicana, sino que se prolongaron, hermanados con los que siguió desarrollando en el campo de la historia del arte, durante toda su vida. No en vano, su campo de estudio predominante fue el del arte religioso de la cristiandad, particularmente el que la conquista espiritual española desarrolló en la Nueva España.

Durante sus estudios en el Instituto, Rita no sostuvo con Miguel más relación que la que se da entre un maestro y una alumna, si bien desde entonces Miguel le parecía muy atractivo y no se perdía ninguna de sus clases. Pero al poco tiempo de haber salido de la institución, la relación cambió imprevisiblemente.

Una noche, cuando estaba con sus padres y sus hermanos en una fiesta que se celebraba en el Club España, Rita distinguió entre la concurrencia a tu hermano Miguel, sentado en el extremo opuesto del salón de banquetes. Al final de la cena, les dijo a sus papás que se trataba de quien había sido su profesor de Historia del Arte. Al advertir que Rita y sus padres lo miraban, Miguel apuró los postres y, antes de que sonaran los primeros acordes de la orquesta, se acercó a la mesa de la familia Sendra. Se presentó con la parsimonia del caso y, cuando se anunció un pasodoble, invitó a Rita a bailar, quien aceptó encantada, no sin antes buscar el asentimiento de su madre, que se limitó a emitir un sutil parpadeo.

Rita era una muchacha encantadora: espontánea hasta el desparpajo, sencilla y alegre. Tenía chispa en los ojos y una espléndida sonrisa que le iluminaba la cara. Bailaron toda la noche. Al final de la fiesta, Miguel le preguntó

cortésmente a don Jaime si le daba su venia para visitar a su hija. El padre buscó el parpadeo de asentimiento en los ojos de su esposa y, una vez satisfecho semejante protocolo gestual, accedió. A partir de entonces, tu hermano fue un asiduo visitante de la casa de los Sendra en Polanco.

El padre de Rita era un hombre bueno y desenfadado; enérgico en el trabajo y complaciente en la casa. Adoraba a su familia y educó a sus hijos en el amor a Dios y a la naturaleza creada por Él para disfrute gratuito (así decía) de sus creaturas y en el reconocimiento de lo que se alcanza con mucho trabajo. Doña Ana, su esposa, era muy diferente: distinguida, refinada de trato y cultivada hasta donde las mujeres de su clase y condición podían cultivarse a mediados del siglo pasado. La religión, para ella, no sólo era un asunto de fe, como la asumía don Jaime, con humildad, con placidez, con naturalidad, sino un tema de reflexión y de análisis.

El noviazgo de Miguel y Rita, que comenzó a la segunda o tercera visita de tu hermano a la casa de Polanco, suscitó reacciones diferentes en el matrimonio Sendra. Don Jaime veía en él un buen prospecto de yerno por lo que hacía a sus valores religiosos y morales, pero quizá le inquietaba la condición económica de ese exseminarista pasante de arquitectura, cuyos ingresos se limitaban a los que devengaba como profesor del Instituto Familiar y Social o como ayudante ocasional en algún proyecto arquitectónico. Pero acabó por aceptarlo tal como Miguel era y a comprender que su ambición estaba depositada en otra parte, acaso más en otro reino —en el que él también creía a ojos cerrados— que en el reino de este mundo. Doña Ana, por su parte, quedó también prendada de Miguel, como Rita, pero a su manera. Le encantaban su conversación, su sabiduría, sus conocimientos enciclopédicos, pero, sobre todo, su discurso teológico, que Miguel, formado en la doctrina tomista de la Orden de Predicadores, articulaba con eficacia pedagógica. Llegó el momento en que las visitas que Miguel le hacía a Rita eran más aprovechadas por la madre que por la novia.

En alguna ocasión, Miguel acompañó a la familia Sendra, que también era numerosa, aunque no tanto como la tuya, a un viaje a Comitán, Chiapas, donde se dedicó a tomar fotografías de monumentos coloniales con la asistencia de Rita, que apuntaba en una libreta cada toma según la pormenorizada descripción que Miguel le dictaba desde el trípode. Ahí, tomaron la decisión de casarse.

Rita fue una presencia constante en mi infancia. Iba mucho a casa, al principio siempre acompañada de Miguel, pero después sola, cuando mi hermano estaba de viaje en los Estados Unidos o en algún otro sitio adonde lo reclamaban sus intereses arqueológicos, históricos o fotográficos, pues él mismo tomaba buena parte de las transparencias que después habría de proyectar en sus cursos en el Instituto Familiar y Social y que constituían, debidamente seleccionadas y distribuidas en el carrusel del proyector, el guion de sus exposiciones. Conversaba mucho con mi mamá, mientras la ayudaba a hacer lo que en ese momento ella estuviera haciendo, porque mi madre nunca tuvo posibilidades de conversar sin hacer otra cosa al mismo tiempo. Tendían juntas la ropa, una ponía la mesa mientras otra cocinaba, una bañaba a uno de nosotros, mientras la otra secaba al recién salido de la tina... Sí; con frecuencia, durante esos años de 1954 y 1955, Rita nos daba de merendar, nos ayudaba a hacer alguna tarea, nos bañaba...

Alguna vez, hace unos cuantos años, mi hermano Jaime, que durante un tiempo se dedicó a organizar exposiciones de coches antiguos, al inaugurar una de ellas en la explanada del Auditorio Nacional, aludió a la presencia de Rita Sendra entre la concurrencia. Rita, emocionada por la mención, dijo en voz alta, para que todo mundo se enterara de que lo conocía desde que era un niño: «Pero si yo a éste lo bañé». Y Jaime no pudo reprimir la broma y le respondió, en público, para rubor de Rita:

—Sí; Rita, me bañaste, ¡pero cuando yo ya tenía dieciocho años cumplidos!

La relación de Rita y Miguel se anunciaba promisoria. Hacían una bella pareja, cuyas diferencias podían apreciarse como complementarias: la solemnidad, el perfeccionismo, la sofisticación de Miguel, contrarrestadas con la espontaneidad, la frescura, la sencillez de Rita; la inoperancia del uno y el pragmatismo de la otra.

Se casarían, obviamente, en la capilla neogótica que en su condición de arquitecto primerizo Miguel construyó en el convento de las Madres Reparadoras en Mixcoac, a petición de la madre Barousse, hermana de la directora del Instituto Familiar y Social, quien fungía como superiora de esa congregación. Y vivirían en el departamento que ambos habían elegido en Tacubaya, muy cerca de la iglesia sabatina de la Orden de los Carmelitas.

Pero un mal o buen día, para sorpresa de Rita, tu hermano Miguel anunció que se iba a Europa. No dio más explicaciones (ni fechas ni itinerarios ni expectativas ni promesas ni justificaciones). Tampoco se las pidieron. Se fue y permaneció fuera del país por largo tiempo. Su primer viaje a Europa al margen de la Orden de Predicadores.

—Mamá. Dios que todo lo sabe, ya sabe si me voy a ir al cielo o si me voy a ir al infierno, ¿verdad? Entonces ya no importa que me porte bien o que me porte mal, pues ya todo está decidido desde ahorita, ¿no?

—Dios ya sabe si te vas a salvar o a condenar porque ya sabe si te vas a portar bien o te vas a portar mal. Pero de todas maneras será mejor que te portes bien y que se lo preguntes a tu hermano Miguel.

—Es que ya se lo pregunté y me habló de una cosa que no entendí: el libre albedrío o algo así, y luego se soltó de memoria un poema que dice un príncipe encadenado llamado Segismundo. Me gustó mucho oírlo, pero la verdad no lo entendí bien, y cuando él trató de explicármelo, menos.

Las Meninas, que le dio a tu hermano la oportunidad privilegiada de ser, por unos minutos, modelo del pintor sevillano, aunque en el cuadro el espejo de la pared del fondo del estudio ya estuviera ocupado por personajes más reales que él, reales de realidad y de realeza también, y no lo pudiera reflejar como su narcisismo hubiera ambicionado. La plaza de la Villa de los Caballeros de la Orden de Malta diseñada por Piranesi, en la que entró como si fuera un grabado en metal dentro del cual pudiera desplazarse milagrosamente en tres dimensiones para asomarse por el ojo de la cerradura del palacio y ver, completa y a la distancia, la cúpula iluminada de la Basílica de San Pedro. Los cuarenta y dos metros lineales del friso del Partenón que el Imperio Británico hizo suyos y trasladó a su museo para que él los pudiera conocer y disfrutar sin tener que acudir, entonces, a la Acrópolis de Atenas. La Victoria de Samotracia, mascarón de proa descabezado, con la brisa marina filtrada con erotismo juguetón entre los pliegues de su peplo, presuntuosa de su inocultable condición de original a despecho de la copia que Miguel saludaba todas las mañanas en el claustro de la Academia de San Carlos de la Ciudad de México. El Baco de Miguel Ángel en el Bargello, que estuvo a punto de perder el equilibrio, caerse de borracho y hacerse pedazos contra el suelo en el mismo instante en que tu hermano le dio las espaldas para salir del Palacio de la Señoría. La alegría de no ser ciego en Granada y ver desde una lujosa ventana de la Alhambra el antiguo barrio del Albaicín. Los cientos de cuadros de Giotto, Bellini, Fra Angélico, Uccello, Lippi, Botticelli, que conocía en las reproducciones de sus libros y que reconoció sin vacilación en las paredes de la Galería de los Uffizi, donde cobraron insospechados coloridos e imprevisibles proporciones. Las piezas indispensables para rearmar, con la imaginación que había cultivado disciplinadamente en los tratados de historia de la Antigüedad grecolatina, los Foros Imperiales. La cúpula de

Brunelleschi desde cuya barandilla exterior vio todos los tejados y todas las glicinas de Florencia. La pintura horizontal de Van der Weyden, sin más paisaje de fondo que el oro bruñido sobre el que se recorta el dolor inconmensurable de las mujeres que presencian el descendimiento del cuerpo exánime de Cristo. El Carlos V ecuestre, monumental y desafiante, de Tiziano. La modesta marca de la Catedral de México en la nave central de la Basílica de San Pedro. La iglesia de Santa Inés en la piazza Navona, frente a la fuente de los Cuatro Ríos de Bernini, en cuya planta elíptica Miguel reconoció que el barroco no es sólo un arte decorativo, sino estructural. La mano improcedente y autónoma, que parece pedir auxilio, en el *Entierro del conde de Orgaz* de Toledo. La tumba de Rafael Sanzio en el Panteón de Roma, en la que tu hermano depositó una flor amarilla. La abadía de Westminster y la Torre de Londres, cuyo valor arquitectónico sólo parece haber sido superado por la literatura. Notre Dame, asentada en la Île de la Cité como un gigantesco y engargolado escarabajo con sus contrafuertes a modo de patas, y la Sainte Chapelle, enhiesta y colorida como un gallo de pelea. El retrato de Carlos II, «el hechizado», el rey mórbido, último de la dinastía de los Habsburgo, que pintó Carreño de Miranda como sucesor de Velázquez y antecesor de Goya, para dar continuidad a la obra de los pintores de corte, que reflejaron con puntualidad perversa las miserias morales y la decadencia de sus retratados. El perrito que le ladra al crepúsculo desde la puerta de la alacena en que lo pintó el sordo de Fuendetodos; los inconcebibles monstruos que produjo el sueño de la razón, y los frescos de San Antonio de la Florida, con sus ángelas majas de mantones de Manila y panderetas que custodian su cuerpo mutilado. Los tintorettos de la Scuola Grande di San Rocco en la improbable ciudad de Venecia. La mezquita de Córdoba —a la que tantos estudios le dedicaría después—, encrucijada selvática de arcos de herradura, que la Reconquista convirtió en catedral, y la pequeña urna donde reposan los simples restos mortales del autor de los más rebuscados

versos culteranos de la lengua española. La inmensa Catedral de San Pablo, sólo rebasada en dimensiones por la Basílica de San Pedro. L'Orangerie con el impresionante impresionismo del cónclave universal del color. El Cristo Redentor de Miguel Ángel, a quien un alma puritana le impuso un pudibundo cendal dorado que le cubrió la genitalia pero no las nalgas, que le parecieron de mujer, en la iglesia de Santa Maria sopra Minerva. Los terribles «jeroglíficos de las postrimerías» —*Finis gloriae mundi* e *In ictu oculi*— en los que Valdés Leal, para demostrar la futilidad del poder y de la riqueza, retrató con tal realismo los cuerpos exánimes y en estado de putrefacción de un príncipe y un obispo, que, para verlos, como decía Murillo, había que taparse las narices. La presión de la sangre en las venas de la mano derecha del David encarcelado en la Academia. El orgasmo místico de la etapa unitiva de santa Teresa, transverberada por un *puttino* de lanza fálica, que no sólo le atraviesa el corazón, sino que le contrae un pie mientras le afloja el otro, en correspondencia inversa con la mano flácida y el puño crispado, en la iglesia de Santa María de la Victoria. La Venus de Canova, bella y fría como el mármol y como la Paulina Bonaparte que le sirvió de modelo, y ahí, en la misma Villa Borghese: Dafne en el preciso momento de su transformación en laurel cuando Apolo apenas la toca; Proserpina, alzada en vilo por Plutón, quien le hunde su manaza en una pierna ya muy cerca de la nalga y le deja para siempre la impronta de uno de sus gigantescos dedos, y el otro David, a punto de lanzar la piedra, calculador, tenso, esperanzado. La tumba de san Ignacio de Loyola en la iglesia del Gesù, donde conviven en armónica incompatibilidad el mármol, la cantera, el pórfido, el lapislázuli, el oro, el bronce, la plata, la madera, el estuco, la escayola, el fresco, el temple, el óleo, la talla, el vaciado, el esmalte, la orfebrería, la joyería, la bisutería, la marquetería, la filigrana, la taracea y el trampantojo. La piazza Campo de' Fiori, donde Miguel vio, no sin vergüenza, el monumento a Giordano Bruno, dominico sacrificado por sus propios hermanos de la Orden de

Predicadores, dominicos, dominicanos, canes, canes del Señor, perros de Dios, guardianes fieles y persecutores de la disidencia y de la brujería, inquisidores.

El primer viaje que hizo Miguel a Europa (después de su estancia conventual en Salamanca) lo patrocinó la señora Vivanco.

Eran tales el gusto, la sensibilidad y la cultura libresca que tu hermano había manifestado por las artes plásticas en general y por la arquitectura en particular, que su benefactora, la señora Vivanco, comprendió que esta suerte de beca para ir a Europa que le dio a su protegido no sólo sería altamente beneficiosa para él, sino que a la postre redundaría en beneficio propio, pues Miguel habría de ser, tiempo después, su propio guía en algunas de las ciudades que entonces visitó: Madrid, Sevilla, Granada, Córdoba, Toledo, París, Londres, Venecia, Roma, Florencia.

Y en efecto, cuando Santiago Vivanco, muy poco tiempo después, se casó, su madre hizo un viaje a Europa de la mano de Miguel, acompañada de otras damas de buenas familias, para ver las manifestaciones artísticas de la alabanza a Cristo Nuestro Señor en España, Francia e Italia. Con su sensibilidad, el conocimiento adquirido previamente en los libros, en la universidad y en su viaje inmediatamente anterior, Miguel fue un guía prodigioso.

Estas experiencias, que enriquecieron sus conocimientos artísticos y museográficos, le granjearon a Miguel dos beneficios inmediatos: uno académico y otro laboral. Tan pronto regresó a México del viaje con la señora Vivanco, el arquitecto Ricardo Robina, que impartía en la universidad el curso de Historia del Arte, lo nombró su ayudante y, al cabo de un tiempo, Miguel se desempeñó como profesor titular de esta asignatura, que era muy exitosa entre los estudiantes de Arquitectura que estrenaron Ciudad Universitaria en 1954. Y poco después, el antropólogo Arturo Romano y el arqueólogo Luis Aveleyra le encomendaron la museografía del recinto que albergaría

al hombre más antiguo de Mesoamérica hasta entonces descubierto: el Hombre de Tepexpan.

—Mamá, si Dios todo lo puede, ¿también podría pecar?

—¡Cómo crees que Dios va a pecar, hijo!

—Pues entonces no lo puede todo.

—Ay, niño, ya deja de hacer esas preguntas.

—¿O Dios podría crear otro Dios como Él?

—¿Cómo crees?, ¡Dios sólo hay uno!

—Entonces...

—¡Entonces nada! Ya te dije que me dejes de hacer esas preguntas.

Yo dormí con el «Hombre de Tepexpan».

Tenía nueve años, pero aún no había dado el paso decisivo que va de la prehistoria a la historia. Aunque ya sabía leer y escribir, todavía ignoraba, claro, que el verdadero sentido de la palabra escrita consistía en burlarse del tiempo y del espacio, y que la invención de la escritura era una herejía: el secreto anhelo de permanecer en el reino de este mundo más allá de la muerte.

Los restos del hombre yacían en una de las dos literas de abajo, la aledaña a la mía, la que había pertenecido a Eduardo antes de que unos robachicos lo sedujeran con falsos silogismos de colores y se lo llevaran lejos de casa. Ahí, en esa cama desocupada, mi hermano Miguel los había dispuesto con el minucioso orden que regía todos sus actos.

Al concluir su carrera de arquitecto, Miguel orientó su formación académica a la Historia del Arte y la restauración de monumentos coloniales. Un buen día fue requerido para cumplir una tarea que, si bien no se correspondía puntualmente con su especialidad, sí respondía a su competencia. Romano y Aveleyra habían impulsado el proyecto de hacer un museo de sitio en Tepexpan, cerca de Acolman y Teotihuacán, donde el geólogo Helmut De Terra había descubierto años atrás, en 1947, los restos humanos del que fue bautizado como «Hombre de Tepexpan», junto con algunos huesos de animales y herramientas de piedra correspondientes a la época del Pleistoceno Superior.

Sobre la almohada descansaba, mandíbulas arriba, el cráneo, con más agujeros que los que la naturaleza le había proporcionado en su momento, y a lo largo de la cama se distribuían los otros huesos que habían «sobrevivido» al paso del tiempo —un húmero, un fémur, las dos tibias, algunas vértebras— y que ocupaban, en el imaginario mapa humano que se desplegaba sobre el lecho, el lugar preciso que les correspondía en el esqueleto. En el flanco izquierdo de ese hombre fragmentario, otro fragmento: un gigantesco colmillo del mamut al que posiblemente había intentado

cazar, y en el derecho, una lanza rematada en un filoso pedernal.

Tan pronto Jaime o Ricardo apagaban la luz, yo imaginaba que ese cráneo se lanzaba sobre mí y me mordía por todas partes —el cuello, los brazos, los pies— con su chimuela mandíbula superior, que producía en mi mente alucinada un rechinido estridente al abatirse y un ruido sordo y contundente cuando el mordisco no acertaba con ninguno de mis miembros y chocaba con los igualmente desparejos dientes inferiores. A falta de manos, cada mordisco tenía la pretensión de jalarme al abismo insondable que se abría del otro lado de la cama de Eduardo, un lugar oscuro del que jamás podría salir si mis flacas fuerzas fuesen vencidas por las de ese cráneo que no necesitaba del apoyo de su propio cuerpo para tirar de mis brazos o mis piernas. El pavor no me dejaba dormir y, cuando por fin lograba conciliar el sueño, era víctima de terribles pesadillas. La más reiterada: una especie de resina densa y chiclosa se me metía entre los dientes y las encías y me impedía articular palabra. Con los dedos trataba de quitarme esa masa fibrosa y amarillenta, que se me pegaba al paladar, pero mis trabajos eran inútiles. No podía liberar a la palabra y sólo podía emitir gritos sordos y gemidos lastimeros. Aunque hacía esfuerzos denodados por hablar, no acertaba a pronunciar palabra y acababa por imponérseme un silencio carcelario, angustioso, desesperante.

Tantos años después me parece inconcebible que esas osamentas fragmentarias de un hombre y un mamut, cuyo descubrimiento, una década atrás, había concitado la estupefacción y la curiosidad de antropólogos, paleontólogos, arqueólogos, físicos, historiadores de todas partes del mundo, hubieran estado en casa, expuestas al trajín cotidiano —los plumeros, las escobas, los trapeadores — de una familia tan numerosa como la mía y al día a día (o mejor al noche a noche) de la vida del cuarto, donde campeaban la ropa sucia, las burlas, las palabrotas, las obscenidades, los pedos, las riñas, los almohadazos y a

veces hasta los golpes de los cuatro hermanos que compartíamos el dormitorio. Bueno, de los tres, desde que Eduardo fue sustituido por el Hombre de Tepexpan.

Pero más inconcebible me parecería que yo tuviera la capacidad de sacar así, de la nada, como el mago extrae un conejo de una chistera, el recuerdo preciso de ese cráneo, de esos huesos, de ese gigantesco colmillo de mamut y de esa lanza depositados en la litera desocupada de Eduardo. La verdad es que no me da la imaginación para tanto. En todo caso, me da más la memoria, aunque bien sé que el tiempo, que todo lo corrompe y deteriora, suele falsear o magnificar el pasado. Yo lo que recuerdo con nítida precisión es la cama de Eduardo ocupada por los restos del Hombre de Tepexpan, un colmillo de mamut y una lanza rematada en pedernal. Y también mis vigilias y mis pesadillas de esas noches compartidas con un hombre de la prehistoria.

Hasta ahora, cuando lo escribo, no había pensado, avergonzado por mi candor preservado a lo largo de tantos años, que lo más probable es que no se tratara de los restos originales del Hombre de Tepexpan y del mamut al que intentaba dar caza con una lanza rudimentaria, sino de réplicas de fibra de vidrio o algún material semejante que cumplirían una función didáctica en la museografía que mi hermano estaba preparando y que a falta de mejor lugar había colocado en la recámara de sus hermanos chicos con la severa advertencia de que eran unas valiosas reliquias que debíamos respetar. Tendría que volver al Museo Prehistórico de Tepexpan, que no he visitado desde que se inauguró en el ya lejano año de 1958, para averiguar si eran originales o réplicas los restos con los que compartí mi habitación de niño. Pero quizá no tendría elementos para comprobarlo, pues las réplicas, en el más que probable caso de haber sido ellas las que Miguel había llevado a casa, serían muy similares a las piezas originales. No otro es el cometido de todas las réplicas: pasar por originales, confesa o fraudulentamente; pero, a fin de cuentas, qué importa confirmar que eran reproducciones, como seguramente lo

eran, si mientras conviví con esos restos óseos yo los daba por auténticos, aunque ahora el sentido común me haga pensar que eran meros duplicados.

Pero, además, no querría volver a Tepexpan, adonde acompañé a Miguel varias veces mientras él preparaba el montaje del museo de sitio. Tengo un recuerdo polvoriento de esa carretera larga, a uno de cuyos costados se alzaba un tecorral inacabable, que no parecía tener otro cometido que dividir el paisaje desierto para acotar su desolada infinitud. Lo único de esos viajes que aún brilla en mi memoria es el placer que me producía ser yo, entre todos mis hermanos, el elegido para acompañar a Miguel al museo que estaba montando; ir sentado en el asiento de adelante de su Ford 49, escuchando a Miguel y la música clásica que sintonizaba en la radio. Y es que Miguel, con toda su sabiduría a cuestas, con la riqueza de su vocabulario, con su erudición enciclopédica, me trataba como adulto, conversaba conmigo sobre temas que me dejaban mudo o apenas balbuciente, pedía mi opinión y daba por sentado que yo conocía palabras que jamás había oído antes, como *paleolítico, pleistoceno* o *pedernal*, y entre todas ellas una preciosa, que sigue resonando en mis oídos con imponente vigencia: *cuaternaria*. Ah, qué palabra: *¡cua-ter-na-ria!*, la era geológica a la que pertenecemos.

En uno de esos viajes, de regreso a México, nos tocó delante un camión que transportaba muchos huacales con pollos. Se desplazaba con lentitud pasmosa y no había manera de que mi hermano pudiera rebasarlo, pues por el carril contrario circulaban muchos vehículos. De repente, un huacal se desprendió del camión y cayó en la carretera. Miguel tuvo que frenar intempestivamente para no arrollar a los pollitos. Por fortuna nadie venía detrás de nosotros y nos pudimos detener en la cuneta. Tocó el claxon varias veces para que el camionero se percatara de lo acontecido y recogiera su mercancía, pero el chofer debió de pensar que el pitido era un reclamo a su lentitud y se siguió de largo. Miguel y yo nos bajamos del coche y recogimos ese huacal donde piaba —¿los pollos pían?— una docena de pollos

recién salidos del cascarón. Lo pusimos en el asiento de atrás y nos fuimos a casa. Yo sentí que el acontecimiento era un regalo, un regalo de la vida, que, además, coincidentemente, reproducía el número de hermanos de mi familia: doce.

No recuerdo cómo tomó mi mamá la presencia inesperada de esos pollos. Seguramente mal, porque ya tenía bastante con doce hijos como para tener que hacerse cargo de doce pollos. Lo que sí sé es que a mí me cayó la responsabilidad de atenderlos. Esa tarde, o al día siguiente —no me acuerdo bien a bien—, les estaba dando de comer granos de maíz en la terraza del jardín cuando ocurrió un accidente que aún me estremece. Todos correteaban alrededor mío con un aire prematuro de enhiesto gallo madrugador, cuando de pronto, sin darme cuenta, pisé a uno de los doce. Quedó muy mal herido. Daba saltos desgobernados, enloquecidos, dolorosos. Yo no sabía qué hacer. Era obvio que ese pollo no podría salvarse, estaba destrozado y sólo un último impulso vital lo hacía saltar, con una energía proveniente de la propia naturaleza animal, como la que incita a una gallina recién degollada a dar unos pasos más antes de desplomarse. Pero no podía verlo sufrir de esa manera. Así que decidí —si es que fue una decisión la que tomé y no un mero impulso instintivo— pisarlo con más fuerza de la que había empleado al pisarlo involuntariamente. De un pisotón lo rematé. Tras el tiro de gracia de mi zapato colosal sólo quedó un amasijo informe, amarillo y sanguinolento cubierto de pequeñas plumas apelmazadas. ¿A cuál de mis hermanos equivaldría ese pollo que descompletó la docena?

En ese mismo jardín de la casa, Miguel hizo el retrato al carbón, sobre una enorme cartulina, del Hombre de Tepexpan en actitud de caza. Había tomado por modelo a mi hermano Ricardo, quien, durante varias sesiones y a cambio de unos cuantos pesos, posaba en traje de baño —rojo y diminuto—, armado de un palo de escoba que en el dibujo se convertiría en una lanza de los tiempos sin tiempo del Paleolítico, igual que el traje de baño se transformaría

en un rudimentario taparrabos. Y es que Ricardo era fornido gracias a los ejercicios de Charles Atlas, ancho de complexión y bajo de estatura, como seguramente lo habría sido ese hombre que había vivido miles de años antes que nosotros y que desde hacía unas semanas era nuestro huésped. Pero no sólo la escoba se transformó en lanza y el traje de baño en taparrabos, sino Ricardo, que era blanco, rubio, de nariz recta y de ojos verdes, fue adquiriendo en el carbón de Miguel las facciones de un hombre primitivo, de frente estrecha, nariz chata y ancha, ojos demasiado juntos, labios gruesos, prominente mandíbula, como si la evolución de la especie hubiese marchado a la inversa en el dibujo de Miguel y lo acercara más al mono antropoide de donde procedemos. No sé cuántas semanas duró la burla a Ricardo por la fidelidad con la que Miguel lo había retratado.

El terror, las pesadillas que sufrí mientras ese esqueleto fragmentario estuvo depositado en la cama que Eduardo había dejado vacía y que me habían quitado la palabra se vieron atemperados retroactivamente cuando Santiago Genovés, el audaz y estrafalario antropólogo procedente del exilio español, determinó que el de Tepexpan no era hombre, sino mujer.

Corrijo. Yo dormí con la Mujer de Tepexpan, la más antigua de Mesoamérica.

—Mamá, la fe es un don, ¿verdad?

—Sí; la fe es un don que nos da Dios.

—Pero se lo da a unos sí y a otros no, ¿verdad?

—Ay, hijo, ¿tú de grande vas a ser teólogo o qué?

—No, mamá, yo lo único que quiero saber es que si la fe es un don y no todos lo reciben, yo puedo ser uno de los que no tuvo ese don y por tanto no debo preocuparme, pues yo no tengo la culpa de no haberlo recibido.

—¡Cómo que no tienes fe, muchacho! ¡Si estás bautizado y vives en una familia católica y en un país católico! ¡Tienes la fe del bautismo y perteneces a la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana!

—Pues sí, católica, apostólica y romana, pero no creo en Dios.

—¡Estás loco! Si no tienes fe, pídele a Dios que te la dé.

—¿Cómo le voy a pedir a Dios algo si no creo en Dios?

—¡Vete a confesar, después de lo que me acabas de decir!

—¿Con el padre Nicolás?

—Pues sí; él es tu confesor, ¿no?

—Sí; pero ya no me gusta que me haga cosquillas.

La casa de la calle de Tehuantepec en la colonia Roma había dado de sí todo lo que podía dar y seguía siendo insuficiente para albergar a una familia tan numerosa como la mía. De poco sirvió que se improvisara un cuarto en la azotea para que durmieran ahí mis hermanos mayores y quedara desalojada consecuentemente una de las cuatro habitaciones de la casa para que mi hermana Virginia tuviera por fin su espacio propio, como lo exigía su condición de primogénita y madre reemplazante. El único baño contaba con una tina, una regadera normal y otra de presión, de agua fría, pero sólo tenía un escusado, de modo que no se podía compartir más que cuando nos bañábamos juntos los hombres o las mujeres. En el comedor nunca cabíamos todos sentados y teníamos que comer por tandas. Era imposible, pues, que catorce personas cohabitaran en esa casa sin invadir sus respectivos y mínimos espacios vitales, así que llegó el día en que mis padres tomaron la inaplazable determinación de construir una vivienda nueva, acorde con los requerimientos de la familia, pero también limitada a sus reducidas posibilidades financieras. Una casa grande, sí, donde cupiéramos todos, pero austera, sin ningún lujo, y ubicada en un rumbo de la ciudad que fuera accesible a nuestro presupuesto, aunque no necesariamente contara con las condiciones de urbanización que tenía la colonia Roma, donde habíamos vivido varios años.

Gastaron todos sus ahorros en comprar un predio semirrural en el sur de la ciudad y construir la nueva vivienda con el dinero de la venta de la casa de la calle de Tehuantepec. Fue una buena inversión, pues muy cerca de ahí se estaba culminando el magno proyecto del sexenio de Miguel Alemán: la construcción de Ciudad Universitaria en una superficie de más de setecientas hectáreas del entonces deshabitado Pedregal de San Ángel. El terreno que adquirimos estaba situado en la calle llamada de los Cedros, entre avenida Insurgentes y avenida Universidad (que entonces se llamaba Fernando Casas Alemán en

reconocimiento al regente de la ciudad bajo cuyo gobierno se edificó C.U.), a la vera de un afluente del río Magdalena, hoy entubado bajo el camellón de la avenida que mutó su nombre arbóreo por el del general revolucionario Vito Alessio Robles.

Mi hermano Miguel ya había concluido su carrera de arquitectura, así que mis padres le encomendaron a él la obra.

Hubo necesidad de entregar la casa de Tehuantepec en el plazo estipulado en la operación de compraventa, pero cuando éste llegó a su término, la casa de los Cedros aún no estaba concluida, como suele ocurrir con los proyectos arquitectónicos, que casi nunca se ajustan a los calendarios y a los presupuestos establecidos. Así que nos mudamos a la nueva vivienda cuando todavía estaba en obra negra, lo que constituyó una aventura prodigiosa para mí y para mis hermanos chicos, pero espeluznante para los mayores.

Acostumbrados como estábamos a la estrechez y el hacinamiento de la casa de Tehuantepec, la de Cedros nos pareció un palacio, no por sus lujos, que no tenía ninguno, sino por sus dimensiones. A pesar del buen gusto de Miguel, algo tenía la casa —por las necesidades de la familia y por la forma alargada del terreno— de motel carretero, pues, en la planta alta, las habitaciones, cuyas puertas daban a un larguísimo pasillo, se sucedían una tras otra sin ninguna variación. En los extremos, había sendos baños, uno para los hombres y otro para las mujeres, más un cuarto de lavado y planchado con su respectiva azotehuela para tender la ropa. En la planta baja: un espacioso salón, en el que se celebraban los quince años y los matrimonios civiles de mis hermanas; un comedor inmenso para catorce personas que nos permitía, en días de fiesta, comer o cenar todos juntos sentados a la mesa; una cocina con antecomedor de bancas monacales, un patio de servicio y una despensa que siguió siempre bajo llave; la recámara de mis papás con su baño, y un lugar especial e indefinido, sin duda privilegiado, que podría denominarse recámara, porque ahí dormía Miguel, pero que era también un

estudio, una biblioteca, un museo, iluminado por un gran ventanal que daba al jardín que corría en paralelo a la casa, más angosto pero más largo que una cancha de tenis o de bádminton, al fondo del cual había una terraza en la que Miguel proyectó un espejo de agua que nunca reflejó nada, pero que permitió que en su lecho crecieran unos acantos y un granado.

Por aquello de que el que parte y reparte se queda con la mayor parte, esa «recámara» —la más grande, casi el doble de cualquiera de las otras, con baño aledaño, con entrada independiente— era la de Miguel. Ahí mi hermano mayor instaló sus libreros, su escritorio, su restirador y una cama que durante el día permanecía disfrazada de sofá.

Recuerdo que en el pasillo de la planta alta, justo en el desahogo de la escalera de cantera, se había colocado un librero. Era un mueble solemne, de madera oscura, más parecido a un ropero que a una estantería, cerrado por dos puertas labradas con motivos heráldicos, que en la parte superior tenía unos pequeños barrotes torneados, atrás de los cuales brillaba, como telón de un teatrino de títeres, una cortinilla de seda color púrpura. Ahí estaba atesorado el patrimonio bibliográfico de la familia: una Biblia encuadernada en piel, con las iniciales, repujadas en oro, de los apellidos de mi familia, CB; *La imitación de Cristo* de Kempis; las *Rimas y leyendas* de Gustavo Adolfo Bécquer; una colección de revistas religiosas titulada *Ven y sígueme*; varios misales gordos de cantos dorados, estampas oscuras y separadores de seda rematados en medallitas; algunas novelas de Blasco Ibáñez, Pérez Galdós y José María Pemán; *Jeromín* del padre Coloma, las *Memorias* del Instituto México por el que habían desfilado todos los hermanos varones de la familia, varios tomos de vidas de santos, una historia de Asturias y del concejo de Llanes y algunos libros más que no retengo en la memoria. Pero las colecciones más importantes tenían sus libreros específicos e independientes, que flanqueaban ese armatoste: *El tesoro*

de la juventud en sus veinte tomos, encuadernados en percalina color vino, y los veinticinco volúmenes, incluyendo los de estos «últimos años» (los de la Segunda Guerra Mundial) del *Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano*, verdes, densos y solemnes.

Pero la biblioteca particular de Miguel era otra cosa.

Dos de las cuatro paredes que había en su estudio estaban cubiertas, de piso a techo y de lado a lado, de estanterías modulares, cuyos anaqueles combinaban, con la audacia propia de la arquitectura moderna con que se acababa de construir Ciudad Universitaria, dos colores en principio incompatibles: un azul plomizo y un mamey apagado.

Las pocas ocasiones que pude entrar en ese recinto sagrado, al que de vez en cuando me convidaba Miguel de manera exclusiva, puesto que no invitaba a ningún otro hermano, me quedaba azorado ante esa estantería de libros, dispuestos en un orden para mí entonces indescifrable, que no obedecía, por supuesto, ni al color ni al tamaño del libro. Hubiera parecido que el frente de los libros era su espalda, pues lo único que se veía, obviamente, eran los lomos, con sus tejuelos rojos y negros, sus «costillas» y su piel color tabaco, porque la mayoría de los libros de Miguel estaban encuadernados a la española o a la holandesa, y ostentaban en el tejuelo inferior —siempre negro— las siglas de su nombre grabadas en oro: MCB.

No conocía todavía sus contenidos, pero los libros mismos, en cuanto objetos, colocados uno al lado de otro en una armonía perfecta, me suscitaron un gusto, un entusiasmo que sólo quedó rebasado cuando descubrí que cada uno de ellos contenía un mundo que se ponía a mi entera disposición y al que yo podía entrar sin ningún otro pasaporte que el alfabeto.

Miguel me introdujo en el mundo de los libros. Muchas veces sacaba un ejemplar de la estantería, me lo presentaba como si se tratara de una persona —en cierta forma lo era —, me leía algún párrafo, me mostraba alguna ilustración, pero lo más significativo que me enseñó fue que no era

necesario enseñarme específicamente el amor a los libros para demostrarme lo valiosos que eran para él; la ecuación perfecta entre el respeto que él mismo les profesaba y el trato cotidiano y hasta confianzudo que mantenía con ellos. Daba por sentado que él y yo compartíamos ese amor y que por lo tanto no era necesario explicitarlo, sino asumirlo en una elemental complicidad. ¡Cómo no reconocer la paternidad de mi hermano mayor si fue él quien me engendró, puesto que hizo que yo fuera justamente el que soy!

Podría enumerar cuáles eran los libros más importantes que Miguel poseía, pues a lo largo de la vida tuve una relación estrecha, aunque espasmódica, con su biblioteca. Recuerdo la colección completa y encuadernada de la primera época de la revista *Artes de México*, las obras de Vitruvio y de Vasari, *La decadencia de Occidente* de Spengler, *El otoño de la Edad Media* de Huizinga, *Paideia* de Jaeger, *Mímesis* de Auerbach, *La rama dorada* de Frazer o los 198 volúmenes de los Clásicos Castellanos de Espasa-Calpe, pero más que títulos particulares, guardo la imagen de una especie de retablo de libros, de lomos de libros más bien, con sus destellos dorados —como si se tratara de un altar barroco—, unos de color tabaco, como dije, y otros blancos —encamisados en papel *couché*—. A lomos de esos libros cabalgaba cada vez que Miguel, con especial deferencia, me invitaba a conversar con él en esa biblioteca que había construido para él, y sólo para él, a la que, como arquitecto, le había adosado una casa para todos los demás.

Miguel me citaba en su «departamento» con cierta frecuencia. Recuerdo que tenía un garrafón de jugo de uva, que no era vino, del que me ofrecía un vaso. Recuerdo también algunas pinturas modernísimas de una pintora holandesa amiga suya —que alguna vez le hizo un retrato al óleo, pintado con espátula— llamada Nancy van Overveldt, una mujer pelirroja de cabellera enmarañada, que se desplazaba en bicicleta con su hija Yogui en la parrilla, y que, a juzgar por el retrato, juraría que estaba enamorada del modelo. Y una reproducción de una famosa

cabeza maya, que debía verse de perfil y no de frente, con su grande y enhiesto penacho, que prolongaba la imponente longitud de la nariz, y unas figurillas taínas elegantes en su sencillez, que parecían bailarinas flexibles y gráciles.

Durante esas visitas, Miguel me hacía memorizar una serie de frases presuntamente literarias para responder, cuando se presentara la ocasión pública, a su pregunta de: «¿Hasta dónde me quieres?». Y yo respondía, conforme a sus dictados: «Te quiero hasta la más lejana estrella de la Vía Láctea, te quiero hasta el empíreo celestial, te quiero hasta el último confín del universo…».

A no ser por la recámara de Miguel, que fue la primera en quedar terminada, la casa seguía en construcción.

Una tarde, mi hermano Eduardo y yo estábamos jugando en la calle (más ribera de un río puerco que calle propiamente dicha) a clavar en un montón de arena unas varas que deberíamos arrojar con todas nuestras fuerzas desde una distancia acordada. Cuando le tocó su turno, él lanzó su vara antes de que yo regresara de recoger la mía, y me pegó, ahora no sé si deliberada o accidentalmente, en una pierna —desnuda, pues todavía usábamos pantalones cortos—. Como entonces creí que Eduardo lo había hecho a propósito y yo era muy lloricón, fui a quejarme con Miguel, que estaba en su estudio. No investigó nada; no hizo ningún interrogatorio. Simplemente tomó la vara con la que me había pegado Eduardo, y con ella misma le dio de fuetazos en las piernas mientras decía algo así como con la misma vara que mides serás medido.

—Mamá, el cielo debe ser muy aburrido, ¿no?

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque pasarse toda la eternidad contemplando a Dios debe ser aburridísimo.

—¿Preferirías irte al infierno?

—No, porque dicen que los diablos te torturan todo el tiempo, además de que las llamas te queman. Aunque no entiendo cómo te puedes estar quemando todo el tiempo sin que te conviertas en ceniza o por lo menos en carbón.

—Ay, hijo, el único dolor que padeces en el infierno es el de no ver a Dios.

—¡Pero verlo por toda la eternidad! Qué aburrido, ¿no?

Un carrito de madera. Sobre diez pivotes que emergían de la plataforma, se insertaban otros tantos monigotes que hacían las veces de bolos, chapeados y sonrientes, con atuendos entre militares y circenses y brazos sólo dibujados en los flancos, en posición de firmes; y sobre otras dos espigas, delanteras, sendas bolas, también de madera, rojas, brillantes, que deberían arrojarse sobre los bolos, dispuestos en formación de escuadra, y derribar el mayor número posible. Diez: ¡Chuza! Era un juguete rudimentario, artesanal, anterior al plástico y las pilas de energía eléctrica, que se jalaba con un cordel, como todos los mecanismos de locomoción de mi infancia, que requerían ser arrastrados o empujados a mano, menos los de cuerda, claro, cuyo corazón dejaba de latir al cabo de unos segundos y quedaban paralizados de repente, a veces en posiciones ridículas si representaban a seres humanos o animales, o los llamados de fricción, unos cochecitos de lámina que primero había que echar hacia atrás para que después rodaran hacia delante. Como casi todo en la vida.

Yo no lo esperaba. Esperaba algo esa Navidad, sí, como la anterior, todavía en la casa de la calle de Tehuantepec, cuando recibí un juego de prismas de madera, de diferentes colores, unos largos azules, otros semicirculares blancos, verdes y amarillos, otros triangulares rojos y otros cúbicos celestes, para construir casas, castillos, puentes, pero no tenía la menor idea de qué me iba a traer el Niño Dios ese año. Porque era el Niño Dios el que traía los regalos de Navidad en mi casa. Ni Santa Clos ni los Reyes Magos.

Santa Clos era un muñeco gigantesco, más grande que un adulto, que se reía en *o,* y no en *a* como todo mundo: *jo jo jo*, dando palmadas alternadamente sobre los dos brazos de su descomunal sillón, en el aparador del Sears Roebuck de la esquina de Insurgentes y San Luis Potosí, en la colonia Roma, muy cerca de la casa de la calle de Tehuantepec. Digo «un muñeco gigantesco» hoy que escribo, pero cuando era niño pensaba que era un ser de carne y hueso, un

verdadero Santa Clos de proporciones sobrehumanas que había viajado desde el Polo Norte en un trineo jalado por renos con un costal de regalos para repartirlos entre los niños que se habían portado bien (nunca me pregunté cómo había llegado a la Ciudad de México en un vehículo que sólo podía deslizarse sobre la nieve, cuando aquí nunca había nevado, ni cómo podía caber con su descomunal gordura por las chimeneas de las casas, como se decía, en caso, claro, de que hubiera chimeneas en las casas). Y pensaba que se reía de verdad, en *o*, y no que se trataba de una grabación de carcajadas desopilantes que se repetían al infinito, aun unos minutos después de que la tienda había bajado sus cortinas metálicas para cerrar. Era una risa contagiosa, sí, pero a mí me daba miedo porque era una risa estentórea que no respondía a ninguna causa; era una risa inmotivada y por tanto incomprensible y hasta amenazante.

Y los Reyes Magos sólo llevaban a mi casa regalos que no eran tales, sino las prendas de ropa que de todas maneras tendrían que comprar nuestros padres: calcetines, calzoncillos, camisetas, en concordancia con el zapato que les dejábamos al pie del árbol de Navidad. La condición práctica de esos regalos delataba que procedían de mamá y papá —más de mamá que de papá, que nunca se involucró en esos asuntos domésticos—. Qué necesidad había, entonces, de que mi hermano Carlos simulara las huellas de un caballo, de un dromedario y de un elefante y de que pusiera incluso un remedo de boñiga entre la sala y el comedor para hacernos creer, el día 6 de enero, que efectivamente los Reyes Magos habían llegado a la casa la noche de la víspera, si sabíamos perfectamente que mamá y papá habían puesto esas ropas nuevas en nuestros zapatos viejos. De todas maneras nos quedábamos con un sentimiento extraño, como si no nos hubiéramos portado tan bien como nuestros amigos, a quienes los Reyes —esos que veíamos de tres en tres por montones en la Alameda, cargando a niños que salían aterrorizados en las fotografías que les tomaban— les traían patines, triciclos o bicicletas.

Mi hermano Carlos era un ilusionista. También un iluso, pero sobre todo un ilusionista. Montaba un gigantesco nacimiento en la cochera de la casa de la calle de Tehuantepec, con unas figuras italianas muy finas, que no sé ni cómo ni desde cuándo habían llegado a nuestra casa. La Virgen María, vestida de azul y blanco, a quien no se le echaba de ver ni el embarazo ni el puerperio, y un crédulo y paciente san José, hincado como ella, pero con sólo la rodilla izquierda, y con un cayado de peregrino en la mano derecha, ante el pesebre aún vacío, como si adoraran a la Nada, donde aparecería el niño después del día 25 con una corpulencia de tres años de edad por lo menos —porque el tamaño no parecía obedecer a la verosimilitud sino al escalafón del universo celestial—. Un buey y un asno rumiantes, echados sobre un lecho de heno detrás de la Virgen y su castísimo esposo. Un ángel triunfante, con las alas extendidas, encaramado en el techo de paja del rústico portal. Unos pastores comedidos y azorados, que ofrendaban sus humildes viandas —un corderito recental, una jarra de leche, una hogaza de pan—. Una docena de borregos que no formaban rebaño y se desperdigaban por las inmensidades del papel manila arrugado y pintado en tonos ocres y verdosos que simulaban un raro desierto salpicado aquí y allá de oasis con sus lagos de espejo rodeados de palmeras en los que nadaban cisnes y patos de yeso. Los tres Reyes Magos, que curiosamente habían llegado a Belén antes de que el niño naciera —y no después, como cuentan los Evangelios—, enfilados en un orden jerárquico, que se correspondía con una estratificación racial, primero Melchor, el blanco; después Gaspar, el de tez aceitunada, y finalmente Baltasar, el negro azabache, recién apeados de sus respectivas bestias, un caballo el primero, un dromedario el segundo (más bien un camello, a juzgar por sus dos jorobas, pero cómo comparar la simplicidad de la palabra *camello* con la resonancia de la palabra *dromedario)* y un elefante el último, cargados cada uno de sus valiosas ofrendas: el oro, el incienso, la mirra (que hasta el día de hoy sólo sé que es un preciado

bálsamo, pero nunca he tenido la ocasión de verlo ni de olerlo ni de sentirlo). Y un centurión romano, enérgico, con su armadura de cota de malla, su espada corta al cinto, su casco con enhiesta cresta y su firme lanza, que me recordaba —o más bien, me anticipaba— el pasaje de *El Tesoro de la Juventud* que refería la explosión del Vesubio que arrasó con la antigua ciudad de Pompeya, frente a la cual el valeroso legionario romano que estaba de guardia no abandonó su puesto y quedó petrificado por la expansiva lava volcánica. En ese nacimiento, Carlos construía una maqueta de la ciudad de Jerusalén, con sus cúpulas semiesféricas que hacía con yeso puesto a cuajar en una huevera y pintaba con acuarelas de colores pastel.

Una vez, por accidente, arrasé con la ciudad de Jerusalén con el bate totémico del Canadá. Tan dañada quedó, que Carlos decidió prenderle fuego y le pidió a un amigo suyo que filmara con una cámara de Súper 8 el incendio de la ciudad sagrada.

Los regalos los depositaba el Niño Dios al pie del árbol de Navidad durante la noche del 24 de diciembre y no los abríamos hasta el 25, al regresar de misa y antes de que se sirviera la opulenta comida que mi madre había preparado para toda la familia durante días enteros: el consomé clarificado, el pavo relleno de picadillo y frutos secos —nueces, uvas pasas, piñones, almendras—, que no era otro que el guajolote que habíamos alimentado en el jardín de la casa durante un par de semanas antes y al cual le habíamos tomado cierto cariño, la gelatina de vino tinto, la ensalada de manzana, los turrones de yema, de Jijona y de Alicante, las peladillas de Alcoi.

Pero la mañana del día 24 de ese año, mi hermano Miguel, con el aire solemne que había adquirido de los dominicos de Salamanca, nos convocó a los hermanos chicos, Eduardo, yo y Rosa —en orden no de cortesía, sino de aparición en este mundo—, a reunirnos en su recámara, que más parecía biblioteca que dormitorio. Y ahí nos explicó, con gran pompa y circunstancia, que él tenía una información privilegiada. Seguro que usó esa palabra,

privilegiada, como si la conociéramos, porque así era él, siempre hablaba en clave culta sin que le importara que comprendiéramos lo que decía, como si por el solo hecho de que él pronunciara esos vocablos domingueros, nosotros tuviéramos la obligación de entenderlos. Sabía de buena Fuente —permítaseme la mayúscula, pues esa Fuente no podía ser más que Dios, o más específicamente Jesús, su hijo recién nacido— qué regalos íbamos a recibir al día siguiente. Y sin decirnos explícitamente en qué consistía cada uno de ellos, para no dar al traste con la sorpresa, nos describió con cierta deliberada imprecisión nuestros juguetes. El mío tenía cuatro ruedas —dijo—, pero no era un coche; tenía varios *elementos*, pero no eran soldaditos de plomo, tenía dos pelotas, pero no botaban... Y lo mismo hizo con la muñeca de Rosa y el trenecito de Eduardo. Es decir que se hizo pasar como intermediario entre la Divinidad y nosotros, una suerte de arcángel, como correspondía a su nombre: *Miguel*, aunque ahora más tuviera que ver con el Gabriel de la Anunciación, pues de un anuncio se trataba; es decir que Miguel usurpó los méritos de nuestros padres, que habían hecho un esfuerzo descomunal para comprar esos modestos regalos cuyo remitente habían atribuido a nadie menos que al Niño Dios.

No te diste cuenta entonces de que Miguel era un impostor, digamos que venial, al que, sin embargo, o acaso por eso mismo, admiraste y quisiste como a un padre, en reciprocidad a la marcada preferencia que tenía por ti, el más chico de sus hermanos varones. Porque tú fuiste el depositario de sus palabras elegantes y prestigiosas. Y acabaste por ser, también, el interlocutor de sus fascinantes proyectos, el recipiendario de sus maravillosas disquisiciones, el testigo de sus frustraciones, de sus arbitrariedades, que a veces rozaban la violencia, y de su postrera soledad; su discípulo sin aula y de algún modo su hijo.

—Mamá, cuando resucitó, Cristo se fue al cielo en cuerpo y alma, ¿verdad?

—Sí, mijito: en cuerpo y alma. Eso es la Ascensión.

—Bueno, lo del alma más o menos lo entiendo, porque todos tenemos un alma que no es cuerpo; es puro espíritu. Pero lo del cuerpo no lo entiendo. Porque si el cuerpo subió al cielo, como un globo de gas, y Cristo es eterno, como Dios, ese cuerpo debe andar por algún lado, en el espacio, entre las estrellas, no sé. ¿O se pudrió, como el de todos los humanos cuando se mueren?

—Ay, hijo, qué lata das con tus cosas. Pregúntaselo a tu hermano Miguel.

—Ya se lo pregunté, pero se rio de mí. Cuando se lo pregunté, se quedó muy extrañado de que no supiera que se trataba de un cuerpo místico. Me sentí un poco idiota, pero la verdad es que no sé qué es un cuerpo místico. ¿Tú sabes qué es un cuerpo místico, mamá?

Entre las novias que desfilaron por su camino, Adriana Ayala fue la única que recibió la propuesta formal de matrimonio por parte de Miguel. Por formal entiendo lo que se entendía en esos tiempos: mis padres, según me contó al detalle Virginia, acudieron a la casa de los suyos para hacer la petición oficial de la mano de la novia, como se decía y se acostumbraba entonces, en una cena de tres tiempos, condimentada con los discursos propios del caso, los brindis consecuentes y la entrega del anillo de compromiso, que Miguel le puso a su novia en el dedo anular de la mano izquierda con una mirada deliberadamente lenta y una media sonrisa. Al término de la cena, Adriana invitó a Virginia, que había acompañado a mis padres, a su recámara para mostrarle, ilusionada y orgullosa, el albo vestido de novia, que colgaba de un alto perchero, junto a la larga mantilla, cuya punta se esparcía sobre la alfombra como la espuma de una ola —según suspiró la núbil, en el decir de Virginia—. Jamás se lo puso.

Una tarde, al salir de la clase de Historia de la Cultura que impartía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, me abordó una alumna de edad mayor a la de la generalidad del grupo, de figura menuda y ojos vivaces. Me dijo que no estaba inscrita pero que solía asistir a la facultad a tomar algunas clases que le resultaban interesantes. Me preguntó que si podía acudir a la mía en calidad de oyente. Tan pronto le respondí afirmativamente y le di la bienvenida, me comentó, sin más, que ella ya me conocía y que había sido novia de mi hermano Miguel.

No recuerdo que haya vuelto a clase. O en todo caso, sé que no asistió de manera constante al curso. Pero a lo largo de los años, y no por motivos académicos sino principalmente literarios, he estado cerca de Aline Pettersson, novelista, poeta, ensayista y traductora, a quien

me une un afecto duradero y una complicidad de origen: mi hermano Miguel.

En un correo le dije que mucho me ayudaría si me hacía partícipe de los recuerdos que guardaba de su relación con mi hermano.

La respuesta no se hizo esperar.

> Muy querido Gonzalo:
>
> Ahora que de alguna manera he estado haciendo una revisión de mi vida, me encuentro neurológica y psicológicamente en la disposición memoriosa adecuada para responder a tu pregunta sobre tu hermano Miguel. Te contaré todo lo que recuerdo y tú tomarás aquello que incidentalmente te sirva.
>
> Debo empezar por decirte que desde muy jovencita había abrigado el fervoroso anhelo de estudiar la carrera de Medicina, pero mi madre se opuso bárbaramente a que cumpliera mi deseo, y mi padre se mantuvo al margen del asunto. Lo único que conseguí fue irme a estudiar en un *college* en la ciudad de Los Ángeles. Tras esa estadía de varios años en los Estados Unidos, regresé a México, a mediados de la década de los cincuenta, y me sentí desconectada de mis antiguas compañeras de escuela. Fue entonces cuando se me ocurrió inscribirme en una academia para buscar nuevas amigas. El nombre de la que escogí ya es de suyo horrendo: Instituto Familiar y Social. La verdad, no hice muchas amigas como era mi pretensión, porque las chicas no tenían ningún interés en los estudios y sólo estaban ahí en condición de MMC: mientras me caso. Debo confesarte que yo siempre he sido muy curiosa y he tenido gran avidez de conocimientos, y casi era la única alumna de ese instituto a la que le importaba estudiar y aprender. Como en cualquier institución educativa, había unas clases mejores que otras, pero dos cursos me resultaron particularmente atractivos: Historia Medieval e Historia del Arte. El primero lo impartía una mujer que acababa de desertar de la vida conventual, muy poco agraciada por cierto, de nombre Aline Freyría, y el segundo, un maestro mucho muy guapo, tu hermano Miguel.
>
> Los dos cursos me parecían interesantes. En el de Historia Medieval, además de tener el mismo nombre que la maestra, era yo la única a quien realmente le gustaba la materia, lo que propiciaba que después de la clase la exmonja conversara conmigo en particular. Algún día me dijo que teníamos la misma santa, Aline de Bruselas, que se celebraba el 17 de junio.
>
> La otra clase se impartía en un salón mucho más grande, que

siempre estaba atiborrado, pues ninguna alumna quería perderse la hora de ese maestro tan guapo. A casi todas mis compañeras se les escurría la baba. No recuerdo bien a bien a qué se debía, quizás a alguna pregunta o algún comentario que le habré hecho en clase, pero el caso es que cada vez que se presentaba la ocasión, el maestro me decía: «Señorita Pettersson, por favor, apague la luz para pasar las transparencias». Las demás me envidiaban una barbaridad y yo me sentía muy halagada por una deferencia tan nimia. Las amigas me decían que seguro le gustaba al maestro, y yo jugaba con aquello tan improbable de que Miguel, bastantes años mayor que yo, llegara a ser mi novio. Era como el sueño imposible de una chava de diecisiete años: «¿Qué pasaría si el maestro...?».

El día que cumplí dieciocho años, me organizaron en mi casa una fiesta de sorpresa. Cuando llegué me encontré con un arreglo de muy hermosos crisantemos amarillos —el primer arreglo floral que me dieron en la vida—, acompañado de una tarjeta, grabada con el nombre de Miguel Celorio Blasco, que decía, con impecable caligrafía de arquitecto: Felicidades.

Caí en el desconcierto. Supuse que mis amigas habían mandado imprimir la tarjeta para hacerme una broma. Ellas lo negaron, y me costó trabajo creerles. Mi corazón se debatió entre la emoción y la duda. La fiesta se me transformaba en un cuento de hadas cuando me atrevía a creer que sí, que el guapísimo maestro Celorio era quien de veras me había enviado los crisantemos. Ante la rotunda negativa de mis amigas a confesar que se trataba de una broma, acabé por creerles. Al final de la siguiente clase, me esperé para agradecerle al maestro, trémula, las flores. Miguel entonces me preguntó si podría visitarme alguna vez. Me comentó que había averiguado que cumpliría dieciocho años, de manera que, habiendo yo alcanzado esa edad, se permitía la posibilidad de tratarme.

Empezamos por cambiar el *usted* por el *tú* fuera del dichoso instituto. Miguel hablaba en voz baja, modulada, como si me acariciara. Aún guardo en la memoria el timbre grato de su voz. Me invitó a comer chilorio a un lugar que a él le gustaba mucho, llamado Tonchi, que, si no me equivoco, estaba por la avenida Yucatán. No recuerdo con qué frecuencia Miguel me visitaba, pero sí me acuerdo de que cada visita me dejaba exultante. Me contó que estaba haciendo la museografía del recinto donde se colocarían los restos del Hombre de Tepexpan, me contó que él no creía que los huesos encontrados por Eulalia Guzmán en Ixcateopan fueran los de Cuauhtémoc, me contó que

había querido ser monje y que había estado en un monasterio al norte de España, donde no se había bañado durante todo el invierno por el tremendo frío que ahí hacía en esa estación del año, me contó… Era para mí vivir en un cuento de hadas, aunque en la clase teníamos que disimular nuestra relación, hablarnos de *usted* y guardar una discreción absoluta. Así se pasaron algunas semanas, fuimos al Hotel del Prado a un baile (poco tiempo después de su muerte te enseñé la foto, ¿te acuerdas, Gonzalo?).

Un domingo, en el jardín de mi casa, me hizo una propuesta de matrimonio. Fue larga, apoyada en Léon Bloy y su mujer, Jeanne, y en Jacques y Marisa Maritain. Me dijo que tendríamos todos los hijos que Dios tuviera a bien mandarnos y que, ya viejos, ambos ingresaríamos a sendos conventos o monasterios. La verdad, me asusté mucho, pero ¡me gustaba tanto! Además, Miguel había empezado su declaración diciéndome, con esa voz suave y melodiosa, como de profeta (que me fascinaba), que Dios, antes de crear el mundo, ya había pensado que nuestras almas iban a encontrarse en Él.

Debe de haberse quedado a comer en mi casa o me habrá invitado a algún restaurante. No lo recuerdo. El caso es que en la tarde me dijo que tenía que ir a ver a Adriana Ayala, su prometida, para informarle que era a mí a quien amaba y que yo lo había aceptado. Yo me sentí vencedora en una extraña lid frente a una mujer a quien no conocía.

Cuando se empezó a saber de nuestro noviazgo en el Instituto, la maestra Aline Freyría me odió con toda su alma. Tanto, que la calificación final que me otorgó fue inmerecidamente baja.

En su siguiente visita, Miguel me regaló un excelente dibujo hecho por él de Cristo en la cruz, pero el rostro de Cristo ¡era el rostro de Miguel! Era un rostro muy hermoso. Yo me sentía muy feliz, pero abrumada por el destino que Dios me tenía reservado. En mi familia nadie era religioso. Miguel me abrió un mundo desconocido y muy duro. Su presencia, sus palabras me seguían cautivando, pero no así el papel que, según él, Dios me había asignado en la Tierra.

Tu hermana Virginia iba a casarse y él me invitó para que su familia y yo nos conociéramos. Cada vez tenía yo más dudas…, así que no fui.

Poco tiempo después, al salir de la misa de un jueves de Corpus, Miguel me preguntó si me sucedía algo. Estábamos en su coche, frente a mi casa. No recuerdo bien, pero le debo de haber dicho que no podía seguir con él.

—Lo vi en tu cara después de la comunión —me dijo.

Se nos salieron las lágrimas a los dos y en un impulso hice lo que él me dijo que debíamos dejar hasta el matrimonio: le planté un enorme beso en la boca.

Claro que te autorizo a que tomes los datos que quieras, sólo te pido que, aunque ficción, no me adjudiques cosas que no hice.

Un abrazo grande,

Aline

Esta carta de Aline enriqueció el conocimiento que tenía de mi hermano Miguel y confirmó lo que de algún modo ya sabía: su idealismo tenía preponderancia sobre el amor, y su religiosidad tenía preponderancia sobre su idealismo. Quizá no se necesite ser especialista para conjeturar que ese idealismo primigenio es, a su vez, el resultado de una terrible incompetencia para comprometerse a fondo a amar a una mujer. Y que la causa primigenia, como suele suceder, sea mi madre, que en algo ha de haber contribuido a esa incapacidad. Según me contó Virginia, mamá era implacable con Miguel, que desde niño se rebeló contra la severísima disciplina materna. Sé que mi hermano, cuando apenas tenía seis o siete años, la caricaturizaba (ya desde entonces tenía facilidad para el dibujo) como bruja, con los dientes salidos, lo que llevó a mi madre a someterse a un doloroso y complejo tratamiento de ortodoncia. Sé también que se refería a ella con el entonces despectivo, agresivo y racista mote de «La Africana», puesto que había nacido en Las Palmas de Gran Canaria, ciertamente más cercanas en términos geográficos al continente africano que a la península ibérica de donde dependían.

Lo único que me resulta inverosímil de los recuerdos que Aline tuvo a bien confiarme es que Miguel, tan proclive a las exquisiteces y las elegancias, invitara a su flamante novia a comer chilorio en un restaurante llamado Tonchi. Pero el enamoramiento y el bolsillo suelen ser condescendientes.

—¿En qué piensas, hijo?

—En la eternidad.

—¿En la eternidad?

—Sí; no me la puedo imaginar. El maestro de religión dice que dura todo el tiempo. En comparación con la eternidad, la vida que vivimos en la Tierra es menos que un minuto, menos que un segundo.

—Sí; así es, hijo.

—Oye, pero entonces, por lo que hacemos durante ese segundo que es la vida en la Tierra, ¿nos vamos a salvar o a condenar por tooooda la eternidad?

—Así es, hijo.

—No se vale.

—Bueno, no es que la eternidad dure todo el tiempo, sino que en la eternidad no hay tiempo.

—¿No hay tiempo?

—No.

—Mmm. Entonces tampoco es eternidad. ¿O sí?

Le he suministrado a la novela todos los datos de que he podido disponer, y la novela los ha procesado y me los ha devuelto, convertidos en discurso, a mí, su escritor. He sido el primer destinatario de las historias que la novela ha hilvanado con mi información a lo largo de estas páginas. A veces, lo que me ha contado se parece mucho a lo que yo hubiera dicho sin conocer su versión. Por ejemplo, describió con puntualidad lo que Miguel vio y sintió en su primera visita a los museos europeos, que no es otra cosa que lo que yo vi y sentí en mi primer viaje a Europa en 1978, pero sé con absoluta certeza que lo que entonces yo vi y sentí fue el resultado de la sensibilidad y la mirada que Miguel fue forjando en mí desde que yo era un niño. Pero en otras ocasiones, la novela no sabe qué decir, se calla o sólo hace conjeturas. Por más datos que le doy, no sabe decirme si la señora Vivanco se enamoró de Miguel e incluso si se metió de monja por despecho, como la novela y yo supusimos, equivocadamente, que lo había hecho Matilde. No me dice nada, tampoco, de la sexualidad dura y cruda de Miguel. Descarta por completo que haya sido homosexual. Más bien piensa que la pasión erótica, que ejerció fecundamente durante su matrimonio, se sometió a un idealismo que, al mismo tiempo de negarla, la estimulaba. La novela, que tantas cosas me ha descubierto, en estos puntos vacila o se queda muda.

Tras haber cumplido su obsesión de haber recibido en Roma la bendición directa del papa Pío XII, precisamente en ese viaje que hizo de la mano de tu hermano, la señora Vivanco, en efecto, decidió satisfacer el gran anhelo que había abrigado desde que casi era una niña, imbuida de la beatitud de esa santa mujer, cuya largura de nombre contrastaba con la humildad de espíritu que se le atribuía: María de la Concepción Loreto Antonia Cabrera Arias Lacavex Rivera, mejor conocida como la señora Armida. Cuando nació su segundo nieto en Matehuala, la señora Vivanco se hizo monja.

Santiago Vivanco, por su parte, invitó a mi hermano Alberto, a mediados de los años cincuenta, a asociarse con él en un negocio de venta de telas, ropa, cobijas y sombreros en Matehuala. Alberto aceptó, se fue a vivir a esa ciudad potosina, donde procreó su numerosa familia. Ambos, Santiago y Alberto, que habían sido compañeros desde que se inscribieron a finales de los años treinta en el Instituto Potosino, estrecharon sus vínculos amistosos, familiares y mercantiles en un compadrazgo que, con altas y bajas, diferencias y semejanzas, acuerdos y desacuerdos, duró toda la vida, transcurrida en esa ciudad que algo tiene de oasis a la mitad del desierto del estado de San Luis Potosí.

Miguel y Santiago, que habían sido más amigos, siguieron caminos disyuntivos.

Genio y figura, Santiago dio rienda suelta a su temperamento impulsivo, su imaginación, su talento, su capacidad empresarial. Matemático, economista, torero, filántropo, piloto aviador, político, empresario, comerciante, rotario, educador. Presentó a título de suficiencia todas las asignaturas de la carrera de Economía en el Instituto Tecnológico de México y obtuvo su licenciatura con honores, explotó el negocio de las fibras de la palma china para la fabricación de costales e hilados de papel hasta para tejer sombreros, se compró una avioneta

Cessna, que aprendió a volar sin instrucciones teóricas previas, para poder satisfacer con prontitud los pedidos de sus clientes de México y de los Estados Unidos, enseñó a volar a su hijo de siete años de edad, organizó la Feria Nacional Potosina, fundó el Club Rotario, fue presidente municipal de Matehuala, impulsor de la Preparatoria de esa ciudad, precandidato a la gubernatura del estado de San Luis Potosí. Mil cosas más habría podido ser y hacer si la vida le hubiera concedido la gracia de rebasar los escasísimos cuarenta y un años de edad que tenía cuando murió.

Miguel, en cambio...

Tercera parte
Eduardo

De regreso

En el aeropuerto Benito Juárez de la Ciudad de México, poco antes de la barrera que separa irreversiblemente a los que se quedan de los que se van, mi hijo Gonzalo me preguntó:

—Papá, ¿llevas tu cámara?

—Sí —le dije. Y le enseñé un cuaderno Scribe y un plumín Pelikan Champion de tinta color sepia para hacer unas «tomas» literarias de lo que entonces vería.

Era el año de 1983, cuando la invasión norteamericana a Nicaragua parecía inminente y los nicas tomaban sus precauciones testamentarias, «por si la muerte», decían.

Y así, Por si la muerte, *titulé la serie de viñetas que escribí cuando fui a visitar por primera vez a mi hermano Eduardo a Nicaragua.*

Con una potencia indómita, como una corriente caudalosa que se sale de madre y arrastra piedras, árboles, animales y todo lo que encuentra a su paso, llegó, convulso, cismático, tremebundo, el año de 1968.

Donde Eduardo, paradójicamente, desplegó sus alas, fue en Pachuca, la ciudad a la que los superiores de la congregación lo habían trasladado desde Orizaba para reprimir las veleidades suscitadas por sus éxitos profesorales y deportivos y para aplacar sus confesos impulsos amatorios. No imaginaron que justo en esa ciudad el joven hermano marista estaría expuesto a los halagos y las provocaciones de la madre de uno de sus alumnos. Pero más allá de los elogios y de las tentaciones de Claudia Esquerra, que amenazaron su obligada modestia e hicieron tambalear su voto de castidad, lo determinante para su vida futura fue que ahí, en la polvorienta capital del estado de Hidalgo, Eduardo inició el proceso de permutar su presunta vocación religiosa por su verdadera vocación social, aunque a la sazón no considerara que ambas fueran incompatibles, sino complementarias. Y, dado el caso —entonces imprevisto— de que lo fueran, la verdadera sería, sin duda, la social, que lo involucraba con los pobres de la tierra, como, por otra parte, predicaban los Evangelios.

El detonador de su transformación vocacional tuvo nombre de mujer. Se llamaba María Antonieta Cavazos, le decían Tony, era oriunda de la Ciudad de México y venía de Tulancingo, Hidalgo, donde había participado como animadora de una de las *jornadas de vida cristiana* que organizaba el párroco de la colonia Irrigación del Distrito Federal en la que vivía, y que habían ampliado su radio de acción a otras entidades cercanas de la república.

La tarde de un domingo, silenciosa, aburrida, tristona, como todas las tardes de todos los domingos, tu hermano

Eduardo estaba solo en la sala de estudio reservada para los maristas en la planta alta del Instituto Hidalguense. De pronto, oyó que un autobús entraba ruidosamente en el patio de la escuela. Suspendió su lectura, se asomó al ventanal y vio que un grupo de muchachos y muchachas, rebosantes de alegría, se bajaban del camión entre risas y abrazos y se esparcían por el patio con tal entusiasmo que la tarde dominguera se iluminó con la algarabía propia de un viernes cualquiera a la hora en que suena la chicharra para liberar a los alumnos de la disciplina escolar de toda la semana. Por iniciativa de la animadora del grupo, que fue la primera en bajarse del autobús, los jóvenes formaron un círculo humano, con las manos entrelazadas, y entonaron el himno «vanguardista» de las jornadas:

> Siempre hay por quién vivir, por quién llorar.
> Siempre hay por quién sufrir y a quién amar.
> Las obras siguen, las gentes se van,
> Otras que vienen las continuarán.
> Siempre...

Tu hermano guardó en su estantería el libro y bajó las escaleras que desembocaban en el patio.

A esas jornadas de Tulancingo acudieron varios estudiantes de preparatoria del Instituto Hidalguense, en cuya selección había colaborado el propio Eduardo. De regreso a la ciudad de México, el autobús hizo una escala en Pachuca para dejar a los alumnos del Instituto en su ciudad. Tras varios días de convivencia, la relación de esos jóvenes insuflados de amor cristiano —muchos de ellos desconocidos entre sí antes de las jornadas— se había vuelto muy estrecha y afectiva, de modo que cuando el camión entró al patio de la escuela, no sólo se bajaron los de Pachuca, sino todos los integrantes del grupo para despedirse, en un improvisado y reiterativo acto de clausura, de la manera fraterna que la ocasión ameritaba.

Contagiado por el entusiasmo de los muchachos, Eduardo se incorporó al grupo. La casualidad —o el destino — quiso que quedara exactamente enfrente de Tony, la

animadora, a ciento ochenta grados de ella en el improvisado círculo humano.

En esas jornadas, jóvenes de ambos sexos, congregados por la misma fe cristiana, se reunían durante dos o tres días para estudiar la misión que debería cumplir la Iglesia en aquellos tiempos convulsos. Su intención era renovarla y devolverle el espíritu primigenio que había perdido: el de su vinculación con la sociedad, sobre todo con las clases más desfavorecidas y necesitadas.

La fe, que originalmente aglutinaba a estos jóvenes, fue cediéndole el paso a otra de las llamadas *virtudes teologales*: la caridad, que cobró el papel protagónico del quehacer de tales muchachos comprometidos con lo que ellos consideraban sin vacilación, pero sin mayores especificaciones, «las mejores causas». Una caridad cristiana que empezó a entenderse de una manera no opuesta, pero sí diferente al concepto tradicional que se tenía de ella —ese simulacro de compasión por el prójimo depauperado, traducido en limosnas que más servían para acallar la conciencia propia que para solucionar la miseria ajena—; una caridad cristiana que se fue hermanando o confundiendo con otras palabras afines, digamos que más laicas, como *compromiso, solidaridad, liberación*, que, de ser más o menos sinónimas en un principio, acabaron por sustituirla.

La fe cristiana se involucró —asumiendo la caridad como valor religioso preponderante— con los pobres. Se trataba de llevarles esperanza —la otra virtud teologal— a quienes carecían totalmente de ella, ya no prometiéndoles el reino de los cielos, sino el reino de este mundo.

Al final de la *dinámica* (como se le llamaba a cada una de las actividades dirigidas por un *animador)*, Eduardo, muy *animado* por cierto, se acercó a Tony. Se presentaron, él como hermano marista y profesor del Instituto; ella como coordinadora del equipo conductor de las jornadas que finalizaban precisamente con esa *dinámica* en el patio del colegio. Intercambiaron sus datos y se despidieron con la promesa de volver a verse en algún viaje que el maestro

Celorio hiciera en un futuro próximo a la Ciudad de México.

Tony no tenía ningún coche último modelo ni calzaba tacones altos ni fruncía los labios para pronunciar diminutivos ni sonreía maliciosamente al cruzar las piernas (aunque sí usaba minifalda), pero estaba dispuesta a embarrarse en las comunidades proletarias para llevar un doble y contradictorio aliento de paz y de conciencia. Tu hermano se enamoró de ella. Restringido por los votos que había profesado, no tenía libertad de acción, pero se permitía —y le gustaba hacerlo— llegar a los límites, quién sabe si para probar su resistencia o para comprobar la capacidad de seducción que le habían atribuido las hermanas —y alguna madre— de sus alumnos, así la tuviera que reprimir justo en la línea fronteriza.

Al cabo de dos años de que viviera en Pachuca, los maristas decidieron levantarle el castigo, y lo enviaron, al parecer ahora como premio (tan inexplicable para él como antes había sido la condena) al privilegiado Colegio México de la calle de Mérida número 50 en la colonia Roma de la capital del país. Ya no le asignaron un grupo, ni de segundo ni de quinto de primaria. Lo exoneraron de las tareas ciertamente satisfactorias, pero muchas veces fastidiosas, de dar clase todos los días a niños que se movían entre los extremos de la pasividad y la insurrección, y lo nombraron coordinador de Formación Cristiana.

Después de los postulados emanados del Concilio Vaticano II convocado por el papa Juan XXIII desde 1959 (el mismo año, por cierto, que triunfó la Revolución cubana), la *formación cristiana* comenzó a entenderse de una manera diferente a como se había entendido siempre. Ya no podía seguir siendo teórica, endógena ni contemplativa. Ahora tenía que estar *comprometida* con la sociedad.

Con el dinamismo que siempre había demostrado en la tarima, en el pizarrón y en las canchas deportivas, Eduardo no perdió un minuto. Programó todas las *dinámicas* relativas a la formación cristiana entre los estudiantes del Colegio México —conferencias, excursiones, concursos,

partidos de futbol, todas cargadas de un soplo espiritual edificante—, pero no se restringió a cumplir intramuros la tarea que le habían encomendado. Muy pronto se reencontró con María Antonieta Cavazos. A su lado, participó en los trabajos comunitarios de la parroquia de la colonia Irrigación en pro de los muchachos desorientados, desencantados, escépticos cuando no francamente enfermos, viciosos o delincuentes que vivían en los suburbios circundantes.

Con la colaboración de Tony, tu hermano organizó un cineclub en el auditorio del Colegio México, que se sumaba a las otras muchas actividades aparentemente inocuas que alentaban, con una frescura a veces impostada, un sentimiento de fraternidad cristiana. En una ocasión, participó en el montaje de una pieza de Molière, *El médico a palos,* en la que Tony hizo de la bella Lucinda, la jovencita enamorada que finge una enfermedad para no casarse con quien sus padres le han elegido, y mediante un ardid huye con su amado. Por primera vez en la historia de los colegios maristas, entonces dedicados exclusivamente a la educación de los varones, las mujeres pudieron representar un papel en esos escenarios, restringidos hasta entonces a concursos masculinos de oratoria y declamación, por lo general vergonzantes, los primeros por proselitistas y anacrónicos; los segundos por sobreactuados y plañideros.

Al término del estreno de esa obra, que se verificó el viernes 26 de julio de 1968, Eduardo y Tony se dieron un abrazo de felicitaciones recíprocas por el éxito tanto del montaje como de la actuación estelar. En ese abrazo se cifró el comienzo de un impulso que ya no habría de detenerse, al igual que el Movimiento estudiantil de 1968, que justamente nació ese día con una manifestación que quiso conmemorar, en la Ciudad de México, el decimoquinto aniversario del asalto al Cuartel Moncada en Santiago de Cuba perpetrado por el entonces imberbe Fidel Castro y sus seguidores revolucionarios.

De Molière, Eduardo sabía lo mismo que de medicina el personaje del leñador a quien por venganza y burla su

esposa Martina hizo pasar por facultativo, pero no así de otros temas propios de su verdadera vocación pedagógica y social, que por fin avalaba, transcurridos veinte siglos de las predicaciones amorosas de Cristo, la Iglesia católica —aunque con muchos detractores dentro de la misma curia—. No eran las comedias de Molière las que se apilaban en su escritorio, sino obras pedagógicas, sociales, políticas, entre ellas, *La educación como práctica de la libertad* del educador brasileño Paulo Freire, promotor de la alfabetización crítica y «concientizante». En los años subsecuentes, se sumarían a su acervo las del anarquista austriaco Ivan Illich, crítico de la educación en las sociedades industriales, *Marx y la Biblia* de Porfirio Miranda, y los discursos beligerantes de monseñor Sergio Méndez Arceo, precursor de la teología de la liberación, que Eduardo leería con una devoción que nunca mostró frente al Nuevo Testamento.

Gracias también a la apertura eclesiástica del momento, tu hermano obtuvo el permiso de los superiores de su congregación para matricularse en la carrera de Antropología Social en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, entonces instalada en el flamante Museo del Bosque de Chapultepec, de donde partían, por cierto, las manifestaciones del Movimiento estudiantil que desembocaban en el Zócalo.

Yo no sé cómo se habrá sentido Eduardo en esa escuela en la que estaban inscritos jóvenes de muy diversas procedencias, sin duda más cercanos a la ideología marxista que a la religión cristiana y menos ingenuos que el seminarista disfrazado de seglar. Me lo imagino entre incompetente y asustado ante la «buena onda» de sus compañeros y, sobre todo, de sus compañeras, que iniciaban entonces un proceso de liberación para romper los códigos que dividían tajantemente a los hombres de las mujeres.

Seguía siendo hermano marista y ya había hecho sus últimos votos temporales antes de los perpetuos, pero su vida fuera del convento tenía más actividad que la que ejercía dentro de las instalaciones del Colegio México. Al salir de sus clases vespertinas, Eduardo no volvía de inmediato al convento, sino que se dirigía a la casa de Tony Cavazos, con un doble sentimiento de fogosidad y represión. *No nos dejes caer en tentación*, pero ahí voy.

El hermano marista y la joven luchadora social pasaron, en cuestión de tres o cuatro meses, de las discusiones ideológicas y programáticas en la mesa del comedor al sin duda más complejo, más controvertido y más incomprensible discurso del amor en el sofá de la sala. Hasta que una noche, tu hermano, fincado de sus hinojos, como indica la tradición caballeresca, elevó una oración que nunca había rezado y pronunció un nuevo juramento que contradecía el que había formulado cuando hizo sus quintos y últimos votos temporales.

Como para que lo oyera la madre de Tony, cuyos oídos alerta desde el piso superior habían obligado a los jóvenes al susurro y a la confesión íntima, dijo en voz alta y con todas sus letras, con la certidumbre de un condenado a muerte, que a partir de ese momento estaba condenado a vida; que renunciaba a la Congregación de los Hermanos Maristas. Que colgaba los hábitos, pues.

Al día siguiente le expuso su determinación al superior de la comunidad del Colegio México, el hermano Eliezer Alfaro, a quien le entregó una solemne carta, escrita durante toda la noche en vela, dirigida a nadie menos que al papa Pablo VI, sucesor de Juan XXIII, en la que le solicitaba la dispensa de sus votos de pobreza, castidad y obediencia, y establecía, como si él fuera el superior del mismísimo pontífice, el plazo de un mes para recibir respuesta de Roma.

Cuando hubo transcurrido el plazo fijado sin haber obtenido ningún comunicado de la Santa Sede, tu hermano se fugó del convento.

De manera tal vez muy parecida a la de aquella noche en la que desde la oficina del director del Instituto Hidalguense de Pachuca llamó por teléfono a Claudia para concertar la hora de su encuentro en Tulancingo, Eduardo me llamó a mí, su hermano más cercano, una noche de noviembre del 68, cuando ya se había perpetrado la matanza del 2 de octubre en la plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco, para pedirme que pasara por él al Colegio México al día siguiente, antes de que amaneciera, a las cinco de la mañana.

Lo recogí en mi Volkswagen color mierda. Salió por la puerta trasera con tan escasas pertenencias, que todas —ropa, libros, efectos personales— cupieron holgadamente en la diminuta cajuela delantera del coche.

Sólo se quedó, colgada en el armario del convento —lánguida y mustia—, la sotana que le había confeccionado mamá. Sí; efectivamente: algo tenía de sudario.

Evocando, sin saberlo, el bolero *Despedida* de Pedro Flores, mamá me dijo:

—Cuando estés en Nicaragua, no por hacerte el muy valiente, te vayas a asomar a la guerra —como si la guerra se concentrara en un estadio de futbol.

La guerra está en cada casa, en cada escuela, en cada fábrica, en cada corazón, en cada biografía, en cada tierra de labor. Atrás de cada ventana, atrás de cada mirada, atrás de cada poema. En cada hora de trabajo y en cada trago de ron. Debajo de la almohada —si la hay—, debajo de la cama —si la hay—, debajo de la tierra —que es tierra de volcanes.

—Acuérdate de que tienes hijos —me dijo. Y sin ocultar la ascendencia de su ascendencia, remató—: Y, sobre todo, madre.

Una tarde, en estado de ebriedad, cuando apenas acababa de aprender a manejar, Eduardo chocó mi Volkswagen color mierda, que en rigor no era mío. Lo había comprado mamá para que yo pudiera ir en las mañanas por mi cuenta a trabajar y llegar a tiempo por las tardes a Ciudad Universitaria. También para que la llevara semanalmente al súper y, una vez al mes, a la cripta familiar del Panteón Español a «visitar» a papá. Como si se hubiera tratado de la camioneta Chevrolet de la comunidad marista del Instituto Hidalguense, mi readquirido hermano se desentendió del asunto. No se responsabilizó de los daños, ni de su reparación ni de la venta de lo que quedó del vehículo —porque hubo que venderlo como chatarra—. Yo, para entonces, ya había sufrido la transformación radical que el Movimiento estudiantil del 68 operó en toda mi generación y ya había leído a Julio Cortázar (y también a Marx, aunque nunca pasé del primer tomo de *El Capital*, mientras que *Rayuela* la leí tantas veces que muchos de sus capítulos —el 7, el 68, el 32, el 41— se me quedaron adheridos de por vida a la memoria y siguen formando parte de mi más amado patrimonio verbal). Así que le dije a Eduardo —con un desapego benevolente del que me arrepentí después de haberlo dicho—: gracias. Me había liberado de la obligación pequeñoburguesa de cuidar el coche, ponerle gasolina, lavarlo, estacionarlo, cambiarle el aceite, llevarlo al taller para que le hicieran su servicio cada diez mil kilómetros..., como aquel personaje de las *Historias de cronopios y de famas* que, al recibir como regalo de cumpleaños un reloj, ignora que en realidad lo que le están obsequiando es el deber de darle cuerda, la obsesión de comprobar la hora en los relojes municipales, el miedo de perderlo, la necesidad de contrastarlo con los que lucen los demás en sus respectivas muñecas...; es decir que más bien él es el regalado para el cumpleaños del reloj, en cuyo fondo, inexorablemente, está la muerte.

Cuando regresó a la casa materna, después de once años en el convento, Eduardo era un hombre que mucho tenía de niño todavía. Había vivido entre paréntesis los últimos momentos de su infancia, su pubertad, su adolescencia y los primerísimos años de su juventud. No sé si era un adulto aniñado o un niño crecido: guapo a pesar de las persistentes espinillas que la abstinencia le había salpicado en la cara, entrecejo demandante de respuestas a preguntas que no siempre formulaba, sonrisa perenne hasta el dolor de comisuras, que contrastaba con una mirada mórbida, dañada, y torpón para moverse por el mundo no obstante su futbol, su basquetbol y su natación. Conservado en el formol del deporte, la dieta y la disciplina, parecía menor que yo, aunque me llevara dos años.

Estaba bien preparado en las áreas de su competencia y había tenido la oportunidad de ejercer desde edad temprana la docencia. Era buen maestro, y sus lecturas recientes —de índole antropológica y política— lo habían conducido a adoptar un compromiso social que iba más allá de las buenas intenciones de la caridad cristiana; es decir que también habría de ser un buen expositor de su pensamiento «revolucionario». Pero de la vida, la que se vive en el mundo exterior entre los once y los veintidós años, conocía muy poco: no sabía bailar ni beber ni manejar un automóvil, y su relación con el sexo presuntamente opuesto se había restringido a su trato inocente con Tony Cavazos. Era inteligente, pero ingenuo hasta la candidez; atractivo, pero inexperto hasta la frustración; entusiasta, pero iluso hasta la utopía. Ni la candidez ni la inexperiencia ni el entusiasmo, que parecían signos saludables, contrarrestaban los retorcimientos de su espíritu, vulnerado desde niño y reprimido y silenciado durante sus largos años conventuales. Era una suerte de *enfant sauvage* soltado de pronto en otra selva, la selva de asfalto de la Ciudad de México.

Como si se hubiera inscrito en un curso intensivo de adolescencia, empezó a cometer, uno tras otro, los errores que suelen distribuirse a lo largo de los años de

aprendizaje: creía sin ninguna malicia en la veracidad de las palabras escuchadas, se enamoraba perdidamente de cuanta mujer pasaba por su vera; se emborrachaba con un par de copas; compraba lo que no podía pagar ni al contado ni a plazos y, sobre todo, tomaba como propio lo ajeno. No tanto por su costumbre, anterior a su ingreso en el convento, de perpetrar algunos hurtos más o menos inocuos, como las famosas donas que Alfredo Calderoni le regaló a Tere, sino porque en la vida de la congregación marista, como suele ocurrir en las comunidades religiosas signadas por el voto de pobreza, los bienes le pertenecen a la comunidad, y no en particular a los individuos que la integran, aunque haya reglas establecidas para utilizarlos y disfrutar de ellos y también, claro, existan privilegios. Después de haber leído, como lo leyó apenas salió del seminario, *El Capital*, la propiedad privada, en su ideario social, era teóricamente un mal que debía combatirse. Tal concepción, en su anterior vida conventual, no hubiera tenido mayores implicaciones, pues la disciplina religiosa no alentaba, sino más bien inhibía, el apego a las pertenencias individuales y sólo se poseían los más elementales efectos personales —las dos o tres mudas de ropa, el cepillo de dientes, la sotana, la Biblia, tres o cuatro libros más, las cartas de mamá, su retrato—. Pero en la práctica cotidiana, una vez fuera del convento, semejante concepción era transgresiva. Por lo menos, afectó negativamente nuestra convivencia, restablecida tras más de una década de separación. Eduardo no tenía ningún empacho en ponerse mi ropa, en tomar —y a veces hasta subrayar— mis libros, en usar mis navajas de afeitar, en llevarse mis discos a una fiesta... Llegó, ay, a seducir a una chava con la que yo estaba saliendo, a sabiendas de que yo estaba saliendo con ella. Cuando se lo reclamé, se hizo pendejo. Dijo que no sabía nada, cuando yo mismo me había encargado de hacérselo saber por interpósita persona. Y bueno: mi Volkswagen hecho mierda, como su color, cuando apenas había aprendido a manejar y todavía no tenía licencia.

Siempre quise tener, como Virginia Woolf, un cuarto propio. Quién no. Toda mi vida había dormido en una habitación compartida. Cuando Jaime se casó, como mis otros hermanos, sentí por primera vez que podía disponer a mi antojo de mis catorce metros cuadrados, colgar el póster de Cortázar tocando el saxofón donde se me pegara la gana, apagar la luz a la hora que yo quisiera, distribuir holgadamente mi ropa a todo lo largo del clóset y sobre todo mis libros a todo lo largo y alto de la estantería.

El gusto me duró muy poco, acaso unas semanas. Apenas Jaime se fue de casa, regresó Eduardo, el hijo pródigo. Sin pertenencias, es cierto, y acostumbrado a vivir en comunidad, pero, precisamente por las restricciones que había sufrido en el prolongado transcurso de su cautiverio, llegó deseoso y demandante de expansión, de comunicación, de amistad, de amor, de experiencia, de vida.

A mí me resultó difícil recibirlo en mi apenas estrenado «cuarto propio» —que de inmediato sufrió una suerte de expropiación parcial—; pero, como contraparte de las limitaciones e incomodidades que su presencia me impuso, me reencontré con un hermano a quien quería, aunque no lo conociera suficientemente, al que había extrañado sin saberlo y con quien tenía más cosas en común de las que me había prefigurado.

A fin de cuentas, fue un buen compañero en la soledad doméstica a la que se había reducido mi vida cuando se fueron casando mis hermanos y nos quedamos solos Rosa y yo, con mamá, que había envejecido. Más bien, siempre había sido vieja para nosotros, pues podría haber sido nuestra abuela habida cuenta de la posición postrera que ocupamos Rosa —la duodécima— y yo —el undécimo— en el orden de los doce hijos que parió. Mamá nunca comprendió —más que como una afrenta personal— el espíritu transgresivo que el Movimiento del 68 inoculó en nosotros. Yo, en su caso, quizá tampoco lo habría comprendido, y tal vez habría sido más intolerante de lo que ella fue con nosotros.

Durante un tiempo, Eduardo siguió asistiendo a sus cursos de la Escuela de Antropología y a las sesiones de trabajo comunitario que llevaba a cabo con Tony Cavazos. Pero muy pronto se le impuso la vehemente necesidad de una praxis social de mayor envergadura, que acabó por desplazar sus estudios teóricos, por expandir el escenario de su compromiso político y por relegar a un segundo plano su relación amorosa con la compañera que lo había sacado del convento. Esa necesidad la satisfizo el Secretariado Social Arquidiocesano.

De vez en cuando, al regresar de mi trabajo a comer a casa, me encontraba a mi madre muy sobresaltada porque Eduardo, sin anticipación ninguna, le había dicho que había invitado a comer a monseñor Talavera, quien dirigía el Secretariado en esos años, y a sus amigos Primitivo Rodríguez y Héctor Ramírez Williams. Mi madre, que durante tantos años había operado cotidianamente el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, ahora, envejecida, se sentía rebasada por estas improvisaciones de Eduardo, que mucho la mortificaban. El invitado de honor no era cualquier invitado, sino nadie menos que un monseñor, lo que para mi madre era tan importante como recibir al presidente de la república. A mí, el sacerdote me daba desconfianza a pesar de su presunta «buena onda» y su compromiso social. No dejaba de ser un cura, y yo, para entonces, ya había abjurado de la Iglesia, es decir que también era un apóstata.

Cuando el Concilio Vaticano II le permitió al clero involucrarse en la lucha en pro de los derechos civiles, el Secretariado, que había sido fundado en los años veinte por el Episcopado Mexicano con el objeto de coordinar los trabajos de diversas organizaciones sociales vinculadas con la Iglesia mexicana para llevar a cabo de manera sistemática la acción social eclesiástica en todo el país, sufrió una transformación radical. Semejante apertura de la Iglesia propició cierta relación entre marxistas y católicos. Uno de los resultados de tal acercamiento hasta entonces inédito fue la consolidación de la Iglesia Latinoamericana,

la cual pugnó por el reconocimiento de las especificidades que la diferenciaban de la Iglesia europea y, en consecuencia, por su relativa autonomía. Se colocó *en* el mundo y ya no *frente* al mundo, como siempre había estado, y comprometió su labor pastoral con las causas sociales de nuestro continente. Todo ello daría origen a la llamada *teología de la liberación*, que a lo largo de los años se fue articulando con una actitud cada vez más revolucionaria, en pro, si no del proletariado en particular, sí de los pobres en general. Pues bien, el Secretariado Social Mexicano, que no fue ajeno a este proceso, acabó por adoptar como propios los nuevos postulados de la Iglesia Latinoamericana y por poner todo su empeño en aplicarlos de la manera más efectiva posible a la realidad de nuestro país.

Para cumplir sus nuevos propósitos, el padre Talavera organizó un programa titulado *Vanguardias de vida cristiana*, cuyo objetivo era fortalecer la dimensión comunitaria del cristianismo.

Antes de haber colgado los hábitos, tu hermano Eduardo ya había entrado en contacto con el Secretariado Social y había trabajado en ciertas colonias proletarias. Unos meses después de su salida del convento, se integró de manera formal al equipo de trabajo del padre Talavera.

El programa convocaba a muchachos de colegios y universidades confesionales católicos con el objeto de infundirles «conciencia social». Una vez reunidos los jóvenes cuidadosamente seleccionados —los más brillantes y carismáticos, los mejores estudiantes—, comenzaban las sesiones, que seguían una dinámica preestablecida. Se iniciaban con la exposición doctrinaria de un conductor que repetía, *mutatis mutandis*, los planteamientos articulados inicialmente por Talavera. Se procedía después a un seminario de discusión de ciertos conceptos doctrinales de la Iglesia que habían sido renovados, y se proyectaba alguna película de tema social, como *La sal de la tierra* de

Herbert J. Biberman o *Los olvidados* de Luis Buñuel. Se continuaba con la celebración del sacrificio de la misa según la nueva liturgia, tan auspiciada por el abad Lemercier en su monasterio benedictino de Cuernavaca, que en aras de la comprensión y la cercanía entre el ministro y los fieles había renunciado al anciano latín en favor de la lengua española de todos los días y había dispuesto que el sacerdote se colocara de frente a su grey, que constituía la verdadera Iglesia, y no de espaldas a ella. Y finalmente, se llegaba al trabajo social: el espíritu cristiano se escapaba de las aulas de los colegios donde se realizaban estas sesiones a horas extra o en días de asueto, para desparramarse por las colonias marginadas y volcarse sobre las clases menesterosas de las poblaciones periféricas.

Yo, por mi parte, había aceptado un puesto subalterno de ayudante de investigación en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, particularmente en un proyecto dedicado a la enseñanza del español a los hablantes de lenguas indígenas del estado de Oaxaca. No era ajeno, por mi propia labor y por algunas de mis más hondas convicciones, a este grupo de Eduardo y sus amigos. Pero mi ámbito no era el de la sociología ni el de la política, por más que los referentes que ambas disciplinas estudiaban hubieran determinado mi conducta y mi pensamiento. No; mi ámbito era el de la literatura. Impulsado por mis lecturas libertarias y latinoamericanas de entonces —de Cortázar a García Márquez, de Neruda a Benedetti, de Lezama Lima a Vargas Llosa— y por el Movimiento estudiantil o, mejor dicho, por los valores que a partir de él se crearon en oposición a los que existían previamente, decidí independizarme de la casa familiar. Me casé en 1969.

Como Rosa también se había casado, fue Eduardo el último de los hermanos que se quedó en casa con mi madre. A él le tocó poco después la decisión de dejarla sola, por muy buenas razones y, sobre todo, por una causa: la causa,

sin adjetivos, la causa que explicó su conducta subsecuente, la causa que lo llevó a la revolución. La causa.

Sólo desde Las Nubes, camino a Jinotepe, se le echa de ver que es una ciudad: blanca, a la orilla del lago de su nombre, respaldada por el volcán Momotombo —onomatopeya de hervor telúrico que pierde su fuerza explosiva cuando se aplica, cariñosamente, al volcán vecino, de menores dimensiones: el Momotombito—. Pero desde Las Nubes, Managua es un espejismo. Es, como casi todo en Nicaragua, una invención desesperada.

Como si no hubiera tenido bastante con las dinásticas dictaduras, los terremotos se ensañaron con ella y la poblaron de agujeros y de ruinas contemporáneas. Uno que otro esqueleto cuarteado al borde del desmoronamiento, en medio de la desolación. Significativamente, el único edificio alto que soportó en pie los temblores de la tierra fue el Banco de América, funcional monumento a la siempre actualizada Doctrina Monroe. Aquí y allá, dispersos, los edificios públicos, unos adaptados tras la expropiación, otros nuevos, todos bajos, pero altivos, ataviados con banderas rojinegras y descomunales efigies de Sandino, tan de cuerpo entero.

Entreverada de monte, Managua se extiende, inasible, por las carreteras que la cruzan. Los barrios populares — casas de madera de puertas abiertas, mecedoras y macetas — se diseminan a lo largo de los caminos, y sus habitantes se arremolinan en las paradas de los buses. Más que la calle, la esquina, la banqueta o el farol: la carretera, el lote baldío, la vereda. No el nombre de la calle y el número de la casa en las referencias domiciliarias, sino la orientación y tantas varas arriba o tantas otras abajo.

La plaza de la Revolución, conocida universalmente el día en que el Frente Sandinista de Liberación Nacional tomó el poder central —pueblo alborozado y combativo, tanques y banderas frente a la Catedral y el Palacio Nacional, hasta entonces denominado La Chanchera—, hoy está vacía bajo el sol: sin árboles, sin fuentes, sin quioscos; destechada la Catedral, invadida por la maleza. Vacía como

la plaza 19 de Julio: sólo un terreno gigantesco y polvoriento donde se celebran grandes concentraciones populares frente a un templete de madera, custodiado por los rostros coloridos de los héroes tan recientes, tan vivos todavía.

Nicaragua vive tiempos épicos y épica es la ciudad capital. Ya vendrá, gracias a la épica, el tiempo de la lírica: el paseo vespertino, la conversación intrascendente, el amor tranquilo.

Mientras Anita Sendra contemplaba, abstraída, la oscilación del limpiaparabrisas sobre el cristal del R8, tu hermano Eduardo pensaba en el mendigo que se había arrojado a limpiarlo para ganarse una moneda antes de que comenzara a llover.

No dejó por completo su trabajo en el Secretariado Social Mexicano, pero redujo significativamente el tiempo dedicado a esta suerte de apostolado, que no le proporcionaba ningún emolumento, y se incorporó al mercado laboral, si bien al servicio de una organización altruista. Se trataba de una asociación civil constituida por contadores públicos, a quienes les preocupaban los problemas sociales y las indignantes diferencias económicas del país, y su objetivo era ayudar a los más desprotegidos de la sociedad, en particular a los *pepenadores*. Esta asociación civil se movía por una auténtica vocación social, que sólo obedecía a su conciencia despierta, o mejor dicho despertada por la nueva ruta que había cobrado la caridad cristiana, y no a intereses lucrativos en el gigantesco, monumental y monstruoso negocio de la basura. Así que andando el tiempo, como era previsible, acabó por fracasar.

Anita, hermana menor de la sempiterna amiga-novia, noviaamiga de Miguel, era una muchacha fresca y alegre —y sencilla a pesar de la prosperidad económica de la familia—; tu hermano Eduardo, por su parte, tenía arrebujados en el alma los abusos sexuales de que había sido víctima, una educación familiar y conventual extremadamente disciplinada y muy autoritaria, un temperamento introvertido, una gigantesca lista de *pendientes* que no había podido realizar por haberse pasado parte de la niñez y toda su adolescencia enclaustrado en un convento, un anhelo de justicia social que se correspondiera con los principios fundamentales del cristianismo en el que se había formado y un incipiente compromiso revolucionario a cuyo cumplimiento habría de dedicarle toda la vida. Anita y él eran el agua y el aceite, pues, aunque pasajeramente

emulsionados por su fe religiosa, por la inercia interfamiliar, que hizo lo suyo, y también por el amor —o el enamoramiento, mejor dicho—, que no se detiene en contemplaciones ideológicas o clasistas para responder impulsivamente. En el caso de él, al ingobernable deseo que pueden provocar una sonrisa limpia y unos ojos que la misma sonrisa transfigura en unas graciosas líneas luminosas; en el de ella, a las solicitudes de un joven apuesto, inocente, idealista —y de «buena familia».

El noviazgo de Eduardo con una de las hermanas menores de Rita Sendra obedeció al manifiesto deseo de ambas familias —nunca cumplido— por emparentar mediante el matrimonio de algunos de sus numerosos miembros.

Con el magro salario que recibía en la empresa dedicada a los pepenadores, tu hermano se compró, después de haber chocado tu Volkswagen, un Renault 8 rojo de segunda mano y, a bordo del «coche de plástico», como le llamaban, Anita y él salieron varias veces, un poco a ciegas porque Eduardo no tenía dinero, aunque sí una particular capacidad para pedirlo prestado —o expropiarlo, como él decía—; ni experiencia amorosa, a no ser sus primeros escarceos domésticos con Tony Cavazos; ni mayor conocimiento de la ciudad, sobre todo de los barrios elegantes en los que Anita solía moverse y que distaban mucho de las colonias proletarias en las que él ejercía su «apostolado».

El noviazgo duró apenas un poco más que los cincuenta globos de gas que Eduardo le regaló a Anita un día de su cumpleaños. Después de unos cuantos meses, soltó las amarras y se escapó por los aires.

Una tarde nublada, metidos en su coche de plástico, estacionado en alguna calle arbolada de Polanco, tu hermano le leyó a Anita unas páginas de los escritos que había pergeñado a propósito de sus ideales políticos, donde se traslucían, con comillas y sin ellas, las lecturas que había hecho de las obras de los pensadores cristianos que habían tratado de reconciliar la filosofía marxista con la palabra

evangélica y que contribuyeron a articular el discurso de la teología de la liberación.

Conforme Eduardo avanzaba, entusiasmado, en la lectura en voz alta de sus manuscritos y en la explicación de sus esquemas, Anita se iba asustando más y más, pues en su familia tales posiciones, aunque en buena medida derivaran del Concilio Vaticano II, habían sido rechazadas por la madre con rigor inquisitorial. Cuando Eduardo concluyó su lectura, Anita rompió a llorar. Se había disuelto la perentoria emulsión del agua y el aceite. No había manera de continuar ese noviazgo: Eduardo empezó a ver en Anita a una niña pequeñoburguesa; Anita, por su parte, empezó a ver en Eduardo una amenaza a los valores que su familia le había inculcado desde antes de su nacimiento. Tronaron con lágrimas bilaterales. Cuando Eduardo encendió el coche, se acercó un mendigo con una franela para limpiar el parabrisas. Eduardo le dio una moneda justo cuando empezó a llover y tuvo que encender el limpiaparabrisas. Anita se sintió abanicada, cuando lo que tenía era frío.

Durante la Semana Santa de 1970, Eduardo y otros amigos de diversos sexos hicieron un viaje hasta Chihuahua en varios coches. El R8 de plástico no aguantó el viaje de regreso y hubo que desecharlo, como se había desechado mi *vochito*. Mi hermano entonces quedó tan liberado como yo de las numerosas obligaciones que la tenencia de un coche implica y sufrió las consecuencias: la precariedad, la arbitrariedad, la insuficiencia del transporte público de la Ciudad de México.

De Chihuahua, Eduardo volvió transfigurado. En ese viaje había conocido dos pasiones que habrían de estar presentes durante largos años de su vida y en algunos casos dominarla: la sexualidad exenta de cualquier compromiso vinculante y *La dama de los cabellos ardientes*, como el poeta colombiano avecindado en México, Porfirio Barba Jacob, se refería a la marihuana.

Dejó el trabajo de los pepenadores, pues la basura era un negocio tan sucio como la basura misma, donde no cabían la buena voluntad ni los anhelos de reivindicación social. Dejó también la casa materna y, al hacerlo, canceló de un solo golpe, certero y contundente, la tradición familiar que no permitía abandonar el hogar más que por tres motivos graves: el matrimonio, la vocación religiosa o el trabajo. Ninguno de ellos impulsó la salida definitiva de Eduardo, que marcó el inicio de la soledad de mi madre, quien durante cerca de cincuenta años siempre había vivido acompañada de sus hijos.

Así haya sido tardíamente, Eduardo decidió recuperar la adolescencia que le habían robado los Hermanos Maristas, y se mudó a un departamento de renta congelada que ocupaba clandestinamente Primitivo Rodríguez y otros amigos en Tacubaya, para más señas, en el edificio Ermita, de estilo *art déco,* ubicado en la avenida Revolución 121.

En el *depa* de Tacubaya se fraguaron muchos proyectos políticos, se discutieron planteamientos marxistas, trotskistas, maoístas, cristianos, y se exploraron todas las vías posibles de acción revolucionaria, desde la reforma política y la fundación de un nuevo partido hasta la lucha armada. En el depa se celebraron lo mismo bacanales que misas laicas, lo mismo reuniones de células comunistas que sesiones de psicoanálisis colectivo, lo mismo meditaciones budistas o rituales de santería afrocubana que seminarios de análisis político o sesiones de espiritismo. En el depa se organizaron centenares de fiestas, se escucharon kilómetros de música, se consumieron grandes cantidades de ron, se encendieron miles de varitas de sándalo. En el depa se refugiaron decenas de exiliados chilenos y argentinos, de hippies ingleses, de guerrilleros latinoamericanos, de homosexuales estigmatizados y de curas desertores. Y más que nada, en el depa se practicaron innumerables coitos y se fumaron toneladas de marihuana, la dama de los cabellos ardientes.

Los poetas de Nicaragua se llaman poetas. Es decir se llaman poetas los unos a los otros, vocativamente: «Poeta, dame fuego»; «poeta, servime un trago». Es un oficio que no le tiene miedo a su nombre. En México, al menos, rara vez usamos esa palabra. Como si fuera demasiado pequeña o demasiado grande —tertulia decimonónica o excelencia artística—, la sustituimos por alguna acaso más general: escritor, o por otras que le dan la vuelta: escribe poesía. En Nicaragua, en cambio, se le llama poeta al poeta y como tal se le presenta: el poeta Gutiérrez, el poeta Lobo. Y casi todos son poetas en Nicaragua. Como en Chiapas: hasta que no demuestren lo contrario.

—Es una mierda alfabetizar a estos jodidos —dice cariñosa, irónicamente, un poeta que participó en la ingente campaña durante la cual la Nicaragua que sabía leer y escribir enseñó a la que no sabía—. Lo primero que hacen los jodidos cuando los alfabetizás es escribirte un poema.

Los poetas de Jinotepe, reunidos un domingo de descanso y de zozobra en la fresca casa del poeta Gutiérrez, se quitan la goma (que borra todo lo que se escribió la noche anterior) con ron plata Flor de Caña, y lo mismo hablan de poemas que de metralletas.

Uno dispara un poema certero, de metralleta Thompson, y el otro le responde con un verso de AK, expansivo, blindado y trazador.

Los poemas se disparan primero tiro a tiro, efectivos casi siempre, aunque alguno que otro se enconcha en el BZ. Y después doble tiro: poema y poema el uno y poema y poema el otro. Al final, la ráfaga.

Y como la M16 no se calienta nunca y el arsenal es

abundante, la poesía alcanza para toda la noche y toda la noche el combate dura duramente.

Los poetas de Jinotepe intercambian sus manuscritos. Cada uno tiene copia de las obras completas, que ellos llaman complutenses, de los otros.

—Por si la muerte —explican, y beben un trago de ron oro «genuinamente envejecido».

Él fue.

Tu hermano fue quien sustrajo las llaves del coche de la doctora Gloria Ruiz de Bravo Ahúja el día en que ella, directora del Instituto de Investigación e Integración Social del Estado de Oaxaca, hizo una de sus visitas periódicas a las instalaciones de Nazareno Xoxo, donde Eduardo trabajaba.

Ese espacioso y arbolado plantel frontero a Monte Albán sería una verdadera Torre de Babel si no se utilizara el español, así haya sido de manera rudimentaria, como *lingua franca*. Ahí estudiaban, al amparo de una monumental estatua de Benito Juárez —el indio zapoteco de Guelatao que llegó a ser presidente de la República y cuya imagen se les había inculcado desde hacía más de un siglo como modelo, aspiración y estímulo—, cerca de cien muchachos indígenas procedentes de las diversas regiones del estado, que además de *castilla* hablaban sus respectivas lenguas originarias: amuzgo, trique, chocho, ixcateco, huave, zoque, náhuatl y diferentes variantes —ininteligibles entre sí— del cuicateco, el mixteco, el mazateco, el chinanteco, el chatino, el zapoteco, el mixe y el chontal. Después de uno o dos semestres durante los cuales se formaban, en calidad de internos y becarios, como *promotores castellanizadores,* volvían a sus comunidades para enseñar español a los niños de edad preescolar con el propósito de que los párvulos, cuando entrasen a la primaria, conocieran la lengua en que estaban escritos los materiales didácticos del sistema educativo nacional.

Las ve sobre la mesa de la sala de juntas, al lado del portafolios de la directora. Prendidas a un llavero que ostenta un colguije en forma de rana, cuyos ojos saltones son unas rutilantes «piedritas» de bisutería. Son tres: la de la portezuela y el motor del coche, la de la cajuelita de guantes y la del tanque de la gasolina. Las llaves lo distraen de la pantalla en la que se proyecta el mapa del estado y los puntos específicos adonde ha de llegar la acción educativa e

integradora del Instituto. A la reunión han sido convocados los investigadores que trabajan en el proyecto desde la Ciudad de México y el personal que labora en el campus de Xoxo: antropólogos, psicólogos, sociólogos, maestros rurales, dos exmaristas y tu hermano Eduardo. Todos escuchan atentamente la exposición de la antropóloga que elaboró una zonificación étnica, cultural y lingüística del estado y presenta los mapas en la pantalla ante Gloria Bravo y su equipo de colaboradores.

En cierta medida por mi intercesión, Eduardo había sido enviado a Oaxaca como capacitador de esos jóvenes indígenas.

No obedece a un plan trazado previamente, no lo piensa siquiera. Respondiendo casi contra su voluntad a un viejo atavismo o a un nuevo impulso de insurrección, hipnotizado o seducido por los ojos de la rana del llavero, en un momento en que todos están concentrados en los datos demográficos que la antropóloga proyecta en la pantalla, toma las llaves de un solo golpe, fino y eficaz, como el zarpazo invisible de un tigre, y con todo disimulo y absoluta naturalidad se las guarda, como si la propia rana hubiera pegado un brinco desde la mesa hasta el bolsillo de su chamarra.

Gloria Ruiz, esposa de Víctor Bravo Ahúja, quien fungió como gobernador de Oaxaca, encabezaba en El Colegio de México un proyecto de carácter sociolingüístico dirigido a las comunidades indígenas de Oaxaca. Su objetivo primordial era la integración social de las etnias de aquel estado en el que se hablan muchas y muy diversas lenguas originarias, que sería necesario fortalecer al tiempo que se enseñara la lengua española, en la que se articulaba la cultura nacional y particularmente su sistema educativo. Cuando a finales de 1970 Bravo Ahúja fue designado secretario de Educación Pública, el proyecto obtuvo mayor relevancia y se transformó en un instituto —el IIISEO—, con todas las de la ley. Yo viví aquel proceso de manera directa. Había sido invitado, cuando todavía era estudiante de licenciatura, para ocupar una plaza de ayudante de

investigador adscrita a ese proyecto en El Colegio de México.

Al término de la exposición de la antropóloga, hay un receso para comer.

Cuando Eduardo tomó la decisión de abandonar la asociación civil que pretendía apoyar a los pepenadores, se acercó a mí en busca de consejo. Ambos pensamos que una posibilidad laboral era el IIISEO. Es más, su adscripción a ese organismo sería más pertinente incluso que la mía, pues yo, que no pensaba en nada más que mi carrera literaria, estaba allí como de prestado, mientras que él sentía que su destino era el de la atención y el apoyo solidario a las comunidades marginadas, cualesquiera que éstas fueran.

En la tarde, cuando se reanuda la sesión, Gloria Bravo se percata de que las llaves de su automóvil no están sobre la mesa, donde ella las dejó. Pregunta por ellas. Nadie las ha visto. La sesión no puede continuar porque el tema de las llaves del coche se sobrepone en ese momento, con total preeminencia, al del destino de los niños indígenas. Hay que resolver ese problema antes de seguir adelante con la reunión. Se le pregunta a todo mundo por las llaves, que cobran una dimensión protagónica. Todos los colaboradores se levantan de sus sitios para contribuir a la búsqueda, incluido Eduardo, que asegura que él las vio al lado del portafolios de la doctora. Aquí, dice, exactamente aquí las vi. Se asoman debajo de la mesa, escudriñan todos los rincones de la sala de juntas. Gloria vacía el ingente y misceláneo contenido de su portafolios y de su bolsa, y nada de que las llaves aparezcan. Buscan en el comedor, en el baño, en los trayectos entre éstos y la sala de juntas. Y en el coche mismo, ociosamente, pues está cerrado, y más ociosamente todavía en el camino entre el estacionamiento y la sala, baldosa por baldosa, plantita por plantita, escalón por escalón, pues Eduardo asegura que las ha visto en la sala y por tanto no pueden haberse quedado ni en el automóvil ni en el recorrido... Es inútil. La histeria desplaza a la demografía. Gloria Bravo clama por las llaves de su coche. Tu hermano, que es especialista en encontrar objetos

perdidos, no las halla por ningún sitio. Se suspenden las labores. Por poco registran los bolsillos de cada uno de los que han estado presentes en la junta.

—A mí que me esculquen —dice Eduardo con un cinismo aún mayor que su temeridad.

Mi recomendación de que se incorporara al equipo de trabajo de Gloria Bravo fue atendida de inmediato. Una vez en Oaxaca, Eduardo se instaló en un departamento del centro de la ciudad, con otros dos exmaristas que, como él, habían trocado su vocación religiosa por su vocación social, y que también laboraban en el IIISEO.

La verdad, no es para tanto. Gloria podría volver sin ningún problema a su casa de San Felipe del Agua en la ciudad de Oaxaca, donde cree recordar que tiene un duplicado de sus llaves, y de ahí trasladarse al aeropuerto, apoyada por alguno de sus numerosos asistentes, para tomar el avión que a las nueve de la noche debe regresarla a la Ciudad de México. Todos se ofrecen a llevarla a su casa, al aeropuerto, a donde ella diga, y a resolver al día siguiente, o incluso esa misma noche, el problema del coche, con independencia de que se encuentren o no los duplicados. Pero ninguna alternativa le gusta a la directora. Quiere sus llaves.

Habida cuenta de su larga carrera docente, de sus estudios básicos de antropología social, de su experiencia en labores de asistencia a grupos marginados y de su absoluta disponibilidad a irse a donde lo mandaran, Eduardo fue adscrito a Oaxaca para trabajar con los futuros promotores castellanizadores que se formaban en el plantel de Nazareno Xoxo. Desde ahí podría no sólo conocer las características de los jóvenes indígenas, sino también las comunidades de donde provenían, que en última instancia eran las destinatarias de todos los trabajos realizados en el IIISEO y la razón de ser de su existencia.

—¡Quiero mis llaves! —grita Gloria, fuera de sí.

Eduardo trabajó directamente con los muchachos indígenas que se formaban como promotores castellanizadores y recorrió, incansable, muchas

comunidades indígenas de las diversas regiones del estado para conocer *in situ* la problemática que habrían de enfrentar esos jóvenes cuando regresaran a sus pueblos tras su preparación en Nazareno Xoxo.

El mínimo acto de Eduardo, más cómico que trágico, produce una catástrofe de consecuencias infinitamente superiores a su causa; se suspenden las labores del Instituto, y la importante reunión se da por clausurada antes de tiempo. Cuando en la noche regresa al departamento que comparte con los otros exmaristas, tu hermano se mete a su cuarto discretamente, saca de manera parsimoniosa las llaves del bolsillo de su chamarra, las ve con detenimiento, incluso acaricia a la rana saltarina. Acto seguido se asoma al balcón, otea la calle desértica, corrobora que nadie lo ve y las arroja, con todo y su llavero batracio, a la calle; más precisamente, a la alcantarilla que, dos pisos abajo, se las traga para siempre. Con su media sonrisa, Ojo de Águila se congratula de su buena puntería.

Eduardo siempre sufrió, acaso más que sus víctimas, episodios de cleptomanía, quizá porque cuando era niño le robaron su niñez, cuando era joven su juventud y cuando era adulto su madurez. Lo que se puede conjeturar, más allá de las implicaciones psicoanalíticas del fortuito encuentro de unas llaves, un coche y una autoridad, es que este al parecer insignificante latrocinio del llavero de la doctora Bravo Ahúja fue uno de sus primeros actos subversivos.

Meses antes, Eduardo había recibido una de las peores descalificaciones de su vida durante una junta de trabajo presidida por Gloria Bravo, celebrada en El Colegio de México, a la que fue convocado para que presentara un informe y una evaluación de su trabajo de campo en Oaxaca. Estaban presentes dos asesores del IIISEO que acababan de obtener su doctorado en Sociología. Luciendo sus sesudos conocimientos y hablando de los diferentes paradigmas a los que deberían someterse las actividades de la institución, revisaron los documentos de Eduardo, escritos a mano con caligrafía didáctica e ilustrados con coloridos cuadros sinópticos de maestro normalista. Al

final, ambos especialistas de cubículo concluyeron que sus planteamientos «no tenían nada» —*nada*—, y, sin decir más, deslizaron displicentemente los policromos papeles de Eduardo sobre la mesa.

¿Qué saben ellos?, se pregunta tras arrojar las llaves a la alcantarilla, ¿qué saben ellos de las cuarteaduras de la piel, de las inclemencias del sol y de la intemperie, de las miradas ausentes, de las limitaciones idiomáticas, de los huesos podridos, del dolor, del hambre, de la promiscuidad, de la confluencia de orines, caca, cacerola y lecho a ras de suelo de todos esos seres doblemente marginados, porque cada vez son más numerosos en términos absolutos y cada vez cuentan menos en términos relativos; los seres que él ha visitado en el valle, en la sierra, en el istmo, en la costa de ese adolorido estado donde ha trabajado día y noche en pro de los desheredados de la tierra? ¡Que se jodan los falsos redentores, los teóricos de gabinete, los burócratas de la miseria, los racistas disfrazados de igualitarios, los que se mueven sin moverse, apoltronados en sus cubículos, en sus salas de juntas, instalados en sus inamovibles paradigmas! ¡A la alcantarilla, con todo y las llaves de sus automóviles y sus ranas de ojos diamantinos! ¡Que ya no circulen! ¡Que se queden estacionados para siempre!

A unos meses de esa reunión, Gloria Bravo despidió a los dos exmaristas. Probablemente recibió informes de que su trabajo estaba adquiriendo tintes revolucionarios, insurreccionales y extremistas que rebasaban con mucho la misión acotada por el carácter oficial del Instituto. A tu hermano, que había recorrido durante su paso por el IIISEO todas las regiones del estado, no lo echó, pero sí lo devolvió a la capital del país.

En El Colegio de México, donde quedó adscrito, Eduardo trabajó durante unos meses en un cubículo aledaño al que yo compartía con otro investigador. Pero «no se halló». Ése no era su sitio. Él no tenía pretensiones académicas, abjuraba de los marcos teóricos a los que se

sometían los análisis de los problemas sociales y despreciaba el trabajo de gabinete, alejado de las vivencias de la práctica de campo. En definitiva, se sintió ajeno a esa institución que acogía y formaba a las élites intelectuales del país. Lo que él quería era la praxis, la acción, el trabajo comunitario. Necesitaba cumplir con el compromiso social que había adquirido desde que salió del convento, y todavía antes, cuando aún era hermano marista y, de la mano de Tony Cavazos, desarrollaba en vivo programas de asistencia social. En El Colegio de México, tu hermano, como tantas veces te lo dijo, se sentía un bicho raro, extraño y hasta intruso, pero, sobre todo, desaprovechado. ¡Tanta energía desperdiciada en labores de escritorio que se llevaban a cabo con horario fijo, de lunes a viernes de nueve a dos y de tres a seis!

Quién le iba a decir a Somoza que el negocio de los adoquines con los que cuadriculó las carreteras que cruzan Managua redituaría en buena parte de su derrocamiento. Ensamblado sin cemento sobre el suelo, el adoquín fue arma arrojadiza y barricada.

Paradoja: quien condecoró a la ciudad de Masaya por su heroica resistencia fue su propio enemigo: en el antepecho de cada ventana lucen orgullosos, como medallas rutilantes, los impactos de las balas de la Guardia Nacional de Somoza.

—¡Shulamith, deja el amor y vente a comer! —gritó Macaria.

La larga mesa, atravesada por un «camino» de lana tejido en vivos colores, ya tenía dispuestos los platos de diseño mazahua, las cucharas de peltre, los vasos de vidrio pintados con motivos de pájaros y mariposas, los rojos paliacates a manera de servilletas. A un lado de la mesa, en el suelo, un refrigerador portátil repleto de hielo y de cervezas Victoria esperaba nuestra acometida, al igual que dos botellas de tequila Herradura blanco, de cuarenta y seis grados (a la sombra), rodeadas de caballitos y tercios de limones, que descansaban en un viejo trastero de palo.

Pero Shulamith no bajaba. Seguía retozando con su hombre en el cuarto de arriba. Sus risas y sus jadeos, al parecer, se oían desde la cocina, donde Macaria preparaba la comida y palmeaba las tortillas, pero desde la huerta, por llamarle de algún modo a ese terreno pedregoso sombreado por tres o cuatro mezquites, no se oían más que los gritos de Macaria, que suscitaban las risas pícaras y los comentarios obscenos de Héctor Ramírez Williams y Primitivo Rodríguez, que Rosa y yo secundábamos.

Shulamith era la que visitaba a Eduardo en el desértico Valle del Mezquital, y no a quien Eduardo visitaba en la populosa Ciudad de México, donde ella vivía. En el safari verde olivo, Eduardo y Héctor viajaban temerariamente a la capital del país a ver a sus novias sucesivas, Paulina, Mary Carmen, Martha, Ileana, Elena... Salían de Tasquillo un sábado después de sus labores en Ixmiquilpan, tomaban la carretera a toda velocidad y no se detenían hasta recoger a las dos mujeres a quienes ese fin de semana les tocaba su turno. Las llevaban al Bar León, seguían la fiesta en el África, el Náder o el Bucabar hasta las tres o cuatro de la mañana, acudían a la hospitalidad del depa (donde Primitivo y otros compas seguían viviendo) para fumarse un churrito de mota, hacer el amor y mal dormir un rato. El domingo por la tarde regresaban, desvelados y crudos, a

Tasquillo para empezar a trabajar el lunes en Ixmiquilpan. Pero hubo veces que iban y volvían la misma noche, ya de madrugada, borrachos, durmiéndose en la carretera, sólo protegidos por el *divino tesoro* y por una especie de providencial cariño omnipotente que veló por ellos durante sus desaforadas e irresponsables travesías, impulsadas por unas hormonas incontinentes que en el Valle del Mezquital no encontraban otra cosa que el desierto, el desierto y el desierto. Y que en el caso de Eduardo parecía una especie de recuperación intensiva del largo tiempo de vida recoleta en el convento.

Instados por Héctor, que era de casa, hicimos las primeras libaciones de la tarde mientras esperábamos a que Eduardo y Shulamith dejaran el amor y bajaran del aposento a recibirnos.

Mi hermana Rosa y yo habíamos respondido de buena gana a la convocatoria que lanzó Eduardo a algunos parientes y a amigos para que lo visitáramos en Tasquillo, un pequeño poblado cercano a Ixmiquilpan en el estado de Hidalgo.

Eduardo se había instalado en una vieja casona que alguna vez albergó una escuela secundaria. Poco antes de que él la ocupara, en ella había vivido una pareja de lingüistas norteamericanos, procedentes del Instituto Lingüístico de Verano de Oklahoma, que dedicaron su vida al estudio del otomí con el único propósito de traducir la Biblia a una de las variantes dialectales de esa lengua originaria. Al fondo de la casa, vivían desde entonces Macaria, su esposo Raúl —siempre mantenido por ella— y los ocho o diez hijos que ahí les fueron naciendo. Hablantes nativos de otomí, Raúl y Macaria habían servido de informantes a los lingüistas gringos y se habían convertido al protestantismo, catequizados por estos obcecados pastores que habían extendido el mandato de Pentecostés hasta el Valle del Mezquital para salvar sus propias almas, llevando, cada uno de ellos, una oveja descarriada (una sola bastaba para alcanzar la gloria eterna) al rebaño del Señor.

Eduardo decoró la casa con tal gusto artesanal, que la

espaciosa mansión acabó por parecer un museo dedicado al arte popular de la región.

Cuando la alquiló, admitió que Macaria y su familia siguieran ocupando un tejabán al fondo del terreno con la condición, muy favorable para ambas partes, de que Macaria se ocupara de todas las labores de la cocina; Raúl, del cuidado —o mejor dicho de la construcción— de la huerta, y las hijas mayores, de la limpieza de las habitaciones. Eduardo, por su parte, no sólo les dispensaría el alojamiento, sino que les pagaría un salario más que digno por sus servicios.

Al poco tiempo, Macaria y su familia se convirtieron en la familia de Eduardo, y también de Héctor, quien se incorporó al equipo de trabajo de mi hermano y ocupaba una espaciosa habitación de la casa.

En la persona de Macaria, Eduardo pudo aplicar de manera directa y doméstica su solidaridad con los indígenas. Poco a poco, milímetro a milímetro, como era previsible por ser el idealista redomado que era, se fueron transgrediendo los límites de los papeles que en principio cada una de las partes debería desempeñar. Macaria acabó por ser más matrona que sirvienta de esa casa, y Eduardo, aunque nominalmente siguiera siendo el patrón, fue asumiendo las determinaciones domésticas de Macaria con distraída sumisión. Sobre el igualitarismo proclamado por Eduardo, que le permitía a Macaria gritarle confianzudamente a Shulamith que dejara el amor y bajara a comer, se conservó, empero, el viejo atavismo servil de las sociedades indígenas ante el hombre blanco, en este caso, blanquísimo, ojos verdes, melena solar, barba rojiza y desplantes de conquistador. ¡Un insólito Pedro de Alvarado del siglo XX volcado a favor de los naturales en el desértico Valle del Mezquital!

> Cuando yo trabajaba en el IIISEO, ya de regreso en México tras mi estadía en Oaxaca, Gloria Bravo Ahúja me mandó en su representación a Ixmiquilpan a participar en un seminario organizado por la Fundación Friedrich Ebert de la social-democracia de Alemania Federal, que dirigía en México Dieter

> Koniecky. Creo que tú lo conociste. Era rubicundo, cuadrado; parecido, físicamente, al Manolito de las tiras de Mafalda, pero en adulto y en alemán; hiperactivo, entusiasta y listísimo. No me acuerdo de en qué consistió mi participación en ese acto, pero lo que no se me olvida es que Dieter quedó bien impresionado de mí. Reconoció, según me dijo, mi competencia didáctica; mi experiencia de campo, proveniente del trabajo social que había desarrollado en las colonias proletarias de la Ciudad de México y en las comunidades indígenas de Oaxaca y, sobre todo, la autenticidad de mi compromiso con los marginados; es decir que valoró todo aquello que me distanciaba de los marcos teóricos y de los paradigmas que me exigían los mamones asesores de Gloria en El Colegio de México. El caso es que, al término del seminario, Dieter me invitó, sin más, a trabajar con él en un proyecto indigenista que la Fundación Friedrich Ebert apoyaba financieramente en el Valle del Mezquital, uno de cuyos municipios es precisamente el de Ixmiquilpan, donde tuvo lugar el seminario. Lo hizo con tal vehemencia, que no lo dudé ni un segundo. Estaba harto de las veleidades académicas de El Colegio y acepté de inmediato.

Eduardo apareció radiante. Con las huellas del amor satisfecho metidas en las comisuras de la boca y de los párpados, recién bañado, perfumado con pachuli, ataviado con una camisa de manta bordada con motivos florales del color sanguina de la cochinilla, calzado con huaraches rústicos.

No había en rigor motivo para que ocurriera, pero su aparición suscitó el aplauso espontáneo de los que ya habíamos llegado.

Se echaba de ver que Eduardo se encontraba bien, que por fin, pez en el agua, estaba en su elemento, haciendo lo que desde siempre quiso hacer, trabajando en lo que siempre quiso trabajar, cumpliendo con su verdadera y más honda vocación. Era como si de pronto hubieran desaparecido de su historial las vejaciones sufridas, las humillaciones perpetradas contra su persona, las deformaciones causadas por los abusos de que fue objeto y por la disciplina religiosa represiva, que le impusieron desde niño. Muchas veces lo vería, esplendoroso, recorriendo los caminos del Valle del Mezquital con

genuino espíritu redentor en su safari verde olivo con el sello del Poder Ejecutivo Federal, que a mí me recordaba el tanque en el que los barbudos revolucionarios de Sierra Maestra hicieron su entrada triunfal en La Habana tan pronto empezó a transcurrir el año 1959.

Tras los abrazos de bienvenida, bebimos nuestros tequilas, alternados con nuestras cervezas Victoria, a la sombra de un mezquite de la presunta huerta donde unos troncos hacían las veces de mesa y de bancos.

Un poco más tarde llegó Javier Ruiz de Santiago, otro de sus colaboradores —chilango como Héctor y como el propio Eduardo—, que había decidido sumarse a la causa y que se había instalado exactamente enfrente de la casona que rentaba mi hermano. Y como él, al poco tiempo fueron llegando los siete u ocho amigos convocados al convite.

Por fin, cuando ya íbamos por el segundo tequila de la tarde, bajó Shulamith. Pelirroja y muy blanca de piel, pecosa, alta. Tenía una mirada inteligente, una sonrisa demasiado franca y un andar tan desenvuelto como su vestido suelto de manta, que dejaba entrever que no usaba brasier y que no se afeitaba las axilas. No me pude imaginar, ni esa tarde en que la conocí ni las pocas veces que la vi después, a Eduardo y a ella haciendo el amor. Pero sí pude advertir sus afinidades ideológicas, que en todo caso me parecieron superiores a las eróticas. Shulamith cargaba sobre las espaldas una historia de holocausto, de exilio, de constante itinerancia fugitiva que la habían catapultado a las luchas sociales en pro de la igualdad, la justicia social y demás anhelos revolucionarios en los que Eduardo también creía a pies juntillas.

Tan pronto Shulamith hizo su aparición, se desplegaron sobre la mesa las cazuelas que Macaria había preparado en la cocina. Eduardo se sentó a la cabecera de la larga mesa, en una colorida silla michoacana de dimensiones imperiales, que marcaba la jerarquía del anfitrión con respecto a las bancas que ocupamos los invitados, y donde también se sentaron a comer con absoluta naturalidad Macaria y uno o dos de sus hijos. Las tortillas de maíz azul

brincaban del comal al chiquihuite y del chiquihuite a las manos de los comensales, que las abastecíamos de tinga, rajas de chile poblano, chicharrón en salsa verde, chorizo con papas. El arroz con plátanos fritos, los frijoles de la olla, el tasajo, las cervezas a pico de botella..., y la tarde, que pasaba sin hacer ruido de la huerta al comedor abierto, dorando los rostros, adormilando las palabras, matizando las risas.

A la semana siguiente, me trasladé al Valle del Mezquital. Todas mis pertenencias cupieron holgadamente en el coche de Héctor. Nos instalamos en Tasquillo, aunque las oficinas estuvieran en Ixmiquilpan. Entre uno y otro poblado mediaban unos cuantos kilómetros y la casa que rentamos ofrecía muchas ventajas, entre otras, la de que ahí vivieran Macaria y su familia, que nos «hicieron casa», como se dice.

La misión que me encomendó Dieter fue la de instituir un centro de educación de adultos, adscrito a un programa denominado Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital. Se trataba de preparar a maestros indígenas bilingües para que, una vez capacitados, se desempeñaran, a su vez, como capacitadores en sus respectivas comunidades, algo semejante a lo que ya había hecho en Oaxaca. El objetivo de ese programa era, para decírtelo en dos palabras, convertir ese valle desértico, hasta entonces sólo alimentado por las aguas negras de la Ciudad de México, en un distrito de riego.

La situación no era fácil y el reto, mayúsculo. Había que convencer a los indígenas de Actopan, Ixmiquilpan, Tasquillo..., ¡de los diez municipios del Valle del Mezquital!, cuyas tierras no eran ejidales sino comunales, de que borraran sus linderos (tenían terrenos en uso y goce individuales), de que permitieran la entrada de maquinaria pesada para nivelar sus tierras irregulares, y de que se organizaran colectivamente en un distrito de riego. ¡Imagínate no más, hermano, las dificultades que se tenían que superar para hacer esos cambios radicales! Pero ésa sería la única manera de transformar el desierto, a mediano plazo, en un valle fértil, donde se pudieran plantar nogales, donde se pudiera sembrar maíz enano entre las filas de los frutales y donde se pudiera cultivar alfalfa —en los terrenos menos favorecidos— para alimentar rentablemente las vacas de los establos aledaños al Distrito Federal.

La tarde se puso tequilera. La modorra que sucedió a la comilona nos sumió a todos en un aletargamiento prohijado, además del tequila, por la marihuana que Eduardo hizo circular entre algunos comensales y por el disco *Gemini Suite* de Jon Lord que puso reiteradamente en el tocadiscos. La conversación se hizo más sosegada, ensimismada en algunos presuntos interlocutores que realmente hablaban más consigo mismos que con el otro. Sólo desquició la enorme paciencia del crepúsculo una discusión repetitiva y cada vez más enfática entre Javier y Héctor. Javier acabó por irse, enfurruñado. Con su partida, volvió a imponerse la buena onda, que se prolongó hasta ya bien entrada la noche, cuando el refine del recalentado desplazó al tequila y a la dama de los cabellos ardientes.

Algunos amigos procedentes de la Ciudad de México se fueron esa misma noche, temerariamente. Otros, pernoctamos ahí, despatarrados, sin que ningún protocolo reglamentara nuestro sueño.

Al día siguiente, con el canto sobreactuado de los gallos, los rayos del sol que atravesaban sin pagar aduana las jergas de trapear que hacían las veces de cortinas, los perros a quienes no les paraba el hocico, nos fuimos despertando todos, aunque a destiempo. Conforme hacíamos nuestra aparición desvelada y deslavada en la cocina, Macaria nos iba preparando, según los gustos y las apetencias, huevos rancheros con chilaquiles, café con leche, panes locales, jugos de naranja o de nopal, que de inmediato eran sustituidos por cervezas.

Eduardo ya no estaba. Se había ido muy temprano a dirigir una asamblea campesina, según nos informó Macaria.

Un solo día de la vida de Eduardo en Tasquillo muestra el entusiasmo con el que asumió su vocación social, la trasmutación de sus posibles complejos infantiles en el ejercicio de una sexualidad desaforada, su gusto por la vida, sus abusos y sus temeridades, pero no revela el fracaso que

a la postre tuvieron sus proyectos redencionistas, como muchos años después lo admitiera en las memoriosas cartas que me enviaba.

> Hoy, el distrito de riego está verde y operando, aunque con más alfalfa que árboles frutales. Pero la marginación y la pobreza siguen igual que entonces, según pude constatar cuando visité Tasquillo en mi último viaje a México, y recorrí buena parte del valle acompañado de viejos líderes otomíes de aquella época. La verdad, tengo que reconocerlo, es que el progreso de esos valles se debe más a las remesas de sus mojados que al riego de sus tierras.

Ni los fracasos de sus proyectos ni los riesgos que corrió su persona por andar metido a redentor:

> Como te dije, en esos años, invité a trabajar conmigo en el Centro de Educación de Adultos a Héctor Ramírez Williams y a Javier Ruiz de Santiago. Eran muy diferentes entre sí. Nunca congeniaron. Pero trabajaron bien y yo me sentía contento con su colaboración. Héctor vivió en mi casa de Tasquillo. Enfrente, Javier también se hizo de una casa, que arregló a su gusto. Acabó por comprarla. No sé si todavía vive ahí. Si es que vive todavía. La última vez que lo vi, hace cosa de diez años, me dijo que, por trabajar al lado de los indígenas, los terratenientes ya lo habían secuestrado una vez, y lo habían amenazado de muerte si seguía insolentando a las comunidades indígenas, propietarias de las tierras. Después me enteré de que lo balearon, pero no sé si acabaron por matarlo.

En el estacionamiento de un restaurante del Estado, un muchachito —perdón: un chavalo— se acerca al *jeep* para cuidarlo mientras comemos. Lleva en la cabeza una gorra miliciana verde olivo.

—¿Y esa gorra?

—Era de mi papá —responde. Mártir acaso, acaso se la heredó.

Sin más preguntas, dice lo que dicen todas las bardas:

—No pasarán.

Hace la señal de la cruz en la frente y dice:

—Aquí mero le meto una pedrada al yanque que se acerque.

Y, sonriendo, se vuelve a santiguar.

Una mañana de 1978, mi madre y yo estábamos desayunando en su departamento cuando llegó Eduardo de improviso. Mamá se levantó a abrirle la puerta. Yo me quedé sentado en mi silla de ruedas (tras una crisis matrimonial, me había mudado a la casa materna por unos días, pero tuve que quedarme ahí más tiempo del previsto porque una inusitada enfermedad reumática me dejó inválido durante varios meses).

Eduardo venía a darnos la noticia de que se iba a casar. ¡Con Georgina Pozo! ¡Y por la Iglesia!

La Güera Pozo, como le decían, era una mujer guapa, alta, de sonrisa espontánea y cabello ensortijado; mirada transparente y dulce trato, que procedía de una familia decente y cristiana —como aquellas de las que habían surgido veinte o veinticinco años atrás las antiguas novias de Miguel—, aunque ya tocada por la modernidad que oxigenó en esos años a ciertos sectores de la Iglesia católica.

Yo la conocía porque coincidíamos de tarde en tarde en los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en la que ella estaba por terminar su licenciatura en Geografía y yo empezaba a dar clases de Historia de la Cultura en España y América. Pero también la había visto varias veces en el Bar León, adonde yo asistía con malsana regularidad —al grado de que varias veces llegué a ir en silla de ruedas.

A mi madre y a mí, como después a toda la familia, nos sorprendió la noticia. Eduardo, que apostató de la vida religiosa, que dejó de golpe su observancia católica sin ningún aspaviento, que abrazó la ideología comunista, que se asumió como enemigo de clase de la alta burguesía, había aceptado casarse con Georgina por la Iglesia, como lo exigía la familia Pozo, y seguir todas las formalidades sociales del caso: petición de mano, boda civil en México, matrimonio religioso en la iglesia de Avándaro, banquete en el exclusivo Club de Vela La Peña de Valle de Bravo, luna de miel en Acapulco, residencia en un departamento

del cotizado barrio de San Jerónimo...

Las madres suelen ver con recelo los matrimonios de sus hijos. Mi padre, sabiendo que ningún cónyuge podría estar a la altura de las cualidades que mi madre le había atribuido a cada uno de sus hijos, le decía con sabiduría lapidaria:

—No te preocupes, mujer, que de todas maneras tus hijos se van a casar con quien no les conviene.

Pero en el caso de Eduardo —una vez pasada la sorpresa—, la tranquilidad se sobrepuso al escepticismo sistemático de mi madre. Ya había tenido oportunidad de conocer a Georgina en dos ocasiones, cuando Eduardo la había llevado a su departamento y en una fiesta navideña en casa de mi hermano Benito, y se había quedado con una buena impresión de ella. Por fin este hijo suyo, que ya tenía treinta y dos años, tan descarriado desde que salió del seminario, sentaría cabeza. Se iba a casar con una muchacha decente, de buena familia y ¡por la Iglesia!; no como tú —aprovechó mi madre para reprender mi ateísmo —, que vives sin la gracia de Dios...

Para colmo, Eduardo quería que yo, su hermano menor, hiciera la petición formal de la mano de Georgina en nombre de la familia. Mi padre había muerto hacía dieciocho años, pero mamá pensó que Miguel, el primogénito, debería desempeñar tan honroso papel. «Además, tú ni crees en esas cosas», me dijo, «y, como si fuera poco, estás enfermo y no puedes caminar.» Eduardo descartó de tajo esa posibilidad. Aunque tuvieran una lejana historia en común, no había dos concepciones de la vida más antagónicas que las de Eduardo y Miguel, y no contaba con ningún familiar más cercano que yo. Así que yo acompañaría a mamá a la cena en casa de los Pozo, aunque fuera en silla de ruedas. ¡Faltaba más!

Todo me parecía un poco ridículo y contradictorio, pero no podía negarme a la solicitud de mi hermano, el revolucionario, que se había enamorado en el Bar León hasta las cachas de una niña fresa por más que fuera inteligente, universitaria y liberal, y estaba dispuesto a

cumplir todos los requisitos que sus suegros le impusieran para retenerla a su lado. Ni la liberalidad ni la preparación ni la inteligencia de Georgina resultaron suficientes para oponerse a la determinación de sus padres, que ya bastante concesivos se habían mostrado al admitir como yerno a un Eduardo que profesaba ideas políticas que ellos no suscribían y que no tenía mayores posibilidades económicas para mantener a su hija en las condiciones en las que hasta entonces había vivido.

Cuando se casó con Georgina, Eduardo ya había vuelto a la Ciudad de México, tras su periplo campesino.

Después de que dejó Tasquillo, se fue a trabajar a un pueblo de la sierra de Guerrero llamado Teloloapan, en una de las seis regiones que recibían el apoyo del Programa de Desarrollo Rural de la Comisión del Río Balsas.

En Teloloapan trabajaban bajo sus órdenes, según me cuenta en sus cartas, ingenieros, agrónomos, veterinarios, sociólogos... ¡Y Shulamith!, que a instancias de Eduardo asumió la responsabilidad del área de Organización y Capacitación Campesina. ¡Fue un desastre! No por falta de competencia o de conocimientos, sino porque Shulamith se enamoró perdidamente de un veterinario. Se acostó con él. Cuando la dejó el curandero de vacas y puercos, que sólo quería tener una aventurilla amorosa ¡con la amante de su jefe!, ella se puso a beber sin parar en el más puro estilo Chavela Vargas. A Eduardo no le quedó más remedio que despedirla. De su trabajo y de su corazón.

Al igual que en el Mezquital, los viernes, al término de la jornada laboral, Eduardo se montaba en su Volkswagen sedán «herrado» con el águila azteca, como el *jeep* de Ixmiquilpan, y emprendía las del Bar León, donde una noche conoció a Georgina Pozo y se enamoró de ella, como Eduardo solía enamorarse: a primera vista y hasta el fondo. ¡Como un cadete!

Al cabo de un año de trabajo, la región de Teloloapan, que era la más atrasada, pasó a ser la que alcanzó mayor

avance físico y financiero. Felicitaron a Eduardo por el éxito de su gestión y, en reconocimiento…, ¡lo pasaron a fregar! Fue promovido a la sede central del Programa en la Ciudad de México. Le asignaron una dirección de desarrollo turístico, en la que no tenía presupuesto y se moría de aburrimiento, encerrado todo el día en una oficina burocrática con escritorio de metal, archiveros vacíos y el retrato del presidente José López Portillo a todo color.

Fue en Teloloapan donde Eduardo inició su vinculación con el Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua, que determinaría su vida futura.

> Con las autoridades municipales tramité (si se puede llamar así a la falsificación) actas de nacimiento mexicanas para que los nicaragüenses sandinistas clandestinos en México pudieran obtener documentos de identidad y pasaportes. Con los líderes campesinos compré armas viejas, pero todavía en buen estado, de la época de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez en Guerrero. Cada vez que viajaba al DF, transportaba unas cuantas debajo del asiento del *vochito* protegido por el escudo del Gobierno Federal. Algunas las guardamos en tu casa de Mixcoac, ¿te acordás? Después se las llevaban, a veces en el mismo coche oficial, al puerto de Veracruz para embarcarlas rumbo a Nicaragua.
>
> ¿Tenés presente a Arturo Zamora? Chaparrito él, morenito, de ojos muy vivaces y una sonrisa siempre irónica. Tú lo conociste y alguna vez hasta lo hospedaste en tu casa de Mixcoac. ¿Ya sabés de quién te hablo? Pues él fue quien me involucró en las actividades del sandinismo y es el responsable de que yo me haya venido a vivir a Nicaragua.
>
> No recuerdo bien cómo lo conocí, pero sí que le dimos trabajo en una organización de la sociedad civil con la que me vinculé ya en México. Como no tenía permiso migratorio, lo hicimos pasar por jarocho, aprovechando la semejanza entre el habladito nica y el veracruzano. Fue Arturo quien me habló de la terrible situación de Nicaragua: de la dictadura de Somoza, del pensamiento de César Augusto Sandino, del Frente Sandinista de Liberación Nacional… Arturo me invitó varias veces a que lo acompañara a las reuniones que sostenía con

algunos sindicatos de trabajadores mexicanos para recolectar fondos en pro de la causa sandinista. De ahí salieron los reales para comprar las armas y para pagar los documentos falsos, aunque algunos nos los hacían gratis por pura solidaridad. La organización en la que estábamos involucrados contaba con un fondo propio, procedente de las aportaciones de sus asociados (yo no estaba asociado, pero también hacía mis aportaciones) y cuyo monto ascendía a algo así como siete mil dólares de aquella época. Decidimos donarlos al FSLN. También ofrecí, cuando ya me había casado con Georgina, mi departamento de San Jerónimo como casa de seguridad. Varios combatientes clandestinos se escondieron ahí durante algunos días.

Georgina y yo, además, participábamos en un grupo de estudio de marxismo y de la lucha de Sandino y el FSLN. De ahí salimos los doce mexicanos que a finales de 1979 viajamos a Nicaragua para trabajar un año en la reforma agraria de aquel país. Yo fui el coordinador de ese grupo y me responsabilicé de la preparación del viaje. Fungí como jefe de la delegación durante el año que estuvimos los doce juntos en Nicaragua.

México, gobernado entonces por López Portillo, fue el primer país que estableció relaciones con el Gobierno de Reconstrucción Nacional. No las rompió con Somoza porque el dictador ya había huido del país. Gracias a unos contactos de la organización, obtuvimos del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) doce becas y doce boletos de avión para venir a Nicaragua, supuestamente a aprender a manejar granjas de chanchos (de alto consumo en Nicaragua, por cierto), pero en realidad íbamos a incorporarnos en las nuevas instituciones del gobierno revolucionario, en las que cada uno de nosotros más podía aportar. La beca era de ciento treinta y cinco dólares mensuales, que recibíamos en córdobas, muy por debajo de lo que el dólar se cotizaba en el mercado negro. A duras penas podíamos sobrevivir con ese dinero. Pero claro, no se trataba de cargar nuestra presencia a las magras finanzas de la Revolución. Trabajamos en distintas dependencias, pero ninguno de nosotros recibió durante ese año ningún dinero que no fuera el estricto de la beca.

Todos fuimos ubicados en el Ministerio de Desarrollo Agropecuario y Reforma Agraria, aunque no todos en la misma sede central. A Georgina y a mí nos separaron. Yo me quedé en Managua, y a ella, como era geógrafa, la destinaron al Instituto de Recursos Naturales y el Ambiente en Bluefields, en la costa atlántica de Nicaragua, zona de antiguos colonos ingleses y aborígenes misquitos.

Así estuvimos todo 1980. Al finalizar el año —y la beca—, la mayor parte de los doce volvió a México.

Yo decidí quedarme en Nicaragua. Georgina, no. Se regresó. Ése fue el fin de nuestro matrimonio.

El territorio de la costa atlántica es mucho más extenso que el de la costa del Pacífico. Tiene, sin embargo, menor densidad demográfica. En la faja occidental, entre los grandes lagos y el mar, se concentran las ciudades más pobladas. En cambio, en el Caribe, Costa de Misquitos, habita la población minoritaria de Nicaragua, dispersa desde siempre y desde siempre marginada. En la zona de Bluefields, que debe de estar ahora muy alfilereada en los mapas de estrategia militar, viven los costeños propiamente dichos: negros anglófonos que ahora empiezan, quizás, a sentirse parte de la historia nicaragüense.

—¿Qué tanto participan los costeños del proceso revolucionario? —le pregunto a Eduardo, que ha trabajado mucho con ellos.

—Si no son sandinistas —me responde pensando en que la dictadura siempre los mantuvo al margen— es porque ni somocistas fueron.

Al cabo de tres años de vivir en Nicaragua, Eduardo pasó de pobre a rico.

Sólo se quedaron cuatro de los doce que habían ido en la delegación mexicana. Eduardo persistió en el Ministerio de la Reforma Agraria de Nicaragua, donde, transcurrido el año de la beca, le ofrecieron una plaza para que se quedara a trabajar ahí de manera permanente. Siguió desempeñando las mismas funciones que antes y devengando el mismo salario de ciento treinta y cinco dólares mensuales que le daba el CONACYT, pero ahora estaba incorporado a la nómina con un puesto cuyo nombre no hubiera cabido en ninguna tarjeta de presentación: *Asesor metodológico en organización y capacitación campesina para el movimiento cooperativo impulsado por la Reforma Agraria Sandinista*.

Convertidos en córdobas, esos dólares apenas le alcanzaban para malvivir en casa compartida con los otros tres que se quedaron, malcomer platos de frijoles acompañados de tajadas de plátano frito y mal beber ron de baja estofa y graduación imprevisible. Lo de casa compartida es un decir, no porque no habitaran ahí otras tres personas hacinadas, sobre todo si invitaban a sus compañeras de ocasión, sino porque Eduardo andaba siempre fuera, recorriendo Nicaragua de arriba abajo, de este a oeste, de sur a norte, de Chinandega y Matagalpa a Bluefields y Punta Gorda, de Masaya y Jinotepe a León y Nuevo Amanecer.

> Me desempeñé principalmente como asesor de los propios técnicos del Ministerio de Reforma Agraria.
>
> Se trataba de introducir la cooperativa agropecuaria como figura de organización de los campesinos que recibían las tierras confiscadas a Somoza y a los somocistas. En teoría, sonaba muy bien, pero en la práctica hubo muchas dificultades.
>
> La ideología del campesinado en toda América Latina está fincada en la posesión de la tierra. Los campesinos quieren ser dueños de su tierra, aunque sea poquita, para trabajarla con su familia y vivir de lo que de ella obtengan, tanto si consumen

ellos mismos sus productos como si los llevan a vender al mercado. O parte y parte, como ocurre por lo general.

Es decir que la implantación de un sistema cooperativista implicaba un cambio revolucionario que debía llevarse a cabo cuidadosamente, en forma paulatina y con la preparación previa de los directamente afectados. Pero no fue así, hermano.

En la misma asamblea improvisada en la que les repartía las tierras, la Reforma Agraria organizaba a los campesinos en cooperativas, sin tomarlos en cuenta, sin preguntarles siquiera su parecer. Llegaban los representantes del gobierno revolucionario, mecánicamente nombraban una Junta Directiva, levantaban una lista de socios y los instaban, a partir de ese mismo momento, a trabajar la tierra en colectivo. No tomaron en consideración su deseo ancestral de tener su tierrita para trabajarla familiarmente. Con los años y los problemas que estos errores causaron, se desgastó el modelo. Así que se tuvieron que hacer algunas concesiones, como asignar una o dos manzanas de tierra a cada cooperativista para que cultivara lo que quisiera y mantener el resto en forma colectiva. Facilitar el desarrollo de ese proceso fue el objetivo de mi trabajo. Pero con todos los problemas derivados de la aplicación vertical y autoritaria de esa medida revolucionaria, siempre trabajé a toro pasado, como se dice; de manera remedial.

A los tres años de su estadía en Nicaragua, vividos en condiciones muy precarias de alimentación, de salud y de vivienda, a Eduardo le cambió la vida por completo. En el año 83, el gobierno sandinista propuso su nombre a la Comunidad Económica Europea para ocupar un puesto en la Misión Internacional del Proyecto de Producción de Granos Básicos destacada en Nicaragua. Hubo reticencias por parte de la Comunidad para que se aceptara el nombramiento, pues la norma determinaba que los expertos de las misiones internacionales fueran europeos, pero finalmente lo contrataron habida cuenta de su experiencia y de que, si no era europeo, por lo menos no era nicaragüense.

Esta condición excepcional se reflejó en su salario y en su estatus, aunque no en su ocupación, pues siguió haciendo lo mismo que venía haciendo desde que llegó a Managua, sólo que a partir de entonces empezó a manejar

un presupuesto inmensamente mayor al que el gobierno sandinista destinaba a la capacitación campesina y a ganar en un día, y en dólares, lo que sus compañeros ganaban en un mes.

No sin resquemores de conciencia, pues el pago le parecía exorbitante y el dinero no había sido obviamente la razón por la que se había ido a Nicaragua, Eduardo aceptó el nombramiento. Pesó en su decisión la paternidad. Desde que Georgina se regresó a México, Eduardo andaba de chino libre, y como muchas mujeres habían perdido a sus hombres en la guerra, cuando se dio cuenta ya había engendrado a dos muchachos, Eduardo Miguel y Ricardo, que nacieron de madres diferentes más o menos al mismo tiempo, en el año de 1981. Gracias a su nueva adscripción laboral, Eduardo pudo mantener a los chavalos —y en alta medida a sus respectivas madres— en condiciones decorosas hasta que se hicieron hombres.

Para no entrar en contradicciones ideológicas, Eduardo decidió «socializar» sus ingresos de una manera muy parecida a la antigua caridad cristiana, pero transfigurada, por la vía del socialismo, en pachanga, solidaridad y negligencia.

> Una de las formas más públicas de la socialización de mi salario era la celebración, cada dos o tres meses, de una fiesta para mis compañeros de trabajo y mis amigos. Los reunía en la casa que alquilé en el barrio de Altamira D'Este, que vos conociste cuando viniste a Nicaragua en el 82, ¿o fue en el 83? Era la que estaba en medio de un manglar. Ahí les compartía los lujos que muy pocos podíamos darnos: el mejor ron de exportación de Nicaragua, vinos chilenos, cervezas alemanas; cigarros extranjeros, muy apreciados dada la pésima calidad de los nacionales, pues no había materias primas para la producción de los filtros; botanas de aceitunas, palmitos, jamones españoles y quesos franceses y holandeses; carnes y mariscos nicaragüenses de exportación, que asábamos a la parrilla. Todo eso lo compraba en la tienda diplomática libre de impuestos, establecida para el personal de las embajadas y de las misiones internacionales, como la de la Comunidad Económica Europea a la que yo pertenecía. Otras formas de socializar mi salario consistían en venderles dólares al cambio oficial, tres o cuatro

> veces más baratos, a los amigos que decidían sacar del país a sus hijos en edad del servicio militar; comprarles medicinas cuando las necesitaban y no las había en los centros de salud, e, incluso, traer de Costa Rica o Panamá, países a los que por razones de mi contrato tenía que ir con frecuencia, refacciones automotrices que no se encontraban en el país para vehículos del propio Ministerio de la Reforma Agraria.
>
> Hoy pienso que exageré. Pero cuando algún amigo me pregunta si me arrepiento de tal dispendio, le respondo que no. A muchas personas beneficié. A algunos los salvé de terribles apuros y a otros les di momentos de felicidad, así hayan sido efímeros, como todo en la vida. Lo que sí sé es que ahora me caerían muy bien esos reales. Porque así como fui de desprendido fui de irresponsable: no guardé nada para mi vejez, no me garanticé una jubilación o un seguro médico y, en serio, no tengo ni donde caerme muerto, hermano. Algo bueno fue haber comprado dos casas que son de mis dos hijos mayores. Me costaron muy baratas: cinco mil dólares cada una. Las compré cuando las familias de clase media abandonaban el país con el objeto de evitar que les secuestraran a sus hijos para que cumplieran el servicio militar, que era tanto como mandarlos directamente a la guerra. A la guerra contra La Contra.
>
> Algunos de mis amigos y de mis compañeros de trabajo, cuya fidelidad revolucionaria no podía ponerse en tela de juicio, se rehusaban a que sus hijos varones, tan pronto cumplían dieciséis años, tuvieran que hacer el servicio militar llamado *patriótico* por no decir *obligatorio*. No querían que sus hijos partieran al frente de batalla sin querer hacerlo ni tener el entrenamiento necesario. Por fortuna, mis hijos entonces eran muy chicos y no me vi en semejante encrucijada. No hubiera sabido qué hacer. Quizás habría desertado de mi compromiso con la Revolución sandinista.

No dejaba de ser curioso y hasta paradójico que Eduardo, que se había ido a Nicaragua a trabajar en una revolución popular de línea socialista ganara en muy buenos dólares lo que jamás habría soñado ganar en pesos mexicanos. Se volvió el rico de la familia. Tenía sus cuentas bancarias en Panamá y se daba la gran vida en medio del desastre de la guerra. Y ciertamente, fue muy generoso, y sus nuevas condiciones salariales no modificaron un ápice ni su entrega al trabajo ni su compromiso político. No

olvidaré nunca la ayuda que me brindó en un momento en el que de veras la necesitaba. Habían operado a mi hijo Gonzalo de la columna vertebral, y yo no contaba con el dinero suficiente para pagar las exorbitantes cuentas del caso. Eduardo me envió una buena suma de dólares, que me resultaron salvadores.

En 1983, Eduardo me invitó a Nicaragua. Eran tales su entusiasmo por la revolución que estaba viviendo, la necesidad de que conociera a sus hijos —aunque ninguno de los dos viviera con él— y las posibilidades de recibirme en su casa, que no pude ni quise negarme a acudir a su llamado. A mí también me interesaba conocer «en vivo y en directo» ese proceso en el que yo creía por cuenta propia.

La guerra estaba en su apogeo. La Contrarrevolución impulsada por Ronald Reagan y por su secretario de Estado, Henry Kissinger, ganaba territorio y se temía una invasión norteamericana. La amenaza de muerte se cernía sobre el país entero.

Di una inevitable conferencia en el Recinto Universitario Rubén Darío. Entre otras cosas hablé, heréticamente, de la explicable ambigüedad de El Poeta con respecto a los Estados Unidos de América, «potentes y grandes»; de su admiración y de su repulsa por el país de Whitman y de Poe, que a la sazón representaba la democracia y la civilización, y que también a la sazón, canal de Panamá de por medio, inauguraba su estadio imperialista.

Dos imágenes me convencieron de responder solidariamente, sin vacilaciones, al cisne interrogante. Una, la biblioteca del Recinto: su sección de literatura posee menos volúmenes —ay— que los libreros de mi casa. Otra, ahí, tras el ventanal del auditorio, brutal y cotidiana: maestros, estudiantes, trabajadores universitarios cavando una zanja para construir, primitiva pero eficazmente, un refugio antiaéreo. No pasarán.

Y yo, hablando de literatura ante un público que me pide perdón por ser exiguo.

Cómo no recordar el feliz verso de Alonso de Ercilla:

> La regalada cama en que dormía
> era la húmida tierra empantanada
> armado siempre y siempre en ordenanza,
> la pluma ora en la mano, ora la espada.

Te cuento por qué no me regresé a México cuando el Frente Sandinista perdió las elecciones en 1990 y se desató la rapiña de muchos de los viejos revolucionarios.

Cuando se terminó mi contrato como miembro de las misiones internacionales de la Comunidad Económica Europea, el aparato del Estado se estaba «compactando» por no poder sostener la enorme cantidad de empleados que ahí laboraban, pues a lo largo de los años se había generado una gigantesca burocracia, como suele suceder en un régimen socialista. Uno de los primeros departamentos «compactados» fue el de la organización y la capacitación campesinas. En fin, que ya no podían incluirme en la nómina. Como yo tenía dinero ahorrado (gracias al alto salario que me pagaba la Comunidad), seguí trabajando en la capacitación de la reforma agraria, no sólo sin cobrar un sueldo, sino incluso financiando de mi bolsillo algunos programas que eran indispensables para sostener las acciones prioritarias. En ese tiempo no me preocupaba mi futuro ni el de mis hijos (para entonces ya había nacido el tercero: Luis) porque siempre, insensato de mí, quise vivir el presente a todo lo que daba.

En 1989, la Reforma Agraria cumplió diez años. En el acto que se realizó para celebrarlo, se entregaron reconocimientos a quienes habían trabajado durante una década completa. A mí me excluyeron porque había estado comisionado trabajando para la Comunidad Económica Europea. Es decir que no había permanecido en la nómina del ministerio los diez años consecutivos, aunque siempre trabajé para la reforma agraria nicaragüense, a costa de todo e incluso sufragando por mi cuenta, al final, algunos de los programas. Fue entonces cuando me di cuenta de que, ante mí mismo, ya había venido renunciando a trabajar con los sandinistas y su revolución, que ya no era la mía, como lo había pensado durante diez años completitos.

Ésa fue mi primera decepción digamos que personal, pero después sobrevino una decepción política.

En 1990 se celebraron elecciones democráticas en Nicaragua. Yo pensé, como muchos nicaragüenses, que las iba a ganar el FSLN. No fue así: las perdió frente a la Unión Nacional Opositora, que llevó a la presidencia a Violeta Chamorro. En el proceso de sucesión presidencial, los sandinistas vaciaron literalmente las arcas del erario. La indignación se apoderó de

mí cuando vi cómo antiguos revolucionarios se hicieron de propiedades ostentosas y vehículos de lujo, cómo se asignaron a título personal restaurantes, hoteles, clubes exclusivos que ellos mismos habían confiscado al somocismo… Fue «La Piñata». A ver quién agarra más. Se olvidaron de Sandino, de los principios revolucionarios, de las consignas. Se olvidaron de los caídos.

No habría que ver en el triunfo de la Unión Nacional Opositora la derrota del sandinismo. En mi opinión, ése fue su verdadero triunfo, pues gracias a su «derrota» electoral, se cumplió el propósito fundamental del movimiento revolucionario contra la tiranía de los Somoza: la implantación de un sistema democrático en el país. No lo entendieron así muchos de los altos mandos, dirigentes políticos, funcionarios y diputados de la nomenclatura sandinista, que consideraron que no podrían ser una fuerza de oposición consistente si no contaban con los recursos del Estado, y sencillamente lo saquearon.

Después de mi renuncia al Ministerio de la Reforma Agraria, o mejor dicho de mi abandono, porque ya no tenía ningún contrato y los dólares que había ahorrado empezaron a escasear tanto como habían menguado mis deseos de seguir subsidiando capacitaciones campesinas, me quedé sin ocupación. Habría querido regresarme a México, pero no podía, hermano. Ya tenía tres hijos de tres madres nicaragüenses: Eduardo Miguel, Ricardo y Luis, hijos que reconocí en el registro civil y que asumí en todo lo que se refiere a su manutención y a su educación —desde la primaria hasta la universitaria—. Se conocieron entre sí, los llevé a México varias veces, como te consta, para que conocieran a su familia paterna. Frecuentemente pasaban los fines de semana conmigo y buena parte de sus vacaciones escolares. Todavía a ellos me los podría haber llevado a México, pero ¿qué hacía con sus madres? No me las podía llevar a ellas. No me casé ni vivía con ninguna de las tres. Una, además, tenía marido y otros hijos. Además, tampoco me iban a dejar sacar a los niños del país sin su consentimiento. Decidí esperar un tiempo, pensar, buscar qué hacer, ver qué sucedería durante el gobierno de Violeta Chamorro y entonces tomar una decisión sobre mi futuro y el de mis hijos.

Fue entonces cuando puse un restaurante llamado El Chinamo. Club de los Artistas, que vos conociste. Incluso una noche leíste algunos textos tuyos ahí, ¿te acordás? Estaba situado en una plaza inmensa, llamada premonitoriamente La Piñata, como se le llamó después al saqueo que muchos

sandinistas hicieron de las arcas del Estado cuando perdieron las elecciones. Esa plaza tenía veinte restaurantes dispuestos en semicírculo, de cara a un escenario gigantesco, donde se realizaban espectáculos masivos de gusto popular. El Chinamo fue exitoso. Tenía buena y suficiente clientela, un menú variado con platillos de comida nica y mexicana y precios razonables. La plaza estaba administrada por un hermano de un ¡Dirección Nacional Ordene! Una persona mediocre y vulgar.

En El Chinamo conocí a Silvia Girón, con quien me casé en 1990. Vos viniste de sorpresa a mi boda. No se me olvidará nunca el susto y el gusto que me diste, porque cuando te vi llegar, pensé que era yo mismo el que atravesaba la plaza en busca de mí. ¡Tanto nos parecemos, hermano! Qué alucinación. Ya estaba muy mamado.

Poco después nació mi hija Lucía Virginia.

Entre mis clientes habituales de El Chinamo había varios europeos, cooperantes con la revolución, que no entendían qué hacía yo metido a restaurantero. «Está bien, conservá el negocio», me decían, «pero conseguí quién te lo administre y vos regresá a lo que sabés hacer, empezá a dar consultorías, tenés una gran experiencia y conocés el tema mejor que nadie, no puede ser que desperdiciés tu talento de esta manera, etc.»

Un día, un suizo amigo mío y cliente asiduo de El Chinamo, que se desempeñaba como consultor de la cooperación suiza, me propuso que ofreciera una consultoría sobre la metodología para la capacitación campesina, que con los años se había vuelto mi especialidad. Así fue como empecé de consultor. Me fue tan bien que pude cerrar El Chinamo. No lo delegué en nadie porque la degeneración y la delincuencia se habían apoderado de la plaza y La Piñata quedó convertida en un burdel por su administrador sandinista.

Y así fue, hermano querido, como me quedé viviendo en Nicaragua, con mis cuatro hijos, pero sin ninguna de sus cuatro madres, porque poco después me divorcié de Silvia Girón, seguramente para nunca dejar Nicaragua, donde ya he vivido la mayor parte de mi vida.

Disfrazado de Gustavo Adolfo Bécquer, Rubén Darío ocupa el centro de la plaza de la ciudad de León, mohosa y tejada como su homónima española. A espaldas de El Poeta, la Catedral, digna pero evidentemente menor que su proyecto de Babel: de ser consecuentes con sus basamentos, las torres rematarían en el cielo. Al lado, la chatarra de la guerra.

Como para cicatrizar sus heridas, las olas del Pacífico lamen sus extremidades. Como para aliviar su dolor.

Eduardo prestó sus servicios de consultoría en una quincena de organismos internacionales. Durante algunos años trabajó en ellos con bastante éxito, y ganando buena plata, como diría él, en divisas extranjeras, pero a partir de que Daniel Ortega retomó el poder, Nicaragua dejó de ser el foco de atención de la comunidad internacional y un importante objetivo de los programas de apoyo al desarrollo que prestaban tantos países. Eduardo paulatinamente se fue quedando sin trabajo. Y La Causa acabó por desaparecer. De la misma manera que había perdido la fe religiosa casi sin darse cuenta, cuando vino a ver, la causa por la que había luchado toda su vida adulta, desde que abandonó la Congregación de los Hermanos Maristas, dejó de tener sentido.

Daniel Ortega, tras haber pactado con la alta burguesía, recuperó el poder; echó mano de todas las artimañas para reelegirse más allá de los dos periodos que marcaba como límite la constitución; hizo valer su fuerza para que el Supremo Consejo Electoral creara la figura de la vicepresidencia, que curiosamente recayó en su esposa Rosario Murillo, alias «la Chamuca», quien ha cogobernado con un raro discurso entre místico y mesiánico, entre amenazante y redencionista, entre puritano y demagógico; le arrebató la personalidad jurídica al Partido Liberal Independiente y vetó a los candidatos independientes la inscripción en la última contienda electoral.

Ahora, mientras escribo este capítulo, el pueblo nicaragüense se está alzando contra un gobierno autoritario, un gobierno que ha traicionado los ideales sandinistas que en 1979 derrocaron al dictador Anastasio Somoza, un gobierno que ha recurrido a una sangrienta represión para seguir manteniéndose en el poder, igualmente omnímodo y dictatorial que aquel contra el cual luchó hace cuatro décadas. Día a día caen las «arboledas» con las que la Chamuca trató de renovar la esperanza. Día a día se queman más banderas rojinegras. Día a día crece el

número de muertos y de prisioneros.

Eduardo no cuenta con ningún tipo de seguridad social ni de jubilación, y no posee ninguna inversión ni propiedad en Nicaragua. Les compró sendas casas a sus hijos cuando trabajaba para la Comunidad Económica Europea, pero desde que cumplieron dieciséis años (que es la edad a la que en Nicaragua se alcanza la mayoría de edad) son propiedad de ellos.

Después de que se divorció de Silvia Girón, durante un tiempo largo siguió viviendo en la casa que le había comprado a su hija Lucía Virginia. Y desde hace veinte años por lo menos ha vivido de la renta de la casa que le regaló a Eduardo Miguel, su hijo mayor, quien no la ocupa porque, después de haberse graduado de médico en Cuba, se fue a vivir con la madre a Costa Rica. Los trescientos dólares mensuales que le deja ese alquiler constituyen su único ingreso.

Formado desde muy pequeño en una orden religiosa en la que no hay pertenencias personales, no hay preocupaciones relativas al sustento y por tanto no se asumen responsabilidades económicas, Eduardo no previó nunca su futuro. Se dedicó a cumplir fielmente con su vocación social sin importarle lo demás. Cuando tuvo dinero, fue generoso y hasta despilfarrado; cuando no lo tiene, espera de los demás una solidaridad que nunca es suficiente para satisfacer sus necesidades. Algunas elementales, como la salud.

Muchos lo hemos ayudado de muy diversas maneras y en la medida de nuestras posibilidades, pero ninguno de sus hermanos ni de sus amigos cercanos hemos podido asumir totalmente la responsabilidad de su manutención.

Un buen día, cuando su situación en Nicaragua había llegado a las puertas de la disolución personal, Eduardo recibió una inusitada propuesta de trabajo en México. Su antiguo amigo Marte Trejo, compañero de sus mismos afanes redencionistas, lo invitaba a involucrarse en una nueva utopía.

Orlando Smith salta, elástico, del techo del bus fabricado en México que transita por la carretera sur. Todo risa blanca pone sus también blancas palmas sobre el parabrisas del *jeep* en que nos transportamos.

—Este carro lo reconozco a cualquier distancia —nos dice—. Por su ritmo —aclara.

Un gorro de lana azul le suda en la cabeza, también azul y también de lana, bajo el calor húmedo de Managua.

Me abraza con entusiasta dulzura, a mí, que no me conoce —es un decir—. Conoce, por Eduardo, varios pasajes de mi laberinto y transita por ellos con asombrosa fluidez.

Llegó de Bluefields para bienvenirme justo la víspera de mi partida.

Se baña en casa de Eduardo. Se pone una camisa blanca, impoluta, de mangas abultadas, y un chaleco negro, brillante y entallado.

Como un leopardo, elegante, preciso, ágil, sirve —porque servir ha sido la historia de su raza— ron oro y plata a diestra y siniestra en los frascos de mayonesa y de mostaza que, a su vez, sirven de vasos; pone el disco exactamente en esa pieza, ríe, cuenta cuentos pícaros y blandos, y baila el palo de mayo. Del servilismo atávico al comedimiento.

Oro.

Baile.

Risa.

Palabra.

Biografía.

A las cinco de la mañana, en esa despedida que no quiso consumarse, cuando se impone la necesidad impostergable de hacer la maleta porque el avión sale a las siete, Orlando Smith se acurruca al pie de la cama. Está triste. En su silencio parecen hablar las palabras de los poetas de Jinotepe, que explican su tristeza: «Por si la muerte».

Orlando Smith: la parte negra de la rojinegra bandera sandinista.

La reunión fue el viernes en casa de Martínez Stack, antiguo camarada suyo de estudios marxistas. Sus viejos amigos le darían ahí la bienvenida al país, tras cuarenta años de haberse ido a vivir a Nicaragua. Desde entonces, sólo lo habían visto en sus viajes cada vez más esporádicos a México o cuando lo habían ido a visitar a Managua; sin embargo, habían mantenido una correspondencia constante con él, y milagrosamente el cariño que le tenían antes de su partida se había conservado intacto, si no es que acrecido, a lo largo del tiempo. Milagrosamente, digo, porque las trastadas juveniles de Eduardo, que a uno de ellos le había bajado a la novia, que a otro le había quedado a deber dinero, que a otro más no le había devuelto a tiempo el coche que le había prestado..., habían sido perdonadas por la admiración que siempre le habían profesado. Eduardo había tenido los huevos, decían, de irse a vivir a Nicaragua, de trabajar en una Revolución que renovaba las esperanzas y de asumir su compromiso político hasta las últimas consecuencias.

Ahora, cuarenta años después, por fin volvía en definitiva a su patria, desencantado por los derroteros lamentables que había tomado la Revolución sandinista, pero animado por el ofrecimiento laboral que le hacía Marte Trejo, uno de sus más cercanos compañeros de batallas y de ideales. A la sazón, Marte había sido nombrado coordinador de un programa de educación campesina en la península de Yucatán y quería contar con el apoyo y la experiencia de su amigo, a quien, por otra parte, deseaba socorrer. Era una oportunidad que Eduardo no podía desaprovechar. Estaba a punto de cumplir setenta años y hacía tiempo que ya no tenía trabajo en Nicaragua.

A casa de Martínez Stack asistieron, para recibir a Eduardo, Héctor Ramírez Williams, Primitivo Rodríguez y otros

amigos, cómplices de ideales utópicos, de luchas reivindicatorias y de muchos reventones; la Güera Pozo, primera esposa de Eduardo, que de recién casada se fue con él a vivir y a trabajar a Nicaragua, y mi hermana Rosa, que siempre lo apoyó y en numerosas ocasiones, cuando nuestro hermano regresaba por unos días a México, lo recibió en su casa de las Lomas de Chapultepec.

Yo no pude asistir a esa fiesta de bienvenida. Compromisos de trabajo me lo impidieron. Pero había organizado para el día siguiente, sábado, otra comida en mi casa de San Nicolás Totolapan con todos los hermanos para recibir a Eduardo en México después de cuatro decenios de ausencia.

Los amigos de Eduardo reunidos en la casa de Martínez Stack y yo mismo habíamos compartido muchos años atrás el entusiasmo por la Revolución sandinista. Aun antes, cuando apenas nos asomábamos a la adolescencia, habíamos hecho nuestra la causa de la Revolución cubana, que representó, en la generación, la gran esperanza para nuestro propio país y para toda América Latina. Todos tuvimos en nuestros cuartos un poster del Che Guevara, todos leímos a Martí, todos oímos las canciones de Carlos Puebla y recitamos los poemas de Nicolás Guillén y escuchamos los discursos de Fidel y tomamos ron Havana Club y vimos las películas de Gutiérrez Alea y entonamos «un rubí, cinco franjas y una estrella...». Y todos viajamos en un momento u otro a La Habana con el corazón henchido de solidaridad. Y también todos, en consecuencia, visitamos Nicaragua en varias ocasiones, la Nicaragua *tan violentamente dulce* que nos describió Julio Cortázar.

Rosa me cuenta que en casa de Martínez Stack los aperitivos se sucedieron ininterrumpidamente mientras todos esperaban que Eduardo, el héroe revolucionario, el hombre que había sacrificado su vida por la causa, el amigo querido y admirado por todos los presentes, hiciera su aparición.

Rosa era la que conocía el itinerario del vuelo; la que se había responsabilizado de tramitar la compra del pasaje de avión que lo regresaría de Managua a México, de mandar a recogerlo al aeropuerto y de avisarle de esta comida de bienvenida y de la que yo le ofrecería al día siguiente en mi casa, pero no decía nada preciso sobre la hora de su llegada.

Conforme esperaban a Eduardo, las cervezas se multiplicaron, los caballitos de tequila corrieron al trote, el guacamole transcurrió de chicharrón en chicharrón y de boca en boca, y los ánimos se encendieron: fueron subiendo los decibeles y cobrando coloratura los chistes. Las bromas sobre Eduardo y los cuatro hijos de cuatro mujeres diferentes que había engendrado en Nicaragua se tornaban cada vez más agudas; las risas, más sonoras, y las conversaciones, más sordas y unilaterales. Y nada de que llegaba el Mesías.

Rosa me dice que ya tarde, pasadas las cinco, hizo su aparición Elena Díaz Alejo, una antigua novia de Eduardo, en cuya casa mi hermano se hospedaría durante el tiempo que tuviera que pasar en la Ciudad de México antes de marcharse a Mérida, Yucatán, a trabajar. Cuando llegó para recogerlo, pensando obviamente que Eduardo ya se encontraría ahí y que la comida ya estaría en los postres, Elena se topó con una fiesta azuzada por el galope de los caballitos tequileros, por las burlas despiadadas y los recuerdos adolescentes de Héctor y Primitivo, que daban cuenta pormenorizada de los desmanes de toda índole que ellos y Eduardo habían perpetrado durante su primera juventud, cuando apenas había salido del convento y quería

comerse el mundo a dentelladas.

Elena, que no había tomado una gota de alcohol, rechazó el tequila que Martínez Stack le ofreció y permaneció callada, temerosa, al margen de las risotadas y las anécdotas que sobre la vida disipada de Eduardo enmadejaban sus viejos amigos. Georgina Pozo, su exmujer, que había decidido, aunque lo siguiera queriendo todavía, dejarlo solo en Managua ante sus exabruptos aventureros que rebasaban con mucho su compromiso político, testificaba con indulgencia cuanto decían los amigos. Elena se sintió fuera de lugar, confusa. No comprendía por qué no había llegado Eduardo si en su último correo quedaron formalmente en que ella pasaría por él a casa de Martínez Stack después de la comida. Además, ella ya tenía todo preparado en su departamento para alojarlo amorosamente: la fruta en el frutero, las flores en el florero, las cervezas en el refrigerador, las toallas nuevas en el baño, las sábanas limpias en la paciente cama.

Rosa, por su parte, celebraba con sus fresquísimas carcajadas los chistes de los amigos de Eduardo, y correspondía de la mejor manera a las miradas sonrientes de Héctor, a las declaraciones elocuentes de Primitivo, a los recuerdos de Georgina, a las amabilidades de Martínez Stack, que servía trago tras trago mientras llegaba Eduardo y que, junto con su mujer, le había preparado al amigo repatriado una comida que ya se había recalentado varias veces sin que hasta entonces hubiera transitado de la cocina al comedor.

Elena le preguntó a Rosa insistentemente por Eduardo, pero Rosa siempre contestó con evasivas. Espérate tantito, no comas ansias, al rato te digo.

Cuando los aperitivos ya empezaban a parecer digestivos y las botanas, la comida formal, Rosa, pasadas las cinco de la tarde, no pudo aguantar más y lo soltó de manera categórica, con una sola emisión de voz que paró todas las carcajadas, todos los bocados, todas las palabras:

—Eduardo no viene.

La víspera del viaje a México, Eduardo se emborrachó.

Ya tenía preparadas sus maletas y sus documentos. Ya había dispuesto la entrega de la casa a Lucía Virginia —la cuarta de sus hijos y la única mujer—, quien vivía con él. Tenía unos cuantos dólares, procedentes de la otra casa que en sus tiempos de bonanza había comprado para su hijo Eduardo Miguel, y que estaba en renta. Pero no había podido vender los cuadros de un pintor nicaragüense, Álvaro Gutiérrez, que él en mucho valoraba, con lo que pensaba sufragar los gastos de su estancia en México y su traslado a Yucatán antes de que recibiera su primer sueldo.

Lucía Virginia nos contó que en la madrugada del día de su viaje a México, Eduardo ni siquiera estaba crudo; todavía estaba borracho. El vuelo salía a las seis de la mañana y había que documentarse en el mostrador de COPA a más tardar a las cuatro. Ante su insistencia de que se bañara, se vistiera y se fuera al aeropuerto, Eduardo sólo quiso tomarse una cerveza que lo devolviera a la vida. Como se había acabado las que estaban en el refrigerador, decidió ir a comprar un cartón a las tres de la mañana. Obviamente no encontró ningún lugar abierto y volvió, con paso tambaleante, a la casa. Hizo caso omiso de las excitativas de Lucía Virginia de que se alistara para el viaje, se metió de nueva cuenta en la cama y se durmió con ronquidos estentóreos hasta que la plena luz del sol lo despertó, cuando ya el avión había aterrizado, sin él a bordo, en su escala de Panamá.

Yo ya sabía desde el viernes que Eduardo no vendría. Me lo dijo Rosa tan pronto se enteró por un *whatsapp* que le mandó Lucía Virginia. Pero no podía echar marcha atrás en la convocatoria. Silvia y yo habíamos invitado a comer a casa a todos mis hermanos vivos y a los fantasmas de los muertos ante un acontecimiento tan notable como el

regreso del hijo pródigo. Ricardo y Flor, su mujer, se habían trasladado desde Guadalajara a México para asistir a la reunión, y todos los demás habían aceptado, gustosísimos, la invitación para recibir a un hermano que se había escapado del redil familiar para meterse a guerrillero, como decía Virginia, la mayor.

Silvia y yo habíamos dispuesto una comida ancestral para recibirlo con aquellos platillos que mamá preparaba desde que Eduardo y yo éramos niños y cuyas recetas figuraban en su libro de cocina, en que las consignó para la posteridad con preciosa caligrafía Palmer: las croquetas de pollo, la sopa de almendras, los huevos en salsa blanca, la torta de elote con pimientos morrones, el cuete mechado, la ensalada de manzana y zanahoria, las albóndigas reales y el pastel de nuez con sirope de brandy. No tuve corazón para cancelar el convivio.

Llegaron todos al mismo tiempo en concordancia con la maniática y enfermiza puntualidad de cada uno de los miembros de esta numerosa familia. Llegaron con los regalos propios para los anfitriones —flores, vino, chocolates—, pero sobre todo con regalos para Eduardo, el que se fue, el desconocido, el misterioso, el hermano marista, el revolucionario; el que por fin regresaba.

Igual que Rosa en la comida del día anterior, dejé que corriera el tiempo de los aperitivos, hasta que tuve que informarles a todos que Eduardo no vendría, que se había quedado en Nicaragua. ¡¿Cómo?! ¡¿No viene?! ¡¿Por qué?! ¡¿Qué le pasó?! ¡¿Tuvo un accidente?! Pensaron que se trataba de una broma, o que se había demorado el vuelo o que había aplazado su llegada sólo por unas horas o cuando más por unos días. Tuve que desengañarlos, con el aval de Rosa, que fue quien recibió por parte de Lucía Virginia la noticia y la explicación de su imposibilidad de viajar. El Godot centroamericano simplemente no estaba en condiciones de tomar un avión.

Durante días no supimos de manera directa nada de

Eduardo. Indirectamente, sí, por los *whatsapps* cada vez más explícitos que su hija Lucía Virginia le mandaba a Rosa.

Al cabo de unas semanas del plantón, Eduardo se disculpó, mediante sendos correos, enviados desde un cibercafé, con mi hermana y conmigo. Estaba muy contrito y se autoinculpaba. A Rosa le dijo textualmente que se lo iba a llevar la chingada. Rosa, con su claridosidad contundente, lo refutó:

—No te va a llevar la chingada, hermanito; ya estás en La Chingada. Ahí preferiste quedarte.

Sé lo que pasaría si pasara la invasión: no pasarían.

No sé lo que pasará si no pasa: ¿qué pasará?

¿Pero la borrachera de Eduardo era la verdadera causa de que no hubiera venido a México? ¡Lo había anunciado con tanta certidumbre y anticipación, que hasta nos mandó a los hermanos y a los amigos una agenda minuciosa con todas las actividades que quería realizar en la capital antes de irse a trabajar a Yucatán! No lo creo; más bien pienso que la borrachera solitaria que se puso la víspera de su presunta partida fue el efecto de su decisión íntima y profunda de no regresar. Pudo haber influido, ciertamente, la escasez de recursos. Tras muchas solicitudes de dinero a sus familiares y amigos, se había topado con la reticencia de quienes ya lo habían ayudado anteriormente sin recibir a cambio ningún gesto de agradecimiento o que seguían esperando que pagara las deudas que había contraído con ellos. Rosa y yo le habíamos comprado el boleto de avión y durante muchos años, desde que empezó a tener problemas económicos, le mandábamos dinero periódicamente y lo recibíamos en nuestras respectivas casas cuando venía a México. Estábamos dispuestos a seguir ayudándolo en este trance, aunque cada vez con más reservas y limitaciones. Pero yo creo que lo que determinó su decisión fue la pena de abandonar el país en el que había pasado más de la mitad de su vida y de dejar a los tres hijos que ahí vivían, aunque cada uno de ellos ya hubiera hecho, mal que bien, su propia vida. Lo que infiero es que Eduardo quiso ahogar en alcohol su incompetencia de arrostrar ante sus amigos y sus hermanos —e incluso ante sus propios hijos— el fracaso que significó la revolución a la que le entregó su vida. Tanta y de tal manera profunda había sido la identificación con esa causa, que el deterioro político de la revolución se trasminó a la propia persona de mi hermano, que no tuvo la capacidad de separarse de él y lo asumió como cosa propia. Él, el guerrillero, el líder, el revolucionario, el que había sido congruente con sus ideas y las había llevado a la praxis revolucionaria, regresaría tan vencido como el sandinismo de la primera hornada; cansado y viejo para realizar un

trabajo indefinido y mal pagado —el que le ofrecía Marte Trejo en Yucatán—, para cuyo desempeño ya no tenía ni fuerzas ni coraje ni ilusión. Optó por emborracharse y dejar que el avión partiera sin él a bordo.

Se aseguraba que la invasión norteamericana tendría lugar el día quince.

La noche del catorce, en casa de mi hermano Eduardo, rodeada de mangales y de almendros, Héctor y yo le preguntamos, con la seriedad que supone decir *ya en serio*:

—Ya en serio, qué hacemos nosotros si la invasión.

—Ustedes —nos respondió— se siguen aquí tomando su Flor de Caña, al suave. Ya tendrían su lugar después.

Y ya en serio, ni por un instante dudamos esa noche, Flor de Caña aparte, en ocuparlo.

Ya en serio.

En mayo de 2016, Sergio Ramírez me invitó a participar en el encuentro Centroamérica Cuenta que anualmente organiza en Managua.

Silvia me acompañó a ese viaje a Nicaragua, un país que ella no conocía y que yo había visitado en tres ocasiones anteriores.

Ya en Managua, mi mujer y yo invitamos a Eduardo y a los tres hijos suyos que vivían en el país a comer en un restaurante del barrio de Altamira D'Este, donde se localizaba la casa de huéspedes a la que mi hermano se había ido a vivir. Cuando Silvia y yo llegamos a la cita que habíamos pactado con toda antelación por la vía del correo electrónico y confirmado después por el mismo medio, Eduardo ya nos estaba esperando ahí, solo, sentado a la cabecera de una larga mesa, tomándose una cerveza. Hacía años, desde su último viaje a México, en los principios del siglo XXI, que no lo veía. Lo encontré delgado, encanecido y todavía debilitado por los estragos que en su salud habían hecho en el último año las pestes del chikungunya y el zika, que sucesivamente lo afectaron. Vestía una guayabera color salmón de manga corta, que dejaba asomar unos brazos, si un tiempo fuertes, ahora un tanto flácidos. Pero no había perdido su apostura: la claridad interrogante de su mirada, su media sonrisa, sus ademanes elocuentes, a veces sustitutivos de la palabra. Nos abrazó con un cariño reticente, quizá tímido, como si lo avergonzara todavía el plantón que nos había dado a Rosa, a mí y a todo mundo el año anterior. Acudieron después, uno a uno, tres de sus cuatro hijos: Ricardo, Luis y Lucía Virginia. E inesperadamente, se apersonó también Silvia Girón, de quien Eduardo se divorció en el año de 1995. Una mujer morena, de espesos cabellos rizados, dientes muy blancos, hoyuelos en las mejillas y ojos negros e inteligentes. Eduardo se congratuló de la presencia de sus hijos y quiso darnos a Silvia y a mí la impresión de que la relación paternofilial era modélica y que él cumplía a cabalidad el

papel de *pater familias* que merecidamente lo colocaba en la cabecera de la mesa. Silvia Girón justificó su presencia con el argumento de que, si estaba reunida la familia, ella, como madre que era de Lucía Virginia, tenía el derecho de acudir a la comida, sobre todo habida cuenta de que yo llegaba, ahora con mi mujer, de visita a Nicaragua, pues tenía un recuerdo muy agradecido de mí cuando Eduardo, aún casado con ella, la llevó consigo a México.

Sentí a Eduardo amoroso, pero reservado, esquivo y muy lento en su articulación verbal, como si las palabras no cayeran por mera ley de gravedad del cerebro a la boca, sino que había que invocarlas constantemente para que se presentaran en la lengua, no siempre con fortuna, pues a veces eran sustituidas por un ademán ininteligible o simplemente claudicante. Me impresionó su dificultad articulatoria porque contrastaba muy notablemente con su capacidad de escribir: sus correos estaban muy bien redactados. Y no sólo eso, tenían consistencia argumental y fuerza expresiva.

Su hijo Ricardo no participó en la conversación: es un joven amulatado, introvertido, que mira con una sonrisa entre distraída y maliciosa. Luis, en cambio, no dejó pasar la oportunidad para hablar, con mucha fluidez, por cierto, de su trabajo como ingeniero industrial en una compañía de maquinaria pesada. Y Lucía Virginia, con su cabellera afro heredada de su madre, pero de tono rojizo, y con una figura esbelta y elástica de instructora de yoga, desplegó toda la dulzura de su sonrisa y derramó toda la miel de sus ojos claros sobre la mesa y sus comensales. Es una muchacha guapa, moderna, avezada en los *gadgets* electrónicos, lista y graciosa. Se ve que quiere al padre —con quien vivió un buen tiempo— con un amor sereno, pero también crítico, protector y al mismo tiempo juicioso y objetivo.

Silvia Garza, mi mujer, es editora y se dedica a desarrollar proyectos educativos en diferentes estados de la República Mexicana y a publicar los materiales didácticos correspondientes, no sólo en español, sino en varias lenguas originarias de Mesoamérica. Antes de partir a Managua,

habíamos pensado que podríamos aprovechar la experiencia pedagógica que Eduardo había acumulado a lo largo de muchos años en sus trabajos de educación campesina en diversas comunidades tanto de México como de Nicaragua, muchas de ellas indígenas. A la mitad de la comida, Silvia le habló brevemente del asunto y lo citó a las once de la mañana del día siguiente en el Hotel Barceló, donde nos alojamos. Pensaba plantearle con cierto pormenor algún proyecto en el que Eduardo pudiera brindarle una asesoría, sin necesidad de trasladarse a México, vía electrónica. Pero a la sexta o séptima vez que en el transcurso de la comida Eduardo nos preguntó en qué hotel nos hospedábamos, sin que en ninguna de ellas hubiéramos dejado de responderle, Silvia y yo, sin necesidad de decírnoslo, supimos, con un mero cruce de miradas, que ya no había nada que hacer.

Eduardo, por supuesto, no fue al hotel al día siguiente, pero sí asistió a la sesión inaugural del encuentro Centroamérica Cuenta, en la que yo participé. Lo vi en alguna fila trasera del auditorio, con la misma guayabera color salmón de la víspera. Cuando concluyó la mesa redonda, se ofreció un brindis en el patio aledaño al auditorio. Busqué a Eduardo por todos lados. No lo encontré en ningún sitio. Nadie lo había visto. No había saludado a nadie al llegar ni se despidió de nadie al salir. De pronto, me topé con su amigo Arturo Zamora, el que lo había involucrado, en los últimos años setenta, en la lucha sandinista. El reconocimiento, los saludos, los abrazos, los parabienes desembocaron en un diálogo absurdo:

—¿Has visto a Eduardo?

—¿A Eduardo? ¿A tu hermano Eduardo?

—Sí, ¿pues qué otro Eduardo?

—Pues mejor decime vos si lo has visto tú.

—¿Yo? Sí, lo acabo de ver. Estaba en el público, arriba a la izquierda.

—¡¿Aquí?!

—Sí; aquí, ¿pues dónde?

—¡¿Qué?! ¿No está en México?

—¡¿En México?!

—Sí, hace mucho me dijo que se regresaba a México. ¿No está allá?

—No; está aquí, en Managua. Comí con él ayer.

—¡Mirá vos qué jodido! Si me dijo que se iba para México, me invitó a una fiesta de despedida, nos abrazamos como si nunca más nos fuéramos a ver, y hasta lloramos juntos. Yo estaba seguro de que se había vuelto para México. Hace meses que no lo veo. Es más, están remodelando su casa. Paso por ahí todos los días. Primero la vi con todas las ventanas cerradas, pero ahora está llena de andamios y de albañiles. Pensé que la había vendido.

Desde que desistió de venir a México, Eduardo había vivido escondido en Managua. Su caso me recordó una película setentera de Alain Tanner, *Le retour d'Afrique*. Hartos de la proverbial neutralidad suiza, un hombre y una mujer, ambos muy jóvenes y recién emparejados, se despiden de sus amigos porque han decidido autoexiliarse en algún país africano para llevar a cabo un trabajo social y humanitario. Pero por alguna circunstancia ajena a ellos, no pueden realizar su proyecto y se ven en la penosa necesidad de ocultarse en su propio departamento, donde ya no hay muebles ni alimentos. Acaban por vivir clandestinamente en su ciudad para no enfrentar el ridículo que presupone no haber llevado a cabo aquello que se habían propuesto y que habían anunciado —y celebrado— prematuramente. Pues bien, Eduardo, que ya se había despedido de sus amigos de Nicaragua; que había vendido todo lo que había podido vender para emprender el regreso a México —sus libros, su viejo coche, su aparato de música, sus discos—; que le había dicho formalmente a su hija que le dejaría la casa en que ambos vivían, la cual estaba a nombre de ella, no quiso o no pudo asumir la vergüenza de incumplir lo que había anunciado. Se encerró a piedra y lodo en la casa hasta que su hija le dijo que ella quería venderla para construir una casa nueva en un terreno que tenía su novio e inminente marido, donde pudieran vivir juntos —y solos—. Así que Eduardo se fue a una casa de huéspedes. Pero aun ahí,

Eduardo seguía viviendo escondido, en una soledad que puedo imaginar pavorosa y que sólo mitigaba con alcohol, lo que indudablemente la acentuaba y la volvía irremediable. Estaba cumpliendo el voto de pobreza que nunca había hecho a perpetuidad.

Yo le llevaba a Eduardo algunos dólares. A los dos días de la inauguración del coloquio, lo invité a comer otra vez. Todo por correo electrónico, pues no atendía su teléfono celular, y, la verdad, yo prefería que nos escribiéramos a que nos habláramos, pues por escrito tenía una precisión que había perdido en la oralidad. Lo invité a él solo. Silvia y yo habíamos convenido en que yo lo vería *tête à tête*, mientras que ella comería con su tocaya y Lucía Virginia para que cada uno de nosotros por su lado averiguara cómo estaba realmente Eduardo y cómo podíamos ayudarlo. Además, yo quería hablar con él a solas sobre los adelantos y las expectativas de mi novela, aunque ya había recibido por escrito las respuestas a las preguntas que le había formulado y muchos datos y confesiones que me fue proporcionando sin necesidad de que yo lo interrogara.

El lugar que escogió para que nos reuniéramos a comer no estaba abierto. Lo habían cerrado definitivamente. Desde el taxi que me llevó tras muchos rodeos en esa ciudad carente de nomenclatura urbana, vi la misma guayabera color salmón en la esquina del restaurante clausurado. Al darme cuenta de que algo anómalo sucedía, no despedí al taxista. Eduardo se subió al coche y nos fuimos a otro sitio, de comida mexicana. Sentado junto a mí en el asiento trasero del automóvil, me percaté de que tenía aliento alcohólico, de que no se había afeitado hacía tres o cuatro días, de que su guayabera estaba desaliñada, tenía unos redondeles húmedos debajo de los sobacos y olía a sudor rancio.

Ya en el restaurante, fue difícil la conversación. A Eduardo no le llegaban las palabras a la boca, a no ser aquellas que reiteraban lo ya dicho. No se pudo establecer ningún diálogo. Yo no supe cómo tratarlo. Me sentí incompetente, y la paciencia se me fue constriñendo

mientras él comía, con pasmosa lentitud y en silencio, un caldo gigantesco y apuraba una tras otra varias cervezas. De pronto, cuando estaba a punto de entregarle los dólares que le llevaba, sonó mi celular. Silvia. Me dijo que por ningún motivo, según le había solicitado la otra Silvia, le fuera a dar el dinero, que después me explicaría. Esperé en silencio a que terminara su abundante sopa y pidiera una cuarta o quinta cerveza, pagué la cuenta y salimos del restaurante mexicano.

Esa misma tarde Silvia me informó que tanto la hija como la exesposa le habían dicho que ese dinero se lo iba a beber, que en la casa de huéspedes ya lo querían echar porque todas las noches llegaba ebrio, perdía las llaves, hacía escándalo y muchas veces había que subirlo a su habitación en vilo.

Ha sido la última vez que he visto a mi hermano Eduardo. Al salir del restaurante, no me permitió que lo acompañara en el taxi hasta la casa de huéspedes donde vivía. Se bajó en un cierto punto desconocido para mí y se fue solo. Por su cuenta. Y riesgo.

La consigna fue desprenderse de todos los papeles prescindibles. Por si la muerte. Y por si la muerte, los poetas atiborraron mis maletas de palabras.

Cuarta parte
Miguel

De regreso

Desde que empecé a escribir esta novela, que se bambolea entre la denuncia y la memoria, entre la historia y la epístola, entre la crítica y el homenaje, entre la biografía y la autobiografía, he pensado si no la estoy escribiendo precisamente para dar cuenta de lo que Miguel nunca escribió.

Un buen día, mi hermano Pedro anunció de nueva cuenta que venía el lobo: que se casaba.

Miguel, el incasable, el soltero empedernido, como le decía mamá; el que dejaba a las novias vestidas y alborotadas (bueno: por lo menos a una, que ya es decir), se casaba. Se casaba con Leticia Aceves, hija de un eminente cardiólogo mexicano.

Yo entonces era chico, pero me acuerdo de que el anuncio de tu matrimonio fue tomado por la familia con recelo. Papá y mamá no estaban dispuestos a ir a la casa del doctor Salvador Aceves para pedir la mano de su hija después del ridículo que habían hecho cuando dejaste plantada a Adriana Ayala. Para su fortuna, no se vieron en la necesidad de negarse a cumplir semejante protocolo por la razón de que no hubo ninguna petición de mano: ¡te casarías en Roma!

¡En Roma! ¡Te casaste en Roma, hermano! Y como si esa extravagancia, tan propia de tus presunciones y de tu sofisticación, no fuera suficiente, muy pronto familiares, amigos, conocidos articularon el discurso mitológico del caso: que si Leticia y tú se habían casado en la Basílica de San Pedro, que si se había desplazado toda la familia de la novia hasta la sede pontificia, que si les había dado la bendición nupcial nadie menos que el mismísimo papa Juan XXIII, que si la ceremonia había tenido lugar en la Capilla Sixtina bajo los frescos de Miguel Ángel... No creo que tú hayas propiciado tamañas fabulaciones, pero no recuerdo que las hayas desmentido.

¿Cómo se conocieron Leticia y tú? No tengo la menor idea, pero sí conozco el desarrollo de su noviazgo a través de las cartas que le enviaste a México, primero desde Nueva York y después desde Roma, Florencia y Venecia, entre febrero y julio de 1960 —el año de tu matrimonio.

Cuando le dije a tu hijo Juan Pablo que estaba escribiendo una novela sobre tu vida, me ofreció las cartas que cruzaron Leticia y tú a lo largo de los años y que él

conservaba desde que murió su madre. Me alentó mucho saber que podría tener acceso a esos documentos que iluminarían una parte para mí desconocida de tu historia. Cuando recibí en mi casa de Totolapan el voluminoso paquete, me sorprendió que fueran tan numerosas, sobre todo las de Leticia, que por lo menos decuplicaban las que tú le escribiste a ella (aunque de antes de la boda, en el legajo sólo estaban las tuyas). También, que, milagrosa y significativamente, se hubieran conservado juntas a pesar del divorcio, que sobrevino dos décadas después.

Más de un año las cartas permanecieron en sus sobres tricolores apiladas en tres alteros sobre mi escritorio sin que me atreviera a leerlas. Hasta ahora. El pudor me había detenido. Y la ética también. Qué derecho tenía yo de inmiscuirme en la intimidad de tu correspondencia con Leticia. Después de mucho pensarlo, concluí que las razones que me asistieron para escribir la novela que estoy escribiendo eran las mismas que para leer esas cartas, con el añadido favorable de que, entre más datos tuviera, mi relato sería más fiel a la realidad y más comprensivo de tu persona. Además, si tu propio hijo me las había entregado, de manera indirecta me estaba concediendo el derecho, si no de publicarlas, sí de leerlas y de referirme a ellas. Es decir que, de parte de Juan Pablo, por lo menos, no tendría objeciones, y con respecto a mi conciencia, el caso estaba resuelto desde que decidí escribir tu historia. Por si tales justificaciones no bastaran, me parece, hermano querido, que yo tuve una relación filial contigo seguramente más estrecha que tu propio hijo, pues él y sus hermanos eran muy pequeños cuando por motivos de trabajo te ausentabas de casa por largas temporadas y, desde que te separaste en definitiva de Leticia, tu relación con ellos, hasta donde sé, quedó cancelada. El mismo Juan Pablo me comentó que muy poco sabía de ti cuando le dije que quería hablar con él para que me diera algunos datos sobre tu vida familiar. Quizá por ese desapego de larguísima data pudo desprenderse sin ninguna aprensión de las cartas que me prestó. Aunque tal vez hubo otra razón: que yo conociera

de primera mano el enorme amor que Leticia te profesó y los denodados esfuerzos que hizo para conservar su matrimonio.

Las cartas que le escribió Miguel a Leticia en esos meses previos a la boda, aunque no me dan ninguna información de cómo la conoció, me han revelado —o confirmado— algunos rasgos definitorios de su personalidad. Sé que Leticia, después de haber pasado largas temporadas en Europa acompañada de una su tía, volvió a México, donde recibió las misivas de Miguel, que, en el transcurso de un semestre durante el cual no tuvieron ningún contacto personal, pasaron, en la enunciación de su destinataria, del cortés *Querida Leticia* al apasionado *Adorada reina mía*. También pasaron de una mera tentativa de noviazgo a una inevitable proposición matrimonial.

Debajo de tu exquisita caligrafía y tu impecable redacción, que dejan ver tu formación arquitectónica, tu carácter perfeccionista y tu cultura literaria, las cartas, que pretenden vestirte con muy sofisticados atuendos, acaban, paradójicamente, por desnudarte, hermano. En las primeras, fechadas en Nueva York, te presentas como un hombre de mundo, que viaja, asiste a fiestas, a conciertos, al cine, a la ópera y sobre todo a los museos; que en la nueva capital del mundo tiene amigos que procuran su compañía y velan por su bienestar, y que está abrumado por tantos compromisos sociales. Lo que dices es cierto, porque varias veces viajamos juntos y conozco tus intereses, tus relaciones y tus itinerarios, pero ante el temor de pasar por frívolo o vanidoso, te lamentas de que tantas actividades te impidan llevar la vida recoleta dedicada exclusivamente al estudio, como sería tu más fervoroso deseo —y en esa presunta modestia parece que la retórica priva sobre la veracidad—. En las siguientes, escritas desde Italia, vas revelando, al mismo tiempo que tu enamoramiento, tus inseguridades. No puedes ocultar el entusiasmo que te provoca la llamada del amor, pero tampoco el temor que te suscita el compromiso matrimonial, que carta a carta se va volviendo más

inminente e irreversible. En un zigzagueo constante, que ha de haber resultado muy perturbador para Leticia y para sus padres —que no te conocían más que por referencias y por una misiva que les enviaste a instancias de tu flamante prometida—, te mueves entre la pasión y la incertidumbre, entre el deseo y el miedo, entre la necesidad de involucrarte y la esperanza de la fuga.

Si me atrevo a hacer esta especie de análisis barato de tu personalidad, hermano querido, es porque tus miedos, tus recelos, tus limitaciones son semejantes a los que yo padecí durante mucho tiempo en mis propias relaciones amorosas, acaso por influencia directa de tu paternidad sucedánea. Al tratar de entenderte, abrigo la ilusión de entenderme también a mí mismo. Ése ha sido a fin de cuentas el móvil principal de la escritura de esta novela.

Lo más significativo de tu correspondencia es que vas delegando la responsabilidad de tu enlace matrimonial en Leticia, como si ella, y no tú, fuera la insegura, cuando a todas luces se infiere por tus propias cartas que ella está enamoradísima de ti y no tiene ninguna duda en casarse contigo. Al fin, evasivamente, pones tu decisión en manos de Dios, quien en última instancia decide por ti (en eso sí que tú y yo, por fortuna, no nos parecemos). Leticia y tú se casan por la voluntad de Dios. En Roma.

Tengo ante mis ojos el mapa del itinerario de tu luna de miel por toda Europa Occidental que dibujaste con minuciosidad de arquitecto, precisión de cartógrafo y conocimiento de historiador del arte: Roma, Siena, Florencia, Bolonia, Parma, Milán, Turín, Ginebra, Lausana, Berna, Lucerna, Zúrich, Basilea, Friburgo, Estrasburgo, Heidelberg, Maguncia, Bonn, Colonia, Düsseldorf, Hannover, Hamburgo, Copenhague, Estocolmo, Oslo, Bremen, Ámsterdam, Róterdam, Amberes, Bruselas, Gante, Brujas, París, Orleans, Poitiers, Tolosa, Montpellier, Aviñón, Marsella, Cannes, Niza, Montecarlo, Génova, Pisa, Livorno y Roma de vuelta. ¡Qué viaje, hermano! Te imagino en cada una de las escalas de ese periplo prodigioso fungiendo más como maestro que como marido. Pero ella, ¿cómo pasó de

ser tu pupila a ser tu esposa? ¿Dejó de ser tu pupila? ¿Su condición de esposa la «liberó» de tus constantes explicaciones o quedó fascinada ante tus conocimientos, tu sensibilidad artística y tu capacidad profesoral? No lo sé. No tengo sus cartas, pero sí conozco tus dotes de seducción, así que puedo colegir su arrobamiento ante su maestro y su marido. Lo que no puedo imaginar, hermano querido, es cómo pudiste costear ese largo y prolongado viaje con la beca de la Rockefeller Foundation con la que contabas, por más que se te haya duplicado el monto cuando contrajiste matrimonio. No creo que la familia Aceves te haya conferido una dote como se acostumbraba en otros tiempos, pero es probable que tu suegro hubiera costeado los gastos de su hija en ese largo peregrinaje por media Europa.

Mientras ella en México recibía las cartas que le mandabas desde Italia, fue varias veces, conminada por ti mismo, a visitar a mamá a la casa. Tal vez se lo pediste para delegar también en la aprobación de su futura suegra la responsabilidad de tu compromiso. Si mamá la aceptaba como nuera, tú no podrías negarte a contraer matrimonio con ella. Y mamá, al parecer, la acogió con mucha alegría. ¡Por fin su hijo solterón se casaría! Con una mujer de buena familia, cristiana, inteligente, aunque un poco echada pa'delante, pero eso es lo que Miguel necesita, alguien que lo empuje, que le ponga los pies sobre la tierra, que lo baje de las nubes en que siempre anda volando, que lo ayude a resolver sus problemas prácticos...

Me acuerdo de que un mediodía caluroso, Leticia fue de visita a la casa antes de que se casara con Miguel. Llevaba un vestido claro y suficientemente corto para dejar ver al natural, sin medias, unas piernas bronceadas y muy bonitas, calzadas en unos zapatos blancos de tacón. Yo tendría unos once o doce años y sólo sabía, como el Ramón López Velarde de *Mi prima Águeda*, la *o* por lo redondo. Y sin más, le dije que me gustaba mucho cómo se le veían las piernas sin medias y con zapatos blancos de tacón. Se me quedó mirando desconcertada, como si no supiera si agradecer el cumplido o molestarse por el atrevimiento. Yo

lo dije de corazón, ingenuamente, pero hoy pienso que mi comentario no pudo haberse tomado más que como precoz o como procaz. Mucho tiempo después, al recordar la escena, me preocupé. ¿Cómo lo habría tomado ella? ¿Le habría dicho algo a Miguel? ¿Se habría molestado entonces por mi impertinencia? Hoy en la mañana se me disipó ese viejo temor. Sin que yo sepa los términos en que Leticia le comentó el suceso, en una de sus cartas Miguel le dice: «Siempre he sabido que Gonzalito tiene muy buen gusto».

La imagen más antigua que tengo de Leticia es la de una mujer guapa y segura de sí misma. Ahora que lo pienso, creo que se le notaba, en el cuerpo y en el temperamento, que montaba a caballo: tenía entonces una figura estupenda y se le echaba de ver un carácter firme y dominante. Me asombraba que se atreviera a decir de vez en vez una palabrota —o por lo menos el principio de una inequívoca grosería—, cuando ese vocabulario era de la exclusividad de los hombres. Aunque a Miguel, los únicos insultos que le oí eran de otros tiempos, como de comedia de capa y espada de los Siglos de Oro: *truhan, bellaco, malandrín, zafio* o *tonto de capirote*. Una vez me regañó porque escupí la palabra *canijo* para referirme a mi hermano Jaime, que me daba tanta lata.

Después de muchos meses, Leticia y Miguel regresaron a México. Se quedaron a vivir por un tiempo en la casa del doctor Aceves, mientras montaban la suya.

La casa de sus suegros era muy grande y en la cochera de entrada reposaba un lujoso automóvil italiano, blanco, de marca Lancia, que me deslumbraba. Tenía un jardín enorme y al fondo unas caballerizas. Lo recuerdo bien porque, a instancias de Miguel, me hice amigo de Fernando Aceves, hermano menor de Leticia, un poco más chico que yo. Muchas veces me invitó Fernando a recorrer las caballerizas, pero nunca a montar a caballo, como si mi ignorancia hípica pudiera corromper el estilo del equino, así que me conformé con aprender unas cuantas bellas palabras referentes a los colores de los caballos: *bayo, alazán, pinto, ruano, tordo, palomino,* que él utilizaba con

naturalidad. Pero yo lo que más disfrutaba era jugar con unas amigas suyas, llamadas Corina y Jenny, que, junto con él, tomaban lecciones particulares de francés una vez a la semana en esa casa que algo tenía de rancho. Yo no asistía a clase, seguramente porque la inscripción hubiera implicado una cuota que mi familia no podía pagar, aunque cada miércoles por la tarde iba al recreo previo hasta que llegaba la maestra y les gritaba *«venez, venez ici, parce-que la leçon va commencer»*. No me lo perdía porque me gustaba Corina, con sus piernas pecosas, su pelo rojizo ensortijado y su falda escocesa de tablones. Nunca coincidimos en ningún escondite cuando jugábamos a las escondidillas y nunca le di un beso.

En alguna ocasión, nos mandaron a Fernando y a mí de vacaciones a un rancho en La Piedad, Michoacán, de donde era la familia del doctor Aceves. Una noche, un chofer nos llevó a la estación de Buenavista y nos depositó en un tren que nos dejaría a la mañana siguiente en Guadalajara. Sólo me acuerdo de que en el trayecto Fernando y yo, metidos en el *pullman*, no dormimos, sino que nos pasamos la noche entera fume y fume y platicando, mientras el tren, como dice la canción, iba pita y pita y caminando. Apenas puedo creerlo, pero recuerdo que esa noche le platiqué la historia de las tres guerras púnicas que Miguel me había relatado durante varias tardes en su cuarto-biblioteca, como si se tratara de una formidable novela de aventuras. ¡Ah, Miguel! ¡Cuántas cosas me regalaste que no había podido aquilatar hasta ahora! ¡Cómo se te ocurrió contarle a un niño de diez o doce años, no sé cuántos tendría entonces, la historia de aquellas guerras del Mediterráneo anteriores a nuestra era que permanecen en mi memoria con todo y su geografía, porque desde el principio me dibujaste un mapa para que yo pudiera seguir, guiado por tu dedo índice, el despliegue de las fuerzas romanas y cartaginesas! Unos familiares nos recogieron en la estación tapatía a la mañana siguiente y nos llevaron a un rancho en La Piedad, donde me enamoré de una niña morena de ojos muy negros llamada Marcela, con quien sí coincidí en un escondite y le di un beso,

chiquito, con la boca cerrada.

México, D.F., 19 de diciembre de 2000

Miguel Celorio Blasco
Domicilio desconocido

Querido hermano Miguel:

Ya ha pasado más de un mes desde que Rosa me despertó ese triste sábado de noviembre para darme la noticia, y yo no acabo de enterarme de tu muerte. Y mira que estuve cerca, hermano, como para no tener ninguna duda.

Apenas regresó de Europa, sin beca, sin trabajo y con esposa, Miguel recibió la encomienda de montar el Museo Nacional del Virreinato en el antiguo colegio de San Martín en Tepotzotlán, estado de México, que había sido fundado por la Compañía de Jesús a finales del siglo XVI y dirigido por los jesuitas hasta su expulsión de todos los territorios del orbe hispánico dos siglos después, en 1767. Ese magnífico recinto, dotado de una de las iglesias más ricas y notables de la Nueva España, sufrió durante el siglo XIX la incuria con que el México independiente despreció muchas de las obras edificadas por mandato de las autoridades españolas, de las cuales se había emancipado, y el abandono, cuando no la destrucción, producido por la expropiación de los bienes de la Iglesia tras las guerras de Reforma. Con la Revolución, el recinto fue utilizado durante un tiempo como cuartel y no fue revalorado hasta que el gobierno de López Mateos determinó convertirlo en el repositorio de buena parte de nuestro riquísimo patrimonio de la época virreinal, sobre todo, el que constituía el acervo del Museo de Arte Religioso de la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México.

Cuando el museo estaba a punto de inaugurarse, en septiembre de 1964, nos invitaste a Rosa y a mí, que teníamos catorce años ella y dieciséis yo, a que te ayudáramos en lo que se ofreciera. Recuerdo la primera vez que entré en la iglesia de San Francisco Javier, esa portentosa gruta dorada de retablos churriguerescos, en la que no había un espacio vacío y todo refulgía con un brillo enceguecedor y apabullante: el altar mayor con sus gigantescas pilastras estípites y los santos de la Compañía de Jesús —san Luis Gonzaga, san Estanislao de Kostka—, con sus ropajes estofados, brillantes y policromados como mantos de brocado, establecidos señorialmente en el basamento de sus nichos; los santos fundadores de las órdenes religiosas que vinieron al Nuevo Mundo —san Francisco, san Agustín, san Ignacio de Loyola, san Pedro

Nolasco, santo Domingo de Guzmán—, condóminos de su retablo; la Virgen de Guadalupe en su domicilio particular; los ángeles coloridos revoloteando por todas partes entre cornisas, guirnaldas, frisos, mascarones…, todos tallados en madera, dorados y bruñidos, refulgentes.

Cientos de trabajadores hormigueaban por el recinto; por la iglesia, por las crujías del colegio, el patio de los aljibes, el claustro de los naranjos, la capilla doméstica, el camerín de la Virgen de Loreto, las cocinas, el antiguo refectorio, los jardines, la huerta: arquitectos, fotógrafos, museógrafos, restauradores, ebanistas, carpinteros, electricistas, pintores, barnizadores, albañiles, jardineros.

Tú ibas de un lado a otro, supervisando el trabajo, dando órdenes, corrigiendo malhechuras, oyendo informes, siempre con un gesto de agobio, de preocupación, que me hacía admirarte y al mismo tiempo compadecerme de ti.

El problema principal era que no se podían montar las piezas, la mayoría de un gran valor no sólo histórico o artístico, sino pecuniario, ante esa multitud de operarios que deambulaban por el edificio como perros sin dueño —ésas fueron tus palabras—. Custodias, cálices, copones de oro recamados de joyas; patenas, incensarios, candelabros de plata, ornamentos sagrados hilados en oro, cristos y vírgenes tallados en marfil, cerámicas de Talavera, bargueños taraceados, pinturas incrustadas de concha nácar, cuadros confeccionados con plumas de aves exóticas… que no se podían exponer al arbitrio de un personal reclutado de manera casi indiscriminada. Es decir que todo tenía que estar perfectamente planeado para que el montaje de las piezas, que estaban rigurosamente inventariadas y custodiadas por celadores profesionales en improvisadas bodegas cerradas con siete candados, se pudiera realizar al unísono durante la noche anterior al día de la inauguración. Las vitrinas aún vacías ya estaban instaladas en las celdas, que se habían convertido en salas de exposición, a la espera de las piezas que habrían de alojar, igual que las tarimas o los basamentos donde descansarían las esculturas, las alcayatas donde se colgarían

los cuadros, los maniquíes que recibirían las casullas, las estolas y otros ornamentos eclesiásticos, los facistoles de acrílico que soportarían los gigantescos libros de coro con capitulares miniadas..., pero las obras permanecían encerradas. Hasta que llegara la hora precisa de colocarlas en sus sitios.

Rosa y yo estuvimos yendo a Tepotzotlán durante las vacaciones de verano. Yo no sabía cómo podía apoyarte, ni quería causarte más trabajo pidiéndote que me asignaras alguna tarea específica. Mucho ayuda el que no estorba, nos decía mamá. Al final, nos mandaste con un viejecito meticuloso y parlanchín de cuyo nombre no me acuerdo, que era el gran conocedor de la cerámica de la época virreinal y que nos recibió con alegría de abuelo jovial. Le ayudamos a lavar la loza, como lo hacíamos después de comer, pero éstos no eran platos de El Ánfora, como los de la casa, sino obras de cerámica o de porcelana de enorme valor artístico e histórico. En una gran tinaja de lámina, el viejecillo lavaba los platos, las tazas, los platones, las fuentes, las jarras, los jarrones del siglo XVII o XVIII y nos iba diciendo en cada caso la procedencia, la valía, la originalidad de la pieza. Recuerdo en particular una tacita de porcelana finamente decorada venida en la Nao de China, tan fina y delicada que era conocida como *cáscara de huevo*, y unas tazas-plato, llamadas *mancerinas* en honor del marqués de Mancera, virrey de la Nueva España, a quien, según nos decía el viejecito con ánimo de abuelo que les cuenta un cuento a sus nietos antes de dormir, le gustaba mucho el chocolate, pero también los buñuelos azucarados que lo acompañaban, por lo cual mandó a hacer un plato especial, con una suerte de celdilla de la misma porcelana en la que se fijaba la taza, de modo que no se resbalara por el plato donde se colocaban los buñuelos.

Ése fue mi primer trabajo en el Museo Nacional del Virreinato: ayudar a lavar platos, más específicamente, a secarlos con unas delicadas toallas de algodón y colocarlos con muchísimo cuidado en el lugar indicado por aquel viejecillo a quien no le paraba la boca y se regodeaba en

hablar de las mancerinas tanto como al marqués de Mancera le gustaba remojar sus buñuelos en el espumeante chocolate.

La víspera de la inauguración pasé toda la noche en vela ayudando a montar, según los planos meticulosamente detallados de cada celda, algunas piezas de la orfebrería eclesiástica que provenían del tesoro de la Catedral.

No se me olvidará que cuando el secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet, que asistió con la representación del presidente de la República, cortó el listón en la antigua portería del colegio y empezó con su comitiva el recorrido, guiado por ti, todavía los museógrafos batallaban para montar, en la última sala del itinerario, a un Santiago Apóstol del siglo XVI en su cabalgadura de madera, y para crucificar en la pared un gigantesco Cristo de caña que en sus buenos tiempos deambuló de aquí para allá en recorridos procesionales.

Mi primera participación en el Museo Nacional del Virreinato, en el año de 1964, se replicó dos años y medio después. Cuando entré a estudiar la carrera de Letras Hispánicas en el turno vespertino de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, sentí la obligación moral y la necesidad financiera de trabajar por las mañanas para contribuir a la economía familiar.

Desde que terminé primero de secundaria, siempre había trabajado durante los periodos vacacionales de fin de año con alguno de mis hermanos. Primero con Benito en una compañía de máquinas de contabilidad y muebles de archivo, de la que él era gerente; después, con Alberto en la tienda de telas, ropa, cobijas y sombreros, que tenía en Matehuala, San Luis Potosí, adonde me mandaron, según decían en casa, para que me hiciera hombre. Pero ahora no se trataba de un trabajo eventual, sino permanente. Así que hablé contigo, hermano querido, para ver si había alguna posibilidad de que pudiera colaborar de planta en el Museo

Nacional del Virreinato de Tepotzotlán, del que seguías siendo director.

No sé qué dispensa solicitaste en el Instituto Nacional de Antropología e Historia, de donde dependía el museo, pero el caso es que la relación de parentesco no obstó para que me contrataran por honorarios. A partir de enero de 1967 me incorporé al personal del Museo Nacional del Virreinato.

Durante las primeras semanas en mi cargo, me iba con Miguel a Tepotzotlán en el *jeep* que unas veces manejaba él mismo y otras un chofer. Aún no existía la supercarretera que va de la Ciudad de México a Querétaro, así que invertíamos en llegar más de una hora, durante la que Miguel me involucraba en sus proyectos y me pedía opinión sobre ellos, a mí, que era un estudiante de primer ingreso en la universidad y no sabía de arte colonial más que lo que él mismo me había enseñado desde que era un niño y me llevaba a los recorridos que hacía con sus alumnas por el centro histórico de la ciudad y sobre todo por la Catedral. Si algo tengo que agradecerte, hermano mío, es que siempre me trataste como uno de tus pares. Usabas de manera natural un vocabulario especializado, lleno de *volutas, contrafuertes, dovelas, tímpanos, metopas, guardamalletas, arquitrabes* y *arcos escarzanos*, como si yo supiera con absoluta precisión el significado de cada una de esas palabras, que me encantaban, aunque no supiera su significado. Lo cierto es que la tarea que me encomendaste en el museo me obligó a conocer esa terminología para mí entonces ignota, pues fue un trabajo en cierto modo lexicográfico y por tanto no del todo ajeno a la carrera que empezaba a cursar.

A lo largo de los más de dos años que llevó la restauración del antiguo colegio jesuita de Tepotzotlán, se fue documentando fotográficamente cada etapa del proceso, pero la inminencia de terminar en el tiempo preestablecido (marcado por el sexenio presidencial) el proyecto, motivó

que las obras de restauración avanzaran más rápidamente que la posibilidad de revelar y clasificar las fotografías que se tomaban, de modo que esos testimonios muchas veces resultaban irreconocibles. Por ejemplo, si el capitel de un estípite adosado a un retablo estaba incompleto porque se había desprendido o porque se lo había comido la polilla o por lo que fuera, se tomaba una foto de su estado antes de proceder a su restauración. Una vez documentado el deterioro, el restaurador, un tal señor Silva, tallaba en el mismo tipo de madera de cedro rojo con que más de dos siglos antes se había construido el retablo, la parte faltante, guiado por la analogía con los capiteles de las otras pilastras simétricas, y la injertaba en el estípite del caso. En ese momento, se tomaba otra fotografía para documentar que en el proceso de restauración había sido necesario añadir un nuevo elemento en sustitución del que había desaparecido o se había deteriorado. Por último, el señor Silva procedía a aplicar el blanco de España, el *boll* color terracota y la hoja de oro de 24 quilates, y a bruñir el injerto, con lo cual el capitel quedaba restaurado —y documentado, pues ese resultado final también se fotografiaba—. Hasta ahí, todo muy bien. El problema consistía en que al final se tenía una montaña de fotografías que no hacían alusión explícita, mediante una descripción puntual que permitiera su identificación, a la obra restaurada. Mi trabajo en el museo consistió en descubrir a qué parte específica de un retablo correspondía cada una de esas fotografías, para lo cual tenía que encaramarme por los andamios que se montaron *ex profeso* frente a los descomunales altares. Esta tarea se volvía doblemente difícil si se toma en cuenta que el proceso de restauración ya había concluido y que la mayoría de las fotografías documentaban una etapa previa de la sección del retablo que ya había sido modificada por la propia restauración. Es decir que tenía que imaginar, a partir de una fotografía tomada antes de que se iniciara la restauración o durante su proceso, a qué parte del retablo ya totalmente restaurado correspondía. Por si fuera poco, muchas de las fotografías

habían captado deliberadamente un detalle mínimo de esos gigantescos retablos, por lo que la búsqueda solía ser muy dilatada y a veces infructuosa. Pero el problema no se resolvía sólo con establecer la relación entre la foto y su referente, sino en describir ese referente con términos precisos para poder identificar la fotografía, por ejemplo: *Detalle del mascarón central del podio del retablo de Los Fundadores, Moldura del basamento del estípite lateral derecho inferior del retablo de la Virgen de Guadalupe* o *Voluta del ángulo superior izquierdo del nicho del primer cuerpo de la entrecalle central del retablo de San José en el Camerín de la Virgen de Loreto*. ¡En qué líos me metiste, Miguel! ¡Cuánto tiempo me pasé recorriendo esos gigantescos retablos buscando una voluta, una guirnalda, el codo de un ángel, el pliegue del manto de una virgen! ¡Y cuánto me hiciste aprender de arquitectura y de terminología!

Nunca podré agradecerte suficientemente, querido hermano, el reprobable nepotismo que cometiste a mi favor cuando me incorporaste a trabajar al Museo Nacional del Virreinato, donde pasé, guiado por tu propia mano, del otoño de la Edad Media en el que había nacido, al Barroco, que fue mi verdadero Renacimiento, y del que quizá nunca haya salido.

Al día siguiente de que te trasladaras de Cholula a México para instalarte en su generosa casa, Rosa nos citó a Benito, a Jaime y a mí para que, con ella, lleváramos a cabo la dolorosa tarea de internarte en el pabellón psiquiátrico del Sanatorio Español. Ésa era la determinación que habíamos tomado pensando que era necesaria y que no había mejor opción, pero con el terrible desasosiego de que la decisión era unilateral de nuestra parte, ya que tú no habías sido tomado en cuenta. Precisamente porque no podíamos tomarte en cuenta, teníamos que internarte en el pabellón psiquiátrico del Sanatorio Español.

La que formaron Leticia y Miguel fue la primera pareja de la familia en la que la mujer no quedaba totalmente sometida al marido y dedicada a las tareas propias de su sexo, como se decía entonces, que se limitaban a la maternidad, la vida doméstica y una suerte de complemento ornamental del esposo en las reuniones sociales. Leticia era una mujer echada para adelante (como decía mamá), con personalidad propia, crítica y hasta sarcástica, que acompañaba a Miguel no sólo en los actos públicos inherentes a su cargo, sino en sus proyectos y en la toma de decisiones. A mí, hermano, me parecía que ella y tú constituían una pareja formidable, dinámica, moderna.

La presencia de Leticia fue constante durante los trabajos de restauración del antiguo Colegio de Tepotzotlán y la posterior gestión de Miguel en la dirección del museo. Con su actitud siempre resuelta, contrarrestaba la personalidad de Miguel, tan dada a las entelequias, los matices y, sobre todo, a la postergación de las decisiones hasta que no se hubieran analizado exhaustivamente sus pros y sus contras, que solía enumerar y escribir, con diminuta y perfecta caligrafía, en tarjetas rayadas tamaño esquela.

En pleno ejercicio de su administración, Miguel fue invitado a dictar un curso de tres meses en el campus de Austin de la Universidad de Texas. Dejó la administración en manos del subdirector, don Carlos Dueñas, que provenía del Museo de Arte religioso de la Catedral. Como don Carlos no era de la total confianza de Miguel, Leticia, por lo bajo y en contubernio con la secretaria ejecutiva de la dirección —Lourdes Baquero—, manejó muchos de los asuntos de la competencia de Miguel.

Si las únicas cartas que poseo de tu noviazgo con Leticia son las que tú le escribiste a ella, las que tengo de esa tu primera estadía en Austin son casi todas suyas. Escritas a razón de una por día, te da cuenta pormenorizada de los sucesos del museo en los que ella interviene con

arrojo y discreción al mismo tiempo. Pero lo más importante es su manifestación del enorme amor que te profesa, rayano en la idolatría. Te adora, Miguel.

El de Leticia es un amor de cuya intensidad yo no me había percatado hasta que leí sus devotísimas cartas. Te habla del dolor que le causan tu ausencia y tu silencio —pues casi no le escribes, y las llamadas telefónicas que le haces son, por costosas, muy esporádicas—; del anhelo de que estés a su lado para que la familia, que entonces ya cuenta con dos hijos, no se desmorone. Si renuncia a estar a tu lado es sólo para que tú puedas escribir el libro que quieres y debes escribir de acuerdo con el convenio que sostuviste con la Universidad de Texas. Siempre creí que Leticia era una mujer muy fuerte. Lo que estas cartas me revelan es que, hija de familia toda su vida —y de familia acomodada—, es muy frágil en su nueva situación de mujer sola: no puede con la responsabilidad que le has delegado, con los gastos que tiene que realizar, con las cuentas de esos gastos, pero enfrenta con toda su energía los problemas que se le presentan y diariamente te manifiesta su amor eterno.

Miguel, fuiste un hombre muy amado por las mujeres. Tuviste en la infancia y en la juventud compañeros y amigos, que no conservaste a lo largo de tu vida adulta. Las mujeres, en cambio, estuvieron siempre presentes en las diferentes etapas de tu vida, desde Emma Cosío, la hija de don Daniel Cosío Villegas (que, por cierto, como devota amiga tuya y sabedora del cariño que me tenías, un día me regaló un disfraz de mago Merlín), hasta Rita Sendra, que nunca se alejó de ti, salvo cuando tú te fuiste a Europa sin decir palabra por una larga temporada. Siempre te apoyaste en ellas y, cuando dejaron de interesarte o convenirte, las desechaste. No sé qué me dirías de esto que te digo si pudieras decirme algo. Creo que no lo aceptarías. Quizás yo haya ido demasiado lejos en mis apreciaciones, y es posible que en el fondo haya tratado de explicar algunas de mis propias deficiencias en las tuyas. Yo no sufrí, por fortuna, el cautiverio que implica la vida conventual, pero sí sufrí una

educación religiosa que mucho tuvo de machista, empezando por la condición masculina de mi colegio y terminando con la idealización de la mujer, que si no es santa es puta. Tú, con tu delicadeza, con tu refinamiento, con tu espiritualidad, parecerías el hombre menos tocado por el machismo cultural que hemos heredado, pero en tu trato con las mujeres siempre hubo una actitud profesoral, de superioridad y de utilitarismo. Te dejaste amar, pero no creo que hayas correspondido al amor que te profesaron las muchas mujeres que desfilaron a tu vera.

En tarjetas rayadas tamaño esquela Miguel también enlistaba sus asuntos pendientes, como las cartas que debía escribir, las llamadas telefónicas que tenía que realizar, las actividades intelectuales que quería desarrollar. Yo conservo algunas de esas tarjetas tuyas, que me proporcionó nuestro hermano Jaime. No sé cómo las obtuvo él, pero sí por qué las conservé yo: soy, sin duda por herencia tuya, incapaz de desechar un papel que pueda tener alguna significación pasada, presente o futura. Estas tarjetas me resultaron interesantes tanto por su forma como por su contenido. Por su forma, porque son una muestra de la letra manuscrita de Miguel, ejecutada con un refinamiento que vale por sí misma, con independencia de sus referentes, y acaso es equiparable a uno de sus magistrales dibujos; por su contenido, porque constituyen un testimonio, entre irrisorio y terrible, de un idealismo exacerbado, imposible de aplicar a la vida cotidiana, pues la perfección con la que planeaba sus actividades era la causa principal de que no llegara a realizarlas nunca.

Una de esas tarjetas, elegida al azar, revela, por un lado, la minucia de la preparación de una carta que habría de dirigirle a Leticia y, por otro, la importancia que tenía su esposa en sus tareas profesionales. La escribió cuando se encontraba en su estancia académica en Austin, y Leticia, de forma soterrada, lo reemplazaba en sus funciones administrativas del museo. En esa tarjeta Miguel enumera punto por punto todo lo que le tiene que decir en la carta que le va a escribir, y lo hace con tal minuciosidad en su

propia redacción que más que un guion parece la carta misma. La primera pregunta que me surge después de leerla es por qué en vez de elaborar un prontuario tan detallado de los temas que debías tratar en tu carta, no la escribiste directamente, si, en la tarjeta misma, cada punto ya está prácticamente redactado. Pero tengo otra pregunta que ya no me podrás responder: ¿escribiste la carta? Es posible, pero puedo ponerlo en entredicho porque sé que en muchos casos te quedabas en el proyecto y no en su verificación, en la idea y no en su aplicación.

Otra de tus tarjetas, referida a tus propósitos intelectuales, parece confirmarlo. En ella enumeras, entre otros puntos, realizar un estudio de construcciones en el Valle de México al margen de las aguas en retirada que formaban los antiguos lagos, y escribir una historia completa del arte novohispano. No cumpliste ninguno de estos propósitos. Qué pena, Miguel; qué desperdicio, que frustración. ¡No escribiste nada, hermano!

Investigador, arquitecto, restaurador, arqueólogo, museógrafo, expositor, maestro, estudioso, lector, polemista oral, intelectual sesudo, informado, crítico y, ¿por qué no decirlo?, sabio... Todo eso y más fuiste, Miguel; sí, pero ágrafo.

Escribiste cientos, acaso miles de tarjetas en las que enlistabas lo que pretendías escribir, pero una vez llegado el momento de la escritura propiamente dicha —la redacción del libro o del artículo— el terror te silenciaba. Tu perfeccionismo te amordazó, te paralizó, te volvió estéril. ¿Qué había atrás de ese perfeccionismo, hermano querido? Más me parece un síntoma que una causa. La imposibilidad de asumir un compromiso, de entregarte de veras, de exponerte a la descalificación, de aceptar, a fin de cuentas, tu miserable condición humana, carajo. Le dabas más importancia a la formalidad que a la sustancia, a la forma que al contenido, al camino que a la meta. ¿No serán ésas las características del arte barroco al que le dedicaste buena parte de tu vida? La perfección de los detalles insignificantes, decorativos, ornamentales, que pretenden

ocultar o cubrir la oquedad esencial. La máscara que se convierte en el verdadero rostro.

Cuando dejó la dirección del museo de Tepotzotlán a finales de 1970, Miguel recibió una encomienda muy atractiva: la restauración del Hospital Juárez, sito en el antiguo convento de San Pablo Teopan (uno de los cuatro barrios de la antigua México-Tenochtitlan, rebautizados y «santificados» por los españoles), fundado como colegio por fray Alonso de la Veracruz en el último tercio del siglo XVI y que fungió como capilla abierta para la evangelización de los naturales, al igual que el de San Francisco, habilitado con este propósito por fray Pedro de Gante.

El resultado de su intervención en el antiguo edificio fue reconocido y celebrado, sobre todo porque permitió ver, en todo su esplendor, un singular retablo ¡de piedra! del siglo XVIII, de estilo churrigueresco y muy considerables proporciones, único en su tipo, pues no se trata de una fachada sino de un altar interior, que se encuentra en uno de los costados de la nave de la iglesia, hoy convertida en un lujoso auditorio en el que se celebran conferencias y congresos relacionados con la medicina.

Yo no seguí tan de cerca su trabajo, como cuando fue director del museo de Tepotzotlán. El Movimiento estudiantil del 68, que me tocó vivir durante los primeros años de mi carrera universitaria, me cambió radicalmente, y la ruptura generacional que se dio a consecuencia suya a mí me distanció, sólo por un tiempo, no de mi padre, que había muerto hacía ya varios años, pero sí de Miguel, que en cierto sentido lo sustituyó.

Sé de todas maneras, por alguna conferencia que dictó años después en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, que su trabajo en San Pablo Teopan originó descubrimientos importantes, entre otros, según entendí, el de la tumba de fray Alonso de la Veracruz, fundador de los estudios humanísticos en México, que encontraron continuidad, si bien con una orientación radicalmente

distinta, en la Escuela Nacional de Altos Estudios, antecedente inmediato de la Facultad de Filosofía y Letras, cuando en 1910 Justo Sierra refundó la universidad con carácter nacional.

Cuando fui director de esa facultad, veía desde la ventana de mi oficina la estatua de fray Alonso, que originalmente estuvo ubicada en el centro del patio del edificio dieciochesco de Mascarones, en la Ribera de San Cosme, donde tuvo asiento la facultad hasta que se trasladó a las nuevas instalaciones de Ciudad Universitaria en 1954. Y cuando la veía, con frecuencia pensaba en ti, que habías descubierto los restos del gran humanista. Y me lamentaba de que no hubieras publicado ningún trabajo de investigación que hubiese dado cuenta de tu importantísimo hallazgo.

A mí me tocó solicitar el servicio, pero no tuve los arrestos, cuando la ambulancia llegó mucho tiempo después del prometido, para presenciar cómo los paramédicos te inyectaban un anestésico que permitiera trasladarte sin ninguna resistencia de tu parte, pero sí oí las preguntas desconcertadas que les hacías en medio de tu obnubilación, quiénes son ustedes, qué me están haciendo, y poco después vi cómo montaban torpemente tu cuerpo aletargado en la camilla.

Las invitaciones a Miguel para que impartiera como *fellow professor* cursos semestrales de arte novohispano en la Universidad de Texas se siguieron presentando con bastante frecuencia, pero la institución no le ofreció, al menos en sus primeras estancias, la condición docente de *tenured professor*, así que Miguel no pudo tomar entonces las provisiones del caso para que su familia se trasladara a Austin de manera permanente. Se iba solo, de vez en cuando recibía la visita de su esposa, acompañada o no de alguno de sus hijos, y de vez en cuando también regresaba por unos cuantos días feriados o breves periodos vacacionales a la Ciudad de México. Su vida conyugal adquirió un carácter eminentemente epistolar, aunque la correspondencia fue de tal manera asimétrica que no sé si le pueda llamar con ese nombre. Casi fue unilateral.

Las sucesivas cartas de Leticia siguen la misma tónica que predominó en las que le envió cuando Miguel pasó su primera temporada en Austin, pero día a día se tornan más intensas y desesperadas. El amor persiste, sí, pero el reclamo es cada vez mayor. No quiere estar sola, no puede con la responsabilidad de criar y atender a los ahora ya tres hijos, no tiene dinero y las deudas van creciendo exponencialmente ante los asedios de los acreedores. Tú le envías el dinero que puedes y vives modestamente en Austin con un magro salario de profesor visitante, pero a ella no le alcanza para cubrir los elementales gastos familiares. Lo más grave para ella es que tú, Miguel, no le escribes. Sólo muy de vez en cuando recibe una carta tuya. Tú no tienes tiempo de escribir cartas porque tienes que escribir un libro que tampoco escribes, aunque te dedicas de tiempo completo a ello para cumplir tus deberes académicos. ¡Cómo se te dificulta la escritura! Como a todos los que nos dedicamos a escribir en serio, pero a ti la dificultad te doblega, hermano, te derrota. No conozco las pocas cartas que le enviaste, pero sí todas las de ella, que, en medio de su adoración, no puede dejar de reclamar tu

silencio, de manifestar su soledad, de reconocer su amargura, de conmoverse de su propia soledad, de lamentar sus condiciones económicas, de expresarte su exasperación ante los niños que no cuentan con su padre... Y lo que más le duele es que la amargura de sus cartas, los signos de su desesperación ante tu lejanía lleguen a exasperarte, a amargarte a ti también. Y sí, seguramente sus cartas acaban por hartarte y por sofocar los raquíticos impulsos de escribirle. No hay, pues, correspondencia. Desesperada, Leticia se pone en huelga de escritura: suspende por dos semanas sus cartas diarias para ver si reaccionas y le escribes. ¡Y no, Miguel! ¡No reaccionas! Mantienes tu silencio.

A mediados de la década de los setenta, tras sus primeras visitaciones a la Universidad de Texas y durante una estancia en México que se anunciaba de largo plazo, Miguel se mudó con su familia a una muy buena casa del fraccionamiento Lomas Verdes al norte de la ciudad. (No lo sé de cierto, pero sospecho que en la adquisición de esa espaciosa casa algo ha de haber intervenido la familia de Leticia, porque las condiciones económicas previas, a juzgar por las cartas que conozco, eran terriblemente deficitarias.) Por fin ahí mi hermano pudo montar en toda su amplitud el acervo que había empezado a formar desde que era muy joven y que se había venido incrementando notablemente a lo largo de los años. Si ya era considerable desde que construyó su propio espacio en la casa de Cedros, se volvió prácticamente ilegible al final de su estadía en la primera casa donde se instaló con Leticia a su regreso de Roma. Y es que, en ese primer ámbito conyugal, que no era grande, no había manera de ir acomodando la enorme cantidad de materiales que seguía adquiriendo o generando día con día. He dicho *acervo* porque la suya no era sólo una biblioteca, sino también una hemeroteca, una fototeca, una mapoteca, un museo.

En la casa de Lomas Verdes, Miguel invirtió mucho

tiempo en acomodar sus libros. El perfeccionismo con que quiso distribuir los volúmenes en las estanterías retrasó la invitación que nos había hecho a los hermanos con mucha antelación para que conociéramos su nuevo domicilio.

La primera —y última— vez que visité esa casa, quedé deslumbrado ante el prodigioso despliegue de sus libros, dispuestos en una sintaxis perfecta, que relacionaba sin anacolutos todos y cada uno de los volúmenes. La biblioteca, en sí, era un portento, por su riqueza, por su austeridad, por su limpidez. Miguel no cayó en la tentación de entreverar con sus libros el retrato, el recuerdo, el «juguetito», el *souvenir*. ¡Me fascinó! Sin embargo, algo extraño, que no identifiqué en un primer momento, me fue inquietando de manera creciente a medida que la recorría entrepaño por entrepaño, guiado por su propio dueño; algo que no me gustaba, que me sofocaba, que me distraía. No sabía qué era hasta que al final del trayecto, más de una hora después de iniciado, caí en la cuenta de que en toda la estantería no había un solo espacio libre para dar cabida a un nuevo título. Como si el *horror vacui* con que suele definirse el móvil del arte barroco hubiera regido el acomodo de los libros. No era la suya, pues, una biblioteca viva, abierta a la recepción de nuevos volúmenes; era un repositorio cerrado. Y por ello, de alguna manera, muerto.

En vano me preocupé de que la biblioteca estuviera saturada cuando la conocí, pues no hubo necesidad de dar entrada a ningún volumen más. Como si mi sentimiento hubiese sido una premonición, al poco tiempo, Miguel se fue de nueva cuenta a impartir la cátedra de arte novohispano a la Universidad de Texas, como había ocurrido antes, y a realizar una investigación sobre las misiones jesuitas del siglo XVIII en ese estado sureño de la Unión Americana. Pero esta vez, su estancia en Estados Unidos se prolongó por varios años. Y cuando finalmente regresó a México, su biblioteca ya no estaba.

Uno de los temas específicos que, dentro de su área de

investigación —el arte colonial mexicano—, más le interesaba a Miguel era el de las capillas abiertas.

Me acuerdo de que a mediados de los años cincuenta, cuando yo tenía siete u ocho años, llevabas a tus alumnas del Instituto Familiar y Social a recorrer las calles del centro histórico de la ciudad y a visitar las más conspicuas obras de la arquitectura colonial. A veces, me invitabas a que te acompañara. Entre mis recuerdos infantiles más añejos guardo un paseo por los vestigios del que fue el convento de San Francisco de la capital de la Nueva España, en muy alta medida derruido tras las guerras de Reforma, cuando se suprimieron muchos conventos para que no fueran reocupados por las órdenes religiosas. Obviamente que entonces no sabía nada ni de conventos ni de guerras, y lo que conservo en la memoria es más bien el recuerdo del recuerdo del recuerdo… que he ido reconstruyendo acaso con la misma vocación con la que tú realizaste tus obras de restauración. No me acuerdo, por supuesto, de tus explicaciones de entonces ni del itinerario que seguíamos, pero sé que conozco desde siempre el claustro plateresco del convento franciscano, arropado por una iglesia protestante; la arquería de peregrinos, ya exenta, que se podía divisar desde San Juan de Letrán; la iglesia, con su retablo barroco en el que ocupa el nicho central un san Francisco estigmatizado, a la que se entra por la calle de Madero… Y que desde siempre oí la explicación de las capillas abiertas, ideadas por fray Pedro de Gante para oficiar el sacrificio de la misa desde el convento, pero de cara a la población aborigen —congregada en el atrio, hoy ocupado por el edificio de High-Life—. Y es que los indígenas tenían recelos fundamentados para entrar en las iglesias, pues antes de la Conquista celebraban sus rituales religiosos a cielo abierto y nunca bajo techo. Era mejor, entonces, que la iglesia saliera al atrio, dividido en cuarteles en correspondencia a los cuatro barrios que solían constituir las poblaciones prehispánicas, y que cada cuartel tuviera su pequeña capilla —capilla posa, así llamada porque en ella se *posaba* el

Santísimo, trasladado por el sacerdote a cada uno de esos segmentos del atrio.

Aceptó las sucesivas invitaciones que le fue formulando la Universidad de Texas, según me dijo, no sólo porque le resultaba estimulante ofrecer sus conocimientos a los estudiantes de una universidad que tenía, en el ámbito de las Humanidades, una marcada vocación hispanista y latinoamericana, sino porque conocía las misiones jesuitas del siglo XVIII en el sur de Estados Unidos, y sostenía la hipótesis de que más de dos centurias después de la Conquista, en pleno siglo de la Ilustración, de la Diosa Razón y el Bien Supremo, la Compañía de Jesús había aplicado el concepto franciscano de la capilla abierta en la obra catequista que llevó a cabo en esos territorios entonces dependientes de la Nueva España que, en tiempos republicanos, pasarían a formar parte de los Estados Unidos.

Cuando venía a México en los periodos intersemestrales, me enseñaba con vivo entusiasmo los planos y los alzados que había levantado de la misión de San Juan Capistrán y me exponía con mucha minucia su idea de que ese edificio eclesiástico había fungido como capilla abierta. Yo lo oía como el discípulo suyo que siempre había sido. No tenía ninguna competencia para opinar, pero sí la paciencia necesaria para escucharlo, incluso con arrobamiento, como lo hice desde niño.

Jaime y yo te acompañamos en el trayecto al hospital, sentados en un asiento lateral de la cabina de la ambulancia, al lado tuyo, entre tanques de oxígeno e instrumentos de dudosa profilaxis. Unas correas ataban tu enorme caja torácica y otras tus gruesos tobillos. Tenías la respiración sofocada y el ceño fruncido entre las profundas concavidades de tus párpados. Yo estaba muy al pendiente de ti: quería ser testigo de tu estado, para después, cuando recuperaras la conciencia, darte cuenta de todo lo ocurrido. Tardíamente, inútilmente, es lo que trato de hacer ahora, al escribirte, cuando ya nada importa.

Casi una década después de haberse marchado por primera vez a impartir sus cursos a la Universidad de Texas, Miguel regresó a México definitivamente.

No sé cuáles fueron las causas por las que dejaste la universidad. Tengo para mí que no fue una decisión tuya, sino de la institución. Y es que, aunque fueras un magnífico profesor que impartía sus clases en un inglés impecable y contaras con la aquiescencia entusiasta de tus alumnos, eras un investigador heterodoxo: no participabas en los cuerpos colegiados de la universidad, no rendías informes, no publicabas los resultados de tus investigaciones. Tu maldito perfeccionismo y todas sus causas te impedían exponer en un *paper* los avances de tus pesquisas en las misiones jesuitas del estado de Texas. Y el sistema universitario norteamericano se basa en esos trabajos que los profesores deben redactar periódicamente para demostrar que están al día en los avances de la investigación y de esta manera justificar su salario y su permanencia en el claustro. No bastaba, pues, con la investigación, sino con la publicación de lo investigado, según el precepto de que una investigación no publicada es una investigación no hecha.

¿Por qué no regresaste a tu casa? No lo sé bien a bien. Sin embargo, puedo inferir por las cartas de Leticia cuáles fueron las causas de tu ruptura matrimonial: nació en ti la desconfianza en la fidelidad de tu mujer, Miguel. No sé más acerca de tan delicado tema. Pero conozco dos consecuencias de esa ruptura: una, que un día regresaste a casa y te encontraste con que Leticia había cambiado la cerradura para no dejarte entrar y que, enfurecido, rompiste los cristales de una ventana para penetrar en el que equivocadamente seguías considerando tu hogar; otra, que Leticia mandó empaquetar tu maravillosa biblioteca para depositarla en una bodega de alquiler.

Rota su relación conyugal, Miguel no encontró mejor opción, cuando regresó de los Estados Unidos, que volver a la Orden de Predicadores, así fuera por un tiempo breve. No ingresó en calidad de fraile, pero entiendo que se acogió como terciario a la vida religiosa.

Los tiempos habían cambiado. Si bien Miguel había visto con recelo los postulados de la teología de la liberación, se aprovechó de la apertura que el Concilio Vaticano II había operado en las órdenes religiosas para encontrar refugio en la de Santo Domingo, de la que había apostatado más de treinta años atrás.

Durante un tiempo estuvo viviendo en el Centro Universitario Cultural aledaño a Ciudad Universitaria, en Copilco, donde los dominicos, bajo el liderazgo del padre Alberto de Ezcurdia, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, habían establecido a principios de los años sesenta una parroquia *sui generis*, pues en ella no sólo se llevaban a cabo los oficios religiosos del caso, sino que se auspiciaba una vinculación estrecha con la comunidad universitaria a través de conferencias, seminarios, talleres de toda índole, exposiciones, proyecciones cinematográficas. Se trataba de abrir un diálogo respetuoso, si bien proselitista, con el estudiantado universitario, que en los últimos tiempos se había encaminado por la ruta del materialismo dialéctico y en particular del marxismo, en boga sobre todo a partir del triunfo de la Revolución cubana, que tan determinante fue en la gestación del Movimiento estudiantil de 1968.

Cuando Miguel se acogió al CUC, como se conocía esa institución en el ámbito universitario, el Centro estaba capitaneado por el padre Julián Pablo Fernández, un carismático dominico de espíritu renacentista, quien, además de sacerdote, era arquitecto, pintor, restaurador, escultor y cineasta. Entre las muchas tareas que realizaba, sobresalía la organización de un estupendo cine club, al que le dediqué muchas tardes de mi vida estudiantil y en el que mis amigos y yo descubrimos a Godard, Fellini, Truffaut, Bergman, Pasolini y, desde luego, Luis Buñuel.

Julián Pablo, el único cura ateo que yo he conocido en mi vida (al menos esa impresión tengo de las homilías que le escuché, sin merma de su admiración por la figura de Cristo), era amigo íntimo de Buñuel. No sólo eso; en su decir, era el mejor amigo de Buñuel y, en correspondencia, Buñuel era el mejor amigo de Julián Pablo. La amistad fue tan estrecha que, según cuenta la leyenda, los restos mortales del enorme director aragonés avecindado en México yacieron en el altar de la capilla del CUC. ¿Habrá una imagen más buñuelesca que ésta de Buñuel, el sacrílego, el profano, el iconoclasta, el que hace que Jesús cuente un chiste en las bodas de Caná que le provoca a él mismo una risa desopilante que no figura en los Evangelios, el que dispone que Viridiana se levante las faldas para ser retratada procazmente en una parodia de la Última Cena, el que bautiza a un grupo terrorista con el nombre de El Niño Jesús, riéndose con sus dientes molencos bajo el ara donde todos los días el pan y el vino supuestamente se convierten en el cuerpo y la sangre de Jesucristo?

No sé qué labores desempeñó Miguel en el CUC. Lo que sí sé es que era un espacio idóneo para él por su estrechísima vinculación con la vida universitaria, de la que Miguel siempre estuvo cerca, y por su condición religiosa, de la que nunca abjuró. También sé que, al poco tiempo de estar ahí, se trasladó —o lo trasladaron— a una misión en la que los dominicos organizaban retiros, ubicada en San Nicolás Tultenango, una pequeña población del municipio El Oro de Hidalgo en el estado de México.

En esa exhacienda convertida en casa de retiro, donde lo fui a ver en varias ocasiones, Miguel parecía cumplir no una renovada vocación religiosa, sino las consignas que aquel sevillano Andrés Fernández de Andrada redactó en su *Epístola Moral a Fabio* para que abandonara las veleidades del siglo y disfrutara de la vida retirada del mundo, que también exaltó su coetáneo fray Luis de León en su celebérrima oda.

Cuando lo visitaba, siempre lo veía apacible, tranquilo; resignado a la soledad impuesta por la lejanía,

posiblemente justificada, de su familia. Tenía entonces cincuenta y cuatro años, pero parecía (o a mí, que tenía entonces treinta y dos, me lo parecía) un hombre mucho mayor, un anciano cuya estampa —cabellera cana, barba blanca, cejas espesas, mirada serena pero escrutadora— suscitaba inevitablemente el adjetivo tópico de *venerable*.

De aquellas visitas guardo, entre otras, una imagen controvertida. Una mañana, quisiste enseñarme los jardines de la misión y me condujiste por senderos arbolados, dejados deliberadamente a la custodia de la propia naturaleza. En el periplo que hicimos, tomaste de la mano a una niña humilde, hija de alguna cocinera o afanadora de la misión. Durante todo el recorrido, en el que invertimos alrededor de una hora, la niña no se soltó de tu mano un solo segundo. Y tú sostenías la de la niña con una bondad y una ternura que, a mí, querido hermano, me parecieron impostadas, como la mirada beatífica que adoptaste en la fotografía de las bodas de plata de nuestros padres. Pensé en la lejanía de tus hijos. Y me dio pena. Por ti y por ellos. Y acaso, también, por esa niña que se aferraba a tu mano con fervor de huérfana.

Fueron los de Tultenango tiempos de paz y de religiosidad comunitaria, pero también, al parecer, de abulia intelectual, concordante con un estado de ánimo debilitado por la doble pérdida de tu familia y de tu trabajo en la Universidad de Texas. Se te veía más resignado a la situación que vivías que deseoso de transformarla.

Durante el tiempo que estuviste con los dominicos en Copilco y en San Nicolás Tultenango, no avanzaron tus proyectos de investigación. Cada vez que te preguntaba por tus tareas académicas, te quejabas amargamente del secuestro —así lo llamabas— de tu biblioteca. Para justificar que no hubieras publicado nada durante los años que pasaste en Estados Unidos y el que estaba por cumplirse de vuelta en México, aducías que en esa biblioteca estaban los libros y los documentos

imprescindibles para finalmente sacar a la luz pública el resultado de tus innumerables pesquisas.

Una invitación académica lo sacó de ese letargo beatífico en el que se encontraba, le levantó los ánimos y lo rejuveneció. A comienzos de 1982, Miguel fue contratado como profesor asociado en el Departamento de Humanidades de la Universidad de las Américas en Cholula, Puebla. Fue una bendición en términos no sólo personales, sino también laborales y académicos. Por una parte, contó, a sus cincuenta y cuatro años, con una plaza que le permitiría obtener la antigüedad laboral mínima —quince años— para poder jubilarse en condiciones dignas al cumplir los setenta, y con una casa más que decorosa, ubicada en el propio campus universitario, que podía habitar mientras se desempeñara como profesor; por otra, Cholula y Puebla eran el escenario privilegiado para el desarrollo de sus investigaciones.

Miguel conocía muy bien la arquitectura colonial del estado de Puebla y en particular de Cholula —la ciudad más antigua de este continente que nunca había dejado de ser ciudad, según me decía—, y sus alrededores, San Francisco Acatepec, Santa María Tonantzintla, Huejotzingo... Otro de sus intereses académicos, junto al de las capillas abiertas, al que había dedicado buena parte de sus investigaciones, era el de la presencia de la mano de obra indígena en las obras plásticas cristianas del siglo XVI; arte que José Moreno Villa, exiliado español en México, bautizó, en el caso particular de la escultura, con el feliz término de *tequitqui*, «vasallo» o «tributario» en lengua náhuatl, que es el mismo significado que en lengua árabe tiene la palabra *mudéjar*, empleada en la historia del arte para definir las expresiones musulmanas realizadas en los territorios de la península ibérica reconquistados por la cristiandad. Pues de manera simétrica, el arte *tequitqui* es el que, en la denominación de Moreno Villa, llevan a cabo los indígenas recién catequizados, en el que involuntaria o inconscientemente se filtran elementos propios de su cultura ancestral. Y Puebla constituía un escenario

maravilloso para detectar estas manifestaciones que en los albores de la Conquista eran tímidas y apenas perceptibles, como los ángeles tallados en bajorrelieves —planos, recortados en silueta— en las capillas posas del convento de Huejotzingo, y que andando los tiempos coloniales cobraron la magnificencia de las exultantes iglesias de Santa María Tonanzintla o San Francisco Acatepec, en las inmediaciones de Cholula, o de la Capilla del Rosario en la iglesia de Santo Domingo de la capital poblana, ejemplos palmarios de la arquitectura barroca mestiza que a Miguel tanta fascinación, tanto entusiasmo y tanto regocijo le provocaba.

Muchas veces lo escuché hablar del arte *tequitqui*. Más allá de las disquisiciones teóricas e históricas en las que se explayaba, recuerdo algunos casos prodigiosos que utilizaba para ejemplificar, en la pintura, esa huella, esa presencia, esa suerte de firma que el *tlacuilo* anónimo —metido a pintar obras de temática cristiana— plasmaba en las obras que le encargaban ejecutar, por ejemplo en los tempranos conventos franciscanos o agustinos del siglo XVI: una vírgula propia de los códices nahuas, símbolo de la palabra, aplicada a un ave cantora; un guajolote metido de contrabando en una escena en la que Francisco de Asís, rodeado de los animales del bosque, da gracias al Señor por la diversidad de sus criaturas; un caballo que ostenta en las cuatro patas, en vez de herraduras, unos huarachitos...

Una de sus grandes pasiones era la Capilla Real de Cholula, de poderosa e inocultable raigambre indígena, que Miguel también relacionaba con la mezquita de Córdoba por su enorme profusión de arcos y de bóvedas, por ese entrecruzamiento de naves, que en este caso había prodigado cuarenta y tantas cúpulas. Lo que más sorprendente me resultaba de cuanto Miguel me decía era que esa capilla, con su inusitado número de naves, no había sido construida según un plano previo, sino que el plano más antiguo que se conservaba de ella no había sido tal, sino un mapa, elaborado a posteriori, para responder a un inventario de bienes inmuebles de la Nueva España

solicitado por Felipe II. Esta idea de que muchos planos fueran posteriores, y no anteriores como era de esperarse, a las obras arquitectónicas en esa época, o por lo menos en este caso, me resultaba fascinante, y a lo largo de los años, en mis clases de literatura, la he venido equiparando con la escritura de una novela, que no siempre obedece a un plan previo, sino que se va construyendo sobre la marcha para que después los investigadores y los críticos desentrañen el proyecto del que presuntamente procedió.

En fin, que la fortuna estuvo, por esta vez, al lado de Miguel. En los límites de su edad laboral, contó con la espléndida oportunidad de reinsertarse en la vida académica, en una universidad de corte norteamericano, como la de Texas en Austin, donde había permanecido por cerca de una década; en una ciudad de gran prosapia prehispánica, tanta que los conquistadores decidieron no arrasarla, como hicieron con la Gran Tenochtitlan, y optaron por construir al lado suyo una ciudad española totalmente nueva: Puebla de los Ángeles. Miguel fue tratado por el director del Departamento de Humanidades, Basilio Rojo, y por el propio rector de la universidad, Enrique Cárdenas, como una eminencia, y recibió de ellos todo el apoyo y todas las consideraciones. Se le abrió, además, la magnífica posibilidad de realizar trabajos de investigación y aun de restauración en algunos de los más notables edificios coloniales de Cholula, con el patrocinio de la Fundación Mary Street Jenkins, benefactora principal entonces de la Universidad de las Américas.

Qué doloroso fue dejarte en manos de un médico de guardia y una enfermera burocrática, y a merced de unos cuidadores musculosos que en adelante se encargarían de manipular tu cuerpo para alimentarlo, bañarlo, trasladarlo, atenderlo. Permanecerías sedado durante un par de días, dijeron, hasta que el médico que habría de atender tu caso pudiera visitarte.

Nos hospedamos en el Hotel Villas Arqueológicas de Cholula, al lado de la gran pirámide, cubierta por la maleza, sobre la cual los españoles encaramaron una iglesia como signo emblemático de la conquista espiritual con la que pretendieron legitimar su conquista política.

El hotel era un lugar discreto y apacible en esos días de mitad de semana en que casi no había huéspedes. Combinaba muy bien la antigüedad prehispánica y colonial con la modernidad de la arquitectura y de los servicios, entre los que destacaba un buen restaurante de cocina francesa.

Antes de llegar a Cholula, Alejandra y yo visitamos aquella mañana el convento-fortaleza de Huejotzingo, una de las primeras construcciones franciscanas de la Nueva España, de estructura gótica y fachada plateresca, en cuyo claustro los *tlacuilos* trasladaron a dimensiones murales las estampas religiosas que les dieron por modelo los frailes metidos a arquitectos y que copiaron con puntual exactitud, en blanco y negro, como corresponde a los originales librescos de donde provenían, aunque por ahí se mete, a modo de firma involuntaria, como a trasmano, algún elemento ornamental, alguna interpretación, algún giro procedente de la tradición plástica prehispánica. Pero lo más sorprendente de nuestro itinerario previo a Cholula no fue el imponente y almenado convento de Huejotzingo, con su sobria fachada apenas aligerada por unos pétreos medallones platerescos, su puerta porciúncula por donde entraban al templo los indios recién bautizados, su descomunal atrio con su cruz abigarrada de los símbolos de la pasión de Cristo, y sus cuatro capillas posas en las que sucesivamente descansaba el Santísimo procesional, sino la cercana iglesia de Santa María Tonantzintla, que Alejandra no conocía y que yo ardía en deseos de ser el primero en mostrársela.

Quería enseñarle esa maravillosa expresión del barroco mestizo del siglo XVIII en la que se opera la portentosa

simbiosis de la ortodoxia contrarreformista y la afluencia de las culturas prehispánicas; del patetismo católico de nazarenos sangrantes y santos martirizados y el colorido popular, festivo y pirotécnico de los artesanos de México. Quería que viera, guiada por mis palabras y mis señalamientos, esas grutas de estuco pobladas de ángeles y frutas tropicales y esos retablos que se yerguen hacia el cielo, como impulsados por la levitación de sus santos y la asunción de sus vírgenes al mismo tiempo que los dones del Espíritu Santo se derraman, luminosos, sobre los fieles —o los infieles, como nosotros, ajenos al don de la fe y no obstante gozosos de la expresión plástica de los creyentes que construyeron ese templo, «derrota de lo pitagórico», que supera, en la realidad objetiva, la más febricitante imaginación—. Y quería, sobre todo, ver en los ojos de Alejandra el asombro y el arrobamiento de quien por primera vez contempla ese formidable espectáculo de las ensoñaciones generadas por la promesa del paraíso eterno.

Era mi manera de corresponder, con lo que yo podía aportar en México, a la invitación que Alejandra me había hecho un año atrás para conocer, guiado por su mano, el universo que se aloja en la Gran Manzana, que ella conocía muy bien por sus frecuentes viajes a Nueva York, permitidos por sus privilegiadas condiciones económicas y motivados por su afición a la ópera, la danza, la música de concierto.

Alejandra me había hecho subir a una de la Torres Gemelas del World Trade Center para ver desde el mirador del piso ciento y pico, entonces el más alto del mundo, la ciudad completa, el río Hudson, la estatua de la Libertad y el *skyline* de Nueva York, cuyos hitos se reproducían, esmerilados y en miniatura, en los cristales que separaban el mirador del abismo urbano; me había invitado a asistir a *Las bodas de Fígaro* en la Metropolitan Opera House, donde sólo interrumpíamos la fiesta musical para tomar champaña en los entreactos, y después a cenar en el Russian Tea Room, pletórico de brillantes samovares, y finalmente a tomar un martini monumental en el bar del St. Regis Hotel,

en cuya contrabarra King Cole, con cara de estreñimiento, caga rodeado de sus chambelanes, que se tapan graciosamente las narices para sofocar la inhalación de la real mierda; me había mostrado la Frick Collection con sus tizianos, sus rembrandts y sus turners y me había hecho recorrer las construcciones románicas y góticas trasladadas piedra a piedra, muro a muro, de diversos países europeos a The Cloisters, un inusitado museo de arquitectura medieval. En fin, habíamos ido, en ese viaje secreto, larga y minuciosamente planeado a base de mentiras grandes y pequeñas, a todos los sitios que ella conocía y que había ensoñado compartir conmigo durante sus largas y frecuentes estadías en Nueva York: del Metropolitan al MoMA, del Lincoln Center al Blue Note, de las ostras del Oak Bar del Hotel Plaza a los *hot dogs* de Papaya King, del Café des Artistes al Gino's, de Wall Street a Harlem..., rutas estocásticas que conducían noche a noche, o mejor madrugada a madrugada, a nuestra suite del Park Avenue Hotel donde culminábamos la libertad amorosa de nuestra clandestinidad.

Cómo no iba yo a enseñarle lo que ella, a pesar de su mexicanidad, no conocía y que yo decía conocer porque mi hermano Miguel me lo había enseñado desde siempre.

No quise que fueras tú, en ese primer punto de nuestro itinerario, quien nos guiara, aunque lo habrías hecho cien veces mejor que yo, que no era más que un discípulo tuyo, dedicado a otros menesteres a los que la vida profesional obliga. Pero quería ser yo, el alumno, el hijo que alcanza la mayoría de edad, quien condujera a Alejandra por esos andurriales polvorientos en los que brotan insospechadas piedras preciosas, como la iglesia de Santa María Tonanzintla. Quería ser un *cicerone* tan diligente y experimentado como ella lo había sido en Nueva York conmigo, y me oponía a que ese papel lo desempeñaras tú. Al menos durante la primera jornada de nuestro viaje. El día siguiente sería completo para ti. Tú serías nuestro guía

por la ciudad de Cholula. Y aun antes, pues esa noche de nuestra llegada te habíamos invitado a cenar al restaurante francés de Las Villas Arqueológicas, para programar el itinerario del próximo día, que nos dedicarías por completo a nosotros. Y nosotros a ti.

Alejandra no te conocía en persona. Me había oído hablar de ti un sinnúmero de veces. Seguramente se imaginaba a un hombre provecto, sabio, erudito y protocolario, como yo te había descrito. Yo lo que deseaba en el fondo era que las cualidades que señalaba de mi hermano mayor, de algún modo ella las viera reflejadas en mí, pues esas cualidades eran las que, según yo, tú habrías infundido en mí. Creo que a ella le daba ilusión conocerte, pero tal vez también abrigaba cierto temor, no como el de la muchacha que va a casa de su novio por primera vez para que la conozca la familia, porque Alejandra no era una muchacha y tenía una enorme seguridad en sí misma, sabedora de su belleza y de su inteligencia, que eran notables; tampoco por las limitaciones de sus conocimientos, ciertamente adquiridos más en los viajes que en los libros y más a través de la intuición que del estudio sistemático, sino por la condición clandestina de nuestra relación. Era muy posible que saliera a relucir y que pudiera, en ese caso, suscitar una actitud reprobatoria de tu parte, pues tu propio estado civil y la vida en el siglo que habías llevado en los últimos años no te habían despojado de tu puritanismo ancestral.

Alejandra había sido mi alumna en un «gineceo», uno de esos grupos de señoras de buena posición económica que tomaban cursos de Literatura, de Apreciación Artística o de Historia de las Religiones con la misma naturalidad y la misma frecuencia con la que asistían a «clínicas» de tenis, viajaban de compras a Mac Allen o San Antonio o desayunaban con sus amigas de diez de la mañana a una de la tarde en el Ambrosía de Periférico Sur o en Un Lugar de la Mancha de Polanco. No necesité mucho tiempo para darme cuenta de que el pasmo, la descarga eléctrica, el temblor de tierra que me había provocado su desafiante

entrada al salón de clases la primera vez que la vi cuando yo daba una conferencia sobre sor Juana Inés de la Cruz tenía en ella alguna correspondencia. A Alejandra le había sucedido, toda proporción guardada, más o menos lo mismo que a muchas alumnas del Instituto Familiar y Social con mi hermano Miguel. Vaya, aunque me ruborice decirlo: que se había quedado prendada de mí, de mis clases de literatura, de mi juventud de entonces (ella era unos años mayor que yo) y tal vez de mi libertad: mi matrimonio había naufragado hacía poco y vivía solo en una vieja casona de Mixcoac. Ella, en cambio, no era libre. Estaba casada, tenía hijos adolescentes y era rica. Cuando hay dinero de por medio, los divorcios se tornan más complicados, sobre todo porque la rica era ella; no su marido. Y Alejandra no estaba dispuesta a perder en el divorcio el patrimonio ancestral de su familia, que era, a su vez, el que debía cuidar para sus hijos. Si bien la guapura y la riqueza eran los atributos más visibles de Alejandra, no eran los más relevantes. Alejandra era una mujer inteligente, ávida de conocimientos, sensible a la expresión artística, particularmente a la música, pero entre todos sus atributos, el más notable, el más significativo, el más hondo era su infelicidad. Alejandra no era feliz. Vivía cotidianamente la vulgaridad del puerto petrolero de donde era oriunda; estaba harta de su vida matrimonial, regida por convencionalismos machistas, y detestaba el tiempo de la provincia, el tiempo que no parecía transcurrir o que se desperdiciaba en rituales insulsos e intrascendentes. Su enorme sed de saber le había hecho cursar la preparatoria abierta en su ciudad natal, pues formalmente no había tenido más estudios que los correspondientes a la secundaria, después de los cuales, tras alguna estadía en Estados Unidos para aprender inglés y un viaje a Europa para adquirir el barniz cultural propio de las mujeres de su condición, se había coronado reina de la belleza del carnaval de su ciudad y al poco tiempo se había casado con un ingeniero. Una vez que culminó esos estudios preuniversitarios, realizados a destiempo y de manera

solitaria, casi autodidacta, desembocó, azarosamente, en el gineceo de la Ciudad de México donde yo daba clases de literatura para complementar mi magro salario de profesor interino de la Facultad de Filosofía y Letras. Alejandra se trasladaba semanalmente a la capital del país, donde tenía montada una lujosa y moderna residencia, pletórica de arte y de buen gusto, para asistir a mis clases y a otras actividades artísticas y culturales que escaseaban en su ciudad provinciana. Al cabo de un tiempo, la convencí de que se matriculara en el sistema abierto de la carrera de Letras Hispánicas de la UNAM, en el que yo me desempeñaba como tutor.

Comimos en algún restaurantillo de los portales de la plaza de San Pedro Cholula y nos instalamos después en Las Villas Arqueológicas, donde trasladamos la sensualidad barroca de Santa María Tonantzintla a nuestros propios cuerpos, ávidos y exultantes, sobre los que se derramaron todos los dones del cielo y germinaron todos los dones de la tierra.

La cita con Miguel era a las nueve de la noche en el restaurante francés del hotel. Hacía calor. Alejandra se había puesto un vestido suelto y escotado, ligero, estampado en ocres y azules. Un collar de plata y ámbar jugaba sobre el canalillo bronceado de sus senos, y unas sandalias, cuyos lazos trepaban por sus tobillos y alcanzaban las pantorrillas, sostenían su paso enhiesto y elegante. Miguel ya estaba sentado a una mesa en el fondo del restaurante de paredes y manteles color mamey. Había llegado antes que nosotros y elegido el lugar de la esquina, de manera que Alejandra y yo, por fuerza, deberíamos flanquearlo. Se puso de pie, con una rara mezcla de dificultad provecta y galanura juvenil. Le dio un simulacro de beso diplomático en la mano al tiempo que pronunciaba su nombre, Alejandra, dando a entender que sabía de ella, que la esperaba, que yo mucho le había hablado de nuestra relación, cuando en realidad yo sólo le había dicho que iría acompañado de una mujer llamada Alejandra y alguna que otra cosa más.

Dijiste que sabías por mí de su belleza, pero que nunca imaginaste que fuera tanta y que yo, tan dado a la hipérbole (así dijiste), en este caso me hubiera quedado corto. A mí me abrazaste con cariño, me felicitaste por mi buen gusto con una picardía ingenua y, a partir de que ocupamos nuestros lugares en la mesa, yo desaparecí de la conversación. Tú hablaste durante toda la cena, y aunque pareciera que hablabas de los demás, en el fondo sólo hablabas de ti mismo. Con los muy pocos datos que tenías sobre Alejandra, que eran los que yo mismo te había proporcionado, más algunos que ella soltó discretamente a solicitud expresa tuya, armaste una perorata llena de comprensión, de sensibilidad y de admiración, que fueron creciendo a lo largo de los caracoles *bourguignon*, el *entrecôte* y las *crêpes Suzette*, bañados por un burdeos que tú elegiste y que obviamente pagué yo, como toda la cena, porque si Alejandra no me había dejado pagar un solo dólar en Nueva York, y tú a fin de cuentas eras nuestro invitado aunque te comportaras como anfitrión...

Te condoliste de ti mismo, de tu soledad, del secuestro de tu biblioteca, buscando en Alejandra un atisbo de comprensión y acaso de conmiseración, pero alternadamente también hablaste con gran pasión y enorme entusiasmo de tus proyectos académicos: de la arquería de peregrinos que habías descubierto en la iglesia de San Gabriel y de la condición de capilla abierta de la Capilla Real, puntos del itinerario que al día siguiente conoceríamos guiados directamente por ti.

Amparado en tu presunta vejez, en tu inocencia, en tu ingenuidad, tomabas la mano de Alejandra para reforzar lo que decías y la mirabas de un modo entre suplicante y cautivador.

Éramos los únicos comensales del restaurante, de modo que los meseros empezaron a rondar la mesa tras la prolongada ingesta de sendos *chartreuse verte* de cincuenta y cinco grados, para que nos marcháramos. Quedamos formalmente en vernos al día siguiente para desayunar en el propio hotel a las nueve de la mañana y recorrer juntos,

después, San Gabriel y la Capilla Real.

Al despedirte, me agradeciste mucho la visita, tanto que pensé que realmente estabas más solo que la una y que necesitabas con urgencia una compañía y una atención que ni tus colegas ni tus alumnos ni la universidad completa te podían proporcionar.

Me diste pena.

Al llegar a la habitación, le pregunté a Alejandra:

—¿Qué te pareció?

—Oye, para su edad, es un gran seductor. Yo para nada le haría el feo —me dijo, y soltó una carcajada.

Un pabellón psiquiátrico es tan desolador como deben de ser los deshielos de los mares nórdicos, tan frío como esos versos de Xavier Villaurrutia, los más fríos que recuerda mi piel:

> Sábana nieve de hospital invierno
> tendida entre los dos como la duda.

Y ahí te internamos apesadumbrados, pero sin alternativa, sabiendo que, a pesar de su desolación báltica, ése era, si no el lugar más amable, sí el menos hostil entre los que conocíamos.

Ya instalado en Cholula, Miguel seguía quejándose del despojo de su biblioteca. Yo lo comprendía y me apiadaba de él porque, si a mí me hubiera ocurrido algo semejante, me habría sentido desolado, desprotegido, como trapecista sin red, expuesto al peligro. Y a la intemperie, porque los libros dan cobijo, casa, techo, sustento, compañía. Yo había heredado de él el amor a los libros y aunque no pudiera de ninguna manera comparar mi incipiente acervo con el que él había formado a lo largo de los años, sabía de la significación que tiene un libro propio, que jamás será equivalente al del mismo título que sacamos de la biblioteca pública o institucional, aunque se trate de la misma edición.

Miguel aseguraba que Leticia le había secuestrado su biblioteca, que la había empacado y consignado a Bodegas Balderas, una compañía cuyo dueño había sido amigo de su exsuegro, el doctor Aceves; negaba de entrada la posibilidad de rescatarla y culpaba a su exmujer del expolio del que había sido objeto e, indirectamente, de la esterilidad de su trabajo.

—Miguel, ¿por qué no intentamos rescatar tu biblioteca?

Fuiste muy pesimista. Pensabas que Leticia había dado órdenes estrictas de que jamás te devolvieran tus libros, y que el señor Balderas estaba totalmente supeditado a los designios de tu exmujer.

—No perdemos nada con intentarlo —te dije.

Delante de ti hablé por teléfono a Bodegas Balderas y, para mi enorme sorpresa y emoción, el señor Balderas en persona se alegró muchísimo de mi llamada, como si llevara años esperándola. Me dijo que por favor nos lleváramos esas cajas que él ya no podía mantener en su establecimiento, que Leticia no le había pagado el alquiler desde hacía años, que no se había deshecho de ellas sólo

por respeto al doctor Salvador Aceves que en paz descanse y que no nos cobraría a nosotros ni un centavo con tal de que le liberáramos el espacio cuanto antes.

El problema ahora, en el que ni tú ni yo habíamos pensado, era dónde podríamos colocar esa biblioteca. En Cholula, tú no podrías acomodar tus libros porque la casa que ocupabas en el campus no era grande y además ya la habías llenado de libros nuevos.

Hacía años que yo vivía solo en una casona de finales del siglo XIX en Mixcoac; una casa amplia, de techos muy altos, que tenía forma de tren, en la que uno pasaba digamos que del carro fumador al carro dormitorio y del carro dormitorio al carro comedor... Ya poseía mi propia biblioteca, pero me sobraba espacio para acoger transitoriamente la de Miguel. Es más, mucho me gustaría albergar en mi casa esos volúmenes que amé y admiré desde mi infancia. Te ofrecí, pues, las paredes de mi casa para recibir tus libros, con la única condición de que cuando mi propia biblioteca creciera tanto que requiriera de ese espacio, te llevarías los tuyos y los pondrías donde más te conviniera.

Ése fue el pacto, hermano. Tú tendrías de nueva cuenta tu biblioteca, hospedada en mi casa, adonde podrías llegar cuando te viniera en gana e incluso trabajar ahí cuando quisieras, bajo las condiciones obvias de respeto a mi intimidad y de que cuando el número de mis libros fuera tal que necesitara el espacio que ocupaban los tuyos, tú lo desalojarías, cosa que no ocurriría previsiblemente en el transcurso de por lo menos cinco años. Estuviste de acuerdo: cinco años máximo.

Monté las nuevas estanterías en dos de los muros del gran salón, y en otra pared de un estudio aledaño. Podía recibir todos los volúmenes de los que constaba su biblioteca, según mis recuerdos y sus cálculos. Bodegas Balderas se ofreció a transportar las cajas ¡gratuitamente! hasta mi domicilio, sin que mediara firma alguna de recibido, y una mañana me vi en el corredor de mi casona de Mixcoac ante unas veinte o veinticinco pesadísimas cajas

de buen tamaño, que no tenían más rótulo que el del nombre de mi excuñada: LETICIA ACEVES.

Miguel no estaba conmigo en esos momentos, por fortuna, pues habría tardado mucho más tiempo del que invertí —más de una semana completa— en abrir las cajas y en acomodar los libros. La ausencia de Miguel, que adujo responsabilidades ineludibles en la universidad, me hizo pensar que no estaba tan contento como yo del rescate, quizá porque se le acababa la coartada de su esterilidad escritural. Pero eso es demasiado decir.

Yo estaba muy emocionado. Iba a tener por fin al alcance de mi mano los libros que tanto ambicioné desde niño y que a mi paso habían estado vedados, como diría Borges.

Mi primera sorpresa fue la de toparme con la absoluta arbitrariedad con que se habían guardado los libros. No había ningún orden y daba la impresión de que el trabajo se había hecho al azar, sin ningún criterio, ya no digamos el tema, sino ni siquiera el tamaño, como si muchas manos hubieran arrancado de sus estantes originales los volúmenes y los hubieran ido aventando en las cajas hasta colmarlas. La segunda sorpresa fue que no sólo había libros, como yo lo había esperado por la palabra *biblioteca* con la que Miguel se refería al secuestro; no: había papeles muy diversos, fotografías, tarjetas, estampitas religiosas, para cuyo albergue mi casa no estaba preparada. La tercera sorpresa fue la de que, entre los libros que esperaba con ansia, había una ristra de obras piadosas que a mí no sólo no me interesaban, sino que realmente me avergonzaba tener en mi casa: misales, vidas de santos, catecismos, que yo no recordaba haber visto en la efímera residencia de Lomas Verdes de Miguel. Y una cuarta, que después de las tres primeras, ya no fue realmente una sorpresa: las obras que yo más codiciaba, como los 198 volúmenes de la colección Clásicos Castellanos de Espasa-Calpe o la *Enciclopedia Británica*, brillaban por su ausencia. ¿Las habría vendido Leticia? ¿Se habría quedado con ellas en tanto que podrían ser utilizadas por sus hijos, que estaban en edad

escolar? Qué sé yo. El caso es que no estaban. En algún momento llegué a pensar que había habido dolo en el empaque porque a una enciclopedia le faltaba el tomo de la *T* o porque a una historia de la arquitectura española le faltaba el volumen correspondiente al Renacimiento y se brincaba, como quizás hubiera celebrado Helmut Hatzfeld, del gótico flamígero al barroco. No lo sé. El caso es que después de abrir todas las cajas, me quedé con una biblioteca incompleta con respecto a lo que me apetecía tener y sobrada con respecto a lo que no me importaba o incluso me irritaba admitir en casa. Logré que Miguel se deshiciera de muchísimos papeles inservibles, pero no así de sus obras piadosas, que me vi obligado a colocar en los anaqueles más altos de la estantería, donde nadie alcanzara a verlos y su presencia quedara disimulada por el severo negro de sus lomos. Debo decir, de todas maneras, que albergué algunas obras maravillosas, que pude disfrutar, y, también, aunque menos significativamente, que mi casa quedó mejor vestida.

Miguel ciertamente iba a casa de tanto en tanto a consultar sus libros y aprovechaba que el estudio tuviera unos postigos que, cerrados, impedían el paso de la luz para hacer labores fotográficas. Cuando yo salía de viaje, con frecuencia se quedaba a dormir en casa, a veces abusivamente, pues un día llegué en la fecha convenida y lo encontré dormido en mi cama. Fingió que él había entendido que regresaría al día siguiente. Ya no recuerdo quién de los dos tuvo que dormir en el sofá de la sala. Apostaría a que yo.

Pero no hay plazo que no se cumpla. Llegó el momento, seis años después, en que mis libros ya no cabían en las paredes de mi casa y reclamaban un espacio en los estantes ocupados por tu biblioteca. Ay, Miguel. No cumpliste el pacto por las buenas. Tras seis meses de avisos tan insistentes como inútiles, me vi obligado a conminarte a que el día 10 de enero de 1988 te llevaras tus libros. Yo me encargué del embalaje y del transporte a Cholula, esta vez no gratuitos. La misma compañía Bodegas Balderas los

empaquetó y los transportó a tu domicilio en el campus de la Universidad de las Américas, donde los descargó y atiborró por completo las dos plantas de la casa: la sala, el comedor, las recámaras, la cocina, el garaje y hasta los baños y la escalera.

Ahí tuviste algunos días con ciertos destellos de lucidez y nunca perdiste la gentileza y la caballerosidad. Agradecido como un niño, les besabas las manos a las enfermeras que te daban de comer. Pero fuiste perdiendo el vigor, la fuerza y, lo más doloroso de todo, las palabras, como si tus ideas se hubieran expuesto a la más terrible de las tormentas y, víctimas del naufragio, de tus palabras sólo quedaran astillas flotantes en un discurso delirante y obsesivo. Tenías más adverbios que verbos, más adjetivos que sustantivos, de modo que lo secundario y lo periférico acabaron por usurpar el lugar preponderante y central de tu expresión. Confundías a los vivos con los muertos, acaso porque a partir de entonces empezaste a transitar del estadio de la vida al estadio de la muerte.

Al cumplir setenta años, Miguel estaba dedicado de tiempo completo a Satanás.

De acuerdo con las normas de la institución y con el contrato laboral que con ella había suscrito, al llegar a esa edad, Miguel fue instado a jubilarse. No sé cómo logró sostenerse un año y tres meses más como miembro del personal académico antes de firmar su finiquito y, una vez firmado, cómo pudo seguir viviendo todavía tres años adicionales, hasta un par de meses antes de su muerte, en la casa del campus universitario a pesar de las presiones de la administración para que la desalojara. Acaso se debió a la tolerancia del rector Enrique Cárdenas, que siempre lo trató de manera deferente. Entiendo que después de su jubilación, fue contratado por honorarios para culminar los proyectos arqueológicos impulsados por la universidad en los que había venido trabajando desde tiempo atrás. Uno de ellos fue el del portal de peregrinos del convento de San Gabriel, que, hasta donde sé, él descubrió en el doble sentido de la palabra, es decir que, por un lado, identificó que tras un muro corrido había una arquería que había sido cegada, y por otro llevó a cabo, al amparo de la universidad y creo que de la Fundación Jenkins, el descubrimiento literal de esa arquería al eliminar el muro y dejar libres los arcos y sus columnas, como estuvieron en un principio. Ciertamente concluyó ese proyecto, pero durante sus últimos años de vida, la mayor parte del tiempo Miguel no hizo otra cosa que ocuparse de Satanás.

No sé nada de satanismo, a no ser lo que me metieron en la cabeza cuando niño los Hermanos Maristas, algunos de ellos con una vehemencia y una teatralidad más jesuíticas que marianas, propias del barroco contrarreformista y de su mejor exponente, los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola: la tenebrosa imagen del infierno, la idea inconcebible de que la salvación en el cielo prometido o la condena en el infierno tan temido dependían del comportamiento de esta nadería que es la

vida en comparación con la eternidad, el terror de morir en pecado mortal y ser arrojado al fuego eterno, donde se infligían los más dolorosos y espeluznantes castigos, explicados con saña dantesca por algunos profesores. Pero hacía ya mucho tiempo, desde que descubrí esa palabra mágica y salvadora, *agnosticismo*, que me eximía de la responsabilidad de creer o no creer en lo que no es verificable de manera empírica, la idea del demonio, de Satán, del Maligno, de Lucifer se me borró del imaginario y se redujo graciosamente a un diablo de pastorela, de cuernos rojos y cola terminada en punta de lanza. Lo más reciente que recuerdo de algún sobrecogimiento con respecto a Satanás fueron tres películas: *The Innocents*, basada en la novela *The Turn of the Screw* de Henry James, que se proyectó en México bajo el impactante título de *Posesión satánica* y que vi mucho tiempo después de su estreno; el filme *Rosemary's Baby* de Polanski, interpretada escalofriantemente por Mia Farrow, y la cinta *The Exorcist* de William Friedkin, basada en la novela homónima de William Peter Blatty, quien también hizo el guion.

Pero lo de Miguel fue cosa seria. Se dedicó, como si recuperara su preparación teológica adquirida en Salamanca, al estudio del Maligno, con una fe obsesiva, que lo llevó a ver e interpretar el mundo, la vida, las relaciones personales bajo una óptica demoniaca. Era tal su obsesión que a veces parecía que él mismo estuviera poseído por Satanás y necesitara un exorcismo.

El caso es que empezó a aplicar retroactivamente esta concepción satánica del universo a acciones o situaciones puntuales del pasado.

Recuerdo un caso en particular, que me duele.

La Escuela Permanente de Extensión de la Universidad Nacional Autónoma de México en San Antonio, Texas, dependía de la Coordinación de Difusión Cultural en los años en que yo me desempeñaba como titular de esa área de la institución. Así que con frecuencia viajaba a San Antonio a cumplir funciones administrativas, académicas o meramente protocolarias. Su director, Guillermo Pulido,

siempre me recibía con mucha amabilidad y con una agenda cargada de actividades en la que no había ningún hueco para tomar aire o descansar: la inauguración de una exposición o de un ciclo de conferencias, la entrevista con los benefactores o con la sociedad de amigos de la institución, la recepción de los estudiantes de español, las reuniones con los maestros y con el personal administrativo de la escuela, la revisión de los estados financieros, la entrevista con los abogados que llevaban los asuntos laborales e impositivos del personal académico... En algunas ocasiones iba a esos viajes el rector José Sarukhán u otros miembros de su equipo, lo que acentuaba el trabajo y engordaba la agenda, pero las más de las veces iba yo como jefe de una pequeña comitiva, integrada por mis colaboradores más cercanos o por quienes tenían que cumplir una tarea específica en aquella sede de la UNAM en el extranjero. Pues en uno de esos viajes, Guillermo Pulido, al recogerme en el aeropuerto, me anunció, con una sonrisa más extendida de lo habitual, que me tenía deparada una gratísima sorpresa. Me anunció que me daría mucho gusto recibirla, pero no me quiso revelar en qué consistía hasta que llegamos al Hotel Plaza San Antonio, donde solía hospedarme. No fue necesario que me dijera nada. En el *lobby* del hotel, antes de registrarme siquiera, me topé con mi hermano Miguel.

Habías ido a Estados Unidos a dictar una conferencia en tu antigua Universidad de Texas en Austin y, enterado de que yo haría una visita a San Antonio por esas fechas, no sé con qué artes conseguiste que Guillermo, a quien yo le había hablado maravillas de ti —como lo hacía con todo mundo—, te invitara a replicarla en la escuela de la UNAM. De entrada, me dio gusto verte, hermano, pero debo decir que tu presencia me desconcertó y luego me produjo cierta incomodidad. De ninguna manera pensaba que tu gran competencia académica y tu prestigio no ameritaran la invitación de Guillermo Pulido a ofrecer una charla en el auditorio de la escuela, y estaba seguro de que, cuando se llevara a cabo, sería muy exitosa y que le resultaría muy

interesante al público, que sin duda sería numeroso. Pero yo no estaba enterado del asunto y temí que el personal de la escuela y aun mis propios colaboradores pudieran interpretar tu presencia como un acto de nepotismo que podría causarle daño a mi administración, pues desde que fui nombrado por el rector Sarukhán coordinador de Difusión Cultural, había actuado con probidad para evitar cualquier tipo de favoritismo que pudiera perjudicar mi imagen y mi reputación en un área de la universidad en la que todavía campeaba el feudalismo. Y es que Miguel, según me hizo saber Guillermo, se hospedaría en el mismo hotel y comería en los mismos restaurantes que la comitiva que yo encabezaba, a cuenta de la UNAM, por supuesto, y cobraría, además, unos honorarios por la conferencia que habría de impartir. El orgullo que siempre había sentido por mi hermano mayor se convirtió esa mañana en vergüenza, porque, además —debo reconocerlo—, la fuerza magnética de tu personalidad me restaría el protagonismo que mi puesto y mi función exigían; me convertiría, en ese ámbito en el que yo era la máxima autoridad —salvo en los casos en que viajaba el rector—, en el hijo de «papá». Según lo preví, estuviste todo el tiempo a mi lado, como parte de la comitiva, ejerciendo un liderazgo ladino, con esa manera tan tuya y tan paradójica de ser a la vez protagonista y dependiente, líder y valetudinario, arrogante y humilde —más arrogante entre más humilde te presentabas—. Se reproducía, pues, aunque en otro escenario, lo mismo que había ocurrido con Alejandra en Cholula, cuando tus artes de seducción acabaron por desplazarme. Te quedaste en San Antonio los tres o cuatro días que duró mi visita y al final regresaste a México en el mismo avión que yo. Para entonces yo ya estaba molesto con la situación. Me había parecido abusiva de tu parte la autoinvitación que te habías procurado invocando nuestra relación familiar y me preocupaba que ese abuso tuyo se pudiera atribuir a mi persona por parte de mis colaboradores o de las autoridades universitarias.

Hasta entonces no había sido grosero contigo, pero en

el avión de regreso, sentados uno al lado de otro, me porté frío y distante. Quería llegar cuanto antes al aeropuerto de México para que cada quien tomara su camino. Aunque yo ya vivía solo, Yolanda y yo habíamos intentado recuperar nuestra relación matrimonial y ella pasaba algunas noches en mi casa. Yo ya sabía que esa noche iba a ir por mí al aeropuerto, acompañada de nuestros dos hijos y hasta de *Luke*, el perro de Gonzalo. Tú me habías dicho que tu hija Rosa Martha pasaría por ti al aeropuerto y que te hospedaría en su casa para regresar a Cholula al día siguiente. La verdad, no te creí una palabra, Miguel, porque sabía que la relación con tus hijos se había deteriorado hasta el abandono, y no tenía ninguna idea de que Rosa Martha tuviera una casa donde albergarte. Te advertí que Yolanda, mis hijos y el *Luke* pasarían por mí en el Datsun que entonces tenía Yolanda, un coche pequeño, en el que apenas podríamos caber nosotros y mi equipaje, que siempre se engrosaba con las publicaciones, los documentos y los regalos que me daban en San Antonio. Como lo sospeché, Rosa Martha no fue por ti al aeropuerto. Después de fingir esperarla en vano, me rogaste, carajo, que te llevara a mi casa para desde ahí hablar por teléfono con ella para que pasara a recogerte a Mixcoac. No valieron mis argumentos a propósito de las limitaciones espaciales del vehículo. No sé cómo hicimos, pero finalmente cupimos, forzados por tu insistencia, los cinco, más el perro, más el doble equipaje, en el cochecito de Yolanda, muy incómodos todos porque, además de ser muchos, tú y yo éramos de complexión ancha y Gonzalo se había vuelto con la adolescencia una garrocha. También como me lo temí, al llegar a mi casa no pudiste comunicarte con Rosa Martha. Fue entonces cuando me lanzaste esa mirada de perro lastimero con la que me pedías hospedaje. En lugar de conmoverme, me irritaste. Me dijiste, con tono más franciscano que dominico, que podías quedarte dormidito en cualquier rinconcito de mi casa. Ay, hermano, tus diminutivos me molestaron muchísimo. Te dije que nones. Que si querías quedarte en mi casa, te durmieras

cómodamente en mi cama y que yo me iría con Yolanda a un hotel, porque no iba a permitir que un hermano mío durmiera en el sofá de la sala, que no tenía ni sábanas ni cobertor ni almohadas... La verdad es que no quería que te quedaras, pues mi casa tenía un solo baño y para llegar a él había que pasar forzosamente por la recámara, en la que Yolanda y yo, según mis planes todavía no compartidos con ella, dormiríamos esa noche. No llegaste a aceptar mi oferta. ¡Nada más eso me faltaba!, aunque insististe con gesto cada vez más mendicante en quedarte acurrucadito en un rinconcito, sin necesidad de cobertor ni de sábanas ni de almohada.

Le hice entonces la reservación en un hotel cercano, lo llevé en mi coche, le pagué el hospedaje por adelantado y me regresé a Mixcoac, donde ya no encontré ni a Yolanda ni a mis hijos, que ante mi altercado con Miguel optaron por irse a su casa. Me dieron ganas de no volver a verte. Aunque por un momento recordé precisamente el nepotismo en el que incurriste cuando me invitaste a trabajar en el Museo Nacional del Virreinato, y me sentí mal, contigo y conmigo.

Pero sí lo volví a ver, muchas veces, en México y en Cholula, y lo volví a escuchar, ahora en sus disertaciones largas y complicadísimas sobre el demonio, que acabó por desplazar su interés por la arquitectura novohispana. Y en una de sus conversaciones monológicas e interminables, me ejemplificó la presencia de Satanás en la vida cotidiana con el desencuentro que tuvimos en mi casa de Mixcoac tras el viaje a San Antonio, cuando yo, poseído por el Maligno —me dijo—, había cometido la impiedad de negarle posada al peregrino.

—No fuiste tú, hermano —me dijo para eximirme de toda culpa—. Fue Satanás.

De la misma manera que Emanuel Swedenborg, el teósofo sueco, «conversaba con los ángeles en las calles de Londres», Miguel estaba convencido de que Satanás tenía presencia en la vida cotidiana, y en la medida en que crecía esta convicción, se fortalecía su fe en la protección de Dios.

Una noche de Reyes invité a varios de mis hermanos a comer la rosca en mi nueva casa de Totolapan, a la que me había mudado tras vivir dieciséis años en Mixcoac. Miguel me había dicho que se trasladaría de Cholula a México la víspera y que la noche de Reyes acudiría gustoso a la merienda.

Llegó tarde y adoptó, esa noche, una condición marginal en el convivio. No tomó ningún aperitivo ni participó en el ritual de partir la rosca. Al final de la merienda, cuando ya cada quien había seleccionado su trozo de rosca y lo había remojado en la taza de chocolate, y Jaime, a quien le tocó el muñequito, había prometido hacer en su casa la tamalada el próximo 2 de febrero, día de la Candelaria, Miguel, muy circunspecto, nos dijo que quería relatarnos lo que le había sucedido la noche anterior.

Lo habían asaltado en la carretera de Puebla a la Ciudad de México y estuvieron a punto de matarlo. Lo dijo sin dramatismo, lo que acentuó, como de seguro lo deseaba, precisamente el dramatismo de sus palabras.

Había salido de Cholula en su cochecito Volkswagen Golf al caer la tarde con la intención de pernoctar en casa de Rita Sendra, con quien mantenía una relación de profunda amistad desde hacía muchos años. Pero ésa es otra historia. Cuando acababa de pasar el poblado de Río Frío, ya de noche, una camioneta grande y negra, con los vidrios polarizados, le cerró el paso abruptamente y lo obligó a orillarse en la cuneta. El que iba en el lugar del copiloto se bajó a toda velocidad del vehículo, se trepó en un santiamén al Golf y pistola en mano obligó a Miguel a seguir a la camioneta negra, que se metió por un camino de terracería que salía a la carretera. Encañonado, Miguel obedeció con serenidad las órdenes del asaltante, mientras por lo bajo encomendaba su alma a Dios, hasta que llegaron a un descampado. Lo hicieron bajar del coche con palabrotas, empellones y patadas y comenzó el interrogatorio.

Cómo chingados te llamas, dónde chingados trabajas, a

qué chingados te dedicas, con quién chingados vives, adónde chingados vas, cómo se llama tu chingada esposa, cómo se llaman tus chingados hijos, qué chingados teléfonos tienen...

Con su voz pausada, sus palabras elegantes, su dicción decimonónica y una serenidad proveniente de su fe en la misericordia de Dios, les respondió que era un profesor jubilado de la Universidad de las Américas, que estaba divorciado y que no tenía ninguna relación, lamentablemente, ni con su exesposa ni con ninguno de los tres hijos que habían nacido de ese matrimonio, y que el motivo de su viaje a México era partir una rosca de Reyes en casa de su hermano, que era escritor y, como él, profesor universitario; que vivía solo en el campus de la universidad, que su especialidad era la arquitectura, particularmente la arqueología colonial, las capillas abiertas y el arte *tequitqui*, aunque recientemente se había dedicado más bien a los estudios satánicos.

Los asaltantes empezaron a desesperarse ante las respuestas cada vez más prolijas de Miguel, y a darse cuenta de que no le iban a sacar nada a ese pobre viejo —cabellera cana y larga, barba blanca, mirada soñadora y vocabulario incomprensible—, sobre todo después de que Miguel les dijo, con toda seriedad, que de verdad no le importaba que lo mataran, siempre y cuando le concedieran la gracia de ponerse en paz con Dios durante unos minutos, al tiempo que se arrodillaba, se persignaba y extendía, con mirada implorante, los brazos al cielo, y que pronunciaba, en latín, una oración.

Los malandros se asustaron, como si estuvieran delante de un aparecido, y el tema de los estudios satánicos los aterrorizó.

—No, cabrón, este cabrón sí está grueso, cabrón.

—Mejor aquí lo dejamos.

—Devuélvele las pinches llaves de su coche.

—¿Y su cartera?

—¿Pues cuánto trae el cabrón?

—No, pos nomás uno de cincuenta y dos de a veinte.

—Pues déjaselos también. No nos vaya a caer el chahuiztle con este cuate.

—Parece un santo el cabrón.

—O en una de ésas es el mismísimo Chamuco.

—Vámonos pa’ la Chingada.

—Pélale, güey.

Miguel no reprodujo en su conversación de sobremesa este diálogo, pues las voces malsonantes no formaban parte de su vocabulario, pero lo que sí dijo, textualmente, para rematar su relato, fueron estas palabras lapidarias:

—La verdad, me molestó un poquitín que no me mataran, porque yo ya estaba en paz con Dios.

Llegó el momento en que ya no pudiste hablar, no sé si porque el cerebro se cansó de dar órdenes a la lengua para articular tu pensamiento o porque la lengua misma, perezosa o fastidiada, se rehusara a practicar el movimiento necesario para pronunciar una palabra, como se había rehusado ya a probar la mínima cucharada de sopa.

Una vez firmado el finiquito de su relación laboral con la Universidad de las Américas, Miguel fue instado, con muy buenas maneras, a desalojar la vivienda que había ocupado en el campus por espacio de dieciocho años. La enorme cantidad de libros, que habían tomado la casa; el perfeccionismo, que le impedía llevar a la práctica cualquier empresa que tuviera que acometer; la conveniencia de quedarse ahí sin acatar el compromiso implícito en su liquidación y, sobre todo, el miedo de empezar de nueva cuenta una vida en la vejez le impidieron acatar oportunamente esta legítima disposición administrativa. El pretexto de que seguía trabajando por contrato en algunos proyectos vinculados con la universidad no tenía validez, pues esas casas habían sido construidas específicamente para albergar al personal de tiempo completo de la institución.

De esta manera anómala, Miguel se quedó en esa casa todavía tres años y medio más, hasta que llegó el día en que la universidad tomó la decisión de vender el gigantesco predio que ocupaban las viviendas y suspender esta prestación que les había ofrecido a sus profesores de la primera hornada. Y Miguel se vio conminado a dejar la casa en el plazo perentorio de una semana.

Para entonces, Miguel, obnubilado por los estudios satánicos, ya había perdido la razón. Era como si se hubieran confundido el sujeto y el objeto de estudio, como si él fuera la primera víctima del satanismo que había pretendido comprender, como si fuera el objeto conocido y no el sujeto cognoscente de Satanás. Pero de este tema, hermano querido, no puedo pronunciar palabra ni hacer ninguna conjetura. Sólo puedo compadecerme de ti y quedarme al margen de cualquier intento de comprensión. Me apena tanto, tanto, que hayas perdido el juicio, que, con la inteligencia luminosa de la que siempre hiciste alarde, hayas caído en este oscurantismo incomprensible y anacrónico.

Ante el hecho incontestable de que Miguel tenía que abandonar el campus de la Universidad de las Américas inmediata e inexorablemente, nuestra hermana Rosa ofreció darle albergue en su casa, bajo la advertencia expresa de que los demás hermanos deberíamos tomar una decisión con respecto a su futuro, pues Miguel ya no tenía juicio para determinarlo por sí mismo, y ella no quería responsabilizarse de él por sí sola. Nuestro hermano no podría permanecer en su casa por tiempo indefinido.

Nuestras otras hermanas, Virginia y Carmen, se ocuparon de desmontar la casa de Cholula, con la ayuda de nuestro hermano Carlos y de Rita Sendra, que no tuvo ningún reparo en apoyar esos ingratos trabajos. Ella seguía queriendo a Miguel más allá de algunas desavenencias que había tenido con él recientemente y, dada su fe, acaso pensaba que el Maligno —como se empeñaba en decírselo Miguel— había clavado su caprina pezuña entre los dos.

Lo más patético del proceso de desocupar la casa de Miguel fue que los libros de la biblioteca que albergué durante años y que finalmente pude enviarle a Cholula, nunca —ay— fueron sacados de sus cajas. En una de ellas, que estaba encima de la cama gemela a aquella en que dormía mi hermano, Carmen creyó oír el roer de una rata. Miguel vivía entre las cajas de sus libros primigenios y los libros acumulados durante las últimas dos décadas; libros que se habían enseñoreado del dormitorio, de la cocina, del comedor. Había que quitarlos de una silla y de la mesa, de la cama y hasta de la taza del escusado para poder comer, dormir o defecar.

Una vez instalado con amorosos cuidados en casa de Rosa, no recuperaste la lucidez ni la tranquilidad. Perdiste el habla casi por completo y tu mirada, antaño transparente, se volvió interrogativa, huraña, ensombrecida por unas cejas canosas y espesas.

Rosa convocó a los hermanos para tomar una decisión al respecto. La relación de Miguel con sus hijos prácticamente se había disuelto. Benito, Jaime y yo nos presentamos a hablar con ella. Virginia y Carmen seguían

desmontando la casa de Cholula, con la ayuda de Carlos y Rita. Después de analizar todas las opciones viables, tomamos, juntos, la decisión de llevarlo al pabellón psiquiátrico del Sanatorio Español para que le hicieran los estudios necesarios y nos dieran un diagnóstico. Y un pronóstico también. Los médicos que lo vieron decidieron internarlo.

Miguel tenía setenta y cuatro años entonces. Y no contaba con ningún seguro médico.

A partir de su ingreso en el hospital, todos los hermanos que vivíamos en la Ciudad de México nos reunimos una vez a la semana en casa de Benito, a quien le volvimos a otorgar el liderazgo que siempre había ejercido en asuntos familiares, para analizar la situación. Los lunes a las siete de la tarde ahí acudíamos Virginia, Carlos, Carmen, Jaime, Rosa y yo. Entramos en comunicación con los hijos de Miguel, quienes nos dijeron con toda claridad que ellos se mantendrían al margen del asunto.

A unas semanas de estar interno, nos citó el médico responsable de su caso para darnos a conocer el diagnóstico y recabar alguna información que pudiera serle de utilidad. En esa ocasión asistió Leticia acompañada de su hijo Miguel y creo que también de Rosa Martha. Juan Pablo, el otro hijo, vivía en Puerto Vallarta y no acudió. El médico preguntó si Miguel había sufrido alguna vez un daño cerebral. Virginia recordó que, cuando estuvo en el convento dominico en California, había sido tratado con electrochoques. El doctor no calificó aquel tratamiento; sólo bajó los párpados como comprendiendo lo que había visto en las radiografías. También inquirió sobre algunos rasgos de la conducta de Miguel que pudieran arrojar luz sobre lo que entonces empezaba a llamarse *bipolaridad*. Antes de que los hermanos pudiéramos hacer algún comentario, Leticia, sin ninguna vacilación, dijo que Miguel tenía momentos de agresividad y que en su matrimonio había cometido actos de violencia. Nosotros nos extrañamos. Sabíamos de los exabruptos de Miguel, pero nunca los habíamos tipificado como signos de violencia, quizá porque, al perdonarlos, los

habíamos despojado de su significación, o porque nos resistíamos a admitir que, en una familia como la nuestra, que siempre habíamos asumido como ejemplar, se habían cometido acciones violentas. Miguelito, su hijo, confirmó lo que decía la madre y se refirió sin mayor detalle a algún acto particularmente agresivo de su padre, o tal vez fue al revés: dio algún detalle sin ubicarlo en un contexto más amplio. Lo único que recuerdo de lo que dijo son dos imágenes: un puñetazo en una puerta y un amago de golpe a su esposa, que no sé si se verificó.

Al final de nuestra comparecencia en aquel salón del Sanatorio Español, en cuyo extremo se desplegaba una pantalla luminosa sobre la cual el doctor mostraba las radiografías del cerebro de mi hermano, recibimos de su boca el diagnóstico: un cuadro demencial, con signos delirantes y paranoides. Lo peor: era irreversible.

Varias veces visité a Miguel en el hospital. Una de ellas, la más dolorosa, para pedirle, en nombre de Enrique Cárdenas, rector de la Universidad de las Américas, quien muy amablemente pidió mi intercesión, que firmara unos papeles mediante los cuales la institución daba por terminados los contratos por obra determinada que había suscrito con él y al mismo tiempo le suministraba los recursos económicos correspondientes a tal disolución laboral. Previamente yo había estudiado con el rector los documentos del caso, y me parecía que la universidad no sólo estaba cumpliendo con lo estipulado por la legislación vigente, sino que había adoptado una actitud generosa. Entonces no me resultaban ajenos estos temas porque a la sazón yo me desempeñaba como director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y algo entendía de asuntos académico-administrativos. Miguel ya no hablaba. Rosa y yo, acompañados por el administrador de la UDLA, lo instamos a que firmara el papel del caso. Miguel, pluma en mano, se detuvo un tiempo que nos pareció infinito sin firmar, como quien quiere orinar y no puede. Al cabo de un rato largo, decidimos que lo más conveniente sería que estampara la huella de su dedo pulgar en la hoja de papel

que le extendió el administrador. Así lo hizo Miguel, el ágrafo.

Quien lo acompañaba con frecuencia en el Sanatorio Español era Rita, que paseaba con él por los jardines. Miguel sonreía con gesto de ausencia, trataba caballerosamente a sus cuidadores y a las enfermeras y comulgaba todos los días en la capilla del pabellón psiquiátrico.

Nosotros, entre tanto, seguíamos reuniéndonos lunes a lunes en casa de Benito para estar informados del estado de nuestro hermano y enfrentar los nuevos gastos que acarreaba su hospitalización. Todo iba tristemente bien hasta que Miguel contrajo una infección urinaria que lo devastó.

Decidimos entonces cambiarlo de lugar. Sabedores de que su mal era irreversible, pensamos que lo mejor sería trasladarlo a una casa hogar más acogedora, de la que Rosa, tras fatigosa búsqueda, nos dio noticia. Mi Querido Viejo, se llamaba el lugar. Se trataba de un asilo, no de un sanatorio. Lo mejor fue que pudimos ofrecerle un cuarto individual, con acceso directo a unos jardines pequeños, pero bien cuidados y alegres.

Rosa le acondicionó su recámara. Benito ofreció un sillón reposet que había usado mi madre cuando vivió, al final de su vida, en su casa, igual que una escultura en pasta de la Virgen María y un cuadro con el Cristo que el mismo Miguel había dibujado más de medio siglo antes a manera de autorretrato, tan sufriente como apacible.

Ahí pasó Miguel sus últimos días.

Murió en brazos de Rita Sendra la madrugada del 4 de noviembre del año 2000.

Rita me dice que Satanás seguía posesionado de su alma. Que cuando ella entró esa noche, algo tuvo que romper a fuerza de oraciones. Que finalmente Satanás huyó y que Miguel, liberado, murió en paz, en los brazos del gran y pequeño amor de su vida.

Los hermanos nos volvimos a reunir para finiquitar los gastos del velorio y de la cremación.

Al funeral fueron Leticia, sus hijos Miguel y Rosa Martha. Creo, sin ninguna pretensión, que el mayor deudo era yo. Fui yo quien tuvo que identificar su cuerpo cuando lo introdujeron en el horno crematorio y yo quien recibió las cenizas. Por segunda vez, en un lapso de treinta y ocho años, supe lo que era quedarse huérfano de padre.

Unas semanas después de su muerte, me habló por teléfono Enrique Cárdenas, rector de la Universidad de las Américas. Me dijo que le habían llamado de BANAMEX para informarle que él era el beneficiario de la cuenta que Miguel tenía en ese banco. No era una cifra inocua la que mi hermano tenía ahí depositada. El rector me dijo que ese dinero no le correspondía a él, sino a la familia de Miguel.

Nos volvimos a reunir el lunes siguiente en casa de Benito. Después de cubrir los gastos que había sido necesario hacer, entregamos el sobrante a Leticia y a los hijos de Miguel.

Te sacamos del hospital tan pronto como supimos, aunque haya sido tarde, que ya de nada te servía permanecer en él. El diagnóstico era desesperanzador e irreversible: jamás podrías volver a tus libros, a tus apuntes, a tus planos, a tus obsesiones. Nunca más podrías vivir solo, ser autosuficiente. Y como si tal panorama no fuera de suyo calamitoso, habías contraído en el hospital una infección que exacerbó tu debilidad de manera fulminante. Estabas llagado de tanto dormir boca arriba, demacrado, ausente de ti mismo. A feliz iniciativa de Rosa, te internamos en un lugar extraordinario, de nombre un tanto gauchesco, Mi Querido Viejo, cuyos jardines optimistas nunca pudiste transitar.

Sí; la de Miguel y Rita es otra historia.

Pasaron algunos años desde el día en que Miguel, sin dar ninguna explicación, se fue a Europa por un largo tiempo, apoyado por la señora Vivanco, y truncó tácitamente su compromiso matrimonial con Rita. De regreso a México, no la buscó.

Cuando se volvieron a encontrar, un par de años después, Rita ya se había casado; Miguel, por su parte, se había comprometido con Adriana Ayala, a quien dejó vestida y alborotada, como dicen, y después había venido el breve noviazgo con Aline Pettersson, pero seguía soltero. No fue hasta 1960 cuando por fin se casó con Leticia.

El nuevo estado civil de Rita no impidió que se reanudara la relación, si bien se limitó a la estricta amistad, que perduró a lo largo de toda la vida. Quizás esta mutación no fue tal, pues muy posiblemente, desde sus comienzos, el noviazgo había estado más determinado por la afinidad espiritual que por la pasión de amor, o más bien la pasión de amor se había subordinado a la espiritualidad que Miguel preconizaba y que Rita asumía. No lo sé bien a bien. El caso es que Miguel frecuentó a la pareja con la misma naturalidad con que visitaba a Rita antes de su viaje a Europa; vivió de cerca el nacimiento de las cuatro hijas que Rita procreó y retomó el vínculo con los padres de su antigua novia, particularmente con la madre, con quien se seguía enfrascando en disquisiciones teológicas, en las que doña Ana participaba cada vez con mayor conocimiento del tema, al grado de que en varias ocasiones rebatía los postulados que Miguel planteaba.

Cuando Miguel se casó con Leticia, ambas parejas empezaron a visitarse sin que, en el fuero interno de cada una de ellas, según me contó Rita muchos años después, asomara ningún sentimiento de celos retroactivos, de esos que suelen enturbiar gratuitamente las relaciones matrimoniales. Me parece que, en este caso, la ausencia de celos sólo indica que entre Miguel y Rita no había habido

ninguna relación carnal.

Como si sus vidas estuvieran signadas por un paralelismo inevitable, Rita se divorció de Aitor, que así se llamaba su marido, y un par de años después Miguel se fue a vivir solo a Estados Unidos, en detrimento de su relación matrimonial, que acabó también en el divorcio. Cualquiera podría haber pensado que, una vez rotos sus vínculos anteriores, la relación entre Miguel y Rita, en la madurez, se enderezaría por el camino del matrimonio, un segundo matrimonio para ambos. No fue así, porque los dos creían a pies juntillas en la indisolubilidad del vínculo sacramental que cada uno de ellos había contraído por su parte. Tanto así, que aun el divorcio de Rita había sido visto por su familia como una afrenta imperdonable a la fe católica, en especial por su madre, que le retiró la palabra durante años y obstaculizó que los demás familiares la visitaran. Al parecer, en su camino de regreso prevaleció el mismo platonismo que había unido a Rita y Miguel en su camino de ida.

Cuando volvió de Austin y se instaló en Cholula tras la breve estadía en Tultenango, Miguel veía a Rita con regularidad. En muchas ocasiones, si venía a México, se hospedaba en su casa de la calle de Edgar Allan Poe, la misma casa que había sido de la familia Sendra y que Rita pasó a ocupar cuando se casó con Aitor y en la que permaneció tras su divorcio. Miguel era recibido con mucho cariño por parte de Rita y también de sus hijas, que aun después de casadas y ya con hijos seguían frecuentando esa casa y disfrutando la compañía de mi hermano, quien las encantaba con su elocuencia y su sabiduría y con las máximas muestras de cariño que su corazón solitario —terriblemente solitario y necesitado— podía expresar. Lorea, la más joven, que permaneció un tiempo largo al lado de su madre antes de casarse, recuerda a Miguel como a un ser extraordinario que siempre estuvo presente en su vida y a quien le debe, como yo, su gusto por la lectura y el conocimiento. Dice que Miguel se llenaba de alegría cuando llegaba a esa casa, en la que incluso tenía una recámara

propia. La de Rita, en efecto, fue la familia sucedánea de Miguel: las hijas de algún modo suplieron a sus propios hijos, y los nietos de Rita suplieron a sus propios nietos, a los que, según entiendo, nunca conoció.

Rita me ha enseñado fotografías insospechadas de Miguel, que reflejan la plena felicidad que le causaba la cercanía de esa familia, que sentía suya y que mitigaba la soledad a la que la vida y él mismo lo habían conducido. Una de ellas lo muestra, ya viejo, saltando —o simulando hacerlo—, como acróbata retirado, en un *brincolín* con alguno de los nietos de Rita; otra, acostado en una hamaca al lado de un asador de carne y de un gran almohadón donde yace boca arriba otro de los nietos, de dos o tres años de edad, que trata de impulsar a Miguel apoyando su piernita derecha en el nalgatorio del ilustre conocedor del arte novohispano; otra más, acompañando a esos niños a desayunar... Es difícil empatar esas imágenes festivas y familiares, de abuelo bonachón, con el temperamento solemne y protocolario de Miguel, quien nunca jugó así con sus propios descendientes.

La relación amistosa de Miguel y Rita continuó hasta que un mal día se atravesó Satanás.

En los últimos años de su vida, cuando Miguel se dedicó a los estudios satánicos con un fervor que podría calificarse igualmente de demoniaco, tuvo alguna desavenencia con Rita. Ignoro los detalles y no tengo el coraje ni el interés de averiguarlos porque entre más me adentro en esta última faceta de mi hermano, más penosa me resulta; penosa en el doble sentido de la palabra, dolorosa y vergonzante a la vez, triste e inconcebible, atormentada y ridícula. El caso es que Miguel consideró que cierto desacuerdo con Rita, quizá no demasiado importante, era obra del Maligno, y dejaron de hablarse. No me sorprendió que así hubiese sucedido cuando Rita, muchos años después, me lo contó a grandes rasgos, porque *mutatis mutandis* lo mismo había hecho Miguel conmigo cuando no le di hospedaje en mi casa al regreso de aquel infortunado viaje a San Antonio. Le había atribuido al Demonio mi

renuencia a que siguiera abusando de mi confianza. Seguramente le atribuyó al propio Satanás el altercado, por pequeño e insignificante que haya sido, que tuvo con Rita, el verdadero amor de su vida.

Hace poco, cuando ya estaba escribiendo esta novela, le pedí a Rita información.

Yo estaba pasando una temporada sabática en Madrid y le escribí a Rita para que me contara la historia de su relación con Miguel. Ella intentó escribir unas páginas que me envió por correo electrónico, pero, la verdad, no me sirvieron de mucho porque lo suyo, como me lo dijo abiertamente desde un principio, no era la escritura y, a poco de empezar, interrumpió abruptamente la redacción: «El noviazgo iba lo que se dice viento en popa, ya pensábamos en casarnos, incluso buscar departamento. Lo siento. No puedo seguir escribiendo, ¿qué opinas de otro plan? ¿Qué tal si me das tu teléfono y me dices a qué hora de Madrid te puedo hablar y será mucho más fácil para mí contestar todas tus preguntas?». Adiviné, o creí adivinar, que el problema no era sólo la expresión escrita, sino también el dolor que le causaba hablar de Miguel. Si ella se confesó incompetente para escribir, yo me declaré igualmente incompetente para sostener una conversación telefónica por más de tres minutos, así que decidimos vernos a mi regreso de España. Y así fue.

Tan pronto llegué a México, me invitó a comer a su misma casa de Polanco que yo había conocido, de la mano de Miguel, desde que era niño. Generosa, saludable a sus ochenta años, risueña, hospitalaria. Así me recibió. Tenía dispuesta una botella de vino tinto para mí solo, porque ella no bebe. El alcoholismo, me dijo, había sido la enfermedad de Aitor que acabó con su matrimonio. Me manifestó el enorme cariño que tenía por toda mi familia y el amor que siempre le había profesado a mi hermano. Destacó que, sin duda, entre todos los hermanos, por quien Miguel tenía evidente preferencia era por mí, y recordó aquello de las frases elegantes, pletóricas de palabras domingueras, que yo pronunciaba para responder a su pregunta de *cuánto me*

quieres. Habló mucho de mi madre, de la admiración que le provocaba su empeño por sacar a flote a doce hijos en condiciones económicas modestas, y se quejó de una suerte de fatalidad que unía a nuestras dos familias precisamente por la desunión, pues nunca se llevó a cabo su matrimonio con Miguel; ni prosperaron los conatos de relación de nuestros respectivos hermanos, en particular la de Eduardo, que se hizo novio de Anita *hasta que otras tierras del mundo reclamaron el concurso de sus modestos esfuerzos*.

Durante la comida, tan sabrosamente casera, tan familiar, aunque sólo fuéramos dos, Rita me contó mucho de lo que en esta novela he escrito. Pero lo más interesante para mí, por sorprendente, se suscitó en la sobremesa. Fue su respuesta a la pregunta frontal que me animé a formularle cuando la botella de vino ya estaba por los posos: ¿por qué Miguel y tú no se habían casado cuando eran jóvenes?

Fue cuando me contó que se habían comprometido en su viaje a Comitán, Chiapas, y que ya habían elegido un departamento en Tacubaya, al lado de la iglesia sabatina. Pero más allá de estos datos secundarios y anecdóticos, Rita me hizo una confesión tremebunda: la causante de su separación de Miguel había sido su propia madre, doña Ana Sendra.

A diferencia de su padre, que era un hombre sencillo y amoroso, su madre había sido una mujer orgullosa y dominante. La presencia de Miguel en la vida familiar desde que empezó la relación con Rita tras aquel encuentro casual en el Club España, a doña Ana le resultaba en un principio muy interesante, sobre todo por los conocimientos teológicos que Miguel había adquirido en Salamanca. Con el tiempo, las disquisiciones del futuro yerno empezaron a resultarle amenazantes, no sé si porque desde aquella época Miguel ya hubiera inoculado, más en su corazón que en su cerebro, la concepción satánica que al cabo de los años desarrollaría de manera monomaniaca. Pero, a juzgar por lo que Rita me dijo, no creo que la amenaza tuviera una raigambre filosófica o religiosa. Se trataba de algo mucho

más humano que divino: la rivalidad, si bien ésta provenía de la disparidad de los conocimientos teológicos que cada uno de ellos poseía. Doña Ana veía en Miguel a un contrincante muy serio, cuya superioridad argumental en temas de índole religiosa podría poner en tela de juicio la autoridad moral que ella ejercía verticalmente sobre su familia. Decidió cortarlo de tajo. No lo quería como yerno. Fue ella, sin que Rita lo supiera entonces, quien le pidió a Miguel que rompiera la relación que tenía con su hija. Miguel acató la disposición y se fue a Europa, patrocinado por la señora Vivanco.

No sé por qué Rita asumió sin chistar esa ruptura ni por qué Miguel no le confesó la causa de su separación. Puedo inferir que ella estaba educada para acatar lo que decían sus mayores (incluido su prometido) y que Miguel, que ya había manifestado en el caso de Ana María Benavides su reticencia al matrimonio, vio en el mandato de doña Ana una salida que lo hacía víctima y le evitaba el embarazoso trance de una ruptura unilateral.

Rita se enteró de la verdadera causa de la separación de Miguel muchos, muchos años después. Y no por Miguel mismo, que nunca le reveló el secreto, sino por su propia madre, que le confesó la verdad, quizás arrepentida, en su lecho de muerte.

Una mañana de domingo te fui a visitar. Estabas sentado plácidamente en un sillón reposet. Te alimentabas por una sonda introducida en la nariz. Te veías tranquilo, como exorcizado de tus obsesiones, dispuesto al tránsito sereno. Me impresionaron las uñas de tus manos, impecables como tu caligrafía. Induje el cuidado amoroso de tus enfermeras y adiviné tras el grosor de tus calcetines la tranquilidad de las uñas de los pies, que, en los últimos años, convertidas en garras, te obligaban a usar unos zapatones desmesurados. Me senté a tu lado, te tomé la mano izquierda que descansaba en tu regazo y te dije: «Miguel, soy yo, Gonzalo, tu hermano». Y me escuchaste. Alzaste tus enormes párpados y me miraste, sorprendido y gozoso, me reconociste con el brillo de tus ojos de helecho y me dijiste, con el énfasis mudo de tu mirada, qué gusto me da verte, ya me voy, te quiero, y en ese momento recordé las palabras que me enseñaste a decirte cuando era niño, las primeras palabras prestigiosas de mi vocabulario con las cuales inauguré mi vocación literaria: «Te quiero hasta la más lejana estrella de la Vía Láctea, te quiero hasta el empíreo celestial, te quiero hasta el último confín del universo...».

Epílogo

Me encuentro en Guadalajara, Rosita. Vine a participar en algunas presentaciones de la Feria Internacional del Libro y a entregar por fin la novela a mis editores. Mañana, martes 3 de diciembre, comeré con José Calafell, director del grupo Planeta para América; Juan Cerezo, director de Tusquets en Barcelona, y Carmina Ruifrancos, editora de Planeta en México, para darles en definitiva la última versión de *Los apóstatas*.

Quiero por fin abandonar esta malhadada novela, quitármela de encima, sacarla de mi pecho. Pero el temor y el pudor de publicarla me siguen aguijoneando la conciencia. No quisiera medrar con las vejaciones que sufrió Eduardo ni con el fracaso de sus ideales revolucionarios. No quisiera que las críticas a mi hermano Miguel empañaran el amor que le tuve, el reconocimiento que le profesé y la gratitud por lo bueno que su paternidad sustitutiva dejó en mi alma. No quisiera que mi amigo Gonzalo Casas me escupiera en la cara por haber revelado la pederastia de su padre. Pero lo escrito, escrito está. Cerraré los ojos, no caeré en la tentación de claudicar de nueva cuenta. Mañana les entregaré a mis editores el original de la ignominia y la desnudez, la novela que hace pública una afrenta silenciada y le quita la venda a las heridas abiertas que la escritura ha intentado, acaso vanamente, cauterizar.

Mañana, 3 de diciembre de 2019, quedaré liberado de esta carga. Será una liberación, sí; aunque, una vez publicada la novela, quedaré expuesto al rechazo, a la denostación, al desengaño, al vituperio. Será más fácil enfrentarlos que haber dicho lo que la imposición del silencio me había impedido escribir y conocer.

Empecé por contar la historia de mis hermanos y acabé contando mi propia historia en relación con ellos. Al tratar de conocerlos, intenté conocerme a mí mismo. No pude cumplir a cabalidad la sentencia socrática. ¿Quién, de veras, se conoce a sí mismo? Lo que sí pude comprender fue

mi propia apostasía: la que asumió mi querido amigo Nacho Padilla cuando se enteró de los abusos sexuales cometidos por el padre Marcial Maciel contra tantos niños y jóvenes; la que asumió Eduardo, sin pensarlo siquiera, cuando permutó su impuesta vocación religiosa por una legítima, aunque fracasada, vocación social; la que asumió Miguel al renunciar a la Orden de Predicadores, aunque haya persistido en su fe, que lo condujo al satanismo y la locura. En estas páginas quiero declararme apóstata en la primera acepción que el *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia da para definir el verbo *apostatar*: «Dicho de una persona: Abandonar públicamente su religión». Eso es lo que hago precisamente ahora, después de tantos años de ateísmo, con la publicación de esta novela. Las terribles preguntas que me hice, aterrorizado, cuando era niño y que me angustiaron y me dejaron sin dormir, que me llevaron a la autoflagelación y al sacrificio, a la vergüenza de mi cuerpo y el desconocimiento de mi alma, a la culpa y el silencio, quedaron sin respuesta. Desaparecieron de mi pensamiento hace muchos años. Ahora son una evocación de mi infancia oscura y medieval, pero la impronta que dejaron en mi alma no la borra ni la escritura de esta novela. La escritura de esta novela sólo la revela.

No sé, Rosita querida, si voy a escribir otra novela sobre mi familia, una familia ejemplar. Estoy agotado. Lo que sí sé es que la mata sigue dando.

AGRADECIMIENTOS

A Rita Sendra, María Matilde Hernández y Aline Pettersson, que me relataron sus respectivas relaciones con mi hermano Miguel.

A Rosa María Seco, Raúl Herrera, Eduardo Casar, Hernán Lara Zavala, Inés Sáenz, Héctor Ramírez, Primitivo Rodríguez, Javier Álvarez Leefmans, Fernando Fernández, Darío Jaramillo Agudelo y Fernando Serrano Migallón, quienes enriquecieron con su lectura las sucesivas versiones de la novela.

A mi esposa Silvia Garza y a mis hijos Gonzalo y Diego, por alentar mi escritura y morigerar mis temores y mis inseguridades.

A mis hermanos Virginia y Jaime, que sancionaron la obra, y a mi sobrino Juan Pablo, que me procuró las cartas que intercambiaron mi hermano Miguel y su esposa Leticia.

A Silvia Girón, que ha albergado a mi hermano Eduardo en su casa durante los últimos seis años.

A Fernando Vivanco, que me proporcionó datos valiosos sobre su padre, Santiago Vivanco, y su abuela, Guadalupe Castillo de Vivanco.

Los apóstatas
Gonzalo Celorio

Ilustración de la portada: *Nuestro secreto*, de Alfredo Castañeda (1999). © Herederos de
Alfredo Castañeda.

Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2020

ISBN: 978-84-9066-851-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com